

A man in a black top hat and a woman in a white dress are walking away from the viewer, holding hands. They are standing in a misty or smoky atmosphere. In the background, a large, multi-story brick house with many windows and a balcony is visible. The scene is set at dusk or dawn, with a warm, golden light. The title "HONORABLEMENT COMPROMETIDA" is written in a large, elegant, serif font across the middle of the image.

HONORABLEMENT COMPROMETIDA

KASEY STOCKTON

Honorablemente comprometida

Kasey Stockton

Índice

[Página del título](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Una nota de la autora](#)

[¿Quieres estar informado\(a\)?](#)
[Agradecimientos](#)
[Otros libros de Kasey Stockton](#)
[Acerca de la autora](#)

Copyright

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Primera versión en inglés. *Honorably Engaged*. Copyright © 2023 por Kasey Stockton.
Diseño de portada por Seventhstar Art.

Primera edición: abril de 2023.

Todos los derechos reservados. No se puede reproducir ni utilizar ninguna parte de este libro de ninguna manera sin el permiso escrito del propietario de los derechos de autor, excepto para el uso de citas con fines de reseña del libro.

Dedicatoria

Para Jane Austen y su amado señor Darcy.

Capítulo 1

Marianne

Londres, 1818.

“*Tonterías, esto no tiene sentido, Mari*”. Me regañé a mí misma, alisando el billete de diez libras, que tenía sobre mi regazo. La luz se coló por la ventanilla empañada del carruaje y brilló sobre la tinta, desplazándose por el sello del Banco de Inglaterra, en la parte superior. “*El señor Marbury no tiene motivos para rechazar esto*”.

Mis nervios bailaban, ante la inminente confrontación, que me esperaba al otro lado de la puerta pintada de burdeos de la oficina del editor, pero aún no había abandonado la seguridad y la paz de mi carruaje. Con los ojos pegados al insultante trozo de papel que tenía en mis manos (apenas diez libras), ignoré los sonidos del tráfico, en la transitada carretera. Había cascos golpeando, cuero crujiendo y ruedas rodando. Tenía una oportunidad de expresar mis deseos, y por supuesto, esta vez no la desaprovecharía.

—Señorita, ¿usted ha cambiado de opinión? —preguntó Keene, mirándome con ojos esperanzados y redondos, en su asiento frente a mí. Mi doncella se había opuesto a esta salida, desde el primer momento.

—¡No! —Doblé el papel cuidadosamente sobre sus arrugas desgastadas por el tiempo, y volví a meter las diez libras, en mi bolso, apretando los cordones una vez más—. Pero no tiene que acompañarme. Espéreme aquí. —Abrí la puerta de un empujón y bajé sola. Estaba acostumbrada a hacer muchas cosas por mi cuenta, y afortunadamente, en esta parte de la ciudad, nadie me censuraría.

—Pero...

—Espéreme aquí —repetí, volviéndome para mirar a mi ansiosa doncella—. Volveré en breve.

Cerré la puerta de golpe y me tapé la cara con el velo de encaje azul. Quizás tenía cierta confianza en mi capacidad para permanecer anónima, en este lugar de Londres, pero yo no era tonta. Todavía mi reputación es importante... Por ahora.

La campana sobre la puerta sonó, anunciando mi llegada, y un hombre levantó la vista de su escritorio, que estaba apoyado contra la pared. Era joven y delgado, luciendo como el secretario.

—¿Puedo ayudarla, madame? —dijo con voz nasal.

—Necesito una audiencia con el señor Marbury, por favor.

—¿Usted tiene una cita?

“*Efectivamente, él es el secretario*”. Lo pensé acertadamente.

—No. Pero, él me recibirá. —Tenía esperanza y confianza en mí misma.

El hombre se puso de pie, mostrando una tardía demostración de caballerosidad.

—¿Quién lo llama?

—Una mujer con la que deseará mucho hablar.

El secretario parecía inquieto. Acaso, ¿mi velo resultaba desagradable? ¿O simplemente era por mi sexo?

—Pregúntele al señor Marbury, si usted no me cree —lo desafié.

El hombre se alejó corriendo, probablemente para hacer precisamente eso. Aplasté la tentación de jugar con el cordón de mi bolso. Mi madre me había enseñado a comportarme como

una dama, y hasta ahora lo había hecho de manera impecable, a pesar de la difícil situación actual.

Tenía la sensación que mi solicitud no sería concedida, aunque felizmente para mí, el secretario me iluminó el camino directo hacia el hombre que buscaba. Lo seguí por el corto pasillo, y me detuve frente a una puerta, en cuya placa dorada, leí:

“Señor Marbury, editor”.

Acaso, ¿no es necesario haber escrito libros para obtener ese título? Esta era casi una broma lo suficientemente divertida, como para provocarle un ataque de risas a cualquiera, pero reprimí mi tentación a expresar esta ironía.

La puerta cedió fácilmente, revelando al delgado secretario, parado frente a un escritorio de roble, demasiado grande, con un hombre corpulento, descansando frente a él con unas patillas tan largas, como para rivalizar con las de mi gato.

—Señor Marbury. —Reuní toda la falsa confianza que pude fabricar, en ese momento, y entré en su oficina—. Es muy importante que yo hable con usted.

El señor Marbury me miró a mí y luego al secretario con sus mejillas sonrosadas visibles, debajo de sus patillas temblorosas.

—Madame, usted no ha concertado una cita.

—No ha sido por falta de esfuerzos. —Le envié una breve sonrisa, y me senté frente a su escritorio, quitándome los guantes, un dedo a la vez. Quizás esto era innecesario, pero esperaba hacerle entender, que no tenía intención de irme hasta que hablara con él.

Una mirada se dibujó en su rostro. ¿Resignación? El secretario se dio por vencido, retirándose al pasillo. Esperé hasta que la puerta se cerró con un clic detrás de él, antes de poner los guantes en mi regazo, y levantar el velo para que descansara sobre mi sombrero.

—Madame, aquí no nos dedicamos a publicaciones periódicas.

Al parecer, él no me reconoció. Supuse que tres años podían hacer mucho para madurar el rostro de una mujer joven, pero de todos modos, esto me dolió. ¿Me había descartado de su mente tan fácilmente, como a mi manuscrito?

—Lo sé muy bien. Usted apenas se dedica a las novelas.

Esto lo hizo enfadar. Se apoyó en su silla con la boca apretada hacia abajo. Era la misma expresión, que tuvo después de nuestra presentación inicial, cuando entré en su oficina por primera vez, y descubrió que la autora del manuscrito, que había comprado por correspondencia, “M. H.”, era una mujer.

Hoy no tenía necesidad de crearme un enemigo. Debía reprimir mi lengua.

Él sacó un reloj de cadena larga del bolsillo de su chaleco y miró la hora.

—En breve, tengo una reunión con un cliente, que concertó una cita... Indique su motivo.

En otras palabras, él me manifestó que procediera con prisa. ¡Muy bien! ¡Sí! Podía hacerlo. Sin embargo, no me molestaría en responder a su pulla, porque habría estado más que feliz de concertar una cita, si él hubiera respondido a mi carta. No obstante, encontrar tiempo lejos de mi madre para participar en reuniones clandestinas era difícil de planificar con antelación, así que esto había funcionado a mi favor. Aunque la salida que ella desaprobaba por completo fue más fácil de organizar, en este momento.

Lo examiné con la mirada más directa que pude. Por supuesto, yo tenía la desventaja de ser mujer. Ahora que mi futuro pendía de un hilo, esperaba que al menos él me escuchara, pero parecía más probable que cerraría los oídos.

—Usted posee los derechos de mi novela y todavía no ha hecho nada con ella. Me gustaría

volver a comprarla. —Saqué el billete de diez libras de mi bolso y lo alisé sobre el escritorio que tenía por delante—. Estoy dispuesta a pagar la suma que me pagaron, junto con otras cinco libras por su tiempo. —Me dolió hacerlo, pero saqué un segundo billete y lo añadí al primero.

El señor Marbury me miró a mí y luego a los billetes, entrecerrando los ojos.

—¿‘Eme Hache’?

—Sí. —No me convenía darle mi nombre completo, Marianne Hutton, pero él tenía razón al adivinar cuál de sus novelas estaba acumulando una capa de polvo, en su estantería. Le sostuve la mirada, imitando a mi padre, durante una partida de ajedrez—. ¿Le conviene este acuerdo?

—No. —Se pasó una mano regordeta por la barbilla.

—¿Perdón?

—No. No le venderé los derechos, madame ‘Eme Hache’.

Nunca antes me había sentido como un salmón, pero ahora me costaba mantener la boca cerrada.

—Compré el manuscrito legalmente —continuó—, y es mío para hacer con él lo que crea conveniente.

¿Mi historia solo era apta para un armario oscuro? No lo creía así, cuando se la envié inicialmente.

—Ha tenido el manuscrito en su posesión durante casi tres años, señor. Si no publica la novela, yo encontraré a alguien más que lo haga.

—Me temo que eso está fuera de cuestión.

—¡Santo Cielo! ¿Por qué? ¿No querrá decir que mantiene la intención de publicarla? —A pesar de la incompetencia demostrada del señor Marbury, mi pecho se hinchó con un mero atisbo de esperanza.

—Por el momento, no... No tengo un minuto libre para otro proyecto. Estoy totalmente ocupado con otro autor. Un hombre que llegará en cualquier momento, y usted está ocupando su asiento.

Por supuesto, él está trabajando con otro autor, quien produce demasiado dinero, y ese hombre exige toda la atención y dedicación del señor Marbury. Otro autor, cuyo libro se publicó, poco después que se suponía que se publicara el mío. Mi pecho se hinchó de rabia y disgusto.

—¿Usted habla del señor Dalton Henry, supongo?

El hombre no lo admitió, pero su frustración adicional lo delató. Saqué los billetes de su escritorio y los doblé de nuevo, guardándolos en mi bolso con desagrado. Me bajé el velo para ocultarme la cara, poniéndome de pie y colocándome los guantes con deliberada lentitud. Despreciaba al autor, que me había robado mi puesto ante el editor, y su atención. La tentación de quedarme un rato y echarle un vistazo al culpable era demasiado grande. Dalton Henry probablemente era un hombre bajo, delgado y pálido, debido a tiempo que seguramente pasaba en su casa, escribiendo novelas sobre antiguas batallas y otras disputas. Arrugué la nariz, reflejando mi malestar. Nada en esta oficina me resultaba atractivo. Ni la persona que la dirigía, ni los hombres con los que él trabajaba.

—¿Eso es todo? —dijo el señor Marbury, tratando de empujarme hacia la puerta.

—Si quince libras no son suficientes. Entonces, ¿cuánto quiere usted?

Él exhaló un suspiro de impaciencia.

—Como lo dije antes, todavía tengo pensado publicar la novela.

—¿*Eventualmente*?

—Sí. —Él estuvo de acuerdo.

—Pero eso no es suficiente para mí, señor. —*Eventualmente* no me proporcionaría un

ingreso para mantenerme. Además, *eventualmente* no pondría mi historia en los estantes de las tiendas de libros y las bibliotecas. Y *eventualmente* no me liberaría de mi vida de la alta sociedad, que me agobiaba y limitaba considerablemente.

Recordé que me obligaban a coser muestrarios, o a atender a los invitados, en las cenas de de mi madre, esforzándome más de lo necesario. Esas ideas eran suficientes para aumentar esa marea de temor inquieto dentro de mí. Había trabajado duro, durante los últimos años, para ser la hija perfecta. No había pedido nada y fui devotamente obediente. Ahora tenía un plan. Sin embargo, el señor Marbury, con sus largas patillas y sus ojos duros, se interponía en mi camino.

—Cincuenta libras —le prometí. No tenía cincuenta libras, pero eso no venía al caso. Tal vez pudiera convencer a mi padre, que me prestara ese dinero.

—No. —Sus cejas canosas se alzaron.

—Cien libras. —Tragué saliva. Ahora, ¡sí había perdido la cabeza! Pero recuperaría el dinero, si el libro se publicaba en otro lugar, estaba completamente segura de esto.

El aire estaba cargado, y pude ver la reflexión pasar por el rostro del señor Marbury. Mis manos se apretaron en puños tensos. ¡Estaba cerca de mi objetivo! Había abierto la boca para seguir hablando, cuando sonó el fatídico timbre, indicando que alguien había entrado al edificio por la puerta principal. El señor Marbury cerró los labios de golpe, sacudiendo un poco la cabeza como para despejarse.

—¡No!

Casi que me devolvieron mi manuscrito. Me di cuenta de eso. ¡Estuve tan cerca!

—Mi cliente está aquí, madame. Si es tan amable de permitirme acompañarla hasta la puerta.

Nuevamente, su cliente, el autor de aventuras Dalton Henry, me estaba arruinando mi vida.

—Si usted cambia de opinión...

Su mano se posó en mi espalda y me condujo suavemente hacia el pasillo.

—No cambiaré de opinión.

Me aparté de su alcance y levanté la nariz para avanzar, ante él, con la educación y el refinamiento propios de mi posición, tal como mi madre me había enseñado a hacer, aunque estaba dejando mi alma, en las garras del señor Marbury. Él rechazó mi oferta, pero ese no sería el final de este asunto. Conseguiría una suma lo suficientemente grande, como para tentarlo aún más, y volvería con los billetes para presentar una oferta viable.

Dos hombres estaban de pie, ante el escritorio del secretario, en la entrada. Noté con un sobresalto que, si bien uno de ellos era ciertamente estrecho y se encontraba en el lado más pálido del espectro de la tez (el secretario), el otro era su opuesto en todos los sentidos. Alto y de hombros anchos con el pelo castaño y rizado, parecía despeinado, a pesar de sus evidentes esfuerzos por domar sus salvajes mechones. Sostenía el sombrero en una mano y una pila de papeles en la otra. Acaso, ¿ese era Dalton Henry? ¿El famoso autor? No era bajito, tampoco era pálido, y de ninguna manera parecía un hombre que escribiera sobre aventuras, simplemente porque no podía vivirlas por sí mismo. La postura relajada y el porte formidable de este caballero hablaban de estatus y prestigio. Su sensación de comodidad, en su propio ámbito, era prueba que había visto algo del mundo.

Si su sensación de importancia era resultado de su éxito como autor, él caería aún más bajo en mi estima. Curiosamente, yo deseaba que no fuera así.

—¡Ah! Señor Henry. —La tonta sonrisa del señor Marbury me agrió el estómago—. Si me da un momento, estoy casi listo para reunirme con usted.

El señor Henry volteó hacia el editor. En el momento en que nuestras miradas se cruzaron,

mi estómago se hundió hasta el suelo de madera. A pesar del velo, que cubría mi rostro, sus ojos se iluminaron al reconocerme, y reprimí la maldición poco femenina que bailaba en mi lengua.

Realmente, no era el señor Dalton Henry que esperaba, un destacado autor y un completo desconocido para mí. No, ¡era Henry Bradwell! Un caballero y amigo de mi familia desde hacía mucho tiempo.

“¡*Oh, maldición!*” Ahora sí me encontraba en un verdadero dilema.

Capítulo 2

Henry

El señor Marbury no podía culparme por esforzarme en prestar atención a su monólogo, mientras todavía me recuperaba del shock de ver a Marianne Hutton, en su entrada, sola y con una especie de disfraz. Me consideraba un hombre inteligente, en general, pero mi mente no pensaba en una sola razón para su presencia, que presagiara algo bueno para mí. ¿Qué hacía ella allí? ¿Dónde estaba su doncella? ¿Su lacayo? ¿O su madre? Además, ¿mi secreto ya no estaba intacto?

—¿El señor Henry?

Nunca dejaba de resultarme extraño que me llamaran por el seudónimo que había adoptado para mis novelas. Para todas las personas, excepto para mi editor, yo era simplemente Henry o Bradwell, y había querido que siguiera siendo así. No obstante, ¿la señorita Hutton revelaría la verdad, a todos? ¿Llegaría la noticia de mi secreto, a mi madre?

—¿El señor Henry? —volvió a decir el señor Marbury con la paciencia cada vez más escasa.

—Perdóneme. Mi mente se ha ido de las manos. —Me enderecé en mi asiento—. ¿Qué decía?

—No podemos competir con las novelas románticas... *Orgullo y prejuicio*... *Sentido y sensibilidad*... Hace tiempo que tienen el monopolio de las ventas, y nos convendría modificar nuestro enfoque para atraer mejor a todos los lectores.

—¿A todos los lectores?

—Tal como usted escribe, cuenta historias aptas solo para hombres.

—Por supuesto que sí. ¡Esa es mi intención! —Sin embargo, las cejas levantadas del señor Marbury indicaban que él quería algo diferente—. ¿Le gustaría que también fuera apta para mujeres?

—De hecho... —Él se inclinó hacia delante en su silla—. Muchas novelas cuentan aventuras y amor simultáneamente. ¿No puede hacer lo mismo?

—No... Mis historias no pueden. No tengo ni la menor idea de cómo escribir una historia de amor. ¡Cielos! Quiere una reescritura completa de mis obras literarias, ¿no? —Mi mirada se desvió hacia el manuscrito terminado, que estaba sobre el escritorio entre nosotros—. ¿Usted insinúa que mi próxima novela será...?

—No será la próxima, señor Henry. ¡Es esta! —Le dio un golpecito con un dedo grueso—. No podemos esperar obtener las ventas, que deseamos, sin atraer a la población en general.

—Eso llevará tiempo.

—Puede quedársela. No debería ser demasiado problema. Solo tiene que añadir una mujer de la que su personaje se enamore.

Él quería que añadiera otro personaje, ¡y femenino! Como si esto fuera tan sencillo como poner una pera más en el plato, o colocar una segunda manta sobre la cama. El trabajo que tenía por delante era abrumador. Por no hablar del hecho que no sabía cómo escribir sobre una mujer de la que mi personaje se enamorara. No era algo con lo que tuviera experiencia ni estaba dispuesto a hacerlo.

Había una mujer, a la que había considerado románticamente, pero ella se había casado con mi hermano, y ahora ya no la tenía en esa consideración romántica. Esa era la que me gustaba.

Incluso ella es firme y segura de sí misma.

“*Soy totalmente carente de sensibilidad femenina*”.

—No estoy seguro de poder hacerlo, señor Marbury.

—Me temo que necesito que lo haga. —Su sonrisa se desvaneció.

La amenaza se cernía pesadamente en esas palabras. Debía hacer los cambios, o él no publicaría mi libro. Él tenía que estar mintiendo. No se quedaría sentado sobre un manuscrito, que tenía el potencial de traerle dinero, ¿cierto? Sin embargo, su expresión decía lo contrario. Supuse que lo mínimo que podía hacer ahora era intentarlo.

—Bueno, haré todo lo posible.

—Muy bien, señor Henry. ¡Muy bien!

Me puse de pie, ansioso por irme. Necesitaría idear alguna excusa para pasarme por casa de los Hutton sin anunciarme. No podía ir a visitar a Marianne y pedirle que me acompañara en un paseo sin incitar rumores, pero necesitaba hablar urgentemente con ella. No, no era solo hablar. Debía rogarle que olvidara que alguna vez me vio en una editorial.

Deslicé mi sombrero sobre mis rebeldes rizos y tomé de nuevo mi manuscrito.

—Tendrá mi respuesta dentro de seis meses.

—¿Su respuesta?

—Sobre si soy capaz o no —le expliqué.

Ahora el señor Marbury lucía realmente incómodo e insatisfecho. No se había manifestado de esa manera, cuando entré a su oficina.

—Tres meses... Para entonces, usted deberá saber si es posible.

—Muy bien. Buenos días, señor —asentí una vez.

“*¿Tres meses para una reescritura completa con un personaje adicional, y una nueva historia romántica? ¡Marbury se volvió loco!*”

El aire fresco de la primavera me recibió, cuando salí corriendo, buscando en la calle un carruaje para alquilar. Había pasado mucho tiempo desde la última vez, que había ido a la casa de los Hutton, y no estaba seguro de poder recordar dónde la misma se encontraba, lo que significaba volver a casa para buscar la dirección primero. Me dolían las extremidades y las mismas zumbaban como un enjambre de abejas.

“*¿Y si la señorita Hutton ya anunció a toda su familia que yo soy...?*”

—¿Señor Bradwell?

Di la vuelta y me encontré, cara a cara, con la misma mujer que había estado esperando ver. Era más baja de lo que recordaba, su cabello oscuro estaba recogido y permanecía escondido debajo de su sombrero. Sus ojos castaños resplandecían, chisporroteando como un fuego recién encendido, y no eran menos brillantes por el velo que los cubría.

—Marianne Hutton.

—Así que es cierto. ¡Usted es Dalton! —Sus labios se apretaron en una línea plana.

—No —dije, aunque ambos sabíamos que esta era una mentira descarada. Miré a nuestro alrededor, pero nadie parecía prestarnos atención—. No hable de eso aquí, por favor. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

Ella me miró con astucia. Conocía a esa mujer de toda la vida (nuestras madres eran queridas amigas), pero no la había visto a menudo y tampoco la conocía bien. La verdad era que Marianne Hutton era una auténtica desconocida, pero en todos nuestros años de relación, jamás había pensado en ella, como algo más que de voz suave y buenos modales. Nunca antes la había visto tan descaradamente enojada.

Hizo un gesto hacia la calle.

—Mi carruaje está justo allí y mi doncella está esperando adentro. Puedo llevarlo a su casa, si usted quiere.

¿Era eso del todo apropiado? Incluso con la presencia de su doncella, me pregunté, sabiendo que a su madre no le gustaría esto. Pero ella no parecía preocupada por el decoro, y yo necesitaba privacidad para pedirle silencio.

—Eso es muy agradable, gracias.

La señorita Hutton me guió hasta su carruaje.

—Dígale a Clayton a dónde le gustaría ir.

Le abrí la puerta, pero ella no aceptó mi mano, sino que subió sola, agarrándose la falda para no tropezar. Le di mi dirección al cochero y seguí a la señorita Hutton hasta el carruaje, sentándome frente a ella y la doncella, cuyo aspecto era nervioso. Cuando la puerta se cerró, ella se levantó el velo y desató los cordones de su sombrero, quitándose el sombrero de la cabeza. Se lo dio a su doncella, que sacó un sombrero diferente de la caja de sombreros, que tenía en el regazo (sin velo), y la señorita Hutton lo ató, en su lugar, asegurando el lazo a la izquierda de su barbilla.

Marianne era realmente encantadora, en todos los sentidos, excepto en su actitud. Su nariz recta se arrugó, mientras se acomodaba en su asiento, y me miraba, como si yo estuviera perfumado con estiércol.

Yo sabía que ella olía muy bien, así que la causa de su disgusto no estaba clara.

—¿Deseaba hablar en privado? —preguntó, mientras el carruaje se balanceaba al incorporarse a la carretera, y se unía al tráfico.

Miré a su doncella.

—Keene es el alma de la discreción. Se puede confiar en ella.

No se podía confiar en ningún sirviente, pero no discutiría ese punto. ¿Qué opción tenía?

—Nadie lo sabe, señorita Hutton.

Ella parecía desconcertada, sus hombros se balanceaban ligeramente con el movimiento del carruaje, antes que su frente se aclarara.

—Se refiere al seudónimo.

—De hecho. Nadie lo sabe.

—¿Ni su familia?

—Ni siquiera ellos.

—Usted desea que siga siendo así.

—Lo deseo. —Pellizqué los bordes de mi portafolio, sosteniendo sus ojos marrones—. Confío en su discreción.

La señorita Hutton se recostó contra los cojines y sintió que algo la reconfortaba.

“¿Ella se siente aliviada? ¡Qué extraño!”

Hizo una pregunta:

—¿Cuánto tiempo lleva con Marbury?

—Algo más de tres años.

—Como pensaba —murmuró ella.

—¿Le pido perdón?

—Usted quiere que guarde su secreto, lo cual es bastante fortuito... Pero, necesito un favor suyo.

Keene miró a la señorita Hutton con inquietud.

—¿No querrá insistir más? —le preguntó tímidamente.

—Haré lo que deba hacer. —La señorita Hutton volvió a fijar su mirada en mí, y parecía

más decidida de lo que cualquier persona tendría derecho a estar. Ella era intimidante, y yo no podía negar eso. Temía lo que estaba a punto de pedirme—. ¿Está de acuerdo en que tiene una influencia significativa con el señor Marbury, no?

—¡No! —Incluso si fuera así, no estaría reescribiendo mi novela para incluir un romance.

—Podemos estar de acuerdo en estar en desacuerdo, en ese aspecto. ¿Usted estaría de acuerdo, en que su editor quiere mantenerlo feliz? —Ella frunció el ceño.

—Sí, esa es una evaluación justa.

—¿Diría que lo escucha? —preguntó.

“¿*Realmente lo hace?*”

—Supongo que sí.

—Entonces, prometo guardar su secreto, si acepta ayudar a que mi novela se publique.

Me atraganté, tosiendo.

—¿Eso es lo que usted estaba haciendo allí? ¿Intentando publicar una novela?

La tranquila y suave señorita Hutton había escrito un libro, reuniéndose con un editor por su cuenta. ¿Sin su padre u otro hombre que la apoyara?

—No exactamente. Estaba intentando recuperar mi manuscrito del señor Marbury, y él se negó... Si no quiere venderme los derechos de mi novela, entonces usted podría convencerlo que la publique. —Miró hacia la ventana, y sentí que esto era una gran dificultad para ella.

—¿Ya él le pagó por esa novela?

—Sí. —Me observó detenidamente—. Hace tres años.

No me di cuenta que el carruaje se detuvo, sorprendido como estaba por su admisión. La forma directa en que lo dijo no podía ocultar su irritación hacia mí, o la importancia que le daba a esos tres años. ¿Me culpaba porque su novela permanecía sin publicar? Seguramente, reconoció que yo no tenía nada que ver con eso. En fin, Marbury tomaba esas decisiones, por su cuenta.

No podía argumentar que era demasiado tiempo para esperar. Se me agotaría la paciencia, si estuviera en su lugar. Pero el punto que me pesaba ahora era el rol de Marbury en esto: estaba muy claro que él estaba dispuesto a quedarse con su manuscrito. Ciertamente, esto aumentó mi deseo de tener éxito con mis esfuerzos de reescritura, rápidamente.

—Exactamente, ¿qué necesita de mí, entonces? —pregunté.

—Quiero que use su influencia para que mi libro se publique. El señor Marbury se negó a venderme los derechos, pero al ritmo que avanza, mi libro nunca verá la luz del día.

Debía haber alguna razón por la que aún no haya publicado una novela por la que había pagado. Podía hablar con el hombre, pero ella estaba pidiendo algo que estaba más allá de mi poder.

—No puedo hacer ninguna promesa.

—Pero, ¿usted puede hacer el esfuerzo? —Se encogió de hombros levemente.

—Si hago eso, ¿usted guardará mi secreto?

—Sí —lo dijo, mirándome con sinceridad.

Mi cuerpo estaba tenso. A grandes rasgos, yo no era un hombre sociable, y estar sentado tanto tiempo, en compañía de una mujer, que no conocía bien, a pesar de la amistad de larga data de nuestras familias, era agotador. Hablar del tema de su novela con Marbury también fue demasiado fatigoso. Aunque todos estos esfuerzos valdrían la pena para prolongar mi anonimato.

—¿Cómo puedo comunicarme con usted después de hablar con él?

—¿Asistirá a algún evento social la semana que viene?

—Supongo que ahora no tengo otra opción, si vamos a comunicarnos de manera informal.

—La idea de bailes, fiestas o cenas de la sociedad me resultaba repulsiva. A menudo asistía a ellos, cuando estaba en el campo para apaciguar a mi madre, pero ella no estaba aquí con nosotros ahora, y no había nadie que me obligara a hacerlo. Por otro lado, mis hermanos encontrarían extraño, si de repente mostrara interés en la alta sociedad, pero como ellos tampoco estaban aquí, eso no tenía importancia. Además, ¿qué otra opción tenía?

—Es una ventaja que nuestras madres hayan seguido siendo amigas, durante tantos años, señor Bradwell. No se considerará extraño que nos busquemos para conversar.

Un lacayo abrió la puerta y me miró expectante. Habíamos llegado a mi casa, por lo que parecía. El viaje fue más rápido de lo que me había dado cuenta, y todavía tenía preguntas para la señorita Hutton. Esta mujer había escrito un libro, vendiéndoselo a un editor, y yo había asumido que no le interesaba nada más que aprender nueva música para tocar el pianoforte, o dedicarse a un proyecto de bordado terminado.

—¿Cuál es la naturaleza de su novela, señorita Hutton?

—Romance. —Sus labios se curvaron en una sonrisa cansada—. Si Marbury no desea continuar, encontraré a otra persona que sí lo haga. No pretendo encontrar mi propia historia increíble. Ciertamente, no es *Persuasión*. Pero sí creo que podría hacer sonreír a muchas caras, si se le diera la oportunidad.

—Su dedicación es impresionante.

—¿Porque soy mujer? ¿Mi dedicación sería menos impresionante, si fuera hombre?

Sí. Eso era exactamente lo que había pensado. La mayoría de las mujeres que conocía no perseguirían nada de esta naturaleza. Se enfurecerían en privado por su frustración, y lamentarían su mala suerte.

—Me impresiona que usted está persiguiendo algo que le importe tanto.

—Espero no verme obligada a perseguirlo por mucho más tiempo.

Y ella confiaba en mí para que sucediera de esa manera.

—Hasta que nos volvamos a encontrar. —Salí del carruaje y le hice una reverencia, volviendo a ponerme el sombrero en la cabeza.

—¡Oh! ¿Señor Bradwell? ... El señor Marbury no sabe mi nombre completo. Mi manuscrito está a nombre de 'Eme Hache'.

—¡Entendido! —El lacayo cerró la puerta, saltó a la parte trasera del carruaje, y ellos se fueron. Me quedé en la calle, mirándola irse. Un pequeño zarcillo de inquietud se enroscó en mi cuerpo. Todavía no estaba completamente a salvo. ¿Y si no podía hacer ningún progreso con el señor Marbury? ¿Estaría la señorita Hutton dispuesta a ayudarme a mantener mi anonimato? No me había parecido que fuera una mujer rencorosa, pero yo no conocía la naturaleza de su carácter, más allá del hecho que me consideraba de algún modo responsable de la falta de publicación de su obra. Mis palmas se humedecieron al apoyarlas en la carpeta, que contenía mi manuscrito, imaginando cómo me enfrentaría a mi familia, si esto se supiera. De hecho, ¿cómo me enfrentaría a la sociedad, en su totalidad? Negué con la cabeza y subí las escaleras. ¡Todo esto se solucionaría! No obstante, debía atender una cosa a la vez.

Capítulo 3

Marianne

A menudo, la biblioteca de mi padre era un refugio para mí, y los cuatro días transcurridos desde que vi al señor Bradwell habían hecho necesario su uso frecuente. Esperar noticias de ese hombre resultó ser excesivamente agotador. Todavía no podía concebir que Henry Bradwell fuera un autor de novelas tan queridas. Mi padre tenía un libro de Dalton Henry, pero yo nunca lo había abierto. ¿Quizás por rencor? Mi frustración por haber sido ignorada por ese editor, mientras mi libro languidecía en los estantes de Marbury, no era ningún secreto para mí.

Bueno, era un secreto para todo el mundo, pero no era algo que yo pudiera esconder a mí misma.

Julia asomó la cabeza por la puerta, con su fichu ligeramente torcido por el niño que descansaba sobre su cadera, y la mano regordeta de él, agarrando su escote.

—Pensé que te encontraría aquí. ¿Tienes un minuto?

—Tengo muchos. —Me levanté y extendí ambos brazos hacia mi sobrino, que vino a mí voluntariamente. Volví a sentarme, haciendo rebotar a Frederick sobre mi rodilla—. ¿Cómo has estado durmiendo?

—Mejor, un poco. —Se sentó en la silla, reclinándose en una posición poco femenina—. Me gustaría que él fuera con la niñera, pero no quiere a nadie más que a mí, y nunca me abandona a una hora decente.

—Las pesadillas no juegan con los caprichos de las madres.

—No —dijo Julia, abriendo los ojos para reiterar su punto—. No lo hacen.

—¿Gatito? —preguntó Frederick, sin tener en cuenta que él era el centro de nuestra conversación.

Me puse de pie, lo equilibré sobre mi cadera y escudriñé los estantes hasta que mi mirada se posó en una masa de pelo gris a rayas.

—Allí —susurré, señalando hacia arriba—. ¿Ves al señor Darcy?

—¡Gatito! —Frederick se movió hasta que lo puse en el suelo, y él se tambaleó hacia la estantería, donde mi gato estaba durmiendo la siesta. Levantó ambas manos en el aire y saltó, como si pudiera alcanzar los seis pies que lo separaban del escondite del felino.

—Se quedará así durante horas —manifestó Julia, bostezando. —Espero que tu gato no se despierte pronto.

Me senté de nuevo en la silla, y metí los pies debajo de mí.

—¿Cómo está el señor Walding?

—Muy lejos —dijo Julia con un puchero—. Hubo una inundación en Dorset, y él se fue a evaluar los daños en nuestra casa, y a ver a los inquilinos. No espero que regrese por un tiempo.

—Rezaré para que tenga que hacer reparaciones mínimas.

—¿Has pensado en adquirir un señor Walding propio?

—¿Quieres que yo compre a tu marido?

—No seas tonta —replicó ella.

Mi hermana y yo siempre habíamos sido muy unidas. Ella solo tenía dos años más que yo. Aunque se había casado con el señor Walding hacía cinco años, lo que cambió un poco nuestra relación. Sin embargo, a pesar que hacía tiempo que yo estaba en edad de casarme, no había seguido ese camino hacia el matrimonio inmediato. Ahora, a los veintitrés años, yo era una

auténtica solterona, a los ojos de mi madre.

—Mi soltería no se debe a que no haya intentado encontrar marido.

—Eres joven, Mari. No puedes decir que eres solterona, todavía no... —Julia se rió.

—Dudo que mamá comparta esa opinión.

—Ella solo quiere que seas feliz. —La compasión brilló en los ojos de Julia.

Para mí, la felicidad era escribir, crear una historia y experimentar el crecimiento, a través de los personajes. No era desempeñar incesantemente el papel de anfitriona ni preocuparme por la disposición de los asientos, ni los pedidos de velas y tampoco averiguar quién iba a pagarle al carnicero. Yo quería amor, hijos y una casa propia, pero no quería ser ama de casa.

Por eso, no había descartado por completo la posibilidad de no casarme nunca. Un ingreso considerable por mis novelas y una casa, en el campo, me vendrían mejor que organizar fiestas por el resto de mis días. Hasta que tuviera el coraje de discutir esta opción con mis padres, seguiría haciendo todo lo posible por ser su hija casi perfecta.

—El señor Jacobson era agradable —expresó Julia con cuidado—. Guapo y educado. Nunca te pisó los pies, mientras bailabas ni te obligó a ir a buscar tu propio refresco.

—Es educado, pero tiene aspiraciones políticas.

Julia me miró fijamente.

—¿Cuándo empezamos a sentir antipatía por los políticos?

—Nunca... Pero ser la esposa de un político sería incómodo para mí.

Ella pareció considerar mi breve opinión.

—Esto requeriría tener gusto por ser anfitriona. Sé lo mucho que te disgusta esa posibilidad.

—¡Gatito! —gritó Frederick sin dejar de saltar. El señor Darcy se reclinó sobre unos libros, sin abrir un ojo.

—¿Y el capitán Neal? —preguntó Julia.

Últimamente él había sido muy atento conmigo. Era bastante atractivo con su pelo castaño rojizo y su nariz torcida y rugosa, pero ahí terminaban sus virtudes.

—Es un marinero... Me niego a vivir en un barco.

—Tu disgusto por el océano es tan injusto —destacó ella—. ¿Y el señor Ferrars? —Ella me desafió.

—Tiene demasiadas hermanas. Sus familias se visitan constantemente.

—No sabía que también nos disgustaban las hermanas.

—Esa no es la cuestión. —Le hice una mueca irónica.

—Entonces, ¿no te gustaría casarte? Simplemente, ¿no deseas un marido, que te obligue a hacer todas las cosas, que normalmente se le pide a una esposa que haga?

—¡Tus razonamientos son injustos! —protesté. Aunque, en cierto sentido, supuse que ella tenía razón.

—Solo intento comprenderte. —Abrió los ojos con inocencia.

—¿Por qué? ¿Quieres que me case pronto y le proporcione a Frederick unos primos pequeños?

—¡Eso es! Y mamá me preguntó si entendía por qué vacilas tanto a la hora de elegir un esposo... Ya cuentas con una buena cantidad de pretendientes elegibles, como los has tenido en las últimas temporadas, pero no te interesa ninguno de ellos. Tienes la suerte de tener unos padres tan indulgentes, que te permiten elegir a tu propio marido. Tengo muchas amigas, a las que no se les habría permitido comportarse de esta manera.

Por supuesto, ella estaba reuniendo información para pasársela a mamá.

—Eso fue muy astuto de tu parte, Julia.

—Habría sido astuta, si nunca hubiera admitido mi propósito al mantener esta conversación. Mamá no entiende por qué no aceptaste al señor Jacobson, y piensa que pareces más interesada en el capitán Neal... Ella está casi al borde del abismo, tratando de encontrar un esposo que te pueda apaciguar. ¡Eres una chica quisquillosa! Ella me lo dijo con cierta frustración.

—¿Quisquillosa? —Mis ojos buscaron el techo, esperando encontrar paciencia en los paneles de allí arriba.

—Adam está casado y vive feliz en Kent. Yo estoy casada y estoy contenta. Tú eres la única hija que queda. Si algo le pasara a mamá y papá, ¿qué sería de ti?

—Aceptaría un puesto de institutriz para mi dulce sobrinito.

—Sabes bien que no necesitarías tener una ocupación para vivir con nosotros, pero eso no viene al caso. Una vez que estés casada y tengas tu propia casa, mamá dejará de preocuparse por tu futuro.

Nunca antes me lo habían dicho tan claramente. Podía entender lo atractivo que es para una madre tener a todos los hijos cómodamente ubicados. Me percaté por qué mi madre había organizado tantos bailes, cenas y fiestas, en nuestra finca de campo. Incluso ella me había preguntado, si me encontraba incapaz de elegir marido por mi cuenta. Aunque fue un alivio cerciorarme que sus motivaciones no eran tan ofensivas.

Mis dedos jugaron con un hilo deshilachado en la tapicería de la silla.

—Tal vez la razón por la que todavía no he encontrado un esposo es porque los caballeros que mamá elige para mí son aficionados a los eventos sociales. La idea de quedarme en Londres, y ser anfitriona por el resto de mi vida es agotadora.

Julia levantó la vista, pensativa.

—¿No puedes encontrar a un hombre tranquilo, en el campo, entonces? El señor Walding y yo asistimos a cenas o a bailes íntimos de vez en cuando, pero no tanto como uno esperaría en la ciudad.

—Supongo que sí. —¿No lo había estado haciendo ya? Era obediente, prestando atención a cada caballero elegible, que mamá me dirigía hasta que decidía, si su estilo de vida encajaba con mis gustos. La mayoría de las veces no era así.

Miré a Julia. Su rostro, en forma de corazón, estaba fijo en mí y las sombras se acumulaban bajo sus ojos. Su hijo la había mantenido despierta tan a menudo últimamente, que estaba agotada, lo cual entendía, pero eso estaba empezando a pasarle factura. Supuse que ella no cambiaría el sueño por Frederick. Aunque valía la pena sacrificarse por algunas cosas.

—¿Por qué no le has contado a mamá tus opiniones? Ella podría haber modificado su búsqueda, si hubiera sabido de tu fuerte aversión por el entretenimiento.

Esa era una pregunta válida.

—¿No es el deber de una hija ser obediente? Mamá eligió al señor Walding para ti, y no conozco otra pareja más adecuada, ustedes son el uno para la otra. Hizo lo mismo con Adam y Harriet, y también forman un matrimonio por amor.

—Quiero que tengas ese mismo amor. —Los ojos de Julia se llenaron de nostalgia—. Es el sentimiento más importante.

—Quizás algún día lo tenga.

Aunque mi fe en encontrar a ese hombre, bajo la dirección de mi madre, estaba menguando. Así que mi plan de obtener un ingreso propio y mudarme a una cabaña, en el campo, se estaba volviendo más atractivo. Tal vez, al disfrutar de una vida tranquila, me encontraría a un hombre que quisiera compartirla, en lugar de esperar encontrarlo, en uno de los sofocantes eventos de Londres.

Julia se quedó otra hora. Ayudé a Frederick a convencer al señor Darcy para que bajara de la percha. Mimamos al gato con cariño, haciendo que valiera la pena este esfuerzo, y ellos nos dejaron a primera hora de la tarde.

Mamá me encontró en la biblioteca con su sombrero colgando de sus manos.

—¿Vamos a dar un paseo? El parque estará encantador a esta hora del día.

“Ella solo quiere que me cuiden”, me recordé a mí misma. Sus intentos autoritarios de casamentera se debían únicamente a que me amaba. Puse una sonrisa en mi rostro.

—Debería disfrutarlo, pero si vemos al señor Jacobson, debemos ir en la otra dirección.

—¡Oh, muy bien! —replicó mi madre resignada.

St. James’ Park estaba más concurrido de lo que esperaba. A pesar que la luz del sol se filtraba entre las ramas desnudas de los árboles, el viento frío me hizo agradecer que llevaba mi gruesa chaqueta de punto.

—La señora Ormiston va a dar una cena la semana que viene —dijo mi madre—. Y me han dicho que tiene intención de invitar a un conde.

—No tengo aspiraciones de casarme con un conde.

—Lo sé. Pero, ¿quizás te guste?

No iba a aplastar su sueño tan completamente, en ese momento. Mamá deseaba que hiciera un esfuerzo concertado para cortejar a alguien, en esta temporada. La conversación de Julia se había prolongado y me había tentado a hacerlo, pero incluso si mi mente se hubiera abierto, un poco más al asunto, no deseaba comprometerme con un hombre, que defendiera tan plenamente lo que a mí me disgustaba.

Preferiría buscar a alguien que disfrutara de una noche tranquila. Leer junto al fuego, o jugar una partida de ajedrez era mucho más de mi agrado. Alguien con quien pudiera hablar de libros o...

—¡Los hermanos Bradwell!

Levanté la cabeza de golpe y vi a Henry Bradwell caminando junto a sus hermanos. Sin duda, tenía un comportamiento minucioso, y no me sorprendería que prefiriera una noche tranquila en casa, a una plétora de funciones sociales. Pero nuestra relación era profesional, en ese momento, y no me atrevería a ponerme a criticar a un hombre, que era la razón por la que mi libro aún no se había publicado.

Mi madre nos dirigió directamente hacia ellos. Sonreí cuando ella intercambió cumplidos con James Bradwell. Era una lástima que no pudiera llamar al señor Henry Bradwell aparte, ahora, y preguntarle si había tenido éxito con mi manuscrito o no.

—¿También asistirá al baile, señorita Hutton? —preguntó el señor Henry Bradwell, tomándome por sorpresa. Tenía los ojos clavados en mí y su boca dibujaba una leve sonrisa. Era una boca agradable, atractiva a la luz del sol. Me sacudí la idea.

“¿De qué baile estaba hablando? Ah, sí, el de la señorita Northcott”.

Busqué su mirada, tratando de leer su emoción.

“¿Me está diciendo algo con los ojos?” Nada que pudiera discernir.

—Tengo la intención de hacerlo... ¡Sí!

—Entonces, ¿podría ser tan atrevido como para pedirle que me guarde un baile? No me importa cuál.

“¡Maldito hombre! ¿No podía evitar señalarme así?”

Miré a mi madre, decepcionada, al verla observando ansiosamente el intercambio. No había nada que hacer ahora, y necesitaba la información que el señor Bradwell me proporcionaría.

—Estaría encantada de hacerlo.

Tomé el brazo de mamá y nos despedimos, antes de volver al parque.

—Henry Bradwell es muy guapo.

“¡Oh, cielos!”

—Estoy segura que no quiso decir nada con eso.

—Un hombre no pide un baile de antemano sin intención. —La sonrisa burlona de mi madre demostró que no estaba de acuerdo conmigo.

Ella no se equivocaba en eso. Sin embargo, estaba malinterpretando la naturaleza de la intención del señor Bradwell. Estuve tentada de contarle sobre nuestro acuerdo, pero decírselo también la informaría sobre mi libro, y no estaba preparada para eso. También había prometido guardar el secreto del señor Bradwell.

—¿Por qué no lo consideré antes? —murmuró mi madre, mientras me empujaba por el pasillo lleno de gente, que conducía a nuestra casa.

—¿Qué quieres decir? —El miedo se apoderó de mi estómago.

—Henry Bradwell es un verdadero caballero. He adorado a su madre desde que éramos niñas. Tiene una vida cómoda. Sería un matrimonio brillante, sinceramente.

—¿Más brillante que un conde? —pregunté, un poco inquieta.

—No estás interesada en un conde. —Me lanzó una sonrisa fulminante.

No, yo no lo estaba. Pero tampoco estaba interesada en Henry Bradwell, el ladrón de los afectos de los editores.

Capítulo 4

Henry

Thea Northcott, quien recientemente se había comprometido con mi hermano Benedict, irradiaba alegría, mientras saludaba a sus invitados y daba vueltas por la pista de baile, en brazos de su prometido. Su alegría era casi palpable y hacía que fuera difícil no compartir su felicidad. Su baile había sido un éxito, aunque no pude evitar mi decepción por la ausencia de Hutton hasta el momento. Mis ojos habían recorrido a la multitud, desde que comenzó el primer baile, examinando constantemente a las personas presentes, buscando el cabello oscuro de la señorita Hutton, y sus ojos agudos e inteligentes, entre ellos.

James se acercó, observándome con una mirada astuta.

—Pareces más distraído de lo habitual esta noche. ¿Buscas a alguien en particular?

—Estás buscando información, hermano.

—Eso está justificado. Estás actuando de manera inusual.

Eso era cierto. Necesitaría encontrar una manera de distraerlo para que no observara mis interacciones con la señorita Hutton tan de cerca.

—¿Dónde está mi cuñada? —Miré por encima de su hombro, pero no vi a Felicity por ningún lado—. Seguro que te está buscando.

—No puedes posponerlo para siempre. Yo sabré lo que está pasando entre tú y la chica Hutton. No puedes pedirle a una mujer que baile con antelación sin decírmelo, ¿sabes? —James pareció dudar, antes de inclinarse más cerca y bajar la voz—. No hay nada de malo en apuntarle el ojo a una mujer. Si encuentras interés en la señorita Hutton, entonces me alegro por ti.

“¿*Mi situación de soltero es una carga para James?*”

—Ten cuidado, o pronto sonarás como mamá.

—He experimentado la satisfacción del amor y quiero lo mismo para ti.

—Ahora sí que sueñas como mamá.

—Creo que hay cosas peores —aclaró James.

—Lamento decepcionarte, pero no tengo planes románticos con la señorita Hutton. Ya te lo dije, es un asunto de negocios, estrictamente, entre nosotros.

James arrugó la nariz.

—El matrimonio a veces puede ser una cuestión de negocios, pero esperaba que ese no fuera tu caso.

“¿*Matrimonio? Él no puede hablar en serio*”.

—Quizás algún día una mujer me llame la atención...

Mis palabras se atascaron en mi garganta, cuando mi mirada se fijó en la señorita Hutton, al otro lado del salón. Ella miró a su alrededor, como si buscara a alguien (supuse que a mí), y esta oportunidad repentina de admirarla, sin que ella se diera cuenta, no sería desperdiciada. Llevaba un vestido largo de color verde salvia con su cabello castaño oscuro peinado hacia arriba, resaltando su cuello esbelto. Era realmente hermosa, algo que había notado antes, pero a lo que no le presté mucha atención, cuando estaba ocupado, preocupándome por mantener mi secreto.

Su mirada me recorrió, antes de detenerse de golpe. El peso de su atención era más pesado de lo que esperaba y, por más que lo intenté, no pude evitar devolverle una mirada franca.

—O quizás —dijo James—. Una mujer ya lo ha hecho.

Le envié una mueca ceñuda. Él se rió entre dientes y se alejó.

Era hora de reclamar mi baile.

Me sentí extrañamente tímido, pero igualmente ansioso por saber de ella.

—Buenas noches, señora Hutton. Señorita Hutton. —Me incliné, ante cada una de ellas—. ¿El señor Hutton no se unirá a ustedes esta noche?

—Ya está en la sala de juegos.

—¿Puedo reclamar mi baile? —Doblé mi codo y se lo ofrecí a la señorita Hutton.

—Eso estará bien. —Ella colocó su mano en el hueco de mi codo, y la guié hacia el centro del salón de baile, donde se estaba formando un grupo en dos largas filas. Tomamos nuestros lugares, uno frente a la otra, y me di cuenta que no este sería un buen baile para aquellos que desearan entablar una conversación privada.

La señorita Hutton miró a la fila de ansiosos bailarines y después a mí, aparentemente sacando una conclusión similar.

—La sala ya está bastante cargada —dijo—. Hay una pequeña terraza abierta para que entre aire fresco, pero sin mucho espacio... Aunque será mejor que este baile para nuestros propósitos.

El baile comenzó y ya no pudimos hablar. Nos movimos a través de los movimientos, ninguno de los dos estaba dispuesto a correr el riesgo de ser escuchado.

—¿Pudo hablar con nuestro amigo en común? —preguntó ella, finalmente.

—De hecho, pero me temo que no traigo noticias favorables. —Mis labios se abrieron en una suave sonrisa.

—¡Maldición!

Ella había hablado en voz baja, pero la oí de todos modos. Nos movimos durante el resto del baile, como almejas al capricho de las corrientes oceánicas. Cuando el mismo llegó a su fin, le ofrecí mi brazo de nuevo.

—¿Vamos a la terraza?

—Eso sería ciertamente preferible a otro baile, en el que no podamos hablar abiertamente —murmuró ella.

La terraza era pequeña, aunque mientras se formaba el nuevo baile, también estaba vacía salvo por un par de damas con las cabezas inclinadas juntas, en el otro extremo. Llevé a la señorita Hutton al lugar más alejado, frente a ellas, y giré para apoyarme en la balaustrada de piedra, cruzando los brazos sobre el pecho, y vigilando a cualquiera, que tuviera la misma idea de escapar desde afuera para entrar aquí.

—¿Marbury? —Ella me animó.

—Hablé con él ayer, pero nuestra reunión no estuvo bien. Él está dispuesto a quedarse con ese manuscrito hasta que esté listo para publicarlo. No quiere correr el riesgo de arriesgarse con tu libro hasta que haya visto mayores beneficios de otros, pero piensa hacerlo en los próximos años.

—¿Años? —Ella se apoyó en la balaustrada a mi lado, presionando ligeramente su hombro contra el mío.

—Perdone mi impertinencia, pero, ¿puedo preguntarle por qué está tan desesperada para que el libro se publique ahora? ¿Cuál es el motivo de su prisa?

—¿Usted estaría satisfecho si su libro se quedara en el estante del señor Marbury, durante tres años?

—Ni en lo más mínimo.

Ella parecía complacida con mi respuesta

—No es que sea de gran importancia, supongo. Ya fue bastante difícil encontrar a alguien que publicara la obra literaria de una mujer, para empezar. Sin embargo, el hombre que me pagó

se niega a hacer gran cosa con mi libro. A veces, me siento tentada a rendirme, pero me temo que soy demasiado terca para eso.

—¿Rendirse? ¿Por dificultades tan pequeñas? —Me enderecé.

—Es fácil para usted llamarlas pequeñas, cuando estoy segura que su libro fue publicado por la primera persona, a la que se dirigió.

—La segunda, en realidad. —No le diría que ambos habían hecho una oferta por el manuscrito—. Pero eso importa poco, ahora Marbury quiere cambiar mis historias.

—¿Cómo es eso?

—Aparentemente, mis ventas no se pueden comparar con las de *Orgullo y prejuicio*. A Marbury le gustaría que le añadiera un romance.

Ella se rió, y la melodía de su risa se arremolinó en mi pecho. Una sonrisa autocrítica curvó mis labios.

—Sí, ¡es muy gracioso!

—¿Qué piensa hacer?

—Intentarlo. Me ha dejado con pocas opciones. Aunque ayer me concentré en la tarea y no tuve éxito. —Me pasé una mano por la cara—. No sé nada sobre romance.

La señorita Hutton se levantó de la balaustrada, su movimiento para alejarse dejó mi brazo frío.

—¿Y si nos ayudamos mutuamente?

—¿Qué es lo que propone?

—Cada uno de nosotros tiene algo que el otro necesita. Yo puedo ayudarlo con su escritura romántica, y usted puede ayudarme a publicar mi libro.

“*¿Ella no me ha estado escuchando? Marbury no está dispuesto a ceder*”.

—Pero... Ya lo intenté y fue en vano.

—Es una causa perdida con el señor Marbury, por el momento, se lo aseguro. Tengo otra historia que está casi terminada. Podría finalizarla y usted podría ayudarme a encontrar un nuevo editor para la misma, uno que no espere años. Es más probable que lo escuchen, ya que es un hombre... Mis iniciales no delatan mi sexo.

—¿A cambio, usted me ayudará con la relación romántica en mi historia?

—Es un acuerdo mutuamente beneficioso.

—Puedo verlo. —Miré a través de las puertas francesas, abiertas a la gente, que se arremolinaba, en el salón de baile, mi familia, entre ellos. ¿Qué pensarían si de repente pasara mucho tiempo con esta mujer? ¿Qué pensaría la sociedad en su conjunto?

“*Es mejor discutir este posible revés, ahora*”.

—Mi hermano se puso sospechoso, después que le pedí que me reservara un baile. Mi familia ha comenzado a hacer suposiciones sobre la naturaleza de nuestra relación.

—Al igual que la mía. —Resopló ella, frustrada—. Mi madre ciertamente está encantada con eso.

—James está igual. Casi me tienta a proponerle matrimonio a usted, solo para hacerlo feliz a él.

—Tuve un pensamiento similar —murmuró ella.

—¿Entonces, no está cortejando a nadie?

—Mi madre ha estado intentando encontrarme un marido adecuado, durante los últimos años, pero hasta ahora ninguno de ellos ha sido bueno para mí.

Tenía curiosidad por saber qué criterios tenía ella para elegir una pareja. Era hermosa, tranquila, y claramente inteligente, ya que podía escribir una novela entera.

—¿Qué busca la señorita Hutton en un hombre?

—Debe ser apuesto, dispuesto a bailar, y poseer al menos diez mil libras al año.

La sorpresa me recorrió el cuerpo.

—Eso es muy... particular de su parte.

—Supongo que no ha leído *Orgullo y prejuicio*.

—Me temo que no. ¿Es eso... oh? Supongo que está haciendo referencia a un personaje, ¿no?

—El señor Darcy de Pemberley.

Por alguna razón, eso hizo que ella me agradara más.

—¿Usted está enamorada de un hombre ficticio?

Su suave sonrisa era encantadora.

—No estoy enamorada, no. Simplemente siento un fuerte afecto por él. —Me miró, apartándose un rizo de los ojos, y mi corazón latió de forma extraña—. Si elegimos trabajar juntos, ¿cómo cree que podemos lograr estar solos con la suficiente frecuencia, como para hablar de nuestras novelas?

Una idea pasó por mi mente, pero no estaba segura si nació de la tentación, o de la respuesta genuina a nuestro dilema.

—¿En qué está pensando? —preguntó ella. Se formó una pequeña línea entre sus cejas, que quería alisar.

—¿Y si yo fingiera cortejarla? —Sostuve su mirada.

* * *

Marianne

“*Está loco el señor Bradwell?*” Parpadeé, pero su expresión no cambió.

—¿Qué quiere usted decir con fingir?

Con esa palabra, rápidamente él dejó en claro que no tenía interés en un cortejo real. Fue una decepción inmediata, e hice todo lo posible por disimular el dolor que aún me quedaba.

—Actuaré como si mi intención fuera cortejarla: la llevaré al teatro, a paseos por el parque, o por Londres, en el carruaje de mi hermano. Puedo visitarla en su casa. Esto nos dará muchas oportunidades para una conversación tranquila.

Su descripción provocó una oleada de mariposas en mi estómago, que traté de reprimir. Sin embargo, nuestra situación no sería verdadera.

—¿Y nuestras familias?

—Estarán encantadas, por supuesto.

—Hasta que decidamos que no somos compatibles. —O eso supuse. Nuestro falso cortejo tendría que disolverse en algún momento.

—En cuyo caso, usted pondrá fin a nuestro arreglo, y yo me iré corriendo a mi pabellón de caza en el norte para lamerme las heridas.

—Y todo Londres me considerará incasable.

—¡Eso no puede ser! —Él agachó la barbilla sorprendido.

—Usted sabe tan bien como yo, que una mujer no rompe un noviazgo sin llevarse una mancha consigo.

—Supongo que no puedo discutir eso. —Él miró hacia las puertas abiertas, el resplandor anaranjado de las antorchas cercanas le calentaba el rostro—. ¡Fue un plan tonto!

¿Era tonto? No había forma de evitar despertar las esperanzas matrimoniales de mi madre, si quería pasar tiempo con el señor Bradwell, y realmente pensé que podríamos tener un acuerdo

mutuamente beneficioso. Además, aparte de nosotros, no había nadie más en nuestras vidas, que supiera de nuestros escritos. Por ahora, al menos, el señor Bradwell era todo lo que tenía.

Otra pareja salió a la terraza para un disfrutar de un respiro, y pude escuchar la segunda canción de nuestro set terminando. Era casi la hora de volver al lado de mi madre, pero no estaba ansiosa por dejar esta conversación. ¿O era que no quería alejarme del hombre con quien estaba conversando? Necesitaba encontrar una manera de aplastar la pequeña atracción, que crecía en mi pecho. Era guapo, pero nunca había sido especialmente vulnerable a la belleza de un hombre. Ni siquiera cuando tenía unos ojos azules llamativos, o un cabello rebelde y rizado, tan rico y castaño.

Me sacudí la idea. Si el señor Bradwell deseaba un falso cortejo, esto solo complicaría las cosas. Más aún, si yo permitía que mis sentimientos se volvieran reales.

—Es un plan excelente, señor Bradwell. —Bajé la voz para evitar que me oyeran—. Si acepta cortejarme el tiempo suficiente para ayudarme a encontrar un editor, podré mantenerme por mí misma y, en ese momento, no importará mucho, si me consideran incasable.

—Podría llevar mucho tiempo. Un cortejo de tanta duración tendrá mayores repercusiones, cuando termine.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

Ciertamente, la idea de recibir ayuda para comunicarme con los editores superaba a todas las demás cosas. Mi padre nunca me ayudaría, no consideraba apropiado que una mujer publicara una novela, y mi hermano pensaba lo mismo. Quizás pudiera convencer a mi cuñado que lo hiciera, pero él no podría guardar un secreto ni siquiera para salvar su vida. Aunque después de tres años de producir novelas bajo un nombre falso, estaba muy claro que el señor Bradwell sí podría esconder un secreto.

—¿Cuándo empezamos? —pregunté, tratando de no sonar demasiado ansiosa.

—Mi hermano se ha comprometido recientemente y viajaremos a Cumberland para la boda. No me sorprendería que nos marcháramos, mañana mismo.

—Está bien. Me vendría bien algo de tiempo para terminar mi novela.

—Entonces, ¿esperamos hasta que yo regrese para comenzar nuestro cortejo? La visitaré, después de la boda de mi hermano, y le daré a conocer mis intenciones.

Sus palabras me hicieron estremecer. No era la primera vez que un hombre expresaba su interés en cortejarme, pero sí era la primera vez, que yo tenía una reacción positiva, ante eso. Sospeché que mi entusiasmo tenía más que ver con nuestra relación como autores, y no era un asunto de naturaleza romántica.

De todos modos, me sentía ansiosa.

—Entonces, le deseo un buen viaje.

Él tomó mi mano y me besó los nudillos doblados.

—¿Para qué fue eso? —le pregunté.

—¿Práctica? —Sus ojos azules se clavaron en los míos—. Me preguntaba si podría cortejar a una mujer de manera creíble.

—¿Nunca lo ha hecho antes? —Mis cejas se alzaron.

—No, nunca. —Su rostro se contorsionó en una sonrisa sin pretensiones—. Hay una razón por la que necesito ayuda con el romance, en mi novela.

—Tal vez, usted debería leer algunas novelas románticas, mientras está en su viaje.

—¿Tiene la intención de educarme?

—Sí. Le daré clases particulares sobre todo lo relacionado con el amor. —Sonreí—. Comenzaremos con *Orgullo y prejuicio*.

Capítulo 5

Marianne

Habían pasado seis semanas eternamente largas desde la noche en que Henry y yo tomamos nuestra decisión. Había avanzado un poco en mi novela, pero no tanto como esperaba, en ese tiempo. En verdad, la culpa era mía. Podría haber sido mucho más productiva, si hubiera leído menos. Me había resultado difícil priorizar mi propio manuscrito, cuando estaba ocupada leyendo todo lo que Dalton Henry había publicado.

Descubrí con gran consternación que el señor Bradwell es un excelente escritor. Había estado preparada para odiarlo por la eternidad, al principio, pero eso sería imposible, ahora que apreciaba su talento. Me había enviado un mensajero con su manuscrito, antes de partir hacia Cumberland, y después de devorarlo, el camino hacia sus otros libros era corto. Sus novelas eran interesantes. Tenían la capacidad de transportarme a otro mundo, dejándome satisfecha y medio enamorada del hombre ficticio, que se había embarcado en la aventura, aunque ninguno había superado aún al señor Darcy, en mi estima. Me confundió que el señor Marbury hubiera solicitado una trama romántica adicional, cuando las novelas del señor Bradwell eran tan satisfactorias, tal como estaban presentadas.

Tomé la primera hoja de papel de mi propio manuscrito y leí las últimas líneas, que había escrito, pero mi mente no estaba prestando atención. La luz del sol entraba a raudales por la ventana de mi dormitorio, y pensé en enviarle una nota a mi hermana para preguntarle, si le gustaría caminar por el parque conmigo. El aire fresco, a menudo, ayudaba a relajar mi mente, cuando la misma se estancaba en algún punto de mi escritura.

El señor Darcy se colocó entre mis tobillos. Su largo pelaje gris estaba cosquilleando la suave piel de mis pies descalzos. Me incliné y lo levanté, acomodándolo en mi regazo, mientras él se estiraba perezosamente sobre mis piernas. Le acaricié la espalda, mirando a través de mi ventana hacia la calle de abajo. Un carruaje de dos asientos se detuvo frente a nuestra puerta, y el conductor saltó del asiento, mientras un mozo de cuadra descendía de la parte trasera del carruaje, y se dirigió a sujetar las cabezas de los caballos.

Desde ese punto de vista, era imposible saber quién era el hombre que se acercaba a nuestra puerta, pero una aceleración, en mi pecho, me reveló quién esperaba que fuera. “*Deténgase de inmediato*”, murmuré para mi corazón. Logré que mi expresión fuera indiferente, y bajé corriendo las escaleras, agarrando al señor Darcy en mis brazos.

Un caballero estaba de pie, en nuestra puerta principal junto a Shaw, nuestro mayordomo. Estaba de espaldas a mí, pero eso no ocultaba su identidad. Su altura y anchura de hombros combinadas con la mata de rizos castaños en su cabeza eran reveladoras. Se apartó del mayordomo y pareció complacido, cuando sus ojos se posaron en mí.

—¡Ah! Señorita Hutton —dijo el señor Bradwell—. Precisamente, usted es a quien esperaba ver. —La luz de las grandes ventanas se derramaba sobre él con su sombrero colgando de los dedos enguantados—. ¿Puedo tentarla con un paseo en Hyde Park?

—Eso sería muy agradable.

Su mirada se posó en el señor Darcy.

Apreté mi agarre sobre el gato.

—Permítame un momento para ir a buscar mi sombrero, si es tan amable.

—¿Y sus zapatos, tal vez?

Miré hacia abajo y vi que los dedos de mis pies desnudos asomaban por debajo de mi vestido, y mis mejillas se sonrojaron.

—Solo un momento, señor.

Había demasiado calor en mi habitación, y un tiempo atrás, me quité las medias para refrescarme los pies. Ahora me sentía tan ridícula.

—Shaw, ¿le puede informar a mi padre de mis intenciones?

Él asintió y me apresuré a subir las escaleras. Me puse rápidamente las medias y las botas cortas, localicé mis guantes y sombrero, y dejé que el señor Darcy saliera de mi habitación con la esperanza que cazara ratones en el ático, y se ganara el sustento. Pero, él era tan altivo y arrogante, como su tocayo, y en lugar de eso, bajó las escaleras, buscando presas fáciles, y encontró a las criadas de la cocina, quienes siempre lo atiborraban de leche y restos de carne.

Con el manuscrito del señor Bradwell, escondido debajo de mi chal y sujetado a mi costado con el brazo, caminé un poco torpemente hacia las escaleras.

—¿Vas a salir? —preguntó mi padre, sobresaltándome por detrás.

Salté y casi dejé caer los papeles, apenas logrando mantenerlos bien sujetos a mi costado.

—El señor Bradwell me ha invitado a dar un paseo en el parque. ¿Puedo ir?

—Esperaba robarte para una partida de ajedrez, pero supongo que eso puede esperar. ¿Podré arrancarte de tu novela más tarde, esta misma tarde?

—Con gran dificultad —le dije.

Papá se rió entre dientes.

—Tu habilidad para leer esos libros hasta que se les caen las páginas, casi me tienta a intentarlo.

—Puedes, lo sabes... Puedes disfrutarlos.

—¿Disfrutarlos? —Sus cejas se dispararon y su cabeza se inclinó con sorpresa—. Me quedaré con mis hombres de confianza.

Porque ellos pensaban que el Cielo le impediría a una mujer escribir algo igualmente entretenido. No abrí la boca por miedo a decir algo irrespetuoso, así que di la vuelta, en vez de reunirme con uno de los escritores de confianza de mi padre, que estaba abajo. Si él supiera que Dalton Henry estaba en la entrada, seguramente él se moriría del placer.

También imaginé la apoplejía que sufriría, si él supiera que yo también había escrito una novela.

El señor Bradwell abrió la puerta y me ofreció la mano para llevarme hasta su carruaje. El sol nos calentaba y el día de finales de primavera estaba inundado de flores y calor. Se acercaba el verano con una abundancia de flora, aún intacta.

—Aquí tengo su manuscrito.

—¡Ah! —Él miró hacia donde le indiqué, debajo de mi brazo—. ¿Quizás, puede dejarlo en el asiento?

Miré el banco angosto.

—¿Quiere que me siente sobre su novela?

—Creo que eso evitará que se la lleve el viento, y podré guardarla, cuando usted se vaya de nuevo.

—Muy bien. —Deslicé la carpeta de papeles hacia abajo y me senté en ella, mi vestido se extendió lo suficiente para cubrir la carpeta en su totalidad. Esto era extraño, pero funcionó.

—¿Hyde Park? —cuestioné, mencionando nuestro destino—. ¿Su plan es que nos vean juntos?

—Sí. Pensé que proclamar con valentía mi intención de estar cerca de usted, ayudará a que

no parezca extraño, cuando siga buscando su compañía.

Su declaración logró que mi estómago se sintiera raro, como si se hubiera convertido en una colmena, llena de abejas. Sin embargo, mi intención era estar cerca de él.

“Pero, si sigo disfrutado de su compañía. ¡Cielos! Pronto necesitaré hacer uso de mi abanico, para que no me vea sonrojándome”.

El señor Bradwell me miró.

—¿Está usted bien, señorita Hutton?

—Perfectamente. —Me aclaré la garganta—. Mi padre leyó, en el periódico, el compromiso de su hermano. ¿La boda fue satisfactoria para su madre?

—Mucho. Pero hablar de mi viaje a Chelton no es la razón por la que la traje aquí. —Maniobró el carruaje con destreza desde la carretera hasta el paseo del parque, ordenando a los caballos que caminaran más despacio para incorporarse al tráfico sin problemas.

Me sorprendió un poco el cambio de conversación. Si tenía alguna esperanza persistente que Henry pudiera verme desde una perspectiva romántica, la había apagado. Me veía como una tutora, incluso como una colega. No como a una mujer.

—¿Quiere empezar su instrucción inmediatamente? No creo que este sea el lugar adecuado para educarlo en cuestiones de romance. ¿Y si alguien nos escucha?

—Entonces nuestros espías creerán que albergamos sentimientos románticos, el uno por la otra.

¿Ese era el plan? ¿No? ¿Por qué demonios me sentí tan decepcionada por esa respuesta? Independientemente de mi incipiente atracción por Henry, teníamos un acuerdo, y yo me estaba beneficiando del mismo, tanto como él.

—Supongo que es un buen punto. ¿Puede decirme qué le gustaría saber primero?

—Tengo la esperanza que esté dispuesta a leer una muestra de la escena romántica, que he elaborado. Si usted experimenta mi ineptitud, podrá ayudarme a mejorar.

Una burla se escapó de mi garganta.

—Leí la totalidad del manuscrito, que me dejó, señor Bradwell. —Era el que ahora se escondía debajo de mí—. No hay nada que deba cambiarse.

Me miró rápidamente, como si hubiera olvidado que era el único responsable de conducir nuestro carruaje. Los caballos tomaron con calma su indulgencia y aceleraron la marcha, casi alcanzando un carruaje descubierto, por lo que hicieron un movimiento brusco, que me obligó a agarrarme al costado del banco con una mano, y sujetar mi capota con la otra.

El señor Bradwell redirigió su atención a los caballos y los aminoró, una vez más, con un rubor en sus mejillas.

—Tal vez, dada la naturaleza de nuestro entendimiento actual, podamos prescindir del uso de nombres formales, señorita Hutton. —Parecía recuperar mejor el equilibrio. Todavía no había soltado el costado del carruaje, aunque bajé la mano de mi capota—. Nuestras familias se conocen desde hace mucho tiempo, y la naturaleza de nuestro negocio me lleva a creer que pronto seremos buenos amigos. Además, cada vez que me llama señor Bradwell, me recuerda a James.

—¿Nadie más lo llama de otra manera?

—No tengo muchas ocasiones para conversar. En el ejército, simplemente era Bradwell. Mi familia me llama Henry. Supongo que “señor” solo se usa en las relaciones más formales. Dejemos el lenguaje formal...

—¡Qué extraño!

—Extraño, sí. ¿Demasiado informal para la sociedad? Probablemente. Si te sientes

incómoda, no prescindiremos de...

—No tengo ningún problema con eso. Pero tal vez únicamente cuando estemos solos.

—Como espero que la mayor parte del tiempo que pasemos juntos sea sin otros, eso me resultará agradable.

De nuevo, tenía un estómago revuelto con el encantador zumbido de las abejas. Sabía a qué se refería el señor Bradwell, no, Henry, pero mi cuerpo aún no había recibido el mensaje, que debía estar en el correo, o en camino con un sirviente holgazán, en alguna parte, porque el mismo estaba tardando demasiado en llegar.

Él arrugó la nariz.

—Mi editor no está de acuerdo contigo sobre el estado de mi manuscrito. Ya he reescrito parte del primer volumen para incluir la presentación de una joven señorita, pero temo haberlo escrito mal.

—Dame las páginas. Veré qué puedo hacer con ellas.

—Las tengo conmigo ahora, dobladas y guardadas en un libro. Creo que el préstamo de novelas es una buena forma de pasar los papeles. Tampoco me había dado cuenta que podemos usar tu chal. —Me lanzó una sonrisa y traté de no retorcerme.

Como no podíamos enviarnos cartas sin arriesgar nuestra reputación, me gustó la idea de usar libros en el futuro.

—Hablando de libros...

Un caballo y su jinete se detuvieron a nuestro lado.

—Buen día, señor Bradwell —expresó el señor Gatley con su cabello blanco, asomando por debajo de su sombrero. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, claramente feliz de ver a Henry esta tarde. Su mirada se deslizó hacia mí y su felicidad vaciló momentáneamente, aunque se recuperó rápidamente, y se quitó el sombrero en una breve reverencia—. Señorita Hutton.

—Buen día —replicó Henry, aminorando la marcha hasta que descansamos junto al jinete.

Incliné la cabeza, aunque el señor Gatley parecía dispuesto a desear que me fuera a otro sitio.

—Me enteré de buena fuente que usted volvió a Chelton —le dijo a Henry—. ¿Un matrimonio en la familia, según tengo entendido?

—Sí, mi hermano Benedict se ha casado con la señorita Dorothea Northcott. He vuelto a Londres solo. El resto de mi familia se quedó en Cumberland.

—Es una lástima. Me habría gustado invitarlos a cenar a todos. Tal vez podría convencerlo para que viniera a cenar con nosotros, señor Bradwell. Mañana, si no tiene otros compromisos.

Henry pareció sorprendido por esta invitación.

—No tengo otros compromisos.

El señor Gatley parecía satisfecho de sí mismo. Sus mejillas se redondearon y sus ojos se arrugaron, hasta que volvieron a posarse en mí. Se enderezó en su silla de montar, fanfarroneando.

—Señorita Hutton, su familia también será muy bienvenida a unirse a nosotros.

Siempre era un poco aburrido ser un pensamiento de último momento.

—No estoy segura que estemos disponibles, mañana por la noche, pero le agradezco la invitación. Es muy amable de su parte.

En breve, nos pusimos en camino de nuevo. Henry frunció el ceño.

—No puedo entender por qué el señor Gatley ha tenido un deseo repentino de mi compañía. Era amigo de mi padre, pero nos conocíamos casi siempre de pasada. No recuerdo la última vez

que asistí a una cena, en la casa de los Gatley.

—¿Cuándo fue la última vez que él estuvo en Londres para la temporada?

Él arrugó la frente.

—Hace mucho tiempo, supongo. Pero eso no explica sus acciones. Tal vez mi hermano, cuando estaba en la ciudad... pero, ¿por qué Gatley querría invitarme a cenar?

—¿De verdad no se te ocurre ninguna razón? —pregunté. Era tan claro para mí, como la luz del sol que caía sobre nosotros. La ignorancia actual de Henry podría explicar muy bien por qué aún no había cortejado a una sola mujer en su vida. Me miró sin comprender por un momento, antes que los caballos volvieran a requerir su atención.

—La señorita Gatley —dije. Conocía a la mujer. Era menuda, rubia y estaba buscando marido. Era su segunda temporada, por lo que yo sabía, pero había tenido una serie de pretendientes el año pasado. Tal vez fuera tan meticulosa, en su búsqueda de pareja, como yo.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Henry con adorable ignorancia. Su ceño se aclaró—. ¡Oh! Crees que ella es la razón por la que el señor Gatley ha desarrollado un repentino interés en mí.

—Quizás me equivoque. ¿El señor Gatley y tú comparten el gusto por la lectura? ¿Por investigar? ¿O tal vez por las actividades militares?

—Conoció a mi padre en la escuela, no en el ejército. No puedo pensar en nada más que tengamos en común. —Henry parecía apenado—. Casi desearía ignorar sus motivaciones.

—Puede que aún quede algo en común. —Aunque yo albergaba poca creencia en eso.

Él se animó.

—Supongo que lo averiguaré en breve. ¿Crees que podrías acompañarme?

—Estoy muy segura que esa invitación fue solo por cortesía. La decepción del señor Gatley, por mi presencia, fue la otra mitad de mi razón para suponer que le gustaría mucho que cortejaras a su hija.

—Esa lógica es impecable, pero aún así espero que esté equivocada.

—Tú podrías hacerlo mucho peor que la señorita Gatley.

Él me envió una expresión nerviosa.

—Estoy seguro que una cena acabará con cualquier ambición que la señorita Gatley o su padre puedan tener de conseguirme como su marido. No soy propenso a ningún sentido de falsa modestia. Hay una razón por la que nunca he cortejado a una mujer.

Salimos del parque y me alegré de no haber sido interrumpida de nuevo, pero esto significaba que volvíamos a casa, y nuestro tiempo era limitado.

—Puedo sentir que hay algo que te gustaría preguntarme —dijo Henry.

Me tragué las preguntas que me ardían en la lengua. ¿Nunca había estado enamorado? ¿Nunca había llamado su atención una mujer? ¿Había alguna razón por la que no había cortejado y cuál era? ¿Ya estaba enamorado de alguien? Todas esas cosas eran inapropiadas. Reorienté la conversación hacia un terreno más equilibrado.

—¿Has terminado la tarea que te di, antes de irte de Londres?

—¿Leer *Orgullo y prejuicio*? —Henry mantuvo la mirada fija en los caballos—. Sí.

—¿Y?

—Tengo muchas ideas. La principal de las cuales es que mis novelas son bastante diferentes a eso.

—De hecho. ¿Qué más notaste?

—Que no era algo que elegiría leer por mi propia cuenta.

—¿Porque el enfoque es la relación entre Elizabeth y el señor Darcy?

—Sí. No suelo leer ni escribir historias de naturaleza romántica.

El señor Marbury se iba a arrepentir de haberle pedido a Henry que cambiara tanto su manuscrito.

—Me pregunto, si te gustaría más la obra más reciente de esa autora, *Persuasión*.

—Mmm —dijo, sin comprometerse. Tuve que reprimir mi sonrisa. Ciertamente, él no deseaba leer otra novela de “*A Lady*”, y yo no lo obligaría a hacerlo. —La ventaja fue que pude dejar mi copia de la novela con mi cuñada, quien es una ávida lectora y le encantará la historia.

—Tengo el placer de considerar a Felicity como amiga mía. No me sorprende que le haya gustado esa historia. Por cierto, ¿cómo has logrado mantener tus novelas en secreto para tu familia durante tanto tiempo?

—Estoy tan a menudo recluso en la biblioteca, que nadie en mi familia lo cuestiona. También paso mucho tiempo solo en nuestro coto de caza. Y, de nuevo, nadie lo cuestiona. —Alzó la mirada pensativo—. Supongo que adopté la personalidad de un hombre estudioso tan pronto y por completo que, ya sea que pase mi tiempo escribiendo o leyendo, me dejan solo. No ha sido difícil ocultarlo.

—Si tu familia es tan tolerante, ¿por qué te has molestado en ocultarlo?

—Tengo la intención de decíselos algún día. Nunca imaginé que mis libros circularían tan bien. —Sonrió—. Tengo la ventaja de una madre que apenas sale de casa y dos hermanos que no leen. Dejé pistas en mi nombre de autor inventado, pero hasta ahora nadie lo ha descubierto.

—Dalton Henry. Henry es claramente tu nombre de pila. ¿Cuál es Dalton?

—Mi nombre completo es Henry Dalton Bradwell.

Me reí.

—Supongo que no podrías haber sido más claro que eso.

—Solo podría haber sido más claro, si hubiera usado mi nombre completo.

Nos detuvimos frente a mi puerta, y el mozo de cuadra de Henry corrió a sujetar las cabezas de los caballos.

Me sobresalté al darme cuenta que el mozo de cuadra había estado sentado detrás de nosotros, durante todo nuestro viaje.

—¿No te preocupa que tus sirvientes cuenten tus secretos, o revelen tu identidad como autor de tus libros?

—Sí... Algunos de ellos. Pero, Presley aquí es casi sordo. Un desafortunado efecto secundario de Waterloo —habló casi con desdén, como si intentara que esto no pareciera importante. Pero Henry también había servido, en el ejército, durante la batalla de Waterloo, y sospeché que la ligereza de su tono ocultaba un gran pozo de sentimientos.

Henry bajó del carruaje y rodeó el vehículo para ofrecerme su mano. Me condujo hasta la puerta principal, que Shaw nos abrió.

—Todavía espero verte mañana por la noche —dijo Henry, inclinándose sobre mi mano.

—¿Mañana por la noche? —preguntó mi madre, apareciendo detrás de Shaw, en la entrada. Absorbí la vista de mis dedos doblados dentro del agarre de Henry, y sus ojos brillaron.

Retiré mi mano rápidamente.

—El señor Gatley nos extendió una invitación a cenar, pero estoy segura que solo quiso ser educado.

Mamá soltó una risa sorprendida.

—¿Por qué no querría que aceptáramos? La señora Gatley es una de mis queridas amigas.

Casi todas las matronas de Londres eran queridas amigas de mi madre. Eso era producto de ser un alma tan amable y generosa, como ella, quien era muy talentosa para hacer amigas.

Sus labios se apretaron.

—Supongo que es un punto discutible, ya que mañana por la noche tenemos otros compromisos. Ya hemos aceptado la invitación al baile de los Hamilton.

—Eso lo resuelve... Buenos días, señor Bradwell. Gracias por su compañía.

—¡Ah! Casi lo olvido. Tengo una novela que quiero prestarte, señorita Hutton. Si esperas un momento, iré a buscarla.

Henry regresó al carruaje, mientras mi madre me dirigía una mirada muy reveladora.

—Es solo un libro —susurré en voz baja.

Henry regresó y puso la novela encuadernada en cuero, en mis manos.

—Buen día. —Se levantó el sombrero, inclinándose ante nosotras, antes de despedirse. Shaw cerró la puerta detrás de él y mamá me sonrió, como si yo fuera un tazón de leche, y ella una gata.

—No soporto que me sonrían de esa manera.

—Esto se siente diferente a los demás —dijo en voz baja con un tono lleno de esperanza—. ¿No es así?

Hasta ahora Henry no había actuado de manera distinta a ninguno de mis otros pretendientes, así que solo podía imaginar que la diferencia, que mamá sentía, estaba en la forma en que aceptaba su atención. Yo estaba acostumbrada a no tomar en serio a los caballeros, haciendo todo lo posible por mantenerlos a distancia para no involucrar demasiado mi corazón, si me enteraba de que eran hombres de cierta estima, o tenían una aptitud general para socializar.

—Es solo un amigo al que también le gusta leer y comentar novelas. Estoy absolutamente segura que no saldrá nada más de esto.

La sonrisa de mamá vaciló un poco, lo que hizo que me sintiera culpable, pero reprimí la tentación de retractarme de mis palabras. Henry había dejado en claro que éramos amigos y solo amigos. Quizás él era el primer caballero, que conocía, con el que me gustaría entablar una relación, y el primero que quería hacerlo con falsas pretensiones. Necesitaba dominar mi creciente inclinación, antes que me causara problemas, como arruinar mi oportunidad de finalmente publicar un libro.

Mi sueño de encontrar mi novela, en los estantes de Hatchards, no se haría realidad sin su ayuda, por no hablar de la independencia que esto me daría.

Tomé la novela que me había dado.

—Ahora, si me disculpas, iré a leer este libro.

Mi madre me despidió.

—Por supuesto. Ve a leer, cariño. Supongo que el señor Bradwell querrá hablar de ello contigo la próxima vez que lo veamos. —Su sonrisa alegre y esperanzada había regresado.

El hecho que ahora ella estuviera fomentando mis hábitos intelectuales era una prueba de lo mucho que deseaba que me casara. Hace apenas una o dos temporadas, esta idea hubiera sido impensable.

No obstante, esto ya se estaba volviendo mucho más complicado de lo que yo esperaba.

Capítulo 6

Henry

No entendía a las mujeres. Ni siquiera sus motivos, deseos o lo que les inducía a parpadear incesantemente, mientras bajaban la barbilla. Supuse que esto era una forma de coquetear. Tampoco entendía por qué ella apelaba de esta manera.

Precisamente, la señorita Gatley ejecutó esas tácticas de seducción en la cena. Y eso fue suficiente para alejarme de ella para siempre. Si hubiera sabido que esta cena sería tan íntima, el señor y la señora Gatley, su hija y mi persona, probablemente habría expuesto alguna razón para excusar mi ausencia.

Marianne no se equivocó. No podía haber otra razón para esta invitación, que la idea mal concebida del señor Gatley, que yo podría ser una buena pareja para su hija sonriente.

—¿Su hermano todavía conserva un palco en la ópera? —preguntó la señorita Gatley.

¿Cómo sabía eso? Quizás James y el señor Gatley se habían visto antes, en la temporada, como yo sospechaba. Mantuve una sonrisa paciente en mi cara.

—En efecto. Creo que se pagó hasta finales de mayo.

—¡Qué lindo! —La señorita Gatley aplaudió y sus rizos rubios rebotaron—. Siempre he soñado con ver la ópera desde un palco.

El salón quedó tan silencioso, como un bosque a medianoche. Los tres Gatley me miraron expectantes. Eran buenos amigos. Pero, ¿cómo iba a salir de esto? Si iba a sufrir durante la ópera, sería para pasar el tiempo con Marianne.

Eso fue todo. Nada más podría inducirme a ir. La forma en que la señorita Gatley me miraba ahora, combinada con el silencio, en ese salón, hacía que esta situación fuera completamente imposible. Tres pares de ojos parpadearon hasta que ya no pude sentarme, en el pesado silencio.

—Había considerado organizar una velada con los Hutton —dije finalmente—. Quizás, ¿les gustaría unirse a nosotros? Debo admitir que no es mi forma favorita de entretenimiento, por lo que no asisto con frecuencia.

—Eso sería muy apreciado, señor Bradwell. ¡Qué amable de su parte pensar en incluirnos! —asintió la señora Gatley.

Levanté mi copa y tomé un largo trago. La hora siguiente transcurrió de manera similar, hasta que me paré en la puerta para despedirme de ellos.

Había caminado hasta la residencia Gatley porque la casa alquilada estaba lo suficientemente cerca, pero mis pies desaceleraron, antes que pudiera doblar la esquina para regresar. Aunque la casa de los Hamilton estaba en la dirección opuesta y no demasiado lejos como para hacerme imposible caminar. Había buscado la invitación antes, entre la pila que acumulaba polvo, en la mesa de entrada, y revisé la dirección, no por ningún motivo en particular, sino en caso, que tuviera tiempo.

Y ahora tenía tiempo.

Estaba aprovechando los últimos meses de los arreglos que James había hecho para la temporada: su palco en la ópera, la casa que alquiló, y los vales de Almack's, que buscó para nosotros. Las escasas semanas, que quedaban de la temporada, no parecían suficientes para recibir la ayuda que necesitaba de Marianne, pero me las arreglaría con lo que tenía.

Los hombres patrullaban las calles, a las afueras de la residencia de los Hamilton, sin duda

informados de lo que probablemente sería una verdadera aglomeración para poder mantener el tráfico en movimiento. A juzgar por los sonidos de la música y la gente, que salía de la casa, sus suposiciones habían sido correctas. Subí las escaleras, buscando a la señora Hamilton para poder presentar mis respetos a la anfitriona. Parecía atrapada en una conversación con un grupo de matronas, justo dentro del salón de baile, así que esperé.

El baile estaba en pleno apogeo y mi mirada tropezó con las mujeres reunidas, buscando hasta que vi a Marianne. No fue sorprendente encontrarla bailando. Tenía las mejillas sonrojadas y una sonrisa curvaba sus labios, mientras participaba en un baile country con un hombre alto y desgarbado.

Mi cuerpo se tensó y mi respiración se detuvo, como si un puño se hubiera aferrado a mis pulmones y los hubiera apretado. Ella no me notó, tan absorta estaba en los pasos del baile y en la alegría de moverse alegremente por la pista al son de la alegre música. Estaba radiante, ligera de pies y lucía como un faro. Para mí era un completo misterio, cómo ella todavía no se había casado.

Esto era casi tan misterioso, al igual que su supuesto aprecio por mis libros. Todavía no podía aceptar que ella disfrutara historias de aventuras, como las mías. No las había escrito para que las disfrutara el público sensato. Entendí que las mujeres podían apreciar los clásicos, Shakespeare, e incluso los cuentos infantiles, que a menudo estaban plagados de aventuras, pero, ¿mis libros? Esos no fueron escritos pensando en las mujeres, y Marbury comprendía esto cabalmente.

Quería hablar con Marianne, pero en una situación como esta, no había ninguna palabra que pudiéramos decir que no fuera escuchada. Estaba seguro que la terraza estaría demasiado llena. Incluso el salón, o dondequiera que hubieran dejado los refrescos, también.

El baile continuó. Bordeé la multitud de curiosos hasta acercarme a la anfitriona, ahora que sus amigos se habían disuelto un poco, y me incliné ante ella.

—Buenas noches, señora Hamilton. Es un placer verla.

Se hundió un poco y su pluma de avestruz se balanceó.

—El placer es mío.

—Debe estar extraordinariamente satisfecha por el éxito de esta fiesta.

Ella no logró moderar su sonrisa, lo que reveló precisamente lo complacida que estaba.

—Su incorporación es muy bienvenida, porque siempre nos alegra recibir a un Bradwell en nuestras reuniones. Señor... ¡Qué amable de su parte honrarnos con su presencia esta noche! ¿Supongo que tiene intención de bailar?

¡Oh! No podía pensar lo suficientemente rápido en una razón para no hacerlo. Yo era perfectamente capaz, pero esa no era una de mis actividades favoritas.

—Si hay una mujer que necesita una pareja, ciertamente estoy dispuesto.

Su sonrisa se hizo más amplia. La música llegó a su fin y las mujeres fueron escoltadas fuera de la pista de baile. La señora Hamilton me tomó de la manga para que no escapara. Cuando una joven, que supuse era su hija, se acercó a nosotros, ella soltó mi brazo cautivo.

—Recordará a mi hija, la señorita Cecily Hamilton, por supuesto.

No pude hacerlo. ¿Había conocido a la chica antes? Me incliné.

—Por supuesto. Está preciosa esta noche, señorita Hamilton.

Ella sonrió tontamente, agachando la cabeza, antes de mirarme a través de sus pestañas. ¿Por qué las mujeres hacían eso? Ciertamente, no les resultaba fácil ver a su objetivo.

La señora Hamilton esperó expectante, al igual que su hija. ¿Se publicó recientemente un panfleto, que instruye a las señoritas, en edad de casarse, que para incitar a un caballero a

ofrecerle lo que ella desea (un palco en la ópera, una serie de bailes, por nombrar algunas cosas), simplemente, deben quedarse en un silencio incómodo hasta que el caballero se sienta abrumado por la necesidad de escapar, y ofrezca precisamente lo que la joven busca? O tal vez difundieron esa táctica entre ellas. Hasta el momento, esa noche, la misma había funcionado dos veces a favor de una joven.

—¿Puedo tomar el siguiente baile, señorita Hamilton?

Ella aceptó, colocando su delicado guante en mi antebrazo y permitiéndome llevarla al suelo. Las parejas se estaban reuniendo en grupos de cuatro para un cotillón, y busqué a Marianne para unirnos a su grupo, pero no la vi. La señorita Hamilton y yo ocupamos nuestros lugares, sonriendo a la otra pareja, y esperando a que dos más se nos acercaran.

—No hace mucho escuché el rumor que usted había regresado a la ciudad —dijo la señorita Hamilton—. Me alegra que haya elegido asistir a mi baile tan pronto, después de viajar una distancia tan grande. Pero, usted debe estar fatigado.

—El camino es largo entre Chelton y Londres, aunque valió la pena el esfuerzo.

Ella sonrió ante esto, y yo miré hacia otro lado, buscando algo en lo que centrar mi atención para evitar darle a la señorita Hamilton cualquier razón para creer que tenía interés en ella. Mi mirada se elevó para encontrarse con la de Marianne, que ahora estaba frente a mí, junto a otro hombre que yo conocía.

—Capitán Neal —expresé con cierta sorpresa—. No me di cuenta que estaba en Londres.

Su sonrisa se extendió sobre sus dientes rectos. Algunos hombres tenían mucha suerte.

—Con una compañía como esta, ¿cómo puedo mantenerme alejado? Es muy bueno verlo de nuevo, Bradwell.

—Y a usted. —Bajé la cabeza hacia él y luego hacia Marianne—. Señorita Hutton.

Ella me devolvió el saludo. Tenía los ojos brillantes y las mejillas todavía rosadas por el esfuerzo del baile anterior. ¡Estaba radiante!

La música exigía que dirigiéramos la atención a nuestros compañeros, pero no pude evitar notar, durante el resto del baile, cuán estrechamente la atención del capitán Neal estaba fijada en Marianne. Era de esperarse, por supuesto, ya que él debía guiarla a través de los escalones, pero esto se asentó de manera extraña en mi estómago.

No había bailado a menudo y nunca con una mujer por la que tuviera un interés romántico. De hecho, la única mujer, que alguna vez había considerado a la luz del matrimonio, se había casado con mi hermano, y rápidamente apagué la llama del potencial, que había hervido ligeramente en mi pecho. Eso ya era otra historia, pero incluso mis sentimientos por Felicity, nunca se habían extendido de esta manera, obligando a mi corazón a latir fuertemente, en ese momento, y a lo mucho que me desagradaba ver a Marianne con Neal.

Mi consideración hacia Felicity había sido de interés. Sin embargo, ¿qué era esto? Intriga. ¿O celos? ¿Había sido demasiado prematuro al decirle con tanta audacia a Marianne que nuestro noviazgo debería ser completamente falso?

Perdí el paso, giré en la dirección equivocada, y no logré que una joven de otra pareja se moviera. El resto de los bailarines de nuestro set tenían la habilidad suficiente para continuar, a pesar de mi percance, y saqué de mi mente los pensamientos sobre Marianne y el capitán Neal.

Esto fue solo un baile. Marianne no me había dado ninguna razón para creer que agregaría otro hombre a su lista de pretendientes. Por lo que yo sabía, el capitán Neal había sido un buen amigo de los Hutton, desde hace mucho tiempo, al igual que mi familia, o había alguna explicación fraternal y razonable.

“¡Maldición, hombre! No tiene sentido tener un momento tan introspectivo, ahora”.

Terminamos el resto del cotillón y nos movimos para formar un círculo, a modo de carrete. La señorita Hamilton hizo un buen trabajo, intentando entablar conversación, en los pocos momentos que tuvimos para hablar, entre los dos bailes, pero no pude atenderla, cuando Marianne seguía riéndose de las tonterías, que salían de la boca del capitán Neal.

“Esto es ridículo. ¡Yo no soy un tonto enamorado!”.

Posteriormente, llegó el final del baile, y acompañé a la señorita Hamilton de regreso a su madre, pero no sin observar a Marianne todo el tiempo. Ella no estaba cerca y, para mi consternación, después de dejar a mi señorita bailarina con sus padres, descubrí que el capitán Neal no se había apartado del lado de los Hutton.

Me abrí camino entre la multitud, eligiendo grupos de personas y deteniéndome solo brevemente para saludar a un conocido, o responder a una pregunta, que me hicieron sobre mis hermanos y sus recientes nupcias. El matrimonio parecía ser lo más importante en la mente de todos: quién se casaba, quién había sido retirado recientemente del mercado matrimonial y cómo formar una pareja.

Quizás Marbury no había sido ridículo al suponer que el público en general deseaba más romance en sus vidas. Si no hacían más que pensar en matrimonios, añadir esto a mi novela, los complacería, en teoría.

El problema era que estaba seguro que había hecho un puré, en mi intento hasta el momento, y deseaba profundamente saber qué pensaba Marianne de las páginas, que le había dado ayer.

La señora Hutton, majestuosa y educada, como siempre, escuchaba amablemente al capitán, mientras él describía una tormenta reciente que había sufrido. Fue necesario un gran esfuerzo para no suspirar de sufrimiento. Los hombres de la marina siempre hablaban de sus barcos. Sin duda, Marianne vería la historia como lo que era: un intento de ganarse su simpatía por su supuesto roce con la muerte. Pero tras una inspección más cercana, Marianne no tenía la expresión de alguien que podía ver las verdaderas intenciones de Neal. Ella estaba absorta con atención.

“¡Maldición! Ella es demasiado inteligente para dejarse engañar por alguien como Neal”.

La señora Hutton por fin me vio, y sus ojos se iluminaron. Lo que normalmente me hacía sentir una vaga preocupación por las madres casamenteras, en cambio, encendió un fuego de éxito.

—Señor Bradwell, no esperábamos verlo esta noche.

—No había previsto encontrarme libre.

—¡Qué feliz sorpresa! —Hizo un gesto hacia Neal, quien es tan alto como yo—. ¿Conoce al capitán?

—Así es. —Lo saludé y miré a Marianne, que hasta el momento había permanecido en silencio—. ¿Me daría el honor de su próximo set, señorita Hutton?

Ella arrugó ligeramente la nariz, antes de suavizar su rostro.

—Me temo que ya le he prometido el baile final a otro.

Así era mi suerte.

—El beneficio de llegar justo a tiempo, ¿eh? —dijo Neal, sonriendo, como si su broma fuera humorística. Sin embargo, para mí no lo era.

Lo ignoré y miré a Marianne.

—Entonces, ¿puedo asegurar su tiempo, mañana por la tarde? ¿Un paseo por St. James' Park, tal vez?

—¿No le parece que lloverá, Bradwell? —preguntó Neal, fingiendo preocupación—. Creo

que las nubes que se acercan son siniestras.

—Mi paseo hasta aquí estuvo libre de humedad. Rezaré por una tarde soleada, tal como la tuvimos hoy. —Pensé en que la misma sería soleada, cálida y sin nubes de lluvia.

—Y yo también —replicó Marianne—. Debería disfrutarlo mucho, señor Bradwell.

—Entonces, está arreglado. Con eso, me despido de ustedes. —Les hice una reverencia, y las mujeres, a la vez, también hicieron reverencias. Neal y yo intercambiamos agradables despedidas, pero sospeché que ninguno de los dos lo decía en serio. Parecía que yo tenía un rival para captar la atención de la señorita Hutton, y él era un marino. Como era de origen militar, estaba bien versado en estrategia y diseño de tácticas. Podría defenderse, en una batalla así.

La puerta se abrió para mí de la mano de un lacayo, salí y espeté unas maldiciones.

¡Estaba lloviendo!

Capítulo 7

Marianne

El capitán Neal estuvo tan atento anoche, como lo había estado durante el baile al que asistimos la semana pasada, y los pocos compromisos sociales, en los que ambos nos habíamos encontrado, en los meses anteriores. Era amable y sus historias interesantes, pero ahí terminaba mi admiración. No deseaba pasar mi vida columpiándome, en una hamaca, en los estrechos camarotes de un barco, en el futuro previsible.

No obstante, mi madre tenía ideas diferentes sobre lo que era razonable.

—No se puede descartar al capitán —dijo, durante el desayuno, a la mañana siguiente—. Es guapo, amable, tiene buena reputación dentro de la marina, y te proporcionará una vida cómoda.

—Lo cómodo quizás sea relativo, mamá. No creo que disfrute cambiando mi cama por una hamaca. —Él tenía la ventaja de no recibir visitas con frecuencia, ya que vivía en un barco, pero, ¿cómo escribiría mis novelas, si me estaría balanceando de un lado a otro?

—¡Maldición! Los capitanes tienen camas naturales, cariño. Estoy seguro de ello.

—No se puede considerar natural un lecho, si se balancea, según los caprichos del océano, por no hablar de las tormentas que al capitán Neal le gusta describirnos en sus anécdotas. ¿No escuchaste a Catherine Downer hablar en la fiesta, en el jardín, hace unas semanas, sobre las dificultades que enfrenta su tía casada con un marino? La esposa de un capitán debe compartir sus raciones y su dormitorio. A ella no se le permite su porción de comida. —Esto no me parecía agradable.

Mi madre frunció el ceño, ante mis planteamientos.

—Apruebo su dedicación. El hecho que el señor Jacobson te estuviera prestando especial atención hace semanas no disuadió al capitán Neal, en lo más mínimo. No ha vacilado en su consideración hacia ti. —Ella tomó un sorbo de su taza—. Admito que después que rechazaste la propuesta del señor Jacobson, creí que el capitán Neal vendría más a menudo. Pero no puedo quejarme de la firmeza de su carácter.

—No importa cuán firme sea una persona, cuando se ve obligado a dividir sus raciones con una esposa.

Mamá hizo un sonido evasivo.

—El señor Bradwell no tiene esos mismos impedimentos. Creo que luchó contra Napoleón, pero su carrera militar parece ser cosa del pasado.

Sí, pero sin que mi madre lo supiera, Henry no estaba realmente interesado en adquirir mi mano. Solo quería mi cerebro, no para él, sino con el fin de mejorar su novela. Después de leer los documentos, que me había dado, después de nuestro paseo por Hyde Park, me percaté que él podría necesitar un poco de ayuda.

Miré hacia la ventana y al agua, que caía en riachuelos.

—Confía en un hombre de la marina para entender el clima —murmuró mi madre, siguiendo mi mirada—. Quizás puedas invitar al señor Bradwell a quedarse a tomar el té.

—Si el cielo no se ha despejado cuando él llame, lo haré.

El tiempo no mejoró a lo largo del día, y Henry llegó a nuestra entrada con una ráfaga de viento y su abrigo goteando agua sobre el suelo de baldosas. Era alto y ancho, un poco imponente con su abrigo oscurecido por la lluvia. Debió haber sentido mi mirada, porque inclinó la cabeza hacia arriba, y me encontré mirándolo por encima de la barandilla de arriba, con mi

mano sin guantes, apoyada en la barandilla de madera lisa.

—Está un poco húmedo, en el parque —dijo.

—Pensé lo mismo. —Sonreí—. ¿Te gustaría acompañarnos para tomar el té?

—Estaré encantado —asintió.

Shaw despojó a Henry de su abrigo y lo llevó abajo, sin duda para colgarlo junto al fuego para que se secara. Henry subió las escaleras para reunirse con mi madre y conmigo en el salón. Me puse los guantes y los aseguré en su lugar, antes que él entrara.

—¡Qué tiempo tan terrible estamos teniendo! —exclamó mi madre, haciendo un gesto para que Henry se sentara.

Él obedeció.

—No puedo quejarme de la oportunidad de visitar a dos encantadoras damas, aunque estoy de acuerdo en que viajar bajo esta lluvia no es una experiencia cómoda.

—¡Oh! Perdona mi descuido. Deberías sentarte cerca del fuego. Seguramente, tienes frío. —Mi madre tenía un porte regio y siempre era atenta con sus invitados. Fue algo extraño para ella tener una idea de último momento, lo que me llevó a creer que en realidad, no era una idea de último momento. Ella me miró—. Estoy segura que a Marianne le gustaría sentarse más cerca del fuego, así que pueden hacerlo. Me temo que este pañuelo, que estoy bordando para el señor Hutton, ha resultado ser un patrón de lo más complicado, que requiere toda mi atención y tanta luz solar como sea posible.

Miré a mi madre, pero su afectación de mujer inocente era alarmantemente genuina. Era una buena actriz, porque sabía que, en general, no tenía problemas con el bordado. Su prioridad era encontrarme un marido.

“¡Cielos! Mamá. Esto es demasiado obvio para considerarlo natural”.

—Me gustaría sentarme más cerca del fuego —confirmó Henry—. ¿Qué sillas debo mover, señorita Hutton?

Decidí seguir el juego de la ridícula artimaña de mi madre porque la misma servía para mis propósitos, pero odiaba que ella se creyera exitosa, en este tipo de emparejamiento. Si ella lo intentaba con alguien más, yo me vería obligada a darle una paliza al hombre.

—Esas estarán bien. —Señalé dos sillas acolchadas cerca de la pared. Henry se puso a moverlas de inmediato, levantando cada una, como si no pesaran más que una almohada rellena de plumas. En otras ocasiones, yo las había empujado ante el fuego, una o dos veces, y sabía que no eran tan livianas.

Bajé la mirada a la alfombra y tomé asiento, arreglándome la falda sobre las rodillas. No sería bueno que lo pillaran a él mirando la tensión de mis músculos contra las mangas de su abrigo. Los brazos hermosos no tenían nada que ver con escribir novelas, así que haría bien en separarlos, en mi mente.

Mi madre preparó una taza de té para Henry, según sus indicaciones. Ella se lo entregó, antes de servirme la mía. Cuando ambos tomamos el té, ella llevó su cesta de trabajo al asiento más alejado posible, y se quedó allí.

—¿Has hecho algún progreso en el libro que te presté? —preguntó, en voz baja.

—Sí.

Su mirada de cielo de verano se volvió casi ansiosa.

—Sería un honor para mí, si compartieras tus pensamientos.

—Soy de la misma opinión que tú, en que a la relación romántica de la historia le vendría bien un poco más de... *finura*.

Sus cejas se arquearon. Quizás fue mi elección de esa palabra lo que lo sorprendió.

—¿De qué manera?

Tomé un sorbo de té y luego bajé la taza.

—Por ejemplo: una dama, en general, no desea ser abordada por un extraño, por muy guapo y rudo que parezca.

Su taza se detuvo, antes de encontrarse con sus labios.

—Pensé que todas las mujeres deseaban ser besadas.

Miré hacia donde mamá estaba sentada, en su sofá, con la aguja y el hilo en la mano. Estaba lo suficientemente lejos, como para que pudiera hablar en voz muy baja y esperar que no me escuchara del todo, pero estaba segura que su oído estaba fijo en nosotros. Ella haría todo lo posible para comprender nuestra conversación. Me aclaré la garganta suavemente, buscando las palabras.

—En general, sí. Pero incluso un pirata aventurero debería mostrar cierto decoro con respecto a las mujeres, por muy ficticio que sea. Una sutil muestra de interés, al conocerla por primera vez, atraerá a la dama sin que se sienta engañada.

—¿Quieres decir que el pirata ha sido demasiado fuerte, al atender a la dama por primera vez?

—En efecto. Si te encontraras interesado en una mujer, señor Bradwell, ¿sería ese tu primer paso a seguir?

Se rió entre dientes, observando las llamas lamiendo el interior de la chimenea.

—No. Nunca me impondría así a una dama. —Levantó su mirada azul para encontrarse con la mía—. Pero no soy un pirata.

—Quizás no. —¿Por qué se me había secado la garganta? ¡Qué extraño! Desterré de mi mente la repentina imagen de Henry al timón de un barco, y tomé otro sorbo de té—. Pero si bien esta historia trata sobre piratas y una mujer que necesita refugio y una familia, supongo que terminará de esa manera... También está destinada a ser consumida por las damas de Inglaterra. Esas son las mujeres que también necesitarán enamorarse del pirata.

Henry parecía pensativo. Se frotó la barbilla bien afeitada, y volvió a mostrar un profundo interés en las llamas.

—Quizás el autor no tiene la menor idea de cómo hacer que una dama se enamore de un pirata.

La presencia de mi madre, detrás de nosotros, hizo que esto fuera delicado. Por supuesto, no podía instruir abiertamente a Henry. A ella le resultaría extraño.

—Si tan solo pudiéramos escribirle una carta para ayudarlo.

Henry pareció entender lo que yo quería decirle.

—Sería muy amable de nuestra parte enviarle una carta, ya que el autor podría utilizar nuestros consejos en su próxima historia. ¿Cómo la escribiremos? —Se reclinó detrás de su silla para dejar su taza vacía, en la mesa lateral del sofá, luego tomó mi taza para hacer lo mismo.

—Así: *“Estimado señor autor, nos ha deleitado con su historia de un héroe de capa y espada, y la mujer, a quien salva de un destino solitario... En nuestra opinión, se podrían haber hecho algunos cambios en las acciones del héroe para hacerlo más aceptable para la población femenina, en general, y los hemos identificado de la siguiente manera: primero, el pirata necesita tener suavidad hacia la mujer, así que ella entiende que él está empezando a preocuparse por ella, en lugar de preguntarse por qué él es tan salvaje”*.

—¿Esto no le quitará reputación al pirata?

—No, si ella es la única persona que ve o nota los momentos de suavidad. Me imagino que ella se sentirá atraída a descubrir por qué él solo actúa de esa manera con ella.

—Mmm. —Henry no parecía convencido.

—Otra opción, por supuesto, es darles un comienzo, en el que ella lo encuentra como un libertino irredimible, y luego, en el transcurso de la historia, él le muestra pequeñas bondades, o le da una atención tan especial, que ella no puede evitar enamorarse de él.

—En cuyo caso, se le podría permitir besarla, cuando ella llegue a su barco, en el primer capítulo.

—De hecho, pero el autor se verá obligado a recuperar el corazón de sus lectores, nuevamente, después de una acción tan sucia. —Mi cuerpo se tensó.

—¿Te refieres a los lectores del autor?

“¿Será que no me entendió?”

—Por supuesto. Simplemente, estoy cada vez más indignada por la mujer solitaria. No puedo pensar con claridad.

—Entonces, pasemos a otro tema. Podemos seguir redactando nuestra carta al autor, en otro momento.

—No soy tan frágil como eso. Tengo otro punto que me gustaría resaltar.

Henry se inclinó un poco hacia adelante, y mi atención se centró en el hilo deshilachado, en el borde de mi reposabrazos, mientras mis dedos lo alisaban.

—La acción que crees que está justificada al comienzo de la relación sería mejor, de hecho, dejarla para más adelante, aunque solo sea con el simple propósito de otorgarle la distinción que merece. El beso entre dos personajes no debe precipitarse. Es la culminación de sus sentimientos y de los nuestros, como lectores. Encontraremos una mayor satisfacción, si esa acción, en particular, recibe la consideración y, me atrevo a decir, la reverencia que merece.

—No había pensado en eso antes. —Me miró pensativamente.

—Damos tanta importancia a ese momento, ¿no es así? Cuando ellos se juntan. Parece una tontería tomarlo a la ligera por diversión.

—Estoy de acuerdo contigo, en ese sentido, señorita Hutton. —Él sostuvo mi mirada—. Nunca desearía tomar a la ligera aquello, que yo también respeto en todos sus límites de propiedad. Incluso para un pirata atrevido y sanguinario.

—Tal vez a algunos piratas se les pueda permitir actuar como caballeros, y las damas que lean sobre ellos se enamorarán aún más.

—Tu percepción es valiosa. Ves muchas cosas que no he considerado.

—Soy una dama, señor Bradwell. Eres un hombre.

—Eso está muy claro para mí —dijo en voz baja.

Mi corazón se aceleró, el tono suave difería mucho del que él usaba normalmente.

Él adoptó una suave sonrisa.

—Creo que hemos agotado el tema de la incapacidad de este autor para incitarlo a animar a su héroe.

—Quizás deberíamos compararlo con *Orgullo y prejuicio*. Has leído la novela entera, ¿no es así?

—Lo hice... El señor Darcy tampoco fue agradable al principio.

—No. Pero es un caballero, aunque estuviera lleno de orgullo. Creo que estaba destinado a no agradarle a la gente. Esa autora logró transformar el personaje del señor Darcy, porque: ¿quién no termina el libro sin estar enamorado de él?

Henry sonrió.

—Puedo decir, con toda la verdad, que no me encontré enamorado del señor Darcy.

Me reí.

La sonrisa de Henry se extendió sobre sus dientes ligeramente desiguales, creando pequeñas líneas junto a sus ojos, que eran entrañables y atractivos. La misma se sintió íntima y me atrajo. Cuando levantó la mirada, sus cejas hicieron lo mismo.

—Parece que el sol nos ha honrado con su presencia.

—¿Vamos a caminar hasta el parque? —dijo mi madre, sorprendiéndome. Sabía que ella estaba en el salón con nosotros, pero su inserción en nuestra conversación había sido inesperada—. Enviaré a Shaw a buscar tu abrigo a la cocina, señor Bradwell. —Ella se puso de pie y se dirigió apresuradamente hacia la puerta. ¡Oh! Ella quiso decir que lo buscaría ahora. Salió al pasillo en busca de nuestro mayordomo, dejando la puerta abierta.

—Ella debe confiar en ti excesivamente —le dije. Anteriormente, mi madre había sido el alma del decoro y la discreción con mis pretendientes. Incluso ella descubrió al hermano de Henry, a solas con Felicity, en nuestra biblioteca, el año pasado, y esa situación terminó en una boda. Quizás esta confianza fuera una señal que estaba desesperada—. O escuchó atentamente nuestra conversación, y esperaba que dos personas que eran capaces de hablar sobre besos, también pudieran robar uno en su ausencia.

Su mirada cayó a mis labios, deteniéndose, haciéndolos arder por la atención.

Mis mejillas se calentaron. Lo dije como una broma, pero temía que sonara demasiado serio. Fue embriagador darme cuenta que me gustaría mucho que él fuera el apuesto pirata, robando besos sin ninguna preocupación en el mundo.

—Pero tú no eres un pirata, Henry, y yo no soy una mujer solitaria que necesita ser rescatada.

Él se enderezó en su silla.

—Por supuesto que no. Tienes una familia que te ama y te apoya, y muchos novios te persiguen.

—¿Muchos? ¡Exageras! Tengo uno solo, y no es más que un pretendiente falso, si eres tan amable de recordarlo.

—No me refería a mí mismo. —Su atención no se apartó de mi rostro—. Me pregunto si el capitán Neal se sentiría desanimado por tu claro rechazo de su solicitud.

—Él y yo no encajaríamos, por lo que su desánimo será bienvenido.

—Mi pobre amigo, ser descartado tan descuidadamente. —Al parecer, Henry observó mi rostro en busca de una reacción. A pesar de sus palabras, no parecía sentir mucha simpatía por su amigo.

—No podría soportar vivir como esposa de un capitán. La vida en un barco no me resulta nada agradable.

—¡Ah! Pero esa es solo una opción.

—¿Qué quieres decir?

—Por supuesto, él podría construir una casa en un terreno. Espera su permiso, cría a tus hijos en el campo... —Bajó la voz—, y así escribirías lo que quisieras.

Esa imagen que él pintó de un futuro potencial me dejó sin aliento. Era todo lo que deseaba: un hogar lejos de la ciudad, sin necesidad de organizar fiestas con frecuencia, mis propios hijos, la capacidad de escribir... ¡Cielos! ¿Había sacado de mi mente al capitán Neal prematuramente?

Durante los días anteriores, yo había estado luchando contra la decepción que Henry no tenía la intención de realmente cortejarme. Quizás él tenía razón, y yo tenía un caballero apropiado y dispuesto, que quería mi mano y deseaba bailar conmigo y, aunque más una gratificación que un requisito, también era guapo.

—Nunca antes había considerado al capitán Neal de esa manera. Supongo que debo

agradecerte por ayudarme a ver el potencial, donde antes no había encontrado ninguno.

Una extraña tensión se apoderó de las facciones de Henry.

—Después de tu ayuda con mi novela, Marianne, es lo mínimo que puedo hacer por ti.

Si había tenido alguna duda antes, eso la resolvió. Henry no me veía bajo una luz romántica.

Mi madre volvió a entrar en el salón.

—¿Salimos?

Me enderecé, haciendo lo mejor que pude para moderar mi decepción.

—Lo haremos.

Capítulo 8

Henry

“Soy un hombre tonto, demasiado tonto. Si tuviera siquiera un ápice de inteligencia, no habría empujado a Marianne hacia Neal”. Era claro que ella no me consideraba un pretendiente, debido a la frecuencia con la que me recordaba que nuestro acuerdo era una fachada, pero no podía negar los extraños celos, que había sentido anoche al verla bailar con otros hombres.

Nuestro paseo por St. James’ Park fue agradable, y solo nos detuvimos periódicamente para saludar a otros que buscaban la débil luz del sol, después que la lluvia había amainado. Cuando regresamos a la casa de los Hutton, Marianne levantó la mano para detener mi salida.

—No te vayas todavía, por favor. Me gustaría devolverte tu novela.

Asentí y la observé seguir a su madre escaleras arriba. Subí las escaleras a un ritmo más lento y crucé la puerta para esperar a Marianne, en la entrada. Ella tenía una figura encantadora y su gusto era refinado. Para ser una mujer, no mucho más joven que yo, todavía habría esperado que la jovialidad de la juventud se aferrara a ella. Sin embargo, Marianne era como un alma anciana en el cuerpo de una joven. Era muy sabia, como me demostró la perspicacia que manifestaba, cuando hablaba de novelas.

La señora Hutton pidió la atención del mayordomo, y desapareció por el pasillo, mientras hablaba con él.

Marianne reapareció, bajando tranquilamente las escaleras, levantándose el dobladillo de su vestido para no tropezar con mi libro, que sujetaba en la otra mano.

—Hice algunas mejoras donde pude, pero recuerda que son meras sugerencias.

Tomé el libro de su mano extendida. Era más voluminoso de lo que recordaba.

—¿Cómo lograste eso? No dejé mucho espacio entre líneas.

—Alfileres de coser. Ya lo verás. —Ella sonrió y el efecto fue deslumbrante.

—¿Cuándo tendré la oportunidad de verte de nuevo? —Me encontraba ansioso por su compañía, incluso antes de dejarla.

—Mamá está organizando una fiesta de cartas. Sospecho que tu reciente atención hacia mí es su principal motivación para el evento, así que puedes esperar una invitación. Creo que será el próximo martes.

—Por supuesto. Mantendré mi día martes despejado. Ahora dime, ¿qué piensas de la ópera? James aseguró varios boletos, y todavía podré usarlos durante las próximas semanas.

—Me puedes convencer para que lo disfrute. ¿Quién no aprecia una actuación de calidad?

—Muchos no, me imagino. Pero fijaré una fecha y enviaré una invitación en breve. Creo que los Gatley también vendrán con nosotros.

Sus suaves cejas se juntaron.

—¿Con el señor Gatley? Ciertamente, no desearás mi presencia. No podrías apreciar tener a una usurpadora, en el grupo.

—¿Usurpadora? —pregunté con cierta sorpresa.

—Él debe verme de esa manera, si tiene planes de convertirme en su yerno.

Ciertamente, ese hombre albergaba esa ilusión.

—Él puede diseñar todo lo que quiera. Eso es algo que nunca sucederá.

—¿Porque tu aborreces el matrimonio? ¿O simplemente estás convencido que la señorita Gatley y tú no se llevan bien?

—No estoy preparado para tomar decisiones de esa naturaleza. El matrimonio no está actualmente en mi mente.

—Sin embargo, estás permitiendo que la sociedad considere lo contrario. ¿No te has preguntado qué pensarán las matronas, cuando te vean cortejándome?

—No creí que esto tendría un gran efecto, cuando ideamos nuestro plan por primera vez. Supuse que creerían que estaba enamorado, y respetarían que mi atención ya estaba asegurada.

Ella se rió entre dientes y se acercó, mirando brevemente por encima de su hombro, como si se asegurara que todavía estábamos solos.

—Ese privilegio no se te concede hasta que te comprometes con una mujer. Mientras simplemente cortejas, te abres a las insinuaciones de todas las jóvenes elegibles de Londres.

Ella no debería tener la razón, ¿cierto? El señor Gatley tenía planes de promover mi relación con su hija, y la señora Hamilton había hecho lo mismo con la suya, pero ciertamente ninguno de los dos sabía de mi acuerdo con Marianne.

—Puedo ver que estás pensando en lo que he dicho, y puedo asegurarte que nuestro paseo en Hyde Park fue suficiente para hacer que las lenguas se movieran. Lo más probable es que el señor Gatley tuviera una razón diferente para seleccionarte, pero tu presencia, bien podría haber despertado la idea de tu elegibilidad. Te sorprendería saber lo rápido que pueden viajar las noticias entre las madres de la ciudad.

—¿Sorprendido? No... Perturbado... Tal vez eso sea más apropiado.

—¿Te arrepientes de nuestro acuerdo? —preguntó ella.

No podía mirar sus preocupados ojos marrones y arrepentirme de nada todavía. Me había dado mucho en qué pensar para mejorar mi novela y hasta el momento su compañía había sido agradable. Si una asociación con Marianne me trajera algunos padres casamenteros, todavía esto valdría la pena para mí.

—No, no me arrepiento. Solo espero que no resulte ser más que un dolor de cabeza de lo que habíamos previsto.

—No lo será —dijo ella con picardía—. Me anticipé plenamente al dolor de cabeza.

—En ese caso, me alegro de ser el único ignorante que sufre. —Hice una reverencia y guardé el libro en el bolsillo de mi abrigo—. Buenos días, Marianne.

—Buenos días, Henry.

Hubo un pequeño rebote en mis pasos, cuando bajé a los adoquines y giré hacia mi carruaje. Pensé en las bromas, ya que cuando comencé este acuerdo con Marianne, no tenía idea de cuánto las disfrutaría.

O mejor dicho, a ella.

* * *

Cuando terminé de repasar las notas de Marianne, hábilmente escritas y clavadas en los lugares de mi manuscrito, que necesitaban revisión, quedó claro que ella sabía lo que estaba haciendo. Sus sugerencias fueron en su mayoría acertadas y aprecié sus ideas. Desearía haber contado con una amiga con su experiencia, mucho antes de iniciar mi carrera literaria, pero me contentaba con tenerla ahora.

Habían pasado tres días desde nuestro paseo por el parque. Hasta ahora había hecho buenos progresos, en mi historia. Seleccioné el siguiente segmento de páginas, las doblé cuidadosamente, y las metí en un libro diferente al que había pretendido prestarle la última vez. En caso que su madre estuviera tomando nota de las novelas, que le llevaba a Marianne, quería estar seguro de no darle ningún motivo de alarma.

Felton, mi ayuda de cámara, me ayudó a vestirme, pero volteé hacia el espejo de afeitarse para atarme la corbata.

—Hace años que no sale de casa tan a menudo, señor. Si no le importa que lo diga, no sabemos qué pensar de este cambio.

—No es necesario que pienses en ello, en absoluto. —Levanté la cabeza para poder terminar de anudarme la corbata—. Ciertamente, usted no debe pensarlo demasiado. He encontrado una compañera intelectual, y ella está haciendo mucho para ampliar mi perspectiva sobre una variedad de novelas.

—¡Ah! —dijo comprendiendo—. Muy parecido a lo que hizo la señora Bradwell cuando llegó a Chelton.

—Sí, exactamente como Felicity. —Fue precisamente lo que inicialmente me unió a mi cuñada. Nuestras discusiones sobre las diversas novelas, que disfrutamos, fueron apasionantes e interesantes. Encontré un alma similar en ella, y siempre sería una de mis amigas más queridas.

—En cuanto a esta nueva señorita...

—Eso es suficiente de parte suya —dije, girándome para deslizar mis brazos dentro de mi abrigo—. ¡Usted es peor que una madre chismosa!

—Me hiere, señor.

—Usted no se lastima tan fácilmente, Felton —murmuré. Lo miré, una vez más, mientras cruzaba la puerta, pero él no me prestaba atención, recogía mis cosas desechadas y ordenaba la habitación. Sin mostrar celos, Marianne hablaba libremente de sus escritos, delante de su doncella. ¿Podría confiar en Felton? El hombre había estado conmigo desde que mi padre lo contrató como mi lacayo en el ejército. Habíamos pasado por muchas cosas, juntos.

Aún así, me preocupaba que su lengua estuviera demasiado suelta. Un hombre que cuenta chismes a menudo, también lo hace sobre uno, y Felton siempre estaba demasiado ansioso por compartir las últimas noticias, que había aprendido, en las escaleras de abajo.

“No, cuanto menos gente sepa mi secreto, será mejor”.

Metí un par de prismáticos en un bolsillo, y mi novela repleta de papeles en otro. Si pudiera sentarme al lado de Marianne, sería lo más conveniente, pero en caso contrario, encontraría una manera de pasarle el libro, al final de la velada. Si se podía confiar en la señora Hutton, habría muchas oportunidades de disfrutar de un momento de tranquilidad con su hija. Hasta ahora se la había arreglado para mantener todo el decoro, y al mismo tiempo darnos tiempo para hablar en relativa privacidad. Ella es una mujer astuta y brillante.

Mi carruaje se detuvo frente a la casa de los Hutton. Todo nuestro grupo era demasiado grande para caber en un solo vehículo, por lo que habíamos planeado encontrarnos con los Gatley, en la ópera. Me tragué mi preocupación inicial que los Gatley considerarían un insulto, si no los llevaba a la ópera, pero eso fue rápidamente aplastado, cuando recordé sus estrategias para forzar esta invitación de mis labios. Sería bueno reiterar que mi atención está en otra parte.

El mayordomo de los Hutton me dejó pasar a la entrada, y un puñado de voces femeninas, en algún lugar del piso encima de nosotros, llamaron mi atención.

—Solo digo que no deberías ignorar su atención todavía.

—No lo he hecho, mamá. —Esa era Marianne. Su voz se estaba volviendo familiar, calmando mi cuello tenso—. Recientemente, se me ha ocurrido que tal vez ser la esposa de un marino no sería tan horrible, como lo había imaginado.

Mi estómago se apretó y mi cuello se tensó de nuevo. Ella no estaba hablando de mí, como había supuesto originalmente. Estaba hablando de Neal.

—¿Qué pasa con las raciones divididas? —preguntó la señora Hutton con tono divertido—.

¿Su atención ha hecho que la perspectiva te resulte menos desagradable?

—Eso no es nada. Su atención no tuvo nada que ver con eso. —Hizo una pausa por un momento antes de continuar—, simplemente, me dijeron que no necesitaba vivir en un barco, en absoluto. Muchas esposas permanecen en Inglaterra, mientras sus maridos están en el ejército.

—No había considerado eso.

—Yo tampoco, hasta ahora —replicó Marianne.

—Bueno, solo te pido que no descartes a nadie, todavía.

“¿A nadie, incluyéndome a mí?”

Solo podía esperar que eso fuera lo que ella quería decir. No fue vanidad lo que me llevó a creer que la señora Hutton me aprobaba como futuro marido. La esperanza en sus ojos, cuando me miraba, era una prueba suficiente de esto.

—Entiendo lo que quieres decir, mamá. Tampoco he descartado al señor Bradwell. Excepto que el otro día habló en un tono extraño, y me pregunté por qué alteró su voz, cuando hablaba de mí.

“¿Me estoy convirtiendo en una carga para ella?” Ese fue un pensamiento degradante.

—Aquí —expresó la señora Hutton—. Da la vuelta y déjame ayudarte con eso. —Hubo un poco de movimiento y el sonido de una tela crujiendo, antes que ella dijera—, todo listo. ¿Bajamos y esperamos?

Miré al mayordomo, pero estaba de pie contra la pared con el rostro impasible. ¿Sabían los Hutton con qué claridad se podían escuchar sus voces? Debería haberle pedido al mayordomo que fuera a buscar a la familia. Fue con un mínimo de vergüenza, que me di cuenta que no lo había hecho. Pero tampoco él necesitaba que se lo pidieran.

Las mujeres bajaron juntas las escaleras y levanté la mirada para encontrarme con la sorpresa de Marianne, al verme esperándola. Su cabello oscuro estaba apartado de su rostro, dejándolo abierto para recibir mi admiración. Llevaba guantes blancos hasta el codo y un vestido blanco con detalles plateados, lo que la hacía parecer brillar, cuando la luz de las velas caía sobre ella con una cola siguiéndole los escalones. Era una visión angelical, el blanco contrastaba nítidamente con su rico cabello castaño.

—Buenas noches. —Me incliné más formalmente de lo que requería la ocasión, pero descubrí que necesitaba un momento para componer mi expresión, y adoptar una de neutralidad.

—Shaw —dijo la señora Hutton—. ¿Podría informar a mi marido que estamos listos para partir?

Él asintió y salió de la sala.

—Me he tomado la libertad de reservar una mesa en el Clarendon, después de la ópera —manifesté—. Espero que me acompañen a tomar un refrigerio.

La señora Hutton hizo un movimiento que empujó el brazo de su hija. ¿Le había dado un codazo?

—Eso es muy amable de tu parte —destacó Marianne, sosteniendo mi mirada. ¿Estaba tratando de descubrir mi propósito? De ser así, se sentiría decepcionada... O tal vez aliviada. Al asegurar la cena, yo no pretendía otra cosa que prolongar nuestra velada, juntos.

Me aclaré la garganta.

—También te traje otra novela, señorita Hutton, si te agrada leerla. —Un repentino y extraño nerviosismo se apoderó de mí, mientras buscaba dentro del bolsillo de mi abrigo y sacaba el libro, pero cuando lo levanté, descubrí que los ojos de Marianne brillaban con una fuerte emoción, me atrevo a decirlo. Quizás era una sensación de anticipación.

—¡Qué lindo, señor Bradwell! —Extendió la mano y tomó el libro—. Espero con ansias

nuestro próximo debate.

—Espero que estemos más de acuerdo sobre este tema.

Ella se rió y el sonido musical subió por mi columna.

—No puedo hacerle ninguna promesa, señor.

El señor Hutton apareció e hizo una reverencia, antes que saliéramos y subiéramos al carruaje, que nos esperaba. El señor y la señora Hutton se sentaron juntos, así que me deslicé al lado de Marianne. No era un transporte pequeño de ninguna manera, pero yo tampoco era un hombre de poca estatura. Mi pierna rozó la de ella, mientras me acomodaba en el asiento. La alejé, pero cuando el carruaje comenzó a rodar, meciéndonos suavemente con el movimiento, no pude evitar que eso volviera a ocurrir. Ella no parecía perturbada en lo más mínimo al ser tocada de esa manera, así que dejé que mi pierna descansara, y fingí que esto no me afectaba.

En general, nunca había sido de los que buscaban compañía femenina. Siempre me habían interesado más las actividades intelectuales que las líneas de las enaguas. Más aún, me uní al ejército para seguir los pasos de mi padre e intentar complacerlo, sacrificando mi mayor deseo: la universidad. Cuando mi padre murió, durante la batalla de Waterloo, agradecí el momento que compartimos el día anterior: me llevó a un lado y me dijo lo orgulloso que lo había hecho sentir, al tener un hijo militar, a quien dejar su legado.

No obstante, Waterloo lo cambió todo, y me agoté rápidamente.

Quizás la parte de mí, que sería una decepción para mi padre, si hubiera seguido vivo, me impidió evitar el mismo destino que quería mi madre. Al respecto, no buscaba una esposa porque consideraba que no podría elegir una, que estuviera a la altura de las exigencias de mi familia.

Simplemente, era más fácil mantenerme en secreto. Me concentraba en mis escritos y novelas, esperando los ingresos que estas publicaciones me proporcionarían.

Pero ahora estaba sintiendo todo tipo de cosas extrañas, y no podía identificar si eran producto de arrojarle la gorra a una mujer, o si las mismas eran por Marianne, en particular. ¿Era natural encontrarme pensando en ella, cuando estaba afuera, o descubrir que estaba ansioso por extender nuestra velada, a un gran costo para mí?

Su rodilla volvió a chocar contra la mía, y cada partícula de mí fue consciente de lo cerca que ella estaba sentada, la nube de dulce perfume que emanaba, y la aguda inteligencia que transmitía en su mirada.

—He traído mis gemelos de ópera por si alguien los necesita —dije, con la esperanza de desviar mi atención de nuestras rodillas chocando.

—Creo que mamá también lo hizo —replicó Marianne.

La señora Hutton se atragantó un poco, pero se recuperó rápidamente.

—Me temo que no querrás usar los míos. Son cositas diminutas y no es nada fácil de usarlos para ver.

Esto fue extraño.

—Todos ustedes son más que bienvenidos a compartir los míos. Todos tendrán la oportunidad de ver las expresiones en los rostros de nuestros cantantes esta noche.

Nuestro carruaje se detuvo y mi mozo de cuadra nos abrió la puerta. Salí y giré para ofrecerle la mano a Marianne. Ella la tomó y disfruté la sensación de sus dedos, envueltos en los míos, por un momento, acercándolos para descansar sobre mi brazo doblado. Cuando dejó su mano allí, sentí una oleada de victoria.

Mis sentimientos comenzaban a comprometerse. ¡Esto no era nada bueno!

Capítulo 9

Marianne

A pesar de reunirme con la familia Gatley, en el vestíbulo, y caminar con ellos hasta nuestro palco para pasar la noche, de alguna manera logré sentarme al lado de Henry. ¿O él se las había ingeniado para sentarse a mi lado? Su aparente negativa a soltar mi mano, durante nuestro viaje hacia el palco, implicaba que quería mantenerme a su lado. ¿Era porque deseaba mi compañía, o simplemente para utilizarme como escudo contra la ansiosa señorita Gatley?

Mi apuesta estaba concentrada en lo último.

Mi madre se sentó en mi otro lado, junto a mi padre. Estábamos en la primera fila de dos juegos de sillas, en el palco de Henry.

Las luces parpadearon dentro y alrededor del escenario, resaltando los rostros de los actores, mientras cantaban tristemente, unos a otros. Los músicos actuaron en el momento oportuno, y las voces nítidas y hermosas resonaban en la sala de yesería dorada. Mi madre se acercó los pequeños gemelos a sus ojos, como si fueran un pequeño telescopio. Los inclinó de un lado a otro, con la boca apretada en señal de concentración.

—¿Puedo tomarlos prestados? —Me interesaba ver el rostro de la mujer y los detalles de su extravagante peinado.

Mi madre pareció dudar, antes de entregármelos. Me los llevé a los ojos y me sobresalté, cuando el rostro de Henry llenó el pequeño telescopio, y un sonido poco femenino de sorpresa salió de mi garganta.

Bajé el telescopio y lo miré, porque aunque Henry apareció, cuando me llevé el catalejo al ojo, no se había movido del asiento a mi lado. La mano de mamá se estiró para apretar suavemente mi pierna.

Ella había esperado eso.

—¿Estás bien? —preguntó Henry, acercándose y susurrándome, su voz me estaba haciendo cosquillas en los pequeños pelos cerca de mi oreja.

Un escalofrío recorrió mis hombros.

—Sí.

Levanté de nuevo el extraño telescopio, esta vez lentamente, y lo moví para ver el rostro de Henry, una vez más. Era un dispositivo extraño y, decididamente, no se trataba de unos gemelos de ópera. De alguna manera, logré apuntar hacia el escenario para dar la ilusión que estaba mirando a los actores, pero me mostró a la persona sentada a mi lado. Lo hice girar lentamente hasta que se posó en el rostro de mamá, al otro lado, y su inocencia estaba lejos de ser genuina. Ella debía darme algunas explicaciones, más tarde.

“¿Qué me hizo anhelar este dispositivo? ¿Y por qué ahora siento la necesidad de espiar a alguien?”

Centré de nuevo la mirilla en Henry. Su expresión era suave y sus ojos se movían hacia un lado repetidamente. ¿Me estaba mirando? Bajé el telescopio y me incliné para susurrarle:

—¿No estás disfrutando la actuación?

—No soy contrario a la ópera, en general, pero esta noche no puedo convencer a mi mente que se calme.

—Pareces inquieto.

—¿Es tan obvio?

Le señalé suavemente el pie, que rebotó un poco, y él inmediatamente lo detuvo. Era imposible ver su expresión sin girarme, en mi silla, pero podía escuchar la suave risa resonando en su pecho.

—Me han pillado —dijo—. Lo haré mejor durante el resto de la actuación, lo prometo. — Su tono gentil y burlón, y el susurro dirigido, solo a mí, no ayudaron a mi determinación de eliminar a Henry de mi mente, como posible pretendiente. El hombre había proclamado su deseo que siguiéramos siendo amigos, y aunque no lo había contado entre mis amigos particulares hasta hace muy poco, pensé que me gustaría conservarlo, incluso después que nuestra artimaña terminara.

Él es un hombre de gran intelecto, capaz de hablar de libros y dispuesto a hacerlo con una mujer (dos grandes puntos a su favor) y también es interesante. Las mariposas que envió a través de mi vientre fueron solo un inconveniente menor. Podrían reducirse con esfuerzo. ¿O quizás lo reemplazaría? ¿Podría convencerse al capitán Neal para que me entregara un par de mariposas en el abdomen? De todos modos, ¿cómo se desarrollaron esas pequeñas bestias, que aleteaban dentro de mí sin piedad?

Enrosqué mis dedos alrededor del cristal de ópera en mi regazo, haciendo lo mejor que pude para concentrarme en los actores, pero incapaz de apartar mi mirada de la rodilla inquieta de Henry. ¿Él estaba ansioso? Quería ver su expresión, pero no podía arriesgarme a girarme para mirarlo nuevamente, y llamar la atención sobre mi curiosidad. Aunque los prismáticos servirían bastante bien para mi propósito.

Cuando los situé en la posición adecuada para ver el rostro de Henry, me sorprendió encontrarlo en un estado de leve agitación, su mirada estaba saltando del escenario hacia mí nuevamente.

Me miró durante un largo momento, antes de acercarse, y mi estómago se apretó con anticipación.

—¿Hay algo de interés ahí abajo? —preguntó.

Moví un poco el cristal para ver a la señorita Gatley, sentada detrás de Henry. Su ceño era feroz y lo dirigía hacia mí, casi como si estuviera mirando el pequeño espejo, que capturó su reflejo, y lo entregó a mis ojos. Bajé el telescopio de inmediato.

—No, nada de interés.

Henry se enderezó en su asiento y su rodilla activa se detuvo.

—¿Qué te ha puesto nervioso? —susurré.

La señorita Gatley se inclinó hacia adelante en su asiento, y golpeó a Henry en el hombro con su abanico.

Él pareció sorprendido al principio, pero rápidamente ocultó la expresión, y giró en su asiento para mirarla.

—Olvidamos nuestros impertinentes en casa. —Su mirada se dirigió hacia mí, y sentí calor en mi espalda.

No podía permitirle usar este dispositivo ni que se diera cuenta cómo yo la había estado espiando, durante el transcurso de la actuación. Ella difundiría con celo esos chismes, por todo Londres.

Henry me miró, pero me negué a verlos a los ojos. Se aclaró la garganta.

—Aquí, señorita Gatley. —Buscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un par de gafas con un largo mango de latón—. Puede tomar prestadas las mías.

Solté el aliento, aliviada, y me recosté en mi asiento. Puse los extraños gemelos de ópera en la mano de mi madre, y ella los tomó con las mejillas sonrojadas.

—¿Por qué siento que te salvé de una situación incómoda? —Henry no me dio un respiro.

—No tengo idea sobre qué te refieres.

—¡Ah! —expresó—. ¿Entonces, debemos fingir?

“*¿Él puede ver a través de mí tan fácilmente?*”

—No se puede fingir.

—¿No es toda nuestra relación fingida?

Lo miré sorprendido. Me guiñó un ojo y dirigió su atención al escenario.

—¡Ay! Estoy bastante confundida. ¿No está destinada la mujer a estar enamorada del hombre? —La señorita Gatley se inclinó hacia adelante en su asiento.

Henry se reclinó un poco en su silla y explicó el punto de la trama que la señorita Gatley se había perdido. O había fingido no entender (yo suponía eso). Sus rizos rubios se movían, mientras prestaba especial atención a la explicación de Henry. El resto del primer acto continuó de manera similar, con la señorita Gatley, moviéndose hacia adelante para hacer preguntas absurdas, que fácilmente podría haber dirigido a su madre o a su padre, sentados a cada lado de ella. La naturaleza de distracción de sus recursos de coqueteo fue casi suficiente para tentarme a ofrecerle mi asiento, y así el pobre Henry ya no tuviera que forzar su cuello.

Nos sobrevino el intermedio, lo que me salvó de seguir ese impulso.

El grupo se levantó y salió del palco para salir en busca de algo de beber, o para alardear del hombre que nos acompañó, en el caso de la señora Gatley y mi madre, muy probablemente. Cuando llegamos al pasillo, reduje el paso, tomando la mano de mi madre, y tirando de ella suavemente. Esperé hasta que el resto del grupo se nos adelantó.

Ella parecía confundida.

—¿Qué es?

Bajé la voz.

—Es demasiado marrón, mamá.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué diablos es ese dispositivo?

Ella sonrió, abandonando su falsa confusión.

—La señora Ormiston lo llama el vaso de los celos. Anoche le hablé de nuestros planes para la ópera, así que vino a visitarnos esta mañana.

—¿Con qué propósito?

—Para observar a la gente que está a tu lado o detrás de ti. Quienquiera que estés intentando mirar.

Bueno, eso ya lo había descubierto.

—Sí, pero, ¿por qué la señora Ormiston pensó que necesitabas un vaso de celos?

—Así podría ver si el señor Bradwell tiene un interés particular por ti. Por supuesto, no quería que me viera mirándolo.

Mi estómago se apretó. Mi madre no era una mujer propensa al dramatismo, por lo que este comportamiento fue una sorpresa, viniendo de ella.

—Mamá —dije en un tono levemente amargo—. ¿Qué sucede?

—Solo quería comprobar su interés, cariño.

“*¿Su interés? ¡Oh! Ella se está tomando demasiado en serio este cortejo*”.

—¿No crees que sus llamadas regulares te dicen lo suficiente?

—Por supuesto que son informativas, pero no puedo medir la profundidad de su interés, cuando estoy constantemente inventando formas de darte espacio para que lo conozcas mejor.

—Entonces, tal vez no deberías preocuparte por crear oportunidades para que hablemos en

privado.

“¡Cielos! No quise decir eso. ¿Por qué dije tal cosa?”

Mi madre entrecerró ligeramente la mirada hacia mí.

—¿Están comprometidos tus afectos?

“¿Podría ella ver a través de nuestra fachada?”

—Es demasiado pronto para saberlo. —Aparté la mirada.

—No hay nada de malo en tomarse el tiempo para discernir la profundidad de los sentimientos. De hecho, es posible que desees pasar tiempo con él y el capitán Neal, hasta que decidas quién te importa más. Hasta que ames a uno de ellos. —Tomó mis dos manos, entre las suyas, y apretó mis dedos suavemente con una sonrisa en sus labios—. ¡Estoy muy contenta! Marianne.

La culpa me llenó de una energía cálida y zumbante, que me llegó hasta los hombros. Solté una pequeña risa.

—Deberíamos ir con los demás.

—Tienes razón. —Soltó mis manos y pasó su brazo por el mío, empujándome por el pasillo hacia el vestíbulo, donde mi padre y nuestro grupo nos estaban esperando. Cuando entramos en el salón, y localizamos a nuestros amigos, mi madre apretó mi brazo con más fuerza—. ¡Qué afortunadas somos! —susurró.

El capitán Neal estaba junto a mi padre y le hablaba en voz baja. Su mirada se posó en mí y sus ojos se iluminaron. Era guapo, amable, se llevaba bien con mi padre y mi madre ciertamente lo aprobaba. Era un héroe, muy respetado en la marina. Si decidía casarme con él, podría vivir en el campo, criar a mis hijos y escribir a mi antojo.

La vida con el capitán Neal pintaba un cuadro absolutamente perfecto. Entonces, ¿por qué mi corazón no latía más rápido por él?

“*Todo el tiempo del mundo para escribir*”. Me repetí a mí misma.

“¡*Maldita sea! Todavía mi corazón no late más rápido*”.

—Señorita Hutton, usted está preciosa —dijo el capitán Neal, inclinándose sobre mi mano. Su cabello color arena estaba recogido sobre su frente, y sus ojos grises se fijaron en mí, mientras se enderezaba.

Hice una reverencia. Los sentimientos aún podrían desarrollarse. No tenía por qué amar a ese hombre, en los primeros meses de conocerlo.

—No me di cuenta que tendríamos el placer de su compañía esta noche, capitán.

—¿Qué suerte que me apeteciera pasar una noche en la ópera!

—Es una suerte, cierto —expresó Henry secamente. Ocultó su evidente disgusto con una sonrisa—. ¿No hablamos de eso anoche?

El capitán Neal adoptó una expresión demasiado inocente, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¿Lo hicimos? Ahora no necesito preguntarme quién me metió la idea en la cabeza. —Su mirada se movió hacia mí nuevamente con cierto significado.

¿Se había enterado por Henry que asistiría a la ópera y me había perseguido? La idea envió una especie de escalofrío, a través de mi pecho. Hasta el momento, el capitán Neal había estado atento, cuando lo vimos en compañía de otros, pero no había hecho todo lo posible para buscarme. No me molestaría en mirar a mi madre porque estaba segura que, en ese momento, ella estaba sonriendo.

—¿Ha venido solo? —le pregunté.

—De hecho, así es. Esperaba deleitar mis ojos con una belleza saludable. —Él me miró—.

Y eso es exactamente lo que estoy haciendo.

El señor Gatley se aclaró la garganta.

—Hay una mesa reservada en Clarendon, después de la actuación. —El señor Gatley nos miró al capitán y a mí. Parecía contento, y me imaginé que quería que yo estuviera ocupada para que la señorita Gatley tuviera más tiempo con Henry—. ¿Quizás nos acompañe?

La expresión de Henry se tensó.

—No me gustaría molestarlos —negó el capitán Neal con la cabeza.

—¡Tonterías! —espetó Henry, pegando una sonrisa en su rostro—. Su presencia será muy gratificante.

—Entonces, eso está arreglado —dijo mi madre—. Nuestro grupo ha crecido.

—Tal vez no solo en Clarendon —sugirió la señorita Gatley con sus ojos de muñeca agrandándose y luciendo más expectantes que nunca.

—Espero que nos acompañe en el palco —confirmó Henry.

El capitán Neal no apartó la mirada de mí, cuando respondió:

—Debería disfrutarlo mucho.

* * *

El resto de la actuación transcurrió sin que yo reconociera nada de lo que ocurría en el escenario. Estaba demasiado ocupada utilizando el catalejo de los celos, que mi madre me había prestado, para observar las interacciones entre Henry y la señorita Gatley, sentada detrás de mí.

El capitán Neal me había escoltado hasta el palco, ocupando el asiento junto al mío y relegando a Henry a la segunda fila junto a la señorita Gatley. Capté la mirada de Henry, cuando tuvo lugar la interacción y él me guiñó un ojo. Solo esperaba que mi madre no se hubiera contagiado.

Mirarlo a través de los gemelos fue una lección sobre cómo fingir de verdad. Sabía que Henry no tenía un interés genuino en la señorita Gatley, pero eso no me impidió sentir exactamente lo que pretendía mostrarme el cristal de los celos, cuando los vi acercarse y susurrar juntos. Tenía demasiada curiosidad por saber qué pasaba entre ellos de manera tan constante. Tuve que dejar a un lado mis celos, y fingir una serenidad total.

La cena en el Clarendon no me dio motivos para sentir mis celos, en menor medida. Henry estaba sentado frente a mí, al lado de la señorita Gatley, y el señor Gatley al otro lado. La presencia del capitán Neal igualó nuestros números perfectamente, pero su posición, a mi lado, hizo imposible prestar atención a la conversación, que tenía lugar al otro lado de la mesa. Cuando la señorita Gatley arrojó suavemente sus rizos rubios con una risa recatada, apreté el tenedor con tanta fuerza, que mis nudillos se pusieron blancos.

Aparté mi atención de ellos con un alarmante grado de dificultad.

—¿Qué fue lo que lo inspiró a unirse a la marina, capitán Neal?

Se llevó el vaso a los labios y tomó un sorbo lento, como si contemplara su respuesta.

—Siempre me ha atraído el mar. Inicialmente, tomé la carrera por necesidad. Toda mi familia se ha ido, y cuando mi padre murió, yo no tenía a dónde ir, siendo un niño, así que me fui al océano. Llegué a amar la vida, en un barco, de una manera que nunca pensé que amaría.

—¿Ninguna familia? ¿Realmente? —Mi corazón se rompió un poco por él.

—Ninguna —repitió, lanzándome una sonrisa triste—. Mi madre murió, dándome la vida, y mi padre diez años después. Mi mayor deseo es tener una familia propia.

Solo podía imaginar el profundo anhelo que debía sentir por tener una esposa, hijos y personas con quienes sentirse conectado. Sería una tarea más fácil de realizar si no dependiera

del horario de su barco.

—¿Ha considerado dejar la marina?

—No. Me temo que ahora mi sangre corre con el agua del mar. Puedo permanecer unos meses seguidos en tierra, pero me siento ansioso por regresar a mi barco, antes que termine mi período de descanso.

—¿Está ansioso por hacerlo ahora?

—En la actualidad, no... He encontrado algo mucho más atractivo que un barco para incitarme a quedarme. —Su sonrisa era perfectamente clara.

Bajé la mirada y empujé un poco la gelatina sobre el plato con el tenedor, mientras mis mejillas se calentaban. Este hombre quería una familia, más que yo, y mi deseo de tener hijos propios, algún día, también era fuerte. Al menos, nuestros objetivos estaban alineados.

Él bajó la voz para que no lo escucharan.

—Permítame observar, señorita Hutton, que mi solicitud no ha sido totalmente rechazada. Por lo tanto, me he permitido creer que tal vez sería un camino aceptable para mí continuar.

“¿Está pidiendo cortejarme? ¡Cielos! ¿Qué le diré?”

—Antes no estaba segura de la naturaleza de sus intenciones, pero creo que ahora las entiendo mejor.

Él parecía complacido con mi respuesta.

—No digamos más. Haré todo lo posible para seguir demostrándole mi valía, si fuera tan amable de aceptar mi humilde atención. No soy un hombre joven, y mis objetivos al venir a Londres están... *centrados*.

Centrados en el matrimonio, supuse. Fue un bonito discurso. Mi corazón latió con fuerza, aunque no pude identificar, si era por su ansiosa anticipación, o ante una abrumadora sensación de incertidumbre. Sentí que esto era por ambas cosas.

Busqué algo que decir para cambiar el rumbo de la conversación.

—Es una lástima que la mayor parte de la sociedad se vaya al campo en unas pocas semanas.

—¿Usted está entre aquellos que eligen encontrar refugio, en sus grandes mansiones rurales? —preguntó.

—Por lo general, mi madre ya está ansiosa por regresar a nuestra propiedad en Cheshire, pero aún no ha dado ninguna indicación sobre nuestros planes. ¿Cuánto tiempo piensa permanecer en Londres?

—Seis semanas más, antes de presentarme en Plymouth. —Me dio una sonrisa torcida—. No es mucho tiempo, pero creo que se puede lograr mucho, si se tiene dedicación.

En otras palabras, si nos esforzáramos lo suficiente, ¿tal vez podríamos enamorarnos, antes que él regresara a su barco? No sabía si el plazo, que me impuso, me atraería, o me prohibiría desarrollar sentimientos por él, pero mi mente ciertamente estaba abierta a ello.

—No pude evitar escucharlo, capitán —dijo mi madre, acercándose a mí—. Es una lástima que solo tengamos su compañía por seis semanas más. ¿Cómo piensa pasar su tiempo?

—Esperaba que fuera con ustedes, por supuesto. —Él esbozó una sonrisa.

—Eso es justo lo que esperaba escuchar. —La sonrisa felina de mi madre era tan propia de ella, que comencé a mostrarme un poco cautelosa—. ¿Qué plan está tramando, y cuál de sus amigos le ha dado la idea?

—No se burle de mí, señora —dijo en broma—. ¿Tiene intención de permanecer en Londres?

—Usualmente, no lo hacemos —respondió sin remordimientos—. Estoy planeando una

fiesta en nuestra casa de Cheshire dentro de quince días. Espero que nos acompañe. —Se recostó un poco en su asiento para incluir a toda la mesa, en su invitación—. Espero que todos ustedes vengan.

Capítulo 10

Henry

La sorpresa que sentí al escuchar la invitación a la fiesta, en la casa de los Hutton, no fue nada comparada con la conmoción en el rostro de Marianne.

—Una fiesta en casa. —La señorita Gatley respiró con sus ojos azules muy abiertos—. ¡Qué exquisito!

—¿Usted irá? —me preguntó el señor Gatley.

Él quería mirar a su esposa y pedirle su opinión. Había muchas madres casamenteras, repartidas por todo Londres, pero este hombre tenía una dedicación anormal para ser un padre.

Noté que muchos pares de ojos parpadeaban hacia mí. No solo los Gatley, sino Marianne y su madre me observaron en busca de una respuesta, así como el capitán. La única persona, en esta mesa, a la que parecía no importarle en lo más mínimo, si yo asistía o no a esta fiesta, en casa, era el señor Hutton. Sus patillas temblaron, mientras comía su pastel de carne y cerveza, y la gelatina se agitaba en su plato con cada bocado.

Deseé poder dedicarme tan a fondo a mi comida para evitar la pregunta. Una fiesta en casa significaba más socialización de la que estaba preparado. Mi naturaleza no estaba hecha para compromisos prolongados ni para una situación que requiriera mi atención durante una semana entera (o dos) sin encontrar ningún respiro, en mi propia casa.

Capté la mirada de Marianne, al otro lado de la mesa, y supe de inmediato que no podría rechazar una invitación, que significaría pasar más tiempo con ella. Me preocupaba, que no tuviéramos suficiente tiempo para conversar con el verano acercándose, y tantas familias eligiendo quedarse en el campo. Unas cuantas semanas más con ella valdrían la pena el esfuerzo de soportar la incomodidad de una fiesta, en casa, ¿no?

—¿Quizás el señor Bradwell tenga otros compromisos? —preguntó el capitán Neal.

Deseaba que ese fuera el caso, sin duda. Me obligué a sonreír y esperé que esto pareciera más agradable que una simple mueca.

—No hay compromisos que me impidan pasar tiempo con todos ustedes. Estaría más que feliz de acompañarlos, señora Hutton. ¡Muchas gracias por la invitación!

—¡Qué modales tan preciosos! —manifestó la señora Hutton—. Su incorporación será sumamente bienvenida.

Marianne había recuperado el equilibrio y su padre no parecía prestar atención a la conversación actual. Era una forma extraña de extender tal invitación, pero conociendo a la señora Hutton, una invitación formal no tardaría en llegar.

—¿Ustedes asistirán? —le pregunté a la señora Gatley.

—¡Oh! No estoy segura. —Miró a su marido—. Ya estábamos invitados para...

—Por supuesto que lo haremos. —El señor Gatley dirigió su atención hacia donde el señor Hutton estaba disfrutando de su vino—. He oído cosas maravillosas sobre su lago, señor.

El señor Hutton chasqueó ligeramente los labios.

—En Hutton House se puede practicar un gran deporte. Los hombres pueden acompañarme al lago, por supuesto. Creo que se aprovechará mucho el respiro de la pesca.

Supuse que el señor Hutton estaría tan ausente de ese evento, como lo hacía en Londres.

Al menos, esta sería una oportunidad para Marianne y mi persona de continuar nuestro proyecto, juntos. Con un poco de suerte, la señora Hutton estaría tan atenta en el campo, como lo

demostró en la ciudad. La forma en que la vi mirar al capitán Neal no dejó ningún misterio, en cuanto a lo que sentía por él como pretendiente para su hija: ¡estaba esperanzada! De alguna manera, tendría que reconciliarme con el hecho que no era el único hombre que competía por la mano de Marianne.

* * *

Había estado en lo cierto, y una invitación formal siguió a otra informal, apenas dos días después. Me alegró que la misma estuviera acompañada de una nota escrita con la letra que, según supe, era de Marianne.

“¡Qué excelente oportunidad para nosotros de continuar nuestro diálogo sobre la interesante historia de los piratas! Espero que respondas favorablemente. Espero con ansias la próxima entrega.

Suya, etc. M. Hutton.”

El libro que le había prestado a Marianne, más recientemente, me había sido devuelto con la invitación, y mi capítulo revisado estaba escondido entre sus páginas. Escribí una rápida aceptación a la fiesta, en casa, y luego subí al estudio para dedicar mi atención a este capítulo, aunque mi mente parecía estar perdida en otra parte.

A veces las palabras fluían de mi pluma, como un río desinhibido, siguiendo un camino sin prestar atención a su entorno. Podría perderme tanto en una historia, que no podía comer. Lo único que me mantenía consciente de lo que me rodeaba era la necesidad de ocultar mis escritos. Esos momentos rara vez ocurrían fuera de Sedwick Lodge, el refugio de caza de mi familia.

La casa había sido mi herencia tras la muerte de mi padre, junto con una suma de dinero, pero todavía tenía que mudarme a ella y reclamarla como mía por completo. Como sabía que mi padre estaría completamente decepcionado, si no continuaba en una carrera militar, no podría aceptar esta casa como propia.

En cambio, me dediqué a la escritura. Así como mi creatividad tenía la capacidad de fluir como un río, más bien, otras veces, me parecía que escribir era como si hubiera cogido una piedra del mismo lecho del río, y estuviera haciendo todo lo posible para exprimírle agua. En otras palabras: ¡estaba haciendo lo imposible!

No obstante, independientemente de lo que pareciera estar experimentando, mi deseo de escribir nunca disminuyó. ¡Y esta era mi gran dificultad!

Desafortunadamente, hoy esto había parecido más una roca que un río.

Abrí las páginas del libro y saqué el capítulo que Marianne había revisado antes. ¿Había enviado a su doncella para completar la tarea, o simplemente esperaba que el lacayo, al que se le había asignado el trabajo, no abriera la novela ni descubriera mis páginas por sí mismo? Dada su discreción, imaginé que había confiado la tarea a su doncella.

Leí las notas de Marianne, clavadas en la parte superior de mi manuscrito. Había algunas que quería ignorar, pero en su mayor parte sabía que debía aceptarlas. Valoré mucho su opinión.

Saqué una hoja de papel nueva para comenzar la reescritura final del capítulo, antes de pasar al siguiente, pero una nota en particular llamó mi atención.

“Una dama nunca rechazará la atención de un hombre con el que desea estar cerca. Él puede hacerla sentir especial, haciéndole cumplidos sinceros, como lo has hecho tan ingeniosamente. También puede hacerla sentir adorada, sacrificándose de alguna manera como

lo hizo el señor Darcy al arreglar el matrimonio de Lydia con el señor Wickham. Cualquier sacrificio por el bien de la otra persona servirá. Si eliges implementar eso en tu historia, sería prudente elegir el sacrificio ahora mismo para poder preparar el comienzo de la relación”.

A veces me preguntaba por su sabiduría. ¿Fue producto de su propia experiencia, o simplemente de su intuición por ser mujer? Recorrí con la vista la última frase y dejé caer mi pluma en el soporte nuevamente. No podía escribir en este momento. Preferiría mucho discutir qué tipo de sacrificios tenía Marianne en mente.

Miré el reloj sobre la repisa de la chimenea. Mmm. Era demasiado tarde para llamarla. Marianne había mencionado sus compromisos para las próximas noches, cuando hablé con ella después de la ópera, pero no podía recordar si esa noche era la velada de Lord Wenton o la de Tomlinson.

Un golpe en la puerta me hizo dejar de considerar las ventajas de salir esa noche. Apilé los papeles del manuscrito, y los deslicé en el cajón superior del escritorio.

—Adelante.

Felton entró con una bandeja, en equilibrio, en una mano.

—¿Ahora también lo han relegado a traerme la cena? —pregunté, apartando un libro para hacer espacio en el escritorio para mi comida.

—Me ofrecí a completar esta tarea, señor. Es un honor ofrecerle su cena.

—¡Usted exagera Felton! —Sacudí la servilleta que había en la bandeja, y la puse sobre mi regazo—. ¿Qué es lo que necesita?

—Usted me hirió... —Se apretó el pecho.

—No intente apelar a la adulación o al falso sentimiento de orgullo herido. Puede que no lo conozca desde hace mucho tiempo, pero sí lo conozco bien.

Felton se quedó inusualmente silencioso.

—De hecho, señor. —Se aclaró la garganta—. Mi hermano me ha avisado que mi padre no se encuentra bien de salud.

Levanté la barbilla y capté su mirada, antes que la desviara hacia el escritorio. Él había estado allí, la última vez que hablé con mi padre, esperando en la tienda, cuando regresé, y estuvo allí al día siguiente, acompañándome durante la muerte de mi padre.

—Debes acudir a él.

—Él está en Ipswich, señor.

—Usted puede ausentarse, mientras su padre requiera su atención, y su puesto estará esperándolo. ¿Necesita fondos?

—Tengo mucho para mis necesidades —dijo con una gentileza poco común.

Me puse de pie, sosteniendo la servilleta para que no cayera al suelo.

—¿Puedo ayudarlo de alguna otra manera?

—No sé cuánto tiempo llevará.

—Mis botas seguramente sufrirán en su ausencia, pero me las arreglaré. —Le di una sonrisa autocrítica.

Felton asintió brevemente, ya que la emoción no era su fuerte, y giró sobre sus talones para irse.

—Felton —dije, llamando su atención de nuevo hacia mí—. ¿Recuerda que lamenté las cosas que no se dijeron?

—De hecho, señor.

Lo había pensado mucho. Si bien todavía tenía que confiar en Felton (el hombre todavía era un chismoso descarado), lamenté no haber confiado en mi padre, antes de su muerte. Felton me

había visto llorar por el hombre que perdí y la oportunidad no aprovechada de hablar con él, abiertamente. Quería contarle sobre mis novelas, pero tenía demasiado miedo, y en lugar de eso le hice creer que tenía interés en permanecer en el ejército. Si hubiera dicho la verdad, tal vez ahora me sentiría diferente acerca de mi carrera literaria. Quizás no tendría tanto miedo de contarle a mi madre o a mis hermanos sobre mis libros.

—No espere para hablar de su padre de las cosas que son importantes para usted. Sinceramente, se arrepentirá, más tarde, si no lo hace.

Me miró durante un largo momento, antes de hacer una reverencia, y salir de la habitación. Retomé mi asiento, bajándome. Quizás fue bueno que no pudiera recordar a cuál de los espectáculos había aceptado asistir Marianne esta noche, porque mi estado de ánimo melancólico me impedía ser un buen compañero de baile o de cartas. Tenía la sensación que esto también obstaculizaría una conversación literaria decente. Mi mente ahora estaba nublada con imágenes del pasado, que había intentado olvidar, y los arrepentimientos, que aún impulsaban mis motivos.

La masa mantecosa y hojaldrada del pastel humeaba en mi plato, y clavé el tenedor en la cena, liberando el rico aroma de la carne guisada en su interior. Las páginas esperaban ser editadas, en el cajón superior del escritorio, pero mi mente no podía atenderlas ahora. Cuando terminé de cenar, me había puesto ansioso por la conversación de Marianne. Anhelaba que su sonrisa llenara de luz las grietas y hendiduras de mi pecho, en sombras.

La melancolía sería ahorcada. ¡Quería verla esta noche!

En la mesa de la entrada principal de mi casa había una bandeja con invitaciones, cuyo número crecía rápidamente desde que me relacioné con Marianne, en el parque, durante aquel fatídico día. Hojeé un puñado de ellas, buscando la que tuviera la fecha de hoy.

¡Ah! La encontré. La de Tomlinson. Examiné la tarjeta y descubrí, para mi consternación, que se trataba de un musical. Tenía solo media hora para ir al evento. Subí las escaleras para cambiarme. Con suerte, Marianne agradecería mi presencia y un poco de conversación, esta noche.

—¿Usted va a salir? —preguntó Felton, respondiendo a mi toque de campana.

—Sí. He cambiado de opinión.

—¿Usted? ¿O lo ha hecho la encantadora señorita Hutton? —Felton sonrió y desapareció en el vestidor para recuperar un nuevo conjunto de ropa para mí.

Cuando regresó, no le di cuartel.

—A menos que la señorita Hutton tuviera la forma de mi cena, no podría haber influido en mí. El pastel captó completamente mi atención.

—Por supuesto, señor.

Me quité la camisa y me puse una nueva.

—Tampoco me ha pedido que asista al evento de esta noche.

—Por supuesto, señor.

—Tampoco me ha dado permiso para imaginar que agradecería especialmente mi compañía esta noche.

—Por supuesto...

—Ya basta de eso —dije, abrochándome la camisa.

Felton levantó silenciosamente mi chaleco, y yo deslicé mis brazos en él.

—Por supuesto, señor.

—¿Soy realmente tan transparente? —Mis labios se aplastaron en una sonrisa irónica, mientras me abrochaba los botones.

—Por supuesto, señor. —Felton sonrió, amablemente.

Capítulo 11

Henry

La casa de los Tomlinson era estrecha y alta. El salón había sido limpiado de todos los muebles y las sillas adicionales fueron colocadas en filas, la mayoría de las cuales estaban reservadas, cuando yo llegué. Me posicioné contra la pared al fondo del salón, y cuestioné las decisiones que me habían llevado a este punto.

Socializar era una actividad singularmente agotadora para mí. Consideré que valía la pena, cuando se trataba de la oportunidad de hablar con Marianne, pero esto no era lo que esperaba. Ella estaba al otro lado del salón, rodeada de otras personas, con la cabeza ligeramente inclinada, escuchando algo que le decía su madre. Llevaba un vestido apagado de color lila suave, aunque eso no le quitaba su resplandor.

Fue una locura de mi parte no haber llegado antes, porque desde este punto de vista podía ver fácilmente al capitán Neal acompañándola. ¿El hombre la había escoltado hasta aquí? Esto me agrió el estómago.

Cuando acepté fingir un noviazgo con Marianne, no me di cuenta que estaría luchando por su tiempo o atención. No me habría molestado, si lo hubiera sabido desde el principio, pero ahora sentía una gran carga. Sin embargo, no me preocuparía por la naturaleza de esos sentimientos. Baste decir que una vez consideré al capitán Neal un conocido interesante, y ahora no podía soportar verlo.

¡Qué extraño! No había explicación para mi repentino disgusto.

La señora Tomlinson se paró al frente del salón, y esperó a que el ruido se calmara. Sus ojos brillantes recorrieron triunfalmente a los asistentes. Un asiento quedó vacío en la última fila, así que lo ocupé en silencio.

—Gracias a todos por estar aquí —dijo la señora Tomlinson, mientras la pluma de su turbante se balanceaba, mientras hablaba—, aquellos de ustedes que han aceptado actuar tienen mi más sincero agradecimiento. Tengo muchas ganas de escuchar lo que han planeado, porque estoy segura que será un placer para nuestros oídos. —Hubo un ligero aplauso de acuerdo—. Mi hija aceptó ser nuestra primera intérprete... ¿Alice?

La señorita Tomlinson se puso de pie y ocupó delicadamente su lugar, ante el pianoforte situado delante del público. Su pluma hacía juego con la de su madre y se movía, mientras se acomodaba frente al instrumento. Ella empezó a tocar. El sonido era encantador, la música era exactamente la que cualquier otra joven consumada nos ofrecería esta noche, estaba seguro de esto. ¿Qué era esto sino una oportunidad para hacer desfilar a las jóvenes, ante pretendientes elegibles, y mostrar sus rasgos casaderos? Generalmente me gustaba la buena música, pero esta noche volví a estar inquieto. Parecía una repetición de la ópera. Era difícil disfrutar de la música, o las actuaciones, cuando mi mente estaba ocupada con Marianne.

“Prefiero estar en un rincón tranquilo hablando con ella”.

Los siguientes números musicales fueron muy parecidos. No podría repetir en qué orden o qué jóvenes actuaron, porque todos eran variaciones del mismo tema. La noche avanzaba. Media docena de mujeres jóvenes cantaban, tocaban el pianoforte o el arpa.

—Ahora, la señorita Hutton nos deleitará con una canción —destacó la señora Tomlinson.

Me senté más erguido. Marianne tomó asiento frente al pianoforte y extendió su documento musical sobre el atril. El capitán Neal se levantó para seguirla. Unos celos ardientes me

atravesaron, como a un halcón planeando acabar con su presa.

Ella miró al público, apoyó los dedos en una posición inicial, y vi el momento en que se dio cuenta de mi presencia. Su mirada se enganchó, como si ella fuera un hilo suelto, y yo fuera el clavo ofensivo que la atrapó. El color ruborizó sus mejillas, dándole una encantadora humildad, y sus pestañas bajaron. Respiró profundamente y empezó. De repente, escuchar música ya no era una tarea tan ardua.

Esta canción no era diferente de las otras piezas tocadas esa noche, pero ver a Marianne hizo que la experiencia fuera mucho más placentera, cuando yo apartaba la mirada del hombre, que pasaba las páginas para ella.

Cuando la canción llegó a su fin, Marianne recogió sus partituras y volvió a tomar asiento, escoltada generosamente por el capitán. Mis manos se apretaron y las descansé nuevamente. ¿Qué me había pasado? Sin duda estaba celoso, pero no podía explicarlo. Marianne era hermosa, consumada, culta y no tenía miedo de ser vista como una media azul... sabía lo que quería y no se conformaba con menos. Ella era... bueno, sinceramente, yo creía haber encontrado a la mujer perfecta.

Una mujer que ahora miraba a los ojos del capitán Neal con lo que parecía ser adoración.

Las últimas actuaciones musicales transcurrieron rápidamente, y me levanté junto con el resto del público, después de aplaudir a las jóvenes que habían actuado. En el salón se habían preparado algunos platos como refrigerios. Me quedé atrás, cerca de la pared, y esperé a que la mayor parte de la gente saliera, antes de cruzar hacia el grupo de los Hutton y hacer mis reverencias.

—Señor Bradwell —dijo la señora Hutton, y sus ojos traicionaron su alegría al encontrarme presente—. No sabía que tendríamos el placer de su compañía esta noche. ¡Qué placer para todos nosotros!

—De hecho —expresó Marianne—. Me alegro de verte. ¿Recibiste nuestra invitación? Le pedí a Keene que te devolviera el libro, y lo hizo.

“¡Ah! Tenía razón y ella le confió el recado a su doncella”.

—Lo hice, gracias. Buscaré en mis estantes otro para reemplazarlo.

—No hasta que hayamos discutido el último, señor. —Ella me reprendió—. Estoy ansiosa por escuchar tu opinión sobre la atención prestada a la mujer por su prometido.

—¡Qué interesante! —repliqué, incapaz de luchar contra la pequeña sonrisa, que se dibujaba en mis labios. Su manera ingeniosa de referirse a sus notas, pero expresándolas, como si vinieran de una novela, fue divertida—. Me había preguntado tu opinión sobre eso mismo.

—¡Cielos! —exclamó la señora Hutton, mirando a su hija, a mí, y luego al capitán Neal—. Tienen conversaciones muy intelectuales, ¿no?

El capitán Neal se rió entre dientes de buen humor.

—Puedo ver que debo leer más, si tengo alguna esperanza de inspirar un saludo tan animado por parte de la señorita Hutton.

—Ese no es el caso, capitán. Su conversación es muy estimulante. —Ella sonrió.

—De hecho. —Estuve de acuerdo—. Capitán, es difícil no dejarse llevar por historias como las que usted comparte... Sus aventuras seguramente igualan a las de las novelas que leemos.

Ella me dirigió una breve mirada inquisitiva.

—Esto lo dice humildemente un hombre que ha visto más aventuras de las que cualquier hombre debería desear, ¿eh?

Se refirió a mi época bajo el mando de Wellington, luchando hasta llegar a Waterloo. No era un tema del que me interesara hablar, así que esboqué una sonrisa tensa.

—¿Puedo conseguirte un vaso de...? ¿Qué es lo que sirven en el salón, señorita Hutton?

—¡Oh! —Miró al capitán Neal—. Me temo que el recado ya ha sido concedido...

—Iré —dijo el capitán—. Señora Hutton, ¿le importaría acompañarme?

“¿Qué está haciendo, dándome activamente tiempo a solas con Marianne? Él sabe que esa es una posición ideal y comprometedora, ¿no?”

Sacó a la señora Hutton del salón, y yo le ofrecí mi codo a Marianne sin otro motivo que alejarla de las personas que todavía estaban sentadas en sillas, demorándonos en la conversación.

—No sabía que apreciabas la música, Henry —manifestó Marianne, apartándose los rizos oscuros de la sien—. Después de la ópera, supuse que no era de tu agrado.

—No me importa la ópera.

—Tu rodilla que rebotaba decía lo contrario.

Me aclaré la garganta.

—Eso fue algo fuera de lo común para mí, te lo aseguro.

Ella entrecerró ligeramente la mirada.

—No me importa si no te gusta la música. Puedes decirme la verdad.

—Te lo prometo, ese no es el caso. Lo que me molestó en la ópera fue la presión de la noche, no estoy acostumbrado a recibir a tantas personas de esa manera. Tu interpretación de esta noche fue simplemente encantadora, Marianne. Me encontré bastante perdido en ella.

Sus mejillas se sonrojaron de nuevo. Esas pequeñas manchas de color me dieron una oleada de victoria. Disfruté incitándola a sonrojarse.

—Eres muy amable.

—Soy honesto. —Me apoyé ligeramente contra la pared con Marianne parada a mi lado—. Como tú, en tus notas.

—¿Demasiado honesta? No he herido tus sentimientos, ¿cierto? —Ella se encogió de hombros.

—¿Al decirme que mi héroe es un bruto y no lo encuentras atractivo? Te lo agradezco.

—Para ser justos, lo adoré, cuando leí tu historia por primera vez... Cuando la atención se centraba en su búsqueda y no en cortejar a la huérfana. Pero, ahora, no me agrada en este nuevo rol.

—Entonces, lo estoy escribiendo incorrectamente.

—No necesariamente. Hay muchas mujeres que podrían desear una relación grosera y atrevida...

—No, por favor, detente ahí. Entiendo. —Pasé mi mano por mi barbilla bien afeitada—. Pero, ¿cómo lo soluciono?

Ella dudó.

Me enderecé, sosteniendo su mirada.

—Di la verdad. Si no logro arreglar esto, nuestro acuerdo no servirá de nada.

Marianne tragó saliva y asintió.

—¿No puedes rogarle al señor Marbury que reconsidere su postura sobre agregar romance a tu novela?

La entendí de inmediato.

—¿Porque solo estoy empeorando mi historia con mis modificaciones?

—No. —Ella bajó la mirada y se mordió el labio, llamando mi atención allí, e inundándose de color rosado. Cuando volvió a levantar los ojos, lo hizo con resolución—. Sí... No puedo mentirte, no cuando hemos acordado ayudarnos. Es una tontería que te haya pedido que cambies algo, que ya es tan perfecto.

Sus elogios llenaron mi pecho de cálida exaltación y me levantaron el ánimo. ¿Perfecto? A ella le encantó mi historia, tal como estaba escrita originalmente, y ese fue un cumplido que no pude olvidar fácilmente.

—Eres muy amable conmigo, Marianne. No sé qué he hecho para merecerte.

* * *

Marianne

“¿Qué ha hecho para merecerme?”

El hombre estaba viendo en mi consejo mucho más de lo que justificaba. Lo que yo había hecho era decirle que sus mejoras eran todo lo contrario, y estaba dispuesta a apostar que el libro tendría mucho más éxito, si dejaba de intentar cambiarlo.

—He hablado con Marbury —lo dijo con pesar—. No publicará nada más. Quiere, por muy equivocado que esté, competir con la autora de *Orgullo y prejuicio*.

“¿Cómo puedo decirle a un hombre que la historia, que está escribiendo, jamás competirá con una novela tan grandiosa y profundamente romántica?”

—Entonces, supongo que debemos trabajar más duro. —Pegué una sonrisa en mi cara.

—Y más rápido —dijo él—. Tendré listo el próximo capítulo, antes del viernes.

—Esto será mucho más conveniente, cuando lleguemos a Cheshire.

Me miró como si recién ahora recordara la inminente fiesta en casa. Sus ojos eran más oscuros, en ese salón poco iluminado, atrayéndome como deliciosos estanques en la noche. Su voz baja y sus esfuerzos por no ser escuchado solo lo hacían sonar profundo y tranquilizador.

—¿Cómo avanza tu novela?

—Ya casi he terminado —le dije—. Solo quedan unos pocos capítulos hasta llegar al final. Entonces podré dedicar todo mi tiempo a ayudarte, una vez que lleguemos a Hutton House.

—Eso debe sentirse maravilloso. —Su sonrisa era amplia.

—Lo será cuando haya terminado —le respondí.

Henry asintió, entendiendo. Un mechón de su cabello rizado cayó hacia adelante y reprimí la tentación de estirar la mano y corregirlo. La fuerza de su atención me mantuvo inmóvil, tal como estaba.

—Háblame de tus tradiciones, Marianne. ¿Tu madre nos mantendrá ocupados durante toda nuestra visita?

—Me temo que sí. Tiene todo tipo de cosas planeadas para entretener a sus invitados.

—Mientras pueda pasar ese tiempo contigo, estaré satisfecho. ¿Quizás incluso podamos leer otra novela y discutirla?

—Si tan solo tuviéramos tiempo. Me estás manteniendo bastante ocupado por tu cuenta.

—¿Es demasiado? Sé que tienes tu propia historia que considerar. —Él parecía un poco avergonzado.

—Mi propia historia avanza a un ritmo demasiado lento, como para que valga la pena mencionarla. —¿Mi amargura se había filtrado en mis palabras? Quería que la novela entregada al señor Marbury no fuera un rehén. Aunque la segunda era distinta. O tal vez percibía la frustración de terminar un manuscrito completo, que no llegaría a ninguna parte. ¿Pasaría lo mismo con este segundo libro?

Henry fijó su mirada en mí.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Nada. —Dejé de lado mis preocupaciones y traté de sonreír. Esta segunda novela se publicaría porque esta vez contaría con la ayuda de Henry. Ya él había conseguido que sus tres

novelas pasaran del manuscrito a la publicación. Él podría hacer lo mismo por la mía—. Solo necesito encontrar más tiempo para dedicarle...

—Podría abstenerme de darte más capítulos. Eso reducirá la carga de tu tiempo.

—Tus capítulos no son una carga, Henry. Los disfruto mucho.

—Disfrutas mucho haciéndolos trizas, ¿eso es lo que quieres decir?

No pude evitar sonreír.

—Has pedido asistencia romántica, señor. ¡Eso es todo lo que he hecho!

—Lo has hecho muy bien. —Se movió, mirándome más—. ¿Qué tipo de sacrificios tienes en mente para mi pirata?

¡Por la bondad! La forma en que me miró tan intensamente hizo que las palabras se secaran en mi lengua. Quería la bebida que el capitán Neal había ido a buscar, pero igualmente deseaba que él permaneciera alejado para que esta conversación no tuviera que terminar.

—Nada, todavía no lo sé... Lo pensaré bien. ¿Has considerado obligarlo a hacer pequeñas cosas para darle a la huérfana una pista, que él podría estar interesado en tener una relación con ella?

—¿Pequeñas cosas?

Guiar a Henry, en el arte del romance, era como enseñar a los perros de mi padre a quedarse quietos: era algo que no les resultaba natural a ninguno de ellos.

—Sí, Henry, pequeñas cosas: como mirarla a los ojos durante largos períodos de tiempo. Que lo atrapen mirándola. Buscándola...

Él parecía estar considerando mis palabras.

—También podrías pedirle que realice un pequeño acto de servicio. Escabulle una galleta extra para ella o algo así.

—¿Una galleta extra demostrará su amor? —preguntó Henry.

“Él es exactamente como los perros de mi papá”.

—Demostrar que él está pensando en ella dará una indicación que se preocupa por ella. —Vi al capitán Neal entrando nuevamente en el salón—. Consideraré el asunto más a fondo, y te proporcionaré una lista de ideas.

—Gracias. Si quieres que lea tu...

—¡Cielos! ¡No! —suspiré—. Un hombre que no disfrutó de *Orgullo y prejuicio*, ciertamente no apreciará mi historia.

Él empezó a dudar.

—Podrías estar subestimándote a mí.

—No lo estoy. Simplemente, estoy prediciendo que no te gustará.

—No has hecho más que intrigarme, Marianne.

—Entonces me temo que pronto te decepcionarás, porque ese no era mi objetivo.

El capitán Neal se acercó y me entregó un vaso. Le di las gracias y lo llevé a mis labios, saciando mi boca repentinamente seca con una horchata demasiado dulce.

Ambos hombres me miraron, y me encontré preguntándome a mi misma: ¿cómo había pasado de no tener pretendientes serios a contar ahora con dos? Sin embargo, intentaba enamorarme de uno, y el otro, realmente, no tenía ningún interés en mí, aunque deseaba que lo tuviera.

Les sonreí a ambos, antes de bajar los ojos, y tomar otro sorbo. Esa fiesta en casa sería realmente interesante.

Capítulo 12

Marianne

La última semana había transcurrido en un ajeteo y me alegraba de estar ahora fuera de Londres, y en nuestra cómoda propiedad en Cheshire. No era una casa grandiosa de ninguna manera, pero era lo suficientemente grande como para recibir a una docena de amigos, o albergar un pequeño baile. Ahora estaba de pie en la terraza, una brisa cálida levantaba el dobladillo de mi vestido y revoloteaba cómodamente sobre mi piel. La piedra roja brillaba, a la luz del sol, y respiré el aire fresco del campo.

El calor del verano ya estaba sobre nosotros, lo que había hecho que el refugio en las colinas abiertas, a las afueras de nuestra casa, fuera un cambio bienvenido de los sofocantes salones y las veladas abarrotadas de Londres. El clima sería aún más bienvenido, cuando llegaran nuestros invitados.

Y para mi buena suerte, eso sería hoy. El chillido de un niño llamó mi atención y regresé al salón para encontrar a mi sobrino doblado por la mitad, con el trasero en el aire, mientras intentaba pescar algo, o a alguien, debajo del sofá.

—¡Gatito! —llamó.

—No creo que el señor Darcy esté de humor para socializar hoy, Frederick.

—¿Gatito? —Mi sobrino, confundido, arrugó la frente. Por lo general, después del viaje, él se toma algunos días para volver a familiarizarse con la casa.

—Quizás podamos salir...

—¡Gatito juega! —Frederick volvió a llamarlo sin hacerme caso.

—¡Cielos! Necesitamos enseñarles más palabras. —Busqué a mi sobrino, lo tomé en mis brazos y levanté su cuerpo, retorciéndolo hasta que tuve toda su atención, aunque su brazo todavía estaba extendido hacia el sofá, como si no pudiera soportar dejar de perseguir a mi gato —. ¿Salimos afuera, Frederick? No queremos hacer demasiado ruido, o tu querida mamá se despertará, y ella necesita desesperadamente una siesta.

—¿Afuera? —Su cabecita se inclinó hacia un lado, considerando la golosina.

—El gatito no quiere jugar. ¿Bajamos al lago a buscar un pato?

—¡Sí! ¡Pato! —Se movió con mucho entusiasmo hasta que lo dejé bajar, y luego corrió hacia la puerta, quitándose la gorra de su mata de cabello castaño, y arrojándola al suelo. Inmediatamente, fui a buscar su gorra, después até mi sombrero, en su lugar, y tomé su mano. Shaw tomó la gorra de Frederick para guardarla.

La brisa nos persiguió por el sendero hacia el lago de mi padre. Para no aterrorizar a los patos, esperaba que estuvieran en otro lugar. Caminamos por la orilla del agua y tomé la mano de Frederick para que no sintiera la necesidad de saltar. Era un buen chico, aunque un poco salvaje. No era de extrañar que Julia estuviera en constante estado de agotamiento, incluso con la ayuda de la niñera.

—¡Pato! —gritó Frederick, señalando el otro lado del lago. Tiró de mi mano, pero yo la agarré con más fuerza. Hoy no estábamos nadando.

—Sí, hay un pato —dije—. ¡Oh! Mira. ¡Tiene sus patitos!

Él tiró con fuerza, pero yo no solté su manita regordeta.

—Debemos caminar alrededor del lago para poder verlos, Frederick. Seguiremos con cuidado el camino. Si somos muy amables, tal vez no los molestemos y así no se irán.

La promesa debió ser suficiente para él porque me permitió conducirlo por el sendero, que bordeaba el perímetro del lago. No estaba segura que pudiera entenderme del todo, pero debió haber sentido mi voluntad de mostrarle los patos para poder inspeccionarlos desde más cerca. Quizás debería haber esperado hasta que la niñera estuviera disponible para venir con nosotros, pero pensé que en general tenía buen sentido al cuidar de Frederick.

Cuando llegamos al otro lado del lago, la casa estaba a la vista, junto con la columna de polvo, que perseguía a dos carruajes por el camino hacia la misma.

Habían llegado. Bueno, habían llegado los invitados. No estaba segura de quiénes de los amigos de mi madre ocupaban los vagones. Tal vez, Lord y Lady Moorington, los Gatley u otros hombres. El aumento en mi pulso demostró a quién más deseaba ver, pero no me permití sentir nada más que un entusiasmo general por el comienzo de la fiesta en casa. Era peligroso sentir algo por un hombre, que no correspondía a mis sentimientos, y además, yo esperaba que mis sentimientos crecieran, donde no existían.

Tenía dos semanas para desarrollar algo por el capitán Neal, más allá de una atracción general, y estaba decidido a lograrlo.

Frederick tiró con fuerza, su mano se soltó de la mía y corrió por el borde de la pendiente hacia el agua, donde la tierra caía repentinamente al lago. El agua no era profunda, pero tampoco había una suave transición de la tierra al lago. Si mi sobrino se cayera, seguramente le resultaría difícil mantenerse erguido sobre el resbaladizo lecho del lago. Quizás haberlo traído, a ver los patos de este lado del agua, no fue de buen gusto para esos animales. La mamá pato tomó con afrenta el acercamiento de Frederick, y se escabulló por la orilla fangosa hacia el agua, con sus patitos siguiéndola, mientras ella los acorralaba lejos del peligro inminente de un niño pequeño.

—¡Aquí, agáchate! —gritó Frederick.

—Los patos no quieren que los carguen —le expliqué, apresurándome hacia él—. Son como el señor Darcy y no te permitirán recogerlos.

Él me miró, reflejando confusión en su pequeño rostro.

Me agaché para estar al mismo nivel que él.

—Solo debes mirar a los patos. ¿Ves a la madre con sus dulces bebés?

—¿Agacharme? —asintió.

—Quizás, pero hoy no. —Ahora estaban nadando, más adentro del lago—. No podemos llegar a ellos.

Los ruidos atrajeron mi atención hacia la casa. Había gente saliendo de los vagones, los baúles se sacaban de los maleteros y los sirvientes estaban alborotados. No podía oír mucho de lo que estaba ocurriendo, cerca de los carruajes, pero ahora podía ver que los Gatley habían llegado, y parecía que habían traído a Henry con ellos.

Mi estómago dio un salto mortal al ver a Henry bajar del carruaje y estirarse sutilmente, inclinándose hacia atrás para admirar toda la majestad de Hutton House. Dio una vuelta lenta, pareciendo contemplar toda la propiedad.

—Mira, Frederick, nuestros amigos están aquí.

Pero cuando giré hacia mi sobrino, ya él no estaba.

Mi corazón se aceleró, palpitando, en mi pecho, cuando registré el sonido de un chapoteo, ya que Frederick perdió el equilibrio y se tambaleó en el agua. Su brazo, pequeño y regordete, estaba extendiéndose hacia los pájaros, mientras caía.

Un rápido grito salió de mi garganta. No podía pensar en nada más que en su pequeño cuerpo cayendo bajo el agua, mientras me levantaba el dobladillo y saltaba. El agua se filtró, a través de las capas de mi vestido, empapándome justo por encima de la rodilla. Saqué a

Frederick del agua con los ojos muy abiertos. Mientras él tosía, sus bracitos se aferraban a mí, y yo recuperaba el aliento. El agua goteaba de su cuerpo, empapándome hasta la piel y refrescándome con la brisa.

Di la vuelta y me enfrenté al dilema de cómo salir del lago. La cornisa era lo suficientemente alta como para dificultar la tarea, mientras yo tenía mi ropa empapada, y cargaba a un niño inquieto. Levanté el pie, pero la pesada falda me arrastraba. No se elevaría lo suficiente, como para que pudiera agarrarme con mi zapato.

Frederick se lamentó. Evidentemente, la situación había afectado al niño, quien tuvo que ventilar el trauma de encontrarse mojado, y haber estado sumergido, recientemente, en un lago lúgubre.

—Lo sé —le dije—. Esto es aterrador para los dos.

Agarré mi dobladillo y lo saqué del agua, pero la tela era pesada y difícil de levantar. Frederick echó la cabeza hacia atrás y gimió, arruinando mi equilibrio.

—Debes quedarte quieto, si quieres que salgamos del agua, Frederick.

Él no me hizo caso.

Caminé lo más cerca que pude del borde del lago, e intenté colocarlo en la cornisa, pero él se aferró a mí como un percebe. Sus gritos no disminuyeron, solo parecieron exacerbarse aún más, y sus pequeños dedos se clavaron en la suave carne de mis brazos.

—Frederick, debes...

—¡Dámelo, aquí!

Levanté la vista y encontré a Henry parado en la orilla del lago con los brazos extendidos hacia mí. Su pecho se agitó. ¿Había huido de la casa? Estaba bastante cerca, pero la longitud del viaje, alrededor del lago, para llegar hasta nosotros no podría haberse recorrido en tan poco tiempo. Aunque debió haberlo conseguido, porque allí estaba, extremadamente sin aliento y con la preocupación en los ojos.

—Ve con el señor Bradwell, Frederick. —Lo levanté más alto. Henry se acercó y lo tomó de mis brazos. Frederick luchó contra la transición, pero Henry se alejó un poco y lo depositó en el suelo, antes de regresar y alcanzarme.

Deslicé mi mano en la suya, y él la sostuvo firmemente. Agarrando mi falda, la saqué del agua y levanté el pie hasta el borde de la orilla. Me levanté, mientras Henry tiraba de mí y daba un paso atrás. Él tiró de repente, tropezó con Frederick y salió volando hacia atrás. Caímos al suelo, pero los brazos de Henry me rodearon, mientras caíamos, protegiéndome del brusco aterrizaje.

—¡Uf! —dijo Henry, como si el aire se le escapara de los pulmones.

Me desplomé sobre él, sus brazos estaban alrededor de mi cintura y mi cabeza permanecía apoyada en su sólido pecho. Podía sentir su corazón latir salvajemente y mi cuello se calentaba. Los gritos de Frederick me sacaron del trance inducido por Henry. Sacudí la cabeza y empujé hacia arriba. Inmediatamente, él me soltó, y luego me ayudó a levantarme. Mi vestido colgaba pesado cerca de mis pies, pero lo levanté y me acerqué a Frederick.

—¿Estás herido? —le pregunté a mi sobrino.

—Pato —dijo, señalando hacia el agua con sus mejillas moteadas cubiertas de lágrimas. Ciertamente, parecía que estaba ileso.

—Los patos hoy no desean un abrazo.

—Quizás lo hagan en otro momento —aclaró Henry, sin duda intentando ser útil. Me miró con una extraña luz, en sus ojos, y yo desvié la mirada. No analizaría cuánto había disfrutado estar envuelta en sus brazos ni la sorpresa que desde entonces había coloreado su rostro.

—Ven, Frederick. Debemos limpiarte. —Lo tomé de la mano. Hipó, pero vino de buena gana.

Henry se puso a caminar a nuestro lado y me llamó la atención.

—Ese es tu...

—¡Cielos! Las presentaciones. —Estaba nerviosa, incapaz de fijar la mirada en nada por mucho tiempo. Era difícil concentrarme, cuando acababa de estar en sus brazos, aunque fuera brevemente—. Henry, este es mi sobrino, Frederick.

Él se inclinó un poco.

—Frederick, ¿te gustan los animales?

El niño miró a Henry con leve curiosidad.

—Sí. Amo al gatito. —Miró el agua con tristeza—. ¡Pato!

—¡Ah! Sí. Dos ejemplares muy buenos. ¿Qué pasa con los caballos?

—No, caballos, no... —El pequeño meneó la cabeza con firmeza.

—Son bastante grandes para él —le expliqué.

—¿Ciervos?

—Desde la distancia, tal vez —supuse.

—¿Pájaros?

—¡Pájaros! —repitió Frederick con entusiasmo.

—¿Pez? —preguntó Henry.

Frederick soltó mi mano y su atención se centró en el extraño, que enumeraba todas sus cosas favoritas.

—Pez.

—¿Haremos todo lo posible para encontrar pescado mañana? —preguntó Henry.

—¡Pato!

—Sí, volveremos a buscar los patos. Pero quizás seas tan amable de permanecer lejos del agua. —Parecía estar luchando contra una sonrisa.

Un poco de miedo apareció en los ojos de Frederick y él asintió. Estaba escuchando a Henry mucho mejor de lo que nunca me escuchó a mí, y quería saber qué tipo de magia tenía ese hombre sobre él. Llegamos a la casa y subimos los escalones de piedra de la entrada. Tomé de nuevo la mano de Frederick, y él me dejó agarrarla suavemente.

—¿Vamos a buscar a tu mamá?

Shaw nos abrió la puerta, y echó un segundo vistazo, a nuestra ropa empapada y embarrada.

—¿Han acompañado a los Gatley a sus habitaciones? —insistí, preguntándome por qué no estaban a la vista.

—En efecto. La señora Hutton ya está arriba con ellos.

—Frederick hizo todo lo posible para nadar con los patos —le expliqué—. ¿Enviarías a Keene y a la niñera a mi habitación?

—De inmediato, señorita.

—¿Y tu hombre? —le pregunté a Henry.

—No viajé con mi ayuda de cámara. Me ocuparé yo solo de mi ropa.

“Muy gracioso. ¿Él sabe cómo hacer eso?”

—Estoy seguro que Keene estará encantada de ayudarte con cualquier cosa, que necesites limpiar. O puedes confiar en el ayuda de cámara de mi padre...

—No es necesario —replicó Henry, sonriendo—. Puedo arreglármelas muy bien por mi cuenta.

El barro le había manchado el abrigo y los pantalones. Esperaba que hubiera traído

suficiente ropa para que esto no causara ningún gran inconveniente.

Nuestro mayordomo pareció absorber todo esto. Quizás se ocuparía de las necesidades de limpieza de Henry.

—Si espera un momento, señor, iré a buscar a la señora Shaw para que lo acompañe a su habitación.

—Por supuesto —asintió Henry, galantemente.

Shaw fue a buscar a los sirvientes, que yo había solicitado, y tiré suavemente de la mano a Frederick, que sollozaba, escaleras arriba.

Mi hermana apareció, en lo alto de las escaleras, con el rostro pálido, sin parecer más descansada por la siesta, que acababa de tomar.

—¡Cielos! —exclamó Julia, quien bajó corriendo las escaleras—. ¿Qué pasó?

—Frederick quería sostener los patos —le expliqué.

Ella me dio una mirada de sorpresa mezclada con diversión.

—¿Y pensaste en pescarlos en el lago para él?

Le lancé una sonrisa irónica.

—Lo saqué del lago, después que se cayó, y el señor Bradwell me ayudó, cuando no pude sobrevivir por mi cuenta.

Julia pareció notar a Henry parado cerca de la puerta. Ella levantó las cejas hacia mí, y el calor volvió a invadir mis mejillas. No podía pensar en el momento, en que caímos al césped, sin que todo mi cuerpo se calentara por la confusión.

Henry dio un paso adelante para recibarnos en las escaleras.

—Señor Bradwell —dijo ella—. No te he había visto en mucho tiempo.

Él inclinó la cabeza en una suave reverencia.

—Tu hijo es muy entretenido.

Ella soltó una carcajada.

—Creo que fue un cumplido y lo aceptaré.

—¿Viene el señor Walding?

—Espero que lo haga. Actualmente gestiona negocios inmobiliarios. Tuvimos inundaciones y causaron grandes daños a algunas de las casas de los inquilinos.

—¡Qué lástima!

—En efecto. —Ella intentó sonreír, pero había una clara tensión detrás de ello, que coincidía con el embotamiento de sus ojos. No era la Julia alegre, que yo conocía tan bien, aunque era evidente que intentaba serlo—. Me alegra que haya venido, señor Bradwell. A papá le vendría bien la distracción de algunos amigos pescadores para ahorrarnos excesivas partidas de ajedrez.

—Estoy feliz de poder servirles. —Él sonrió.

—Vamos —dije, queriendo quitarme la ropa empapada y maloliente—. Enviarán a la niñera a mi habitación para Frederick.

Julia miró a Henry inquisitivamente, antes de aceptar y subir las escaleras conmigo. Ella sonrió, cuando llegamos al pasillo y nos perdimos de vista.

—Él es guapo.

—¡Mejor que susurres! —la amonesté.

—Seguramente, él no puede oírnos.

—Nunca se puede saber qué sonidos viajarán.

—Entonces, ¿lo niegas?

—Negar que el sonido pueda...

—No, ¡ese ganso! Ese Henry Bradwell es guapo.
—Es tolerable, supongo. —Mis mejillas se calentaron.
Julia sonrió, iluminando sus pálidas mejillas.
—Lo sabía. Lo encuentras sumamente guapo.
No discutí más con ella porque tenía toda la razón.

Capítulo 13

Henry

No había sido mi intención ensuciar mi ropa, al llegar a Hutton House, sin embargo, por desgracia, aquí estaba con un abrigo, una corbata y un par de pantalones completamente arruinados. A pesar de mis afirmaciones, no tenía idea de cómo limpiar el barro de la tela. Siempre tuve a Felton para eso.

La cena llegó y se fue, el oporto se compartió entre los caballeros, después de comer y, como el capitán Neal había avisado, que no llegaría hasta dentro de un día, tenía a Marianne para mí, en el salón. La ropa sucia estaba arriba, esperando para que la limpiara, y yo quería determinar cómo manejar esto.

Crucé hasta donde estaba Marianne, quien permanecía sentada junto a Lady Moorington, en el sofá.

—Esperaba incitarte a jugar una partida de ajedrez conmigo, señorita Hutton.

Ella me lanzó una mirada, que no pude interpretar.

—Creo que mi madre tiene otros planes para la noche.

La señora Hutton negó con la cabeza.

—Mis planes pueden esperar. Deberíamos guardarlos para cuando lleguen más invitados.

—¿Huéspedes? —preguntó Marianne—. ¿No estamos esperando solo al capitán Neal?

—Daniel se unirá a nosotros en unos días —aclaró Lady Moorington con una sonrisa en sus labios—. Nadie está más sorprendida que yo... Que mi hijo aceptó una invitación a un evento, en el que estoy presente. No lo he visto en mucho tiempo.

—Yo tampoco —dijo Marianne—. ¿Jane también vendrá?

Solo conocía a Jane porque ella y su esposo, Ewan, nos habían visitado en Chelton el año pasado. Llegaron poco después que mi hermano James se casara con Felicity, la prima de Jane. Ewan es escocés y ellos viven en algún lugar de las Tierras Bajas.

—Lamentablemente no. Actualmente, están cuidando a su bebé.

—Por supuesto —replicó Marianne—. ¿Cómo le resulta ser madre?

—Ewan y ella son padres tiernos. De hecho, vamos de camino a verlos, cuando salgamos de tu casa —asintió Lady Moorington.

Lord Moorington se instaló cómodamente junto a su esposa.

—Es un muchacho fornido —dijo.

Supuse que se refería al bebé.

—¿Vamos entonces? —pregunté.

Marianne se puso de pie y se secó las manos en la falda.

—Prepárate para perder, señor. He jugado muchas partidas de ajedrez, y no soy una aficionada.

El señor Hutton resopló desde el otro lado del salón, y Marianne le lanzó una sonrisa divertida.

—¿Entiendo que la reacción de tu padre significa que podrías, de hecho, ser lo opuesto a lo que afirmaste?

—¡Oh! He jugado muchas partidas de ajedrez, pero no puedo molestarme en mejorar mi habilidad en absoluto. Pierdo terriblemente cada vez.

—Entonces, haré todo lo posible para brindarte una experiencia agradable de todos modos.

Nos trasladamos a una mesa colocada contra la ventana oscura. El tablero de ajedrez estaba incrustado en la superficie de la mesa con bloques de madera blancos y negros arremolinados. Marianne tomó asiento y abrió un cajón, sacó las piezas de ajedrez y colocó el tablero de lado. Me senté frente a ella y seguí su ejemplo.

—¿Has tenido tiempo de leer mis notas recientes? —preguntó en voz baja—. Dejé el libro en tu habitación, cuando supe cuál era el libro que mi madre quería para ti.

Moderé mi sorpresa y dejé de concentrarme en preparar mi lado del tablero.

—No lo vi.

—Debería estar en el escritorio.

—No creo que haya un escritorio en mi habitación.

O no recordaba haber visto ninguno. Intenté recordar los muebles de la habitación, pero eran escasos. Una cama, un arcón, una mesa con un aguamanil y un cuenco. Había una silla, pero no un escritorio.

—Quizás no lo viste. —Ella enderezó su reina y luego me miró—. O tal vez dejé la novela en la habitación del capitán Neal.

—Entonces, es bueno que no llegue hasta mañana.

—Entraré sigilosamente en la habitación y recuperaré el libro, antes de irme a la cama —me aseguró ella con complicidad, todavía concentrada en sus piezas—. Keene puede entregártelo.

—¡Un plan espléndido! —Luché contra una sonrisa—. Quizás deberías escribir historias de aventuras, después de todo.

—¿O sobre misterio? —preguntó ella, levantando una ceja.

—Ciertamente, me interesaría esa historia.

Marianne miró hacia abajo y movió un peón.

—Sin embargo, no estoy segura de poder escribir nada sin una fuerte dosis de romance, así que tal vez no te interese después de todo. —Había un tono extraño en su voz, y yo no sabía a qué se refería con eso.

—¿Porque soy tan inepto en el asunto?

—¡No! No eres un inepto. —La forma en que su voz se hizo más aguda, mientras hablaba delataba lo poco que creía en eso.

—¡Qué amable de tu parte tratar de perdonar mis sentimientos! —También moví un peón, y luego junté las manos sobre la mesa frente a mí—. Pero, si fuera capaz de alguna manera, no te estaría rogando tu ayuda.

—Gracias por intentar cambiar nuestra historia, pero la idea de un acuerdo fue mía, desde el principio.

—Y yo soy el que más me beneficia.

—Para ser justos, no puedes ayudarme hasta que termine mi manuscrito. —Tomó otro peón y lo hizo avanzar.

—Lo cual no sería necesario, si hubiera tenido éxito en mi primer intento de recuperar tu manuscrito.

—Espero que ambos salgamos bien de este acuerdo. —Ella se encogió levemente de hombros.

—Saldrás mejor de esta fiesta, en casa, si la proporción entre caballeros y señoritas es una indicación.

—Daniel Palmer es un libertino, Henry —susurró ella—. Probablemente, solo lo invitaron por el bien de su pobre madre.

—Si es tan malo, no puedo imaginar que indujo a tu madre a invitarlo, a que viniera, a esta

casa con una hija soltera... Por no hablar de los Gatley.

—Se puede tener hábitos desagradables sin mostrar falta de decoro. Estoy segura que será un caballero, en cada pulgada, cuando su madre esté cerca. Es un conocido de la familia, desde hace mucho tiempo, por lo que dudo que mis padres sientan miedo de su presencia. —Movi6 su pieza, luego levant6 la mirada y sonri6 con complicidad—. O no esperan que acepte la invitaci6n, m6s bien la hicieron, a instancias de su madre.

Mi apuesta estaba en lo 6ltimo.

—¡Qu6 decepcionante es cuando la estrategia de uno fracasa!

—No estoy familiarizada con ese concepto. Sin duda, tienes m6s experiencia en estrategia que el resto de nosotros.

—Salvo quiz6s por el capit6n Neal.

Marianne asinti6, observando mis dedos, mientras elegía una pieza y la deslizaba sobre el tablero. Abri6 la boca para hablar, pero la volvi6 a cerrar. Se libraba una batalla en sus expresiones, y solo despert6 en mí la curiosidad de saber qu6 estaba ocultando.

—¿Qu6 es lo que no est6s diciendo? —le pregunt6.

Ella cruz6 las manos sobre el borde de la mesa, inclin6ndose ligeramente hacia adelante.

—No hablas de tu tiempo en el ej6rcito. No me gustaría hacerte una pregunta que te hiciera sentir inc6modo.

Ya me sentía así. El malestar y mi tiempo en el ej6rcito iban de la mano. No podía reflexionar sobre esos ańos sin pensar en mi padre, o en c6mo le había fallado. Tragu6 contra la pesadez en mi garganta.

—Normalmente, no disfruto recordando esos ańos, pero puedes preguntarme cualquier cosa. —Lo extraño es que lo dije en serio.

—Tu padre era famoso por su carrera militar.

—De hecho, lo era. Por eso elegí seguirlo. James estaba en la universidad y mi hermano menor, Benedict, no estaba interesado. Mi pobre padre estaba muy decepcionado con nosotros, sus hijos, que no est6bamos entusiasmados, ya que hemos tenido generaciones de militares.

—¿Fuiste a la universidad?

—Tenía la intenci6n de hacerlo, cuando terminara con el ej6rcito. —Me concentr6 en la pesada pieza del rey negro, gir6ndola en su lugar sobre el tablero de ajedrez.

—¡Qu6 sacrificio! —dijo en voz baja.

Mir6 hacia arriba.

—Me sentí así, en ese momento, pero en realidad pude pasar los 6ltimos ańos de mi padre, junto con él. Sacrifiqué la universidad y tuve ese tiempo. No puedo arrepentirme de eso.

—¿Incluso cuando te oblig6 a sacrificar algo, que deseabas profundamente, por algo para lo que no estabas preparado?

Mi pecho se contrajo, mientras consideraba c6mo responderle. Siempre había creído que valía la pena sacrificar esos ańos porque pude pasarlos a la sombra de mi padre, aprendiendo de él. Si él hubiera permanecido vivo el tiempo suficiente para ver c6mo se vendían mis libros, tal vez las cosas hubieran sido diferentes. Tal vez, si él hubiera seguido vivo, nunca hubiera tomado la decisi6n de dejar el ej6rcito, o podría haberlo hecho, decepcion6ndolo por completo. Ciertamente, él podría estar decepcionado, mir6ndome ahora desde el Cielo.

Su mano se desliz6 por la mesa y descans6 sobre la mía, haciendo que me quedara quieto en cada parte de mi cuerpo, excepto en mi coraz6n, que seguía latiendo a una velocidad cada vez mayor. Agarr6 al rey, bajo el calor de su piel, y obligué a mi mirada a encontrarse con la de ella.

—Olvídate que lo mencion6. —Ella sonri6 amablemente—. No deseo hacerte sentir

incómodo.

—Confía en mí —dije con la voz ronca—. No estás haciendo tal cosa. —Agarré al rey con más fuerza—. Nunca he hablado de esto con otra alma. Es una dificultad, pero eso no significa que deba evitarse. Mi padre era un hombre maravilloso, y yo no habría hecho nada diferente, si pudiera volver atrás y hacerlo todo de nuevo. —Le di una sonrisa trémula—. Aunque, con toda honestidad, si el destino me concediera esa oportunidad, intentaría convencer a mi padre, que se mantuviera alejado de Waterloo. Sin embargo, no estoy seguro, si tendría mucho éxito en ese esfuerzo.

—Es una bendición que no podamos regresar y cambiar nuestro pasado —habló ella con una convicción sensata.

—¿Y tú lo harías?

Ella miró hacia otro lado.

—No le habría vendido mi manuscrito al señor Marbury. O le hubiera exigido que firmara un contrato, estableciendo que publicaría el libro, dentro de un plazo específico. Pero como ahora no puedo hacer ninguna de esas cosas, no me detendré en estas. —Ella sacudió levemente la cabeza, pero aún así no retiró la mano. ¿Había olvidado que yo estaba allí?

Disfruté esa sensación. Quería girar mis dedos para poder sostenerla, pero temía que cualquier movimiento la asustaría y se retractaría. Quería aferrarme a este sentimiento tanto tiempo como pudiera. De alguna manera, ella logró filtrar calor a través de mi piel y directamente a mi corazón.

Una sonrisa curvó sus labios.

—Es un gran alivio que podamos hacer que nuestros personajes hagan lo que queramos que hagan. A veces nos sentimos, como si fuéramos los titiriteros y ellos nuestros juguetes.

—Realmente. Debe ser una especie de ejercicio catártico controlar tan completamente algo más sin ninguna repercusión. —Sonreí.

—Gracias por confiar en mí, Henry. —Sus ojos se dirigieron hacia donde estaban sentados sus padres con la señora Gatley, y Lord y Lady Moorington—. Mis conversaciones contigo siempre son muy gratificantes. Es agradable sentir algo más que una decepción, durante unos minutos.

“¿Decepción? ¿Marianne estaba decepcionada?”

—No puedes hablar en serio. Tus padres te adoran.

—Eso es indiscutible, pero también están frustrados, por mucho que intenten ocultarlo, porque sigo soltera.

¡Ah! Vi lo que quería decir. No estaba a la altura de lo que sus padres esperaban de ella. Lo entendí muy bien.

—La mayoría de los padres se preocupan hasta que sus hijas estén felizmente instaladas. Probablemente, tus padres solo están preocupados por tu futuro.

—Posiblemente, lo están. Por eso invitaron a dos solteros elegibles a pasar quince días con nosotros, con la esperanza que hubiera mucho cortejo entre manos. Notarás que nadie nos presta atención, en este momento. —Sus dedos se movieron suavemente sobre los míos y mi corazón latió rápido. Y añadió en voz baja—, aunque el señor Gatley seguramente nos interrumpiría, si se hubiera reunido con nosotros en el salón, después de la cena.

Mi mente se detuvo tartamudeando, aunque eso no impidió que la diversión se reflejara en mi rostro.

—¿Hablas en serio, entonces? ¿Tu relación con el capitán no es fingida?

Ella apartó su mano, moviendo una pieza, en el tablero, y me arrepentí de mi pregunta.

Estaba bastante seguro que ella se había saltado mi turno, pero realmente no me importaba. Ninguno de los dos prestó mucha atención al juego de ajedrez.

—Sí, es en serio. No permitiría que un caballero creyera que estoy interesada en tener una relación, si no lo estuviera. Debo agradecerte por mostrarme el beneficio de casarme con alguien como el capitán Neal.

—¡Qué amable de tu parte! —dije secamente. Lamenté sinceramente haber mencionado algo positivo sobre la vida con un capitán de la marina.

Ella se rió entre dientes.

—No parezcas tan decepcionado, señor. Me diste permiso para creer que la idea de casarme con otra persona no te decepcionará.

Pero así fue. Lo sentí profundamente en mis entrañas. ¿Y si ya no quisiera que nuestro noviazgo fuera fingido? ¿Y si quisiera que fuera real? Ella estaba buscando activamente un marido y, hasta donde yo sabía, no estaba enamorada del capitán Neal. ¿Eso significaba que todavía tenía una oportunidad con Marianne? La forma en que me miró, ahora produjo un anhelo en mi pecho, vacío y doloroso de ser llenado con ella. Tenía el rostro vuelto hacia arriba, los ojos muy abiertos y una expresión cautelosa, en el ceño, que me hizo creer que estaba conteniendo la respiración.

Era muy parecido a cómo se había sentido en mis brazos, cuando la saqué del lago y tropecé con su sobrino. Podría haberla abrazado durante horas.

—Marianne, ¿qué dirías si te dijera...?

La puerta del salón se abrió y Shaw entró.

—El capitán Neal ha llegado, madame.

—Llegó antes de lo esperado —expresó Marianne en voz baja.

—¿Lo han atendido? —preguntó la señora Hutton.

—El capitán ha sido acompañado a su habitación, y le llevarán la cena en una bandeja.

—¿Planea unirse a nosotros, cuando termine de comer?

—De hecho —respondió Shaw—. Aunque él desea refrescarse primero.

—Por supuesto —confirmó la señora Hutton—. Gracias, Shaw.

El mayordomo agachó la cabeza y se fue, cerrando la puerta detrás de él.

La llegada del capitán Neal significó que todo había cambiado. Ya no tenía a Marianne para mí sola. ¡Qué decepción! Por cierto, necesitaba encontrar una manera de hablar con ella, en privado, durante el transcurso de la fiesta, en esta casa, y tenía la sensación que esa tarea requeriría mucha creatividad.

El rostro de Marianne se dirigió hacia mí con sus cejas marrones arqueadas sobre su frente. La preocupación brilló en sus ojos.

—¿Qué es? —le pregunté. ¿Sintió ella el cambio en la casa, como yo?

—El libro. Tu capítulo más reciente, plagado de mis notas. ¡Está en la habitación del capitán Neal!

Capítulo 14

Marianne

Estaba íntimamente familiarizada con la distribución de las habitaciones, donde dormían nuestros invitados, y el cuarto, en que mi madre había alojado al capitán Neal solo tenía una silla, que estaba colocada junto al pequeño escritorio. Eso significaba que el capitán Neal tomaría su cena, sentado, en la mesa, donde estaba el libro. Uno con una carta elegantemente encima, que yo le había escrito descuidadamente a Henry.

El capitán Neal estaba en esa misma habitación, en ese momento.

“¡Oh! ¡Maldición! ¿Cómo pude haber sido tan imprudente?”

Dejando a un lado mis errores, había prometido ayudar a Henry a guardar el secreto de su autoría, y si el capitán Neal encontraba esa carta, e investigaba el libro, el secreto ya no existiría. Me levanté rápidamente, golpeando la mesa de ajedrez, y provocando que algunas piezas se cayeran.

—¿Debemos preocuparnos? —Henry tomó mi mano.

—Encontrará mi carta para ti cuando se siente a cenar.

Él soltó mi mano y se reclinó en su silla.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó—. ¿Debería hacerle una visita?

Me alegré que Henry entendiera la gravedad de la situación.

—Iré a buscar a Keene. Ella sabrá qué hacer.

—¿Cómo escaparás de este salón sin llamar la atención sobre tu angustia?

—No fue necesario que la señorita Gatley asistiera porque viajar la había agotado. Puedo decir lo mismo de mí. Atender a mi sobrino hoy me ha cansado. Es hora que me retire por la noche. —Sin embargo, lo contrario era cierto. Mi corazón se aceleró por la conversación de Henry, la forma en que me miró, y lo que sea que había estado a punto de decirme. Pero no podía pensar en eso, ahora. Si no recuperaba pronto esa carta y sus páginas, su secreto saldría a la luz, y él no tendría motivos para volver a mirarme con amabilidad.

—Entonces, buenas noches, Marianne.

Crucé la habitación, obligando a mis pasos a no tener prisa, y me incliné para susurrar algo al oído de mi madre.

—Estoy a favor de la cama. Quiero descansar para nuestros invitados, y estaré dispuesta mañana.

—Por supuesto. Buenas noches, querida.

Extendí mi sonrisa entre los invitados, antes de salir del salón, y subir corriendo las escaleras hacia mi dormitorio. Tiré de la cuerda y esperé, caminando hacia la ventana y de regreso. ¡Era una chica tan tonta e irreflexiva!

Keene entró en la habitación e hizo una reverencia.

—Tenemos una crisis.

Sus ojos se agrandaron, y los habría encontrado cómicos, en cualquier otra situación. No obstante, no podía reírme debido a que el secreto de la autoría de Henry estaba en juego.

—Dejé el capítulo reciente del señor Bradwell en lo que creía que era su habitación. La señora Shaw lo puso en otra, y ahora el capitán Neal está allí con las páginas manuscritas del señor Bradwell, y una carta escrita con mi puño y letra.

—¿Una carta, madame?

—Sí. —Dejé caer mi cara entre mis manos—. Insinué en esa carta a un caballero, que me alegraba pasar tiempo con él aquí. ¡Fui descarada y tonta! Lo lamento de todo corazón, en este momento, pero si el capitán Neal la encuentra, estoy en serios problemas. ¡Mi propia reputación está en peligro!

Keene parecía tan angustiada como yo. Con cierto desagrado, por cierto.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó ella.

—¿Usted puede recuperarla? ¿Puede idear una razón para entrar a la habitación de ese caballero, ahora mismo? Me temo que llevarán la bandeja de la cena al escritorio, y perderé toda esperanza.

Ella arrugó la nariz.

—¿Puedo llevarle agua caliente? ¿Hacer como si creyera que él lo solicitó?

—¿No lo hicieron?

—Por supuesto. Será un error de mi parte. Fingiré ser una doncella tonta.

No era el mejor plan, pero serviría.

—Sí. Hazlo. —Levanté la mano y el plan se formó, al salir de mi boca—. Pasaré casualmente por su habitación, cuando usted llame a la puerta y haga contacto visual con él, entonces, él saldrá al pasillo para saludarme.

—Así él se ausentará de la habitación para que yo pueda tomar las páginas del libro.

—Y la carta que descansa encima.

Ella se dirigió hacia la puerta.

—Iré a buscar agua de inmediato.

—Dese prisa —le rogué.

Keene salió corriendo de la habitación y estaba segura que corrió escaleras abajo para llenar su balde con agua tibia. Me acerqué al espejo y comprobé mi reflejo, metiendo algunos rizos sueltos, en mi peinado, y pellizcando mis mejillas para devolverles el color.

Cuando mi doncella regresó, yo estaba sufriendo un ataque de nervios. La seguí en silencio por el pasillo, y caminamos hasta la otra ala, donde están ubicadas las habitaciones de invitados para los caballeros. Pasé por la habitación, y esperé a que ella tocara la puerta. Pequeñas llamas de velas rebotaban en los candelabros de los pasillos, la luz parpadeaba contra las paredes, y se veía la gorra blanca, en la cabeza de Keene. Me acomodé contra la pared, cuando se abrió la puerta del capitán Neal.

—¿Sí?

—Agua caliente, señor.

—Ya tengo...

Caminé rápidamente y encontré la mirada del capitán Neal. Aminoré mis pasos, fingiendo que no me di cuenta que él estaría parado allí. Demostré que estaba sorprendida, y recé por estar haciendo una actuación creíble.

—¿Capitán Neal? No pensé que llegaría hasta mañana.

Él estaba un poco desaliñado, pero todavía llevaba el chaleco y le faltaba la corbata. Era alto y de hombros anchos. A pesar de mis sentimientos por Henry, no podía negar que el capitán era un hombre muy atractivo. Me sonrió, pareciendo olvidarse de la criada, que estaba delante de él, con un cubo de agua.

—Señorita Hutton. —Bajó la cabeza—. Pude ocuparme de mi negocio temprano, y llegué antes de lo previsto.

—¡Qué maravilloso para nosotros! Me alegra que esté aquí para nuestro paseo matutino. ¿Le gusta montar, señor?

Dio un paso adelante y Keene pasó junto a él, silenciosamente. Contuve la respiración.

—Sí, aunque no he traído ningún caballo que sirva para ese propósito.

—Mi padre tiene muchos para todos nosotros. Sin embargo, debemos viajar a primera hora de la mañana, o seguramente lo robará para pescar o cazar, o algo así que implique demostrar su destreza, y proporcionarnos la cena.

Él se rió entre dientes.

—Un paseo será excelente, incluso tan temprano. Por supuesto... —Se giró un poco para mirar por encima del hombro, y entré en pánico.

—Pero no debemos detenernos ahí —dije apresuradamente, llamando su atención de nuevo hacia mí.

La intriga brilló en sus ojos grises y volvió a mirarme.

—¿Oh? ¿Qué más tiene en mente?

—¿Qué, de hecho? ¿Desayuno? ¿Desayunamos juntos, antes de montar? Sin duda me traerá una gran alegría... comer... —Hice lo mejor que pude para mirar sutilmente detrás de él hacia la habitación, pero no podía ver el escritorio ni a mi doncella, desde esta perspectiva.

La admiración brilló en sus ojos.

—Un desayuno será delicioso.

—¡Maravilloso! Nos vemos mañana, capitán. Espero encontrarlo bien descansado.

—¿Tiene la intención de llevarme a un viaje doloroso?

—Solo si usted me cree capaz de eso.

Él se rió un poco más fuerte.

—Espero verla mañana por la mañana, señorita Hutton.

Hice una reverencia.

—Yo también. —Di la vuelta, me alejé y cerré los ojos con fuerza por un momento. Esperaba que Keene hubiera terminado su tarea, y me siguiera poco después.

Cuando llegué a mi habitación, me alivió escucharla justo detrás de mí. Sostenía un cubo, pero ningún libro en sus manos. La tomé del brazo y la llevé a mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí.

—¿Lo encontró?

Dejó el cubo vacío en el suelo y sacó un montón de papeles doblados de su delantal. Tomé los papeles y los presioné contra mi estómago, mientras mi cuerpo se inundaba de alivio.

—Gracias. ¿Él se dio cuenta si parecían desaliñados? ¿Los encontró?

Ella miró hacia otro lado.

—Keene —dije, mi tono contenía la consternación que afilaba mi esperanza—. Dime.

—Él abrió la carta.

“¡Maldición!”

—Esto no es bueno.

—¿Él sabrá que usted la escribió para el señor Bradwell?

Me senté en el borde de mi cama, y dejé caer la cabeza entre mis manos. Si tan solo pudiera leer esa misiva, otra vez.

“¿Escribí el nombre de Henry? No puedo recordarlo. Pero... No creo haberlo hecho”.

—¿Recuerda lo que escribió?

—Difícilmente. Fue una nota rápida y no firmé con mi nombre completo. Pero no será difícil saber quién escribió la carta.

Ella estaba callada, vacilando.

—¿Usted cree que el capitán Neal podría pensar que fue escrito para él?

—Él puede creer eso. La carta no estaba dirigida a nadie, en particular. Al menos, recuerdo que no lo estaba. —Moví mi mano hacia la habitación—. Pero lo invité a desayunar, y a dar un paseo porque no se me ocurrió otra forma de prolongar nuestra conversación, en el pasillo. Seguramente, eso solo reiteró que yo quiero pasar tiempo con él.

—¿No es eso algo bueno, señorita? —preguntó Keene, confundida—. ¿No quiere que la corteje?

¿Era así? ¿No? Excepto que lo que sentí alrededor del capitán no podía compararse de ninguna manera con la sensación que tenía, cuando estaba sosteniendo la mano de Henry.

Levanté la vista y sostuve la mirada de mi doncella.

—Creo que estoy en un aprieto. El hombre con el que me gustaría pasar tiempo, no tiene verdaderos planes para mí, y el hombre que parece dispuesto a casarse conmigo, no inspira todavía ningún sentimiento particular de amor o afecto.

—¿Me imagino que el segundo hombre es el que recibió la nota?

—En efecto.

La expresión preocupada de Keene no auguraba nada bueno para mí.

—¿Quiere que le suba una taza de chocolate caliente?

Le sonreí. Ella sabía exactamente lo que ansiaba en momentos de angustia. Pero mi estómago estaba revuelto.

—No podría beberlo, ahora, si lo intentara, pero le agradezco la oferta, Keene. Creo que me retiraré anticipadamente.

Ella me ayudó a prepararme para acostarme, y avivó el fuego antes de irse. Me paré en mi ventana, y miré a través del cristal oscuro la media luna, en lo alto.

“¡Oh, no! ¿Qué voy a hacer?”

* * *

No podía dormir. Mi mente luchaba con la idea de colarme en la habitación del capitán Neal para recuperar la carta, que Keene había dejado en su mesa. Quizás si el hombre se despertara y descubriera que falta, se preguntaría, si había sido una realidad o un sueño. Pero si se despertara durante mi furtiva aventura, y me encontrara en su habitación, toda esperanza se perdería y mi reputación con ella.

Me puse mi bata violeta y me la abroché al cuello. Habían pasado horas, desde que todos se habían ido a dormir, y los minutos de tranquilidad, que pasaban, solo exacerbaban mi preocupación. Había transcurrido suficiente tiempo, desde la cena, y yo ahora estaba cada vez más hambrienta. Al menos, podría conseguir la taza de chocolate caliente, que había rechazado antes.

Encendí mi vela y bajé por las escaleras, deslizándome hacia la escalera de servicio para llegar a la cocina.

Un fuego ardía en la cocina, cuando llegué allí, y me detuve en seco, al notar una sombra, saltando a lo largo de la pared, en el pequeño cuarto de almacenamiento. Alguien estaba allí, y tal vez ese alguien podría decirme cómo calentar una olla con agua.

—Perdón por mi intrusión —dije, asomando la cabeza por la puerta y congelándome como un carámbano de color violeta. Henry estaba sentado en pantalones con una camisa larga por fuera, inclinado sobre un cubo de agua, mostrando una pastilla de lejía en una mano y un par de pantalones recogidos, en la otra.

—¡Oh! —dije con cierto asombro—. No esperaba encontrarte aquí.

Dejó caer el jabón, en el agua, y me dedicó una sonrisa irónica.

—Esa era ciertamente mi intención.

Crucé los brazos sobre el pecho y apoyé un hombro en la puerta.

—¿Porque no soportas que te vean completando una tarea tan insignificante?

—Difícilmente. Esperé hasta que todos estuvieran dormidos para que no me descubrieran siendo completamente incompetente.

—Nadie te culpará por no saber lavar tu propia ropa, Henry.

El disgusto en su rostro era una prueba que él estaba equivocado. Se culpó a sí mismo de todo corazón.

—¿Por qué no pediste ayuda? Keene se alegraría...

—Fui yo quien despidió al sirviente para que pudiera atender un asunto familiar, así que seré yo quien se ocupará de mis asuntos. —Miró el agua con jabón, que había en el cubo, el cual tenía entre las rodillas—. No quisiera agobiar más a tus sirvientes. Me imagino que tienen mucho que hacer, preparándose para recibir invitados adicionales, esta semana.

La vergüenza y la confusión me invadieron. No había considerado el trabajo adicional, que ya habíamos añadido a la carga de Keene, solo que ella no dudaría en hacer todo lo que le pedía.

—No puedo decir si fue la consideración o el orgullo lo que te llevó a esto. —Hice un gesto hacia él, quien estaba sentado sobre un cubo de agua con un par de pantalones empapados colgando de su agarre.

—Quizás un poco de ambas cosas. —Dejó caer la ropa en el cubo—. Para ser honesto, no tengo la menor idea de lo que estoy haciendo. ¿Esta agua debe estar fría o caliente? Salió fría de la bomba, pero no es fácil trabajar con la lejía, y temo que si uso este mismo método con todas mis prendas sucias, podría arruinar mi abrigo.

Cogí el abrigo y la corbata que colgaban del respaldo de su silla.

—Déjame darle esto a Keene. Si no tiene tiempo, encontrará a alguien que sí lo tenga. Le diré que no tienes mucha prisa para que te los devuelvan, así que no será una carga adicional demasiado grande.

Sus hombros se desinflaron un poco.

—Muy bien... Dale las gracias de mi parte, por favor. —Sacó sus pantalones del cubo y los escurrió—. ¿Qué te trajo aquí, en medio de la noche? ¿Tu propia lavandería secreta?

—No. Mi razón es mucho más sofisticada. Tengo hambre. —Sonreí—. Esperaba prepararme una taza de chocolate caliente, pero una mirada, a la cocina, me recordó lo poco que sé de ese departamento.

Henry estrujó aún más los pantalones, luego los sacudió y los levantó.

—Me tomó solo unos minutos llegar a la misma conclusión sobre mí mismo.

—Mira lo indefensos que estamos.

—No estoy del todo indefenso con respecto a tu dilema. Estoy seguro que puedo hurgar en la basura. ¿Querías beber chocolate?

—Lo había considerado, pero eso está completamente fuera de mi conocimiento o capacidades.

—También bastante fuera de lo mío —dijo, disculpándose.

—Entonces, supongo que el té tendrá que ser suficiente. —Salí de la despensa y busqué en la cocina la caja de té. La localicé en la habitación del ama de llaves, pero cuando tiré de la tapa, no se movió—. Cerrado —murmuré.

Henry me siguió al cuarto oscuro.

—Déjame adivinar. ¿La señora Shaw tiene la llave?

Di la vuelta y me apoyé en el apoyabrazos del pequeño sofá.

—Sí, o mi madre, a ninguna de las cuales me gustaría despertar, en medio de la noche, para tomar el té. —Me reí entre dientes—. Para ser honesta, no estoy segura de haber podido descubrir cómo encender la estufa.

Él sonrió.

—Eso puedo hacerlo. No se recorre el campo con el ejército sin aprender a encender un fuego. Incluso cuando el padre de uno le contrata a un soldado como sirviente.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Puedes demostrar tus habilidades, pero sin la llave de la caja de té, no tendremos nada más que agua caliente.

—¿Voy a hurgar en la despensa? Puedo encontrarte algo de comer. —Se formaron líneas en su frente.

—Puedo hurgar por mí misma, Henry. Pero es muy amable de tu parte ofrecerlo.

Dudó por un segundo, antes de volver a hablar.

—¿Me dirás qué te has mantenido despierta tanto tiempo? Espero que no te molesten mucho las páginas de mi manuscrito, que quedaron en la habitación de Neal.

Habíamos dejado las velas en la cocina y por eso teníamos muy poca luz para ver. Henry parecía preocupado, pero su rostro estaba envuelto en sombras, y su expresión era ilegible. Sin embargo, el brillo, en sus ojos, demostró que me estaba mirando.

—Keene y yo recuperamos las páginas del manuscrito, pero no tenemos forma de saber si el capitán Neal las encontró primero. Creo, según lo que describió Keene, que pasaron desapercibidos. Tu secreto permanece a salvo.

Sus hombros se relajaron visiblemente.

—No puedo expresar el alivio que supone eso. Soy un hombre reservado, y la idea que todos sepan que yo escribí esas novelas... —Dio una pequeña sacudida—. Si eso no te preocupa, entonces sospecho que hay más...

—Sí. —Tragué.

“¿Cómo le digo a este hombre que le escribí una carta?”

Esto rompió todo tipo de reglas de etiqueta y puso en peligro la reputación de ambos. ¿Pero toda nuestra relación no había hecho exactamente eso, desde el principio? Escribirle una nota para acompañar sus páginas me pareció natural, en absoluto, como si no nos estuviéramos sometiendo a algún peligro.

Aunque tal vez ese fuera el peligro. ¿Me había sentido demasiado cómoda con Henry? Le había escrito notas para acompañar sus páginas, antes... Esto era cierto, pero ninguna de ellas había sido así.

Henry dio un paso cuidadoso hacia mí.

—Estás empezando a preocuparme.

—He hecho algo tonto —susurré, doblando el cuello para poder intentar mirarlo a los ojos.

—¿Qué es?

Apretando el extremo de mi trenza con mis dedos, jugué con la cinta de lino, que la mantenía unida.

—Cuando dejé el libro en tu habitación, también escribí una nota.

—Has mencionado eso, pero no es tan terrible. Lo has hecho siempre.

—Sí. Lo he hecho. —*“Qué amable de tu parte señalar mis constantes fallas a la hora de mantener el decoro”*—. Esta vez no la metí en el libro con las otras páginas. La sellé con una oblea y la dejé encima de la novela, como una carta real.

Henry guardó silencio.

—No me di cuenta que tendría que ocultarla —dije—. Me informaron que ocuparías esa habitación, y sellé la carta para que tu hombre no pudiera mirarla, en caso que supiera leer.

—¡Estás pensativa! —murmuró—. ¿Está tu mente sumida en el dilema de qué hacer ahora? Neal la encontró, ¿no? ¿Supongo que ese es el motivo de tu preocupación?

—Lo hizo. El sello estaba roto.

—¿Cuál era la naturaleza de la carta?

Mi corazón latía con fuerza.

—Fue sugerente. Probablemente sonaba ansiosa por la fiesta en casa para que pudiéramos conocernos más. De ninguna manera fue una nota inocente.

Henry respiró profundamente, y luego se acercó hasta que pude distinguir ligeramente sus rasgos en el cuarto oscuro.

—Entonces has dado todas las razones para que otros sospechen de un entendimiento.

—Precisamente. —Pasé mis dedos por mi trenza nuevamente. Si el capitán Neal compartiera la nota con alguien, mi reputación podría arruinarse. Ahora, ¡estaba en su poder convertirme en una mujer lasciva!

—Supongo que no hay nada más que hacer —dijo Henry. Su voz baja y seria me invadió—. Me casaré contigo...

Capítulo 15

Henry

No me había imaginado proponerle matrimonio a Marianne, en la habitación del ama de llaves, a la mitad de la noche... y menos aún, en la oscuridad. ¿Dónde estaban nuestras velas? Pero mentiría, si intentara fingir que no había pensado un par de veces, en cómo se sentiría decir esas palabras en voz alta. Su total sorpresa, sin embargo, no fue lo que esperaba.

—¿Matrimonio? —preguntó ella.

—¿Qué más se puede hacer? Si el capitán Neal encontró una carta que me escribiste, entonces, seguramente...

—Él no sabe que fue escrita para ti... Ese es el problema. —Ella dio un paso atrás y se frotó las sienes—. La firmé con mis iniciales, pero no te la dirigí a ti. Quizás estaba inconscientemente preocupada que esto ocurriera. Ahora, el capitán Neal debe creer que estaba destinada a él.

Eso cambiaba las cosas. Una ligera decepción se apoderó de mí. Me froté la barbilla sin afeitarse, y sentí el comienzo de una barba desaliñada.

—¿Neal cree que le escribiste una nota clandestina y la dejaste en su habitación?

—De hecho —susurró.

—Neal cree que estás ansiosa por tener la oportunidad de conocerlo mejor. —Mi estómago se apretó.

—Lo cual debería ser. Quiero decir, por supuesto. —Ella se frotó las sienes nuevamente—. Pero seguramente, él cree que soy el tipo de mujer, que descaradamente dejaría una nota en el dormitorio de un caballero. —Giró y se dejó caer en el pequeño sofá, bajando la cabeza hasta las manos—. Si eso lo aborrece, podría arruinarme. Si le agrada, creará que siento más de lo que siento... Oh, ¿qué debo hacer?

Rodeé el sofá y me senté a su lado. Tomé su mano y la aparté de su rostro, sosteniéndola suavemente entre las mías. Si antes albergaba sospechas que podría estar desarrollando una especie de atracción por Marianne, la forma en que sentí tomar su mano confirmó esas sospechas, más allá de toda duda. El calor se filtró en mi pecho, y se extendió a través de mí.

—¿Tu doncella no recuperó la carta, cuando trajo las páginas de mi manuscrito?

—No. Vio que la cera ya se había roto y la dejó allí. Henry, ¡esto es peor de lo que piensas!

—¿Cómo? —Mi estómago dio un vuelco, ante la facilidad con la que usó mi nombre de pila. Cada vez que lo deslizaba descuidadamente por sus labios, la amaba aún más.

—La única manera, que se me ocurrió de recuperar las páginas de tu manuscrito, fue enviar a mi doncella a la habitación del capitán Neal con agua caliente, pero necesitábamos una distracción para que ella pudiera tomar los papeles sin que él la mirara. —Ella soltó una risita acuosa.

—¿Tú proporcionaste esa distracción?

—Lo hice. Esperé afuera de su puerta, y me acerqué, cuando la abrió. Así lo incité a conversar en el pasillo, dejando a Keene libre para que pudiera tomar lo que necesitaba.

—¡Qué astuto de tu parte!

—Extremadamente. Si todo lo demás falla en el mercado matrimonial, podría tener una carrera en Bow Street.

Me reí entre dientes.

—No creo que el uniforme te quede bien, Marianne. A pesar de lo incómoda que te hayas

sentido al distraer al capitán, no parece tan terrible.

—No... Lo terrible fue lo ansiosa que yo parecía por pasar tiempo con él. Lo invité a desayunar conmigo mañana, y a dar un paseo. Esto no fue más que una reiteración de los sentimientos, que supuestamente proclamé por él, en esa carta.

Una cálida punzada de celos recorrió mi estómago, mientras imaginaba todo lo que ocurrió en el pasillo: las luces tenues y lo hermosa que ella estaba, después de la cena. Tragué.

—¿Tienes ganas de desayunar con él?

—De ninguna manera.

—Esa es una respuesta vehemente de alguien, que supuestamente está cortejando a un hombre.

—No lo estoy cortejando, exactamente.

—*¿No dijo, momentos antes, que esperaba con ansias la oportunidad de conocerlo mejor? ¿Quién la entiende a ella?*

—Su presencia en la fiesta de tu casa dice lo contrario.

—Sí. Esto refleja que mi madre desea que él pueda competir por ser su futuro yerno.

Mi mano apretó la de ella.

—¿Y tú, Marianne? ¿Qué opinas de la perspectiva que el capitán Neal se convierta en el futuro yerno de tu madre?

Ella se rió suavemente.

—No estoy segura. En lo que respecta a que se convierta en mi futuro esposo, ciertamente tiene todos los rasgos que considero dignos.

—¿Cómo?

—Es amable, atento, guapo. Él me brindará la oportunidad de administrar mi propia casa, criar a mis propios hijos y tener la libertad de escribir, mientras él no esté.

—*¿Puedo proporcionarle todas esas cosas?*

—¿Le contarás sobre tus escritos?

—Supongo que debo hacerlo. —Ella arrugó la cara—. Sin embargo, para ser honesta, no estoy segura de querer compartir esa información con nadie.

—Entonces, ¿por qué él está aquí? —pregunté suavemente.

Ella soltó una risa suave, burlándose de la situación.

—Debo casarme con alguien, Henry. ¡Quiero casarme con alguien!

Mi garganta se secó. Mis recientes palabras flotaron en el aire entre nosotros. ¿Estaba pensando en mi declaración anterior de la misma manera que yo?

—*“Me casaré contigo”*. Recordé muy bien lo que le dije.

En ese sentido, le había dicho que podría ser su marido. Si ella aceptaba, todo esto podría terminar, y la fiesta en casa se convertiría en una oportunidad para conocer mejor a mis futuros suegros. No obstante, ella había cambiado esto a un acuerdo comercial, nada más que una oportunidad para pasar capítulos de un lado a otro, mientras yo escribía, y ella los mejoraba.

—*“¿Así será nuestra vida, juntos? Si nos casamos, ¿estaremos escribiendo nuestros libros, constantemente, e intercambiándolos entre nosotros, ayudándonos mutuamente a mejorarlos?”*

Parecía mucho trabajo, pero por alguna razón, esto también sonaba absolutamente increíble, ¡y maravilloso!

Pasé mis pulgares por sus nudillos, uno a la vez, concentrándome allí para no perder el valor de hablar.

—Si lo que deseas es casarte con el capitán, entonces, por supuesto, te apoyaré plenamente. Pero para mí será un gran sacrificio perder tu compañía y tus inteligentes cartas.

—¿Por qué mi matrimonio con el capitán Neal pondría fin a nuestra amistad? —preguntó ella—. ¿No querrás hablar más conmigo?

—Cuando estés casada, Marianne, ya no será apropiado. En conciencia, no puedo escribirte. Incluso no debería hacerlo ahora.

—No lo hagas ahora —replicó ella, simplemente—. Soy la única que ha sido inapropiada. Lo siento, Henry. ¡No lo volveré a hacer!

—No necesitas disculparte conmigo. Disfruto de tus cartas, como ya te lo he dicho, antes.

—Es una pena que no podamos ser hermano y hermana, entonces, y nada en nuestra relación tendría que cambiar.

¿Hermanos o buenos amigos? Eso era lo último que quería de Marianne. Pero si eso era lo que ella sentía por mí, ciertamente, esto explicaba por qué mi anterior declaración de matrimonio fue recibida con tanta incomodidad, silencio y miedo. ¡Qué horrible es que alguien le proponga matrimonio, a quien lo considera como hermano! Me revolvía el estómago que ella me viera de esa manera.

—Tengo suficientes hermanas, ahora que mis hermanos están casados. Una de las cuales disfruta leyendo tanto como tú.

—¿Felicity? —preguntó, quitando su mano de la mía. ¿Ella también sintió que se levantaba el muro entre nosotros?—. Si ella es una lectora tan devota, ¿por qué no le has hablado todavía de tus libros?

—No puedo decírselo a Felicity sin admitirlo también ante el resto de mi familia. —Tiré del borde de su trenza.

—Tienes una familia tan cariñosa y solidaria. Realmente, no entiendo por qué todavía no se lo has dicho. —Ella entrecerró ligeramente los ojos, como si intentara comprender mi personalidad.

—¿Cómo podría hacer eso? ¿Cómo puedo decirles que dejé el ejército en pos de algo tan estudioso? Mis hermanos no lo entenderán. No soportan la lectura y mi entrega significa que ninguno de nosotros seguirá los pasos de mi padre. Decirles esto los decepcionaría a todos. —Las palabras habían fluído fácilmente de mis labios, perseguidas con celo, en este cuarto oscuro. No me había dado cuenta antes de lo mucho que deseaba compartir ese miedo, al hablarlo en voz alta.

—Acaso, ¿ellos creen que tienes la intención de regresar al ejército algún día?

“¿Cómo Marianne vio a través de mí?”

—Si les informo sobre mi nueva carrera, sabrán que no tengo ninguna posibilidad. En cierto sentido, la línea militar de la familia terminará conmigo.

—Entonces, no les darás ningún crédito a tus hijos y sobrinos. ¿Las actividades militares no pueden saltarse una generación?

—Estoy seguro que pueden, pero no será lo mismo. —Sacudí la cabeza y me puse de pie, pasándome la mano por el pelo despeinado. Me di cuenta, en ese momento, de lo descuidado que estaba, vestido únicamente con pantalones y una camisa. Nuestro estado de desnudez no parecía bueno. Si nos descubrieran, ambos estaríamos arruinados. Marianne necesitaba subir las escaleras. Ambos necesitábamos estar en nuestras habitaciones, ahora mismo.

—Estás agitado —dijo ella, poniéndose de pie—. No quise angustiarte, Henry. Solo traté de entenderte.

—¿Cómo puedes entenderlo sin haber conocido a mi padre? Su carrera militar y su orgullo por las generaciones, que habían servido antes, eran su identidad. Nunca se habría sentido orgulloso de mis libros. No... Por la manera en que tuvo el honor de presentarme, a cualquiera

que quisiera escucharme, y explicarle que llevaba el apellido Bradwell en el ejército.

—Es demasiada presión para poner sobre tus hombros. Ni siquiera eres el hijo mayor.

—El hijo mayor, si hubiera querido, se habría alistado, después de la universidad. Lo salvé de tal necesidad.

—¡Qué desinteresado de tu parte!

—Habría seguido siendo desinteresado, en el ejército, a pesar de lo mucho que lo odiaba. — Me burlé.

—No puedes imponerte eso a ti mismo.

—Es un hecho que si mi padre estuviera vivo, y yo ya no estuviera en el ejército, sería una completa decepción para él. Mi fracaso en ascender de rango sería una decepción. Mi dedicación a la escritura, la lectura y las actividades literarias sería una decepción. —Los ojos de ella brillaron con compasión y yo levanté la voz—, no busco tu compasión. Simplemente estoy exponiendo los hechos.

—No puedo hablar por tu padre porque no lo conocía bien, pero me gustaría pensar que después que se recuperara de la decepción de perderte, en el ejército, estaría orgulloso de los libros que has escrito y del éxito, que has logrado en la carrera que elegiste.

—¿Tanto éxito que mi editor me pide que cambie mi forma de escribir? —No pude continuar esta conversación. Necesitaba irme a dormir. Parecía como si hubiera buscado su compasión, que no era en absoluto lo que quería de ella. Mis miedos y las cosas, que me atormentaban, no necesitaban ser discutidos en mitad de la noche, en el cuarto del ama de llaves.

—Tienes que irte a dormir —le dije—. Necesito hacer lo mismo.

—Soy perfectamente capaz de determinar cuándo debo irme a dormir, pero te agradezco la preocupación. —Sus ojos se abrieron.

—Por supuesto que lo eres... Solo quise decir que esto no es apropiado. Si nos encontraran...

—¿Podría ser tan peligroso, como si encontraran mis cartas para ti? ¿Que se descubra nuestro acuerdo clandestino, o que se escuchen las discusiones inapropiadas que tenemos sobre el romance?

—Eso no es inapropiado —destaqué.

—Mi madre no estaría de acuerdo contigo. Si hubiera sabido que nuestras discusiones románticas no estaban profundizando nuestra conexión, sino un verdadero debate literario, no nos habría permitido tener tantas.

—Si su única motivación es encontrarte un marido, seguramente, le agradecerá cuando desayunes con el capitán mañana.

—Sí. ¡Así será!

—Buenas noches, entonces —dije.

Ella se dispuso a salir de la habitación, tomando su vela de la mesa de trabajo, en el centro de la cocina, y luego recogió mi abrigo y mi corbata.

—Buenas noches, Henry.

—Espera —le dije. Cuando llegó a las escaleras, ella volteó para mirarme. La luz de las velas rebotaba en su rostro, resaltando sus pómulos y la línea inclinada de su mandíbula. No tenía un vestido de noche completo ni cabello peinado, ni color en las mejillas, pero en este estado simple con una bata apretada a su alrededor, y una larga trenza marrón cayendo sobre su hombro, no parecía menos hermosa—. ¿Qué escribiste exactamente en la carta?

Ella tragó y vi cómo su garganta se movía con ese movimiento.

—Nada más de lo que ya te dije. Que tenía muchas ganas de conocerte mejor, esta semana. Que había disfrutado nuestras conversaciones, y esperaba ansiosamente más.

—Entonces, permíteme decirte que espero lo mismo, y espero con ansias pasar más tiempo contigo.

Marianne me miró fijamente, durante un momento, antes de inclinar la cabeza, en una ligera reverencia.

—¿Mañana, entonces? Si estás despierto, ¿nos acompañarás?

Asentí, pero no sabía qué pensar de la invitación. Ella no me había dado ningún motivo para creer que estuviera verdaderamente enamorada del capitán. Su angustia, cuando creyó que el capitán podría asumir que ella se preocupaba por él solo demostró eso aún más, por no hablar de invitarme a acompañarlos en su viaje. Sin embargo, no podía dejar pasar la oportunidad de pasar tiempo con ella.

—Voy a estar allí.

Capítulo 16

Marianne

El desayuno, acompañada de dos caballeros, fue mucho menos agradable de lo que había pensado. Cualquiera podría creer que una compañía tan atractiva podría tener motivos para disfrutar más la comida. No obstante, estaba descubriendo que era todo lo contrario.

Más bien, no sabía con quién hablar. Miré mi plato y le presté mucha atención a mi panecillo.

—¿Han encontrado que las habitaciones son de su agrado?

—Sí.

—Mucho.

Ambos volvieron a guardar silencio.

—Capitán Neal, ¿no tuvo muchos problemas en el camino?

—No hubo ningún problema, en absoluto.

Prevaleció el silencio, otra vez.

Me enfrenté a Henry.

—Señor Bradwell, tiene una casa en el norte, ¿no?

—Es más bien un coto de caza. Pero he apreciado el aislamiento que proporciona, así que no me oirán quejarme de eso.

—¿No hay mucha gente de la sociedad en el norte? —preguntó el capitán Neal.

—Hay, si uno decide unirse a ellos. Pero la sociedad está mucho más dispersa de lo que encontrará en la ciudad y, como hombre soltero, que no suele buscar un exceso de eventos sociales, a mí me sienta bien.

—Entonces, debe tener muchas oportunidades para montar a caballo —dije, contenta de estar fuera del forzado silencio.

—¿Para escribir? —preguntó Henry, mirándome fijamente.

—Equitación. —Eso sonaba mejor, pero sentía que mis mejillas se calentaban—. Aunque me imagino que la distancia, desde la casa de su madre, también le da una gran oportunidad para escribir cartas a su familia.

—Sí, me volví muy bueno, en correspondencia, cuando estaba en el continente. —Cogió su té y tomó un largo trago.

—¿Y usted, capitán Neal? ¿Es un corresponsal experimentado?

—La verdad es que podría ser mucho mejor escribiendo y montando. No practico ninguna de las dos actividades lo suficiente.

—Entonces, no nos demoremos ni un minuto más. —Empujé mi silla hacia atrás y me puse de pie, limpiándome las manos, en la parte delantera de mi traje de montar de color verde oscuro. Tenía los ojos llorosos y mi agotamiento era total. Solo había dormido un par de horas la noche anterior, y podía sentirlo.

Me había sido imposible conciliar el sueño, después de esa conversación con Henry, o luego de su propuesta de matrimonio, la cual, realmente, no era una propuesta de matrimonio, en lo absoluto.

No podía mirar a Henry, a los ojos, sin que mis mejillas se sonrojaran, como una puesta de sol de invierno. Me alegré que estuviera con nosotros hoy, pero todavía tenía que decidir cómo me sentía realmente, después de nuestra conversación. Proponer matrimonio simplemente porque

había pensado que mi reputación estaba en peligro, y por ninguna otra razón, me dolía. Cuando él dijo esas palabras, permanecí en silencio, pero mi cuerpo reaccionó agradablemente. Había querido aceptarlo, y la sola idea, así como la decepción que sentí, cuando nuestra conversación se desvió del matrimonio, ahora me asustaba.

Me alejé de la mesa, mientras ambos hombres colocaban sus servilletas, en los platos, y me seguían. Nuestro mozo de cuadra, Nelson, esperaba afuera con cuatro caballos ensillados. ¿Debería haber invitado a la señorita Gatley? Quizás ahora parecía egoísta, como si quisiera mantener a los caballeros para mí.

“*Lo cual es cierto*”. Supuse que era así.

Si la señorita Gatley hubiera bajado a cenar anoche, o estuviera despierta para desayunar esta mañana, sin duda la habría invitado.

Conduje a Cinnamon hasta el bloque de montaje y subí los escalones de piedra, antes de sentarme en la silla. Al parecer, había llovido ligeramente, esa mañana, y me preocupaba que el camino estuviera embarrado. Nelson y los caballeros tomaron sus sillas, y alejamos nuestros caballos de los establos y de la casa. Las colinas se alzaban, detrás de Hutton House, y las atravesamos, tomándonos nuestro tiempo, subiendo más y más, mientras el sol ascendía constantemente, en el cielo. Los cálidos rayos besaron mi piel. Reajusté mi sombrero para permitir que el calor impregnara mi rostro, y decidí preocuparme por las pecas más tarde. ¿Había alguna sensación mejor que el calor del sol, después de un resfriado?

Miré hacia donde Henry cabalgaba a mi lado. La forma en que me observaba con sus ojos recorriendo mi rostro, como si fueran rayos de sol bañando mi piel, tenía un poder propio. Estos ojos calentaron mi pecho, llenándome con el resplandor del sol.

—Usted hablaba en serio, cuando insinuó que era una amazona consumada —dijo el capitán Neal, robándome la atención.

—Solo lo dije en broma, capitán. —Ciertamente, no íbamos por ningún sendero especialmente complicado.

—Pero he descubierto que es la realidad. ¡Esto es muy impresionante, señorita Hutton! Creo que no se hace ningún favor al disminuir sus logros. Más bien, debería estar orgulloso de ellos. —Él estaba un poco sin aliento.

—A menudo, he pensado lo mismo —aclaró Henry.

Yo sabía que él no estaba pensando en mi forma de montar.

—¡Por la bondad! Ambos están decididos a hacerme sonrojar. Toda esta charla sobre logros me está cansando. ¿Vamos a correr a algún lugar? La primera persona que alcance el sauce en la orilla del lago será la ganadora. —Miré a cada uno de ellos, una vez, antes de echar a Cinnamon a correr.

Tenía la ventaja de conocer el terreno, por lo que esperaba ganar. Lo que no esperaba era que Henry siguiera mi ritmo. Su caballo estaba una cabeza detrás de mi yegua, y corrimos colina abajo y sobre la hierba verde hacia el lago. El sol brillaba en el agua y la cálida brisa me envolvía, tonificándome con su frescura.

—¡Te has escapado del pobre Neal! —gritó Henry, entusiasmado.

—¡Yo no lo he...! Él puede seguir el ritmo. —Empujé a Cinnamon con más fuerza, adelantándome a Henry, mientras daba vueltas alrededor del lago. La casa estaba justo al otro lado, pero moví mi yegua lejos de la misma, dirigiéndome hacia el árbol ubicado en la pendiente de la orilla, cuyas hojas descendían para besar el borde del agua.

—¡Bien hecho! —exclamó Henry, riéndose. Se detuvo a mi lado, y ambos nos bajamos de nuestros caballos con el pecho agitado. Le sonreí, incapaz de apartar la mirada. La sonrisa que

tenía no se parecía a nada que le hubiera visto antes. Estaba radiante. El aire fresco y la luz del sol le habían sentado bien.

—Lo mismo para ti, señor —le dije—. Eres un jinete consumado.

—He competido con mis hermanos muchas veces, a lo largo de los años —replicó—. He tenido la práctica.

Salí de la sombra del sauce y busqué en el horizonte al capitán Neal, pero no lo veía por ninguna parte.

—Él encontrará su camino hasta aquí —me aseguró Henry.

—Pero, si está perdido...

—Tu mozo está con él, Marianne. No puede perderse.

Esa era una idea reconfortante.

—Él me considerará la criatura más vanidosa por elegir correr, como si sintiera la necesidad de demostrar mi habilidad.

—O quedará impresionado por ello.

—¿Qué hombre se impresiona cuando una mujer lo eclipsa? ¿No desean todos ustedes ser vistos como superiores? —Me reí.

—Le haces un flaco favor a mi sexo. —Las cejas marrones de Henry se alzaron, moviendo la barbilla con sorpresa.

—¿Cómo?

—A algunos de nosotros no nos importaría que una mujer nos golpeará. Algunos de nosotros quedamos bastante impresionados, cuando ocurre esa situación.

Sacudí la cabeza, buscando de nuevo las colinas. Me alegré de ver aparecer al capitán Neal, al otro lado del lago, con Nelson pisándole los talones.

—Debería saberlo —presionó Henry—. Siento exactamente eso ahora, después de haber sido completamente derrotado, en una carrera.

Mi estómago dio un vuelco.

—¡Cielos! Señor —lo dije, riéndome ligeramente—. No puedes hablar en serio. Actúas como si te hubiera golpeado de buena gana, cuando en realidad estuviste a mi lado todo el tiempo.

—Era difícil seguirte el ritmo, Marianne. ¡Acepta el cumplido!

—Lo haré cuando sienta que lo merezco.

El capitán Neal se estaba aproximando.

Henry se acercó lo suficiente como para poder hablar en voz baja, y no ser escuchado.

—Estoy empezando a pensar que tu modestia es lo único que se interpone entre algunas de las páginas de tu manuscrito y yo.

—¡Bien hecho, señorita Hutton! —gritó el capitán Neal, deteniéndose no lejos de nosotros y desmontando.

Henry se alejó un paso de mí, y apoyó las manos detrás de la espalda.

—Asume que yo gané —ratifiqué.

—¿No es así?

Me reí, pero Henry no me apoyó.

La atención del capitán Neal se centró en mí.

—Quizás tu hombre sería tan amable de devolver nuestros caballos a los establos para que pueda tentarte a dar un paseo tranquilo, alrededor del lago.

—Eso sería maravilloso —dije, mirando a Nelson. El mozo asintió.

—Yo lo ayudaré —confirmó Henry, pero su expresión era ilegible. Acaso, ¿tenía miedo de

volver a dar trabajo adicional a los sirvientes, o simplemente buscaba una excusa para dejarnos? Traté de encontrar la causa en su rostro, pero él solamente inclinó la cabeza hacia nosotros, y volvió a tomar su silla, tomando las riendas de Cinnamon para llevarla, junto a él.

Lo vi irse sin mirar atrás. ¿Qué significaba esto? El capitán Neal dobló el codo y me lo ofreció. Mi falda de hábito era demasiado larga, en un lado, pero no lo suficiente como para pasarla por encima del brazo sin exponer mis piernas. Agarré la tela con mis manos, y la levanté lo suficientemente alto para que no se arrastrara por el suelo.

Tomando el brazo del capitán Neal, dejé que me guiara hacia el sendero, que bordeaba el límite del agua. El sol de media mañana todavía brillaba intensamente, pero de alguna manera el calor parecía haber disminuido, en los últimos minutos. Miré a Henry por encima del hombro, mientras se alejaba y guiaba mi yegua, y realmente, quería estar con él.

—Le tiene mucho cariño a su yegua —manifestó el capitán Neal, atrayendo mi atención hacia adelante.

Mis mejillas se inundaron de color. ¿Me estaba recordando amablemente que mi atención debía estar en él, en este momento? Aunque él no era bueno cortejando.

—La amo muchísimo —repliqué, y estaba feliz porque eso era verdad.

—Entonces, sería una gran prueba para usted separarse de ella por un período prolongado de tiempo.

—Me las arreglo muy bien, cuando vamos a Londres para la temporada, todos los años, y eso supone al menos unos meses de separación. Pero admito que me alegro sinceramente de regresar con ella.

Él asintió, pero no dijo más sobre el tema. Era un buen momento para hablarle de mis escritos. Si fuéramos a entablar una relación, sería el tipo de cosas que un marido necesitaría saber, por supuesto. Aunque esto no era algo que tuviera intención de mantener en secreto para siempre, como lo había hecho Henry, aún así, esto era algo difícil de compartir. Sin embargo, apelando a mi conciencia, no podía permitir que continuara una relación entre cualquier hombre y mi persona, si él no supiera que algún día, yo sería una autora publicada, y que mi nombre estaría escrito, aunque disfrazado, en la portada de un libro. Además, si ese era el tipo de cosas que avergonzarían al capitán Neal de la misma manera, que imaginaba que le sucedería a mi propio padre, entonces, él necesitaba saberlo, antes que pasara mucho tiempo.

“Pero, ¿cómo se lo digo?”

Era aterrador hacerme a mí y a mis sueños vulnerables, frente a alguien, y mucho más ante un hombre, al que todavía estaba empezando a conocer.

Quizás por ahora haría lo mejor que pudiera para que la conversación regresara en su dirección. Luego, tendría el tiempo suficiente para reunir coraje.

—¿Tiene algún interés, capitán? —Reajusté el agarre de mi falda larga, con cuidado de no dejar que se arrastrara por el barro—. ¿Algo que le guste hacer, cuando está de permiso?

—Observar las estrellas es uno de mis pasatiempos favoritos —respondió—. Lo disfruto muchísimo en el barco. Busco constelaciones y cosas por el estilo.

—Ya debe haber perfeccionado eso.

—¡En efecto! Si el cielo nocturno está despejado, puedo mostrarle algunas de ellas. Deberíamos poder ver a Polaris, la Osa Mayor, y si tenemos suerte, quizás podamos distinguir a Casiopea.

—Esto sería excelente. En una ocasión vi la Osa Mayor, pero me temo que no tengo buen ojo para distinguir las estrellas.

Él sonrió amablemente, la brisa alborotó su cabello color arena.

—Es algo bueno, a lo que estoy acostumbrado.

Pasamos por el lugar donde Frederick había caído en el lago, ayer, y tiré del brazo del capitán Neal y ajusté mi agarre sobre mi falda, que caía una vez más.

—¡Oh! Mire. ¿Ve los patos escondidos entre los juncos de allí?

—Es un milagro que no se refugien en los sauces —replicó—. Se puede obtener una cobertura mucho mejor debajo de las ramas.

—Pero mucho menos luz solar. Quizás disfruten del calor, cuando no se esconden de nosotros.

—Tal vez.

Rodeamos el lago, bordeando lentamente el agua. El capitán Neal me habló de algunos de los hombres de su barco, y de los diferentes puertos, que había tenido el privilegio de visitar. Habló sobre una tormenta reciente, que casi lo derribó, y el miedo que le había infundido, en el pecho.

El barro se volvió más resbaladizo, a medida que avanzábamos por el sendero, y agarré con más fuerza el brazo del capitán, cuando mi equilibrio se volvió inestable.

—Cuidado —dijo.

—Después de lo del otro día, sería el colmo de mi mala suerte, si me resbalara... —Un chillido salió de mi garganta, cuando la punta de mi bota se deslizó hacia atrás y volé de cabeza hacia el camino fangoso.

—Señorita Hutton —me llamó, acercándose a mí—. ¿Se ha lastimado?

—Solo mi orgullo. —Levanté la cabeza del lodo y mis ojos entraron en contacto con excrementos frescos de pato—. ¡Cielos! Eso estuvo cerca.

¡Chirp! ¡Chirp!

—Capitán, ¿oyó eso? —Me levanté, evitando los excrementos, y miré hacia los juncos a la orilla del lago. Un patito amarillo saltaba sobre la hierba con un gorjeo agudo.

—Sí, permítame...

—No, espere. —Me alejé de él, arrastrándome hacia el borde del agua, consciente que él parecía algo enloquecido, o era simplemente un inmaduro. Me arrodillé sobre la hierba empapada y alcancé al patito. Él chilló, intentando huir, pero logré sostenerlo. Sus suaves plumas, tan delicadas, estaban en mis palmas.

—Creo que está perdido. Debemos reunirlo con su madre.

—Seguramente, él podrá encontrarla por su cuenta. Los animales tienen sentido para estas cosas.

Miré al capitán por encima del hombro y su expresión me provocó una sacudida de sorpresa. Estaba mirando al pájaro peludo, que yo tenía entre mis manos, y era incapaz de ocultar su total repulsión.

“¡Maldición! ¿Ese hombre está disgustado por el pájaro o por mi comportamiento?”

—¿No le gustan los pájaros, capitán?

—No le mentiré, señorita Hutton. La sola idea de tocar un animal salvaje me produce mucho disgusto. —Ese comentario de repulsión fue más preciso.

—No es necesario que lo toque. —Intenté levantarme, pero mi maldita falda se interponía en mi camino.

—Permítame ayudarla. —El capitán Neal se acercó, pero vaciló, como si no supiera qué hacer. Para un hombre que vivía en un barco, con otros hombres que no eran, en su mayoría, los especímenes más limpios (así lo imaginé), su aversión a la tierra, que me cubría a mí, y al pájaro, en mis manos, era sorprendente.

—No se moleste. —Intenté sonar como si no fuera una carga para él dejarme con mis propios recursos—. Puedo encontrar una manera...

—Si deja el pájaro en el suelo, seguramente, podrá pararse más fácilmente.

“¿Dónde está Henry cuando lo necesito?”

Respiré pacientemente por la nariz.

—Pero, entonces, tal vez no pueda volver a atraparlo.

—Por supuesto. —El capitán Neal parecía no entender por qué eso sería un problema.

Miré hacia los establos, deseando que apareciera Henry.

—¿Voy a buscar ayuda? —preguntó.

—No, no necesita preocuparse. —Eso sería nada menos que ridículo. ¿Buscando ayuda para poder ponerme de pie? Encontraría una manera de realizar la tarea por mi cuenta, o dejaría al pájaro en el suelo, y me arriesgaría a perderlo. Miré hacia la casa y pensé en mi sobrinito, en la guardería, con la niñera. El capitán Neal quería una excusa para irse. Pude ver lo incómodo que estaba. Lo miré y le di mi mejor sonrisa—. Si pudiera regresar a la casa, y enviar a buscar a mi sobrino Frederick, se lo agradecería mucho. A él le encantaría tener este patito en brazos.

—Por supuesto, ¡inmediatamente!

Se dirigió a la casa con pasos rápidos y amplios, y yo tuve que encontrar la manera de pararme con una falda excesivamente larga, y un patito retorciéndose en mis manos.

¡Maldición! Necesito ayuda”.

Capítulo 17

Henry

Me paré en la entrada, quitándome el abrigo, esperando que Shaw pudiera llevárselo para limpiarlo. Había dejado de evitar el trabajo extra para los sirvientes de Hutton. Esperaba que Felton regresara rápidamente, pero tampoco deseaba que su asunto concluyera demasiado rápido, o eso implicaría que su padre había dado su último aliento en esta Tierra. Simplemente, necesitaría dejar a los sirvientes de Hutton algunas monedas extra para expresar mi gratitud, y hacer que el trabajo adicional valiera la pena.

Me estremecí ante las salpicaduras, en los faldones de mi abrigo.

—La lluvia de esta mañana dejó más barro del que esperaba.

—Nos encargaremos de ello, señor. —Tomó el abrigo salpicado de barro, mientras yo me quitaba los guantes.

La puerta principal se abrió y el capitán Neal, de aspecto acosado, entró. Sus ojos saltaron de mí al mayordomo.

Marianne no estaba a la vista y su ausencia hizo que mi corazón dejara de latir.

“¿Está herida?”

—¿Qué es? ¿Dónde está Marianne?

Me dio una mirada rápida, antes de ver al mayordomo. Si notó mi error al usar su nombre de pila, él no lo mencionó.

—Me enviaron a buscar al joven amo Frederick. ¿Seguramente, le gustaría ver un pato?

El alivio me invadió.

El mayordomo asintió.

—Lo localizaré de inmediato, señor.

—Espere, Shaw. —Crucé hacia él, antes de que pudiera desaparecer en la escalera de servicio—. ¿Mi abrigo, por favor?

Me lo devolvió y lo deslicé sobre mis hombros, después me puse los guantes, mientras esperaba que llamaran a Frederick.

El capitán Neal vaciló y se frotó la barbilla, al caminar por la entrada.

—¿Tiene la intención de llevar a Frederick hasta su tía? —preguntó.

—Sí. Puedo esperar al muchacho, si usted quiere irse ahora. —Después de todo, era justo. Ya los había dejado a su suerte. Esto fue desinteresado de mi parte, ¿no?

—Gracias. —Inclinó la cabeza y se dirigió hacia las escaleras, que iban a los dormitorios del primer piso. Lo vi irse, sorprendido.

“¿No tiene intención de regresar con Marianne? ¡Esto sí es quedarse corto! ¿La abandonó?”

Frederick llegó poco después, seguido de una mujer corpulenta, cuyas arrugas y cabello canoso delataban su posición.

—¿Niñera? —le pregunté.

Ella asintió brevemente.

—Nos enviaron a buscar a la señorita Hutton.

—La llevaré con ella. —Seguramente, no debería resultar demasiado difícil localizar a Marianne.

Salimos y Frederick tiró con fuerza de la mano de su niñera.

—¡Pato!

—Paciencia, amo Frederick. —Ella luchó por evitar que él tirara de su brazo—. Llegaremos lo suficientemente pronto.

Pero el muchacho no le hizo caso.

—Frederick —dije bruscamente. Él me miró y sus ojos se agrandaron. Era difícil no sonreír, ante su dulce inocencia, pero hice lo mejor que pude para mantenerme serio—. Si te acercas demasiado rápido o ruidosamente, ahuyentarás a los patos. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez?

No parecía recordarlo.

Suavicé mi voz.

—Vayamos en silencio para no asustar a los patos.

—Agáchate —insistió, aunque esta vez lucía más tranquilo—. Sostendré un pato.

Seguimos caminando hacia el lago y la niñera me miró con aprobación.

Marianne no fue difícil de encontrar. Una vez que doblamos el borde, pudimos verla sentada en el barro, con un patito en sus manos. Levantó la cara hacia nosotros y mi corazón dio un vuelco. Su sonrisa era amplia y el barro, que le cubría el pómulos, era encantador. Estaba tan llena de alegría y exuberancia, mientras que sus ojos marrones brillaban intensamente. Cuando Frederick vio el pato en su mano y chilló, ella ni siquiera se inmutó, ante su entusiasmo. En todo caso, eso la animó aún más.

—Ven en silencio, Frederick, o lo asustarás —habló suavemente.

En una especie de milagro, Frederick hizo lo que le ordenaron. Se acercó a su tía con cuidado, agachando sus cortas y regordetas piernas para poder observar más de cerca al pájaro.

—Si eres muy gentil, puedes abrazarlo. ¿Te gustaría eso?

El niño asintió y extendió las manos. Marianne levantó ligeramente los brazos.

—¿Te gustaría sentarte en mi regazo, Frederick?

Él así lo hizo, y ella colocó el pájaro en sus manos ahuecadas.

La sonrisa que se extendió por los labios de Frederick coincidía con la de su tía, ambos con los ojos fijos en el pájaro, que temblaba nerviosamente en sus manos. Este se estremeció, sacudiendo sus pequeñas alas. Frederick se rió.

Mi estómago dio un vuelco involuntario, como si estuviera recibiendo un pequeño vistazo de cómo sería Marianne como madre. Me gustó mucho lo que vi.

—Creo que este patito se ha perdido. ¿Lo reunimos con su mamá?

—¿Mamá? —Frederick miró a su tía.

—Sí. El patito probablemente quiere a su mamá. ¿Puedes verla?

La localizaron entre los juncos, más arriba del lago. Frederick intentó levantarse y yo salté hacia adelante para ayudarlo. Se negó a soltar el pájaro, así que lo agarré por los hombros y lo levanté del regazo de su tía. Se fue caminando, como un pato, hacia la madre pato, mientras su niñera corría tras él.

No pude borrar la sonrisa de mi cara. Alcancé a Marianne.

Ella miró mi mano y luego las suyas.

—He estado sosteniendo ese pájaro durante casi veinte minutos. O más...

No entendí las implicaciones de su declaración, pero a juzgar por la forma en que lo dijo, pensé que tenía algún significado.

—¡Qué amable de tu parte!

—Mis manos no están limpias. —Marianne me miró de nuevo.

“¡Ah! ¿Está preocupada que me disguste porque ella sostuvo un pájaro?” Mantuve mi mano extendida hacia ella.

—Esa es la menor de mis preocupaciones.

El alivio pasó por su expresión. Recogió su falda de hábito para levantarla del barro y tomó mi mano, permitiéndome levantarla. Ella se tambaleó un poco sobre sus pies.

—Ahora tengo el pie lleno de hormigueos.

—Entonces, quédate aquí un momento. No queremos que vuelvas a caer al lago.

Ella miró por encima del hombro para ver a Frederick acercarse, cada vez más al borde del agua, donde la mamá pato estaba acorralando a sus otros patitos.

—¿Cómo sabes a qué pato pertenece? —pregunté.

—Ella es la única con niños que he visto. —Marianne me miró, sus ojos brillaban a la luz del sol—. Al menos, ella puede ayudar al patito a encontrar a su madre.

—¡Quédate quieta! —Solté su brazo para inclinarme hacia el agua y poner un poco en mis dedos. No era el agua más limpia, pero serviría. Me enderecé, sacudiéndome el exceso, luego pasé mi pulgar por la mancha de barro en su cara. La humedad se acumuló y corrió por su mejilla, en riachuelos sucios, así que los atrapé con mi mano seca y le limpié todo el barro.

Un sonrojo subió por su cuello y apareció en sus mejillas de manera atractiva.

—Gracias, Henry.

—No podía permitir que saludaras a Mamá Pata con tal desorden en la cara.

—Reflexivo, por cierto.

Me enjuagué las manos en el lago, sacudiéndome el agua. Doblando el brazo se lo ofrecí a Marianne. Ella enroscó su mano alrededor de mi brazo, y sus dedos se clavaron en mis músculos. Lo flexioné por impulso, luego lo relajé inmediatamente, y mi mirada se disparó para ver si ella se había dado cuenta.

Ella me miró con una sonrisa en los labios.

—¿Fue ese un intento de demostrar tu fuerza superior? Te lo aseguro, eso no es necesario.

—Fue un impulso del momento que lamento de todo corazón —murmuré.

Marianne se rió y la melodía me calentó más que la luz del sol.

—Nunca deberías arrepentirte de haber demostrado tu fuerza, señor.

—Entonces, no lo hago. —Aunque, realmente, me sentí como un tonto. Estábamos detrás de la niñera, que se cernía sobre Frederick. Él se inclinó hacia adelante, y soltó al patito, en el agua, con un chapuzón. El pequeño pájaro amarillo tardó un minuto en orientarse, pero nadó un poco hasta unirse al resto de los patitos, que seguían a la madre.

—Están reunidos. —Marianne sonrió.

—Eso fue desinteresado de tu parte.

Ella dejó caer su falda larga de hábito con un chasquido.

—Desinteresado sería no imponerle a Keene otra prenda embarrada. Creo que me encontrarás limpiando el barro de esto, esta noche. La pobre Keene no se merece el lío que le estoy provocando.

—Si lo haces y arruinas la falda de hábito por tu ignorancia, ¿qué harás entonces?

—Esperaré y no volveré a montar hasta que mi mamá pueda pedir una nueva. ¡Ay, qué pensamiento tan espantoso!

—¿Por pedir una nueva falda de hábito?

—No. —Ella arrugó la nariz—. Por posponer la conducción.

La risa brotó de mi pecho.

Se acercó un poco más y pude sentir su hombro presionando mi costado.

—¿Recibiste el capítulo esta mañana? Estuve casi tentada de no enviarlo con Keene por temor a que de alguna manera terminara en las manos equivocadas.

—Lo hice. ¡Gracias! Aunque todavía tengo que mirar tus notas.

—¡Cielos! Disfrútalas. Es posible que sean las últimas, que tenga el descaro de escribir. — Parecía que la confusión con el capitán Neal la había molestado más de lo que ella misma pensaba.

—¿El capitán estuvo particularmente atento esta mañana?

—En efecto... Hasta que resbalé en el barro, caí de bruces y me ensucié al menos sosteniendo un animal salvaje. —Ella dejó escapar un suspiro—. No juzgaré sus aversiones, porque no puedo entenderlas. Pero admito que me sentí un poco varada.

Me invadió el impulso de darle una paliza al hombre. ¿La había abandonado? ¿Y qué era eso de ensuciarse, sosteniendo a un animal salvaje? Seguramente, no podía estar refiriéndose al suave y vellosito patito.

—Perdóname si mi ausencia te causó angustia, Marianne. Estaba haciendo todo lo posible para que el capitán tuviera tiempo a solas contigo.

—¿Por qué?

Me quedé momentáneamente sin palabras.

—Para que pudiera cortejarte sin impedimentos.

—Estoy empezando a pensar que el esfuerzo es muy innecesario.

Mi corazón dio un vuelco y mi respiración se volvió entrecortada, aunque traté de disimularlo. ¿Fue esperanza lo que floreció ahora en mi pecho? Esa fue una respuesta irrazonable. Esta mujer me había visto como a un hermano.

—¿Oh?

—Me pregunto si él sería más adecuado para alguien más dócil. Alguien como la señorita Gatley. ¿Qué opinas?

—No me corresponde a mí decirlo.

Ella me agarró la manga con más fuerza y se rió.

—¡Qué discurso tan odiosamente cuidadoso! Quizás esa sea mi respuesta la próxima vez que me pidas ayuda con un capítulo.

—Eso no es lo mismo. Quizás deberías permitirme ayudarte a ti con un capítulo.

—¿Porque tienes talento para el romance?

Intenté no dejar que ese comentario doliera.

—Porque me encantaría leer lo que has escrito. Prometo abstenerme de dar mis opiniones, si crees que eso solo empeorará tu historia.

—¡Cielos! Henry. Eso no es en absoluto lo que quise decir. Seguramente, no empeorarás las cosas, pero es aterrador hacerme vulnerable de esa manera.

Lo entendí. ¡Demasiado bien! De hecho, porque yo tampoco podía mostrarme vulnerable, y decirle que había empezado a sentir cosas por ella. Quizás si ella tuvo el coraje de darme algunas de sus páginas, yo tendría el coraje de decirle que mis sentimientos hacia ella habían cambiado.

Caminamos por el sendero, a un ritmo más tranquilo que la niñera, que seguía a Frederick, mientras él avanzaba junto a los patos.

Me aclaré la garganta suavemente.

—Marianne, ¿crees que, una vez que has tomado una decisión, la misma es inmutable?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a lo que respecta a los caballeros. ¿Sientes que una vez que has tomado una decisión sobre un hombre, no puedes cambiarla?

—Me gustaría decir que ese no es el caso, pero, ¿cómo puedo saberlo? Pensé que sabía lo que sentía por el capitán Neal, pero su comportamiento hoy me sorprendió. —Su frente se

arrugó.

Me quedé sin aliento, pero no permití que esto me diera demasiadas esperanzas.

—¿Ese comportamiento fue suficiente para desanimarte del hombre?

—No... No lo culparé totalmente por un defecto percibido. Aunque no puedo mentir... Esto influirá mucho en mis sentimientos por él.

—¿Y tus sentimientos por mí?

Ella levantó la vista bruscamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

Intenté tapar mi respiración nerviosa con una suave sonrisa.

—Somos amigos, ¿no? Me preguntaba si eso estaba sujeto a cambios. ¿He hecho algo para influir, en ese sentido?

Su confusión era adorable, pero quería que pareciera segura.

—No puedo decirlo.

—¿Por miedo a herir mis sentimientos?

—Por supuesto que no. ¡Ah! Mira. —Me soltó el brazo y señaló el agua al final del lago—. Después de todo, hay más patitos. ¿Crees que le dimos nuestro amiguito, a la madre adecuada?

La miré, admirando su compasión. Extrañé la sensación de ella sosteniendo mi brazo.

—Solo el tiempo lo dirá.

Capítulo 18

Henry

Los Hutton adoptaron un enfoque informal, a la hora de sentarse a cenar. A pesar de tener a un conde presente, permitieron que cada persona seleccionara, a quién acompañaría al comedor y se sentaría a su lado. Por lo general, disfrutaba ese cambio, porque significaba poder sentarme al lado de una persona de mi elección, todas las noches, en lugar de sentarme según el rango, como lo imponen algunos hogares. Pero esta noche deseaba un plano de los asientos forzados. El capitán Neal había solicitado la compañía de Marianne, antes que yo pudiera pedir llevarla a cenar, usurpando mi lugar. Recurrí a conferir esa petición a la señorita Gatley, quien resultó ser una compañera joven y risueña. Cuanto más pasaba escuchándola, más anhelaba la conversación madura de Marianne.

La señorita Gatley parloteaba sobre la última moda y la falta de volantes en sus vestidos, mientras comíamos jamón, patatas hervidas y panecillos.

—Pero mi madre no permite un exceso de volantes porque teme que eso me haga parecer el tipo de mujer que no sabe lo que piensa.

—¿Volantes adicionales?

—Sí. —Clavó una patata y la masticó.

—Me temo que no entiendo.

—El exceso de volantes es la tendencia actual.

—Sí, ya lo entendí.

La señorita Gatley me miró con el ceño fruncido y una confusión fresca, en las arrugas de su rostro.

—¿No es típico estilizar los vestidos, según lo que está de moda? —pregunté.

Sus hombros se relajaron un poco.

—¡Ah, claro! No, mi madre no quiere que siga el estilo. Teme que eso me haga parecer, como si siguiera a otros, en lugar de llevar mi propio camino.

“¿Qué manera más extraña de ver la moda!”

—Lo veo. Ella cree que usted debe tener su propio estilo para que un caballero crea que sabe lo que piensa. —Aunque, incluso cuando yo dije esto, ella dejó claro, que solo estaba escuchando los caprichos de su madre. Si quería que los caballeros creyeran en ella, no debería decirles que solo estaba siendo obediente.

—¿Valoraría a una mujer que sabe lo que piensa? —lo dijo con un toque de amargura en su tono, que no había detectado antes.

—Me temo que nunca he pensado mucho en los estilos en general.

—Puedo ver eso. —Cortó otra patata.

Entonces, tomé un sorbo de mi copa, ahogándome ligeramente con el trago de vino. Me costó un gran esfuerzo no reírme de su desaire. ¿Realmente, la mujer acababa de decirme que yo no tenía sentido de la moda? Dudé en hablar y miré mi chaleco. El color bronce era apagado y clásico. O tal vez era simplemente una moda pasada, y lo llamé clásico para aceptar que no necesitaba molestarme en reemplazarlo.

Miré a Neal, al otro lado de la mesa. Su corbata tenía una forma elegante y su chaleco era de un azul deslumbrante. Pero su vestimenta no captó mi atención por mucho tiempo, cuando noté a su compañera de mesa. Marianne parecía estar agradablemente perdida, en una conversación con

él. ¿Se había redimido el capitán, en su opinión?

Si tan solo pudiera producir un patito ahora mismo para que ella lo sostuviera. Cualquier cosa para disuadirlo a él de ella. ¿Y dónde estaba ese maldito gato, cuando lo necesitaba?

Intenté volver a centrar mi atención en la señorita Gatley. No quería ser grosero, y sus palabras bruscas e hirientes significaban, que ya estaba de un humor algo amargo, y yo no sabía por qué.

—¿Se divirtió en Londres este año?

—Lo hice. Fue esclarecedor.

Su discurso parecía libre, menos repasado que de costumbre, pero también amargo y mordaz. Noté que en ocasiones su mirada se dirigía al capitán Neal. ¿Estaba ella tan decepcionada, como yo, por quién había acompañado a quién a cenar, esta noche?

—¿Conoce al capitán? —le pregunté.

—Difícilmente. Conozco su buena reputación, pero todavía no he tenido muchas oportunidades de hablar con él.

—Nos conocemos un poco, y lo poco que sé de él ha sido bueno.

—Sí. —Clavó su carne con fuerza extra—. Aunque no creo que se pueda decir lo mismo de todos los que están en esta mesa.

La franqueza de sus palabras hizo que mi sangre se helara. Ella miró desde su plato hacia mí sin ningún artificio en sus ojos, y me tragué el nudo de aprensión.

—Me temo que no sé a qué se refiere.

—¿No es así? —Dejó el tenedor y me miró, esperando una respuesta.

Cogí mi copa y tomé un sorbo de vino para posponer la necesidad de responderle. ¿Estaba buscando chismes, o insinuando que tenía algunos para compartir? De cualquier manera, no quería participar en una conversación tan incómoda. Especialmente, no como estábamos ahora, rodeados.

—Hasta donde yo sé, todos en este salón son irreprochables. ¿Se enteró de nuestro fiasco con el patito hoy?

—No. Bueno, oí hablar de ello, pero no es a eso a lo que me refiero. —Cogió el tenedor y el cuchillo para cortar las papas, en trozos más pequeños—. No sé si lo sabía, pero anoche cené en mi habitación. Viajar siempre me cansa excesivamente, por eso me retiré temprano.

—Lo hizo... La extrañamos anoche.

Ella no parecía convencida. Su atención permaneció en su plato, y seguía cortando las papas, en trozos cada vez más pequeños.

—Tomé una siesta, cuando llegamos, pero evidentemente dormí demasiado, porque después de cenar, no pude volver a conciliar el sueño.

—Ese es el problema de tomar siestas, a veces.

¿Cuál era su intención con esta conversación? Su mirada continuó moviéndose entre el capitán Neal y su padre, su historia tenía un propósito, como si esperara que yo supiera lo que ella quería decir.

—Se imaginará mi sorpresa, cuando escuché pasos en el pasillo, en medio de la noche.

El miedo se acumuló en mi estómago, retorciéndose de incomodidad. Miré al señor Gatley, que estaba sentado al otro lado de ella, pero no parecía prestar atención a nuestra conversación. Su esposa, un asiento más adelante, nos prestaba aún menos atención.

—Fue impactante para mí descubrir a mi amiga, escabulléndose a la cocina. La seguí porque esperaba participar de cualquier regalo, que ella estuviera buscando. No me di cuenta que ella iba abajo para reunirse con usted.

Se hizo el silencio en la mesa. Me di cuenta que la señorita Gatley no había intentado, en modo alguno, moderar el volumen de su discurso. Su padre me miró fijamente por encima del hombro.

—¿Qué? ¿Eso es cierto?

Miré a Marianne, cuyo rostro palideció, y el color desapareció de sus mejillas.

—Por supuesto que no —dijo la señora Hutton—. Marianne nunca haría algo tan indecoroso. ¿Lo harías, cariño?

Marianne miró de mí a su madre y luego a su padre. Ella era la viva imagen de la culpa con los ojos muy abiertos y redondos, y la piel pálida, como si estuviera bañada por la luz de la luna.

—Mamá, quería decírtelo antes...

—Pero no queríamos dar esta noticia de esa manera —repliqué rápidamente, antes que ella pudiera decir algo que nos condenara a ambos.

—Isabel —le siseó el señor Gatley a su hija—. ¿Qué significa esto?

—Lo escuché, padre. —Ella sacudió sus rizos rubios con voz desafiante—. Escuché al señor Bradwell proponerle matrimonio a la señorita Hutton.

“Me casaré contigo”.

No podría haber estado lo suficientemente cerca para oírnos, ¿cierto? Estábamos completamente solos, casi en la oscuridad, hablando en voz tan baja.

—¿Pensaste que sería mejor discutir esto durante la cena? —susurró—. Muchacha tonta... Ahora, la has obligado a actuar.

—Marianne —dijo el señor Hutton con brusquedad—. ¿Eso es cierto?

Ella me miró y nuestros ojos se fijaron en la mesa. Su expresión estaba perdida y asustada. ¡Quería salvarla! ¡Y quería casarme con ella! ¿Sería repulsivo para mí salvarla de esta manera, o ella estaría agradecida? Sus labios se separaron, y mis ojos se posaron en ellos.

Ya habíamos discutido esto antes, qué haríamos si nuestra artimaña fuera demasiado lejos. Podría salvarla ahora con un compromiso, y ella podría romperlo más tarde, arruinando mi reputación y simplemente lastimando la suya. Si hablaba ahora, eso no nos uniría para siempre, como creía la sociedad. Nos enfrentaríamos a un escándalo, cuando se rompiera el compromiso, pero nos enfrentaríamos a uno peor, si nunca nos comprometiéramos, en absoluto.

Me aclaré la garganta, sosteniendo los ojos de Marianne, y tratando de leer sus pensamientos. Estaba fallando miserablemente...

—Queríamos hacerlo correctamente, pero aparentemente, ahora tengo las manos atadas. Anoche le pedí a Marianne que se casara conmigo.

Ella tragó visiblemente y luego me dedicó una sonrisa trémula, que dirigió a su madre.

—No te enfades con nosotros. Quería encontrar un momento para hablar contigo en privado, antes de hacer un anuncio.

—¿Enfadada? —La señora Hutton respiró. Sus manos estaban entrelazadas, flotando sobre su pecho—. ¡Estoy muy emocionada!

El señor Hutton me miró, menos seguro.

—¿Vamos a disparar mañana, muchacho?

Se escuchó una suave risita por parte de Lord Moorington, cuya esposa permaneció firmemente en silencio.

—Por supuesto, señor. Hay una pregunta que me gustaría hacerle. —Vacié el resto de mi vino, en mi garganta. No tuve un comienzo auspicioso, ya que había conseguido la mano de la mujer, antes de pedirle permiso a su padre, y él evidentemente quería enmendar ese desaire—. Lo espero con ansias.

Aparte de la agradable confusión general de los Hutton y la gentil aceptación del cambio por parte de Lord y Lady Moorington, el resto del grupo estaba descontento. El capitán Neal me miró fijamente con la boca apretada, en una línea firme, y la ira bailando en sus ojos. Los Gatley apenas ocultaron sus frustraciones, y la señorita Gatley hizo pucheros, en la silla, a mi lado.

“Eso fue culpa de ella. No debería haberlo mencionado, si no quería este resultado”.

El ambiente en el salón se había convertido en una gran incomodidad.

—¡Shaw! —El señor Hutton llamó al mayordomo—. Champán... Necesitamos celebrar.

La conversación fue forzada e incómoda hasta que regresó el mayordomo, distribuyéndonos vasos, a cada uno de nosotros. Brindamos por Marianne y por mí.

—A los nuevos esposos.

—Es una pena que su madre no pueda estar aquí, señor Bradwell —manifestó la señora Hutton—. Han pasado años desde que nos acompañó a una fiesta, en casa.

—Han pasado años desde que ella también venía a las nuestras —expresó Lady Moorington—. Ella solía venir todos los veranos. Aunque, entonces, sus hijos eran muy pequeños.

Me sentí profundamente aliviado que mi madre no estuviera aquí, porque ella me habría descubierto de inmediato.

—Tiene problemas en los carruajes y se enferma. Creo que no dudaría en visitarnos, si su cuerpo se lo permitiera.

Lady Moorington asintió.

—Lo entendemos. Solo la extrañamos a ella.

La señora Hutton dejó su vaso vacío.

—Supongo que le escribirás inmediatamente. Espero que esté encantada con esta unión.

Escribirle a mi madre haría que esto pareciera demasiado real. Miré a Marianne y la preocupación, que asomó en su frente, llegó a mi corazón. Temí haber cometido un grave error.

* * *

Una hora más tarde, estábamos reunidos en el salón. La señora Hutton estaba delante de la chimenea, preparada para dirigirse a nosotros.

—Ahora que casi toda la gente de la fiesta está presente. —Miró a Lady Moorington—. Pensé que sería muy divertido, si quitáramos la alfombra y bailáramos.

Dos lacayos se adelantaron para retirar la gran alfombra del centro del salón.

—¿Quién tocará? —La señorita Gatley aplaudió con entusiasmo.

—¿Quieres que lo haga, mamá? —preguntó Marianne.

—No, cariño. Deberías bailar. Yo tocaré.

Los lacayos solo tardaron un momento en enrollar la alfombra y apartar los muebles para que hubiera suficiente espacio para bailar. Lord Moorington condujo a su esposa hasta el centro de la pista, y el capitán Neal le pidió a la señorita Gatley, que lo acompañara. Levanté las cejas hacia Marianne, crucé el salón, y extendí el brazo.

—¿Bailarás conmigo?

—Lo haré. —Puso su mano enguantada en mi manga.

—¿Toco un vals? —preguntó la señora Hutton. Podía sentirla mirándonos, y no pude evitar preguntarme, si ella había orquestado este momento intencionalmente para mi beneficio. Debía darle las gracias a esta señora.

—¡Oh! Sí, me encanta bailar el vals. —La señorita Gatley volvió a aplaudir.

Mi pulso latía con anticipación. Marianne sonrió feliz, infundiéndome la confianza que ella podría estar tan contenta de bailar, en mis brazos, como yo de abrazarla.

La señora Hutton sacó su partitura y se sentó en la silla del pianoforte. Se calentó los dedos sobre las teclas, mientras las parejas paseaban por el salón. El señor Hutton, el señor Gatley y la señora Gatley se acomodaron en los sofás, que estaban contra la pared, y nos observaron. El señor Gatley tenía una expresión de frustración, e hice lo mejor que pude para ignorarlo. La mujer en mi brazo y su inmensa preocupación eran mucho más apremiantes que su temperamento.

Incliné la cabeza hacia Marianne para poder hablar sin que me oyeran.

—Perdóname.

—¿Por salvarme?

—Por ponerte en esta posición.

La canción empezó en serio, y nos pusimos a bailar.

—Debería agradecerte —respondió ella—. No tenía idea de qué decir.

—Yo tampoco, pero pensé que era prudente decir la verdad, y permitirles sacar sus propias conclusiones. Me pregunto si tu padre tiene intención de encontrarse conmigo con los fusiles, al amanecer.

Ella sonrió.

—Solo si los fusiles son para cazar.

—Quizás pueda ganármelo mañana.

—Puedes —dijo ella con confianza—. No debería ser difícil. Te unirás a él, en su actividad favorita.

Sonreí. Ella parecía pensar que era simple, pero evidentemente no había captado el destello de sorpresa, en sus ojos, cuando todo el drama se desarrolló durante la cena.

—¿Cuándo tendremos la oportunidad de hablar libremente, Marianne?

—¿Después de disparar con mi padre? Creo que las damas pintarán mañana, pero tal vez podamos escaparnos, antes de cenar.

—¿No fue el escabullirnos lo que nos llevó a este lío, en primer lugar?

—Tal vez. Pero ahora estamos en un lío, así que bien podríamos aprovecharlo. —Ella me dio una sonrisa descarada.

Agarré su mano con más fuerza, moviéndome con la música, y esperando que entendiera mi sinceridad.

—Marianne, lo siento mucho.

Ella me miró fijamente y abrió los labios con sorpresa.

—Lo siento muchísimo —repetí con más énfasis.

Su boca se cerró. Ella miró hacia otro lado.

—No pienses en eso. Encontraremos una salida a este problema.

Tal como lo temía, a Marianne no le pareció que estaba atrapada en una situación desagradable. Intenté disimular mi decepción y terminé el resto del baile, disfrutando de sentirla en mis brazos. La canción llegó a su fin y cambiamos de pareja. Bailé con Lady Moorington, la señorita Gatley bailó con Lord Moorington, y Marianne bailó con el capitán Neal. Deseé estar lo suficientemente cerca para escuchar su conversación, pero Lady Moorington me mantuvo demasiado ocupado para escuchar a escondidas.

Cuando terminamos nuestro tercer baile y agotamos todas las combinaciones de parejas, volvimos a colocar las alfombras y movimos los sofás delante de la chimenea. Se discutieron los juegos, y la gente se dispersó para ocupar las mesas adecuadas.

Las mejillas de Marianne estaban sonrojadas y sus ojos brillaban.

—Creo que toda esta debacle me ha dado una idea para la siguiente escena de mi libro.

¿Sería terrible si me escabullera para escribirlo?

Entendí muy bien a esta mujer. ¿Cómo no me había dado cuenta antes que ella era mi alma gemela?

—No, por nada.

—En ese caso, me voy a la cama.

Les dio las buenas noches a sus padres y la vi irse.

Quería seguirla y hacer lo mismo, pero eso generaría sospechas, a las que no quería exponernos, en este momento. Lady Moorington empezó una partida de whist con la señora Gatley, la señorita Gatley y el capitán Neal. El señor Hutton y Lord Moorington estaban inmersos en una partida de ajedrez, en la mesa junto a la ventana. Me pregunté cuánto tiempo tendría que sentarme en el sofá, frente al fuego, antes de poder irme a dormir.

La señora Hutton me entregó una copa de oporto. Hice girar el líquido en la taza, mirando el fuego, cuando ella se sentó a mi lado.

Mis nervios aumentaron en su presencia. ¿Había visto a través de mí? Ella me vio tomar un sorbo, pero no dio indicios de sus propias emociones.

—¿Tu hermano James te ha contado alguna vez sobre la noche que lo encontré con Felicity, en nuestra biblioteca?

—Un poco.

—Estaba claro que solo habían estado bailando. Lo que no sabíamos era lo que ocurrió antes del baile, aunque eso realmente no era asunto nuestro. Sin embargo, las mujeres que estaban conmigo son terribles chismosas, y tu hermano y Felicity nunca tuvieron ninguna posibilidad. —Hizo una pausa antes de continuar—. Nunca olvidaré lo rápido que James estuvo dispuesto a hacer lo correcto.

—Por su reputación —aclaré. James se había visto obligado a casarse con una verdadera desconocida, pero había tomado la decisión de hacerlo. Era irónico que yo me encontrara en una circunstancia similar.

—Y la de ustedes —corrigió la señora Hutton—. Tus padres siempre se han sentido orgullosos del apellido Bradwell.

—¿Me preguntas si poseo el mismo orgullo?

—Esa no es una pregunta que yo deba hacer. —Ella sonrió suavemente y miró el fuego—. Siempre he deseado que mis hijos se casen por amor. Los ayudé a seleccionar compañeros, y pude ver a Adam y Julia lograr exactamente lo que yo quería para ellos. He tenido suerte hasta ahora.

“Hasta ahora”.

—Marianne, sin embargo, ha sido difícil —continuó—, una y otra vez, yo creía que había encontrado al hombre perfecto para captar su interés, pero, una y otra vez, ella le encontraba fallas, a todos ellos.

—¿Crees que ella es selectiva?

—Creo que ella no entrega su corazón fácilmente. Siento que una vez que lo haga, será irrevocable. —La señora Hutton me miró y no supe exactamente qué quería decirme—. Si amas a mi hija, me alegra darte la bienvenida a nuestra familia, señor Bradwell. —Ella se puso de pie y se alisó la falda.

¿Amaba a Marianne? Agradecí que no me hubiera hecho la pregunta, porque no sabía cómo responderla, en ese momento. Nuestro compromiso no era real, y hasta que Marianne indicara que le gustaría que esto fuera de otra manera, no me sentiría cómodo, hablando de mis sentimientos con los demás.

—Creo que voy a dormir un poco —dije.

—Buenas noches, señor Bradwell. —Ella me dio una sonrisa triste y me pregunté qué vio en mi expresión. ¿Culpa? ¿Fracaso? O tal vez porque ahora yo empezaba a comprender que, una vez más, había hecho algo de lo que mi padre no estaría orgulloso.

Capítulo 19

Marianne

“*Perdóname...*” Después que Henry me salvara de una ruina segura, me pidió perdón. Había sido necesario hasta la última onza de control, que poseía, para abstenerme de ir a su habitación por la noche, y poder hablarle claramente. Mis padres, seguramente, habrían estado en desacuerdo con eso.

Sin embargo, ahora me sentía incompleta... Quería que él explicara sus disculpas, y cómo pretendía sacarnos de este lío. Seguramente, como siempre, él tenía un plan.

Me senté en la sala de estar. La luz entraba por las ventanas y se filtraba sobre el abanico, que estaba pintando. Moje nuevamente mi pincel, en el agua y la pintura violeta, pasándolo suavemente sobre el segundo panel para continuar con las flores.

La señorita Gatley se sentó frente a mí, pintando flores azules sobre su abanico con especial dedicación. O tal vez estaba enojada conmigo por robarme al hombre, al que había venido a atrapar, y ahora esperaba castigarme, no mirándome a los ojos. De hecho, desde el momento en que Henry anunció nuestro compromiso, la señorita Gatley no me había mirado ni una sola vez.

El señor Darcy saltó sobre el cojín del sofá y se deslizó debajo de mis brazos para sentarse en mi regazo. Su corto pelaje gris me hizo cosquillas, en la piel, mientras se acomodaba en su lugar.

—Tienes que moverte, señor, o no podré terminar este abanico, que estoy pintando.

Al señor Darcy no parecía importarle lo que yo quería. Ronroneó suavemente y se puso cómodo.

—Quizás sea hora de un descanso —dijo mi madre.

Lady Moorington se reclinó y miró astutamente a su abanico.

—Probablemente, debería dejar de pintar por completo. El mío solo empeora, cuanto más intento mejorarlo.

—De todos modos, sería mejor dedicar nuestro tiempo a planificar un baile de compromiso —expresó mi querida madre, mirándome de cerca. ¿Estaba esperando una reacción? ¿Para ver si rechazaría la oferta? Algo en sus frases, o en su tono no estaba del todo bien, pero no pude identificar qué era.

Necesitaba andar con cuidado o ella nos descubriría.

—Parece un poco innecesario planear un baile para la ocasión.

—A nosotras, las madres, nos encanta mimar a nuestros hijos —confirmó Lady Moorington—. ¿No le quitarías esa oportunidad a tu querida mamá?

—¡Nunca! Solo me pregunto si es demasiado pronto.

—¿No deseas celebrar tu compromiso? —preguntó la señorita Gatley, todavía mirando su abanico, y aplicando demasiada pintura al panel, en el que estaba trabajando.

—Por supuesto que deseo celebrarlo. —Si ella pensaba en arrancarme una confesión, quedaría profundamente decepcionada. Miré a mi madre—. Fija la fecha y comenzaremos los preparativos.

Mi madre asintió.

—¿El próximo viernes? Podemos invitar a la sociedad local. Si lo planeamos para el final de nuestra fiesta, nuestros amigos podrán asistir, y tu hermana seguirá aquí.

—Es una idea encantadora —ratificó Lady Moorington.

No había visto a mi hermana desde ayer, porque ella había decidido no acompañarnos a cenar ni vino a esta sala.

—¿Dónde está Julia? ¿No deseaba pintar?

—Ella no se siente bien. Creo que está descansando.

Dormir era lo único que parecía hacer estos días.

—Su nieto tiene mucha energía —dijo dócilmente la señora Gatley.

—Es un niño dulce, pero siempre cansa a la pobre niñera.

—Algunos niños ciertamente cansan más que otros. —Lady Moorington sonaba como si hablara por experiencia. Dada la reputación actual de su hijo, imaginé que la tensión que ella cargaba, sobre sus hombros, no se derivaba simplemente de los días, en que su hijo era joven.

—Hablando de jóvenes, ¿cuándo podremos esperar a Daniel? —preguntó mi madre.

Lady Moorington volvió a dirigir su atención a su abanico.

—Hoy, creo. Pero, con él nunca se puede saber. —Ella sonrió, pero estaba claro que tenía los nervios a flor de piel.

—Estaremos encantadas de contar con su compañía, siempre que considere oportuno unirse a nosotras. Siempre ha sido un placer tenerlo cerca.

Le lancé una mirada a mi madre, esperando transmitirle que lo estaba haciendo demasiado traumático, pero ella me ignoró. La comodidad de su amiga era su primera prioridad, en ese momento.

Me puse de pie.

—Creo que visitaré a Julia ahora. De todos modos, mi abanico necesita secarse.

Lady Moorington se inclinó para mirar mi diseño floral.

—Es encantador, querida.

El ceño de la señorita Gatley se hizo más profundo. Mojó su pincel en agua y luego en la pintura roja con demasiado entusiasmo, antes de levantarlo y lanzarme una ráfaga de pintura roja diluida en agua. Me roció la cara y la bata, salpicando mi abanico, lo que me hizo respirar profundamente.

—¡Isabel! —gritó su madre, rápidamente.

—¡Cielos! ¿Hice eso? —La señorita Gatley levantó la cara, pero en su rostro no se veía una disculpa—. ¡Qué torpe de mi parte!

Mi abanico también estaba arruinado. Ni siquiera las acuarelas se podían quitar sin arruinar todo el cuadro. Apreté la mandíbula y mojé el pincel, haciendo girar agua sobre las manchas rojas para diluirlas, a un tono rosado, que combinara mejor con mis otros colores.

Las mujeres en la sala permanecieron en silencio. No entendí por qué la señorita Gatley me había atacado de esa manera. Si estaba enfadada porque había conseguido una propuesta de Henry, entonces ella tenía la culpa: fue ella quien lo obligó a cumplir con su oferta inicial.

Miré a la señorita Gatley y volví a dejar caer el pincel sobre el lino, junto a mi abanico. La pintura roja se secó formando costras en mi cara, pero no aparté la mirada de la señorita Gatley hasta que ella me miró.

—No te preocupes. Pude salvarlo. Pero me temo que debo ir a lavarme ahora. —Me puse de pie, mirando a mi madre—. Y luego visitaré a Julia.

Me escapé a mi habitación. La pintura se limpió fácilmente de mi cara con un paño húmedo. Me senté en mi escritorio y saqué mi manuscrito. Había terminado las últimas páginas, la noche anterior, y me quedé despierta demasiado tarde para poder escribir el final, que se me ocurrió, después de la cena.

Una segunda opinión sería útil para mi historia, pero seguramente Henry no era el hombre

para darla. Admitió su aversión por el romance, como se hacía más evidente, cada vez que me enviaba más páginas. Su historia funcionaría mejor, tal como estaba, cuando la leí por primera vez.

Reuní las páginas de todo el manuscrito y las até con un cordel para mantenerlas en orden. Henry me había pedido, una y otra vez, leer mi historia, pero esto era demasiado aterrador para mí. ¿Qué pasaría si no le gustaba, o me considerara una escritora horrible? Yo no tan inteligente como la dama que había escrito *Orgullo y prejuicio*. No era tan imaginativa como Jonathan Swift. Ni tan romántica como Byron. El miedo a menudo se interponía en mi camino, a la hora de tomar riesgos, pero saber esto, no hacía que mi miedo fuera menos poderoso.

Marbury había aceptado mi primer manuscrito sin que yo hubiera recibido nunca una segunda opinión al respecto. Seguramente, también podríamos encontrar un editor para este libro.

Abrí el cajón del escritorio y deslicé el manuscrito adentro. Había cumplido mi parte del trato. Ahora era el turno de Henry para honrar su compromiso.

* * *

Julia estaba reclinada en la cama con el rostro y las mejillas pálidas.
Ella me parpadeó.

—¿Comprometida? ¿Con el señor Bradwell? ¿Lo amas?

Esa última pregunta era la que más temía, porque no sabía cómo responderla. Me senté en el borde, y toqué las flores bordadas en su colcha.

—¿Cómo una mujer sabe que está enamorada?

Se echó hacia atrás y la decepción formó líneas entre sus cejas.

—Si estuvieras enamorada, lo sabrías.

Eso no era lo que quería oír. Esperaba una fórmula, una regla, una explicación, cualquier cosa que me hiciera sentir segura acerca de mis sentimientos. Henry me había provocado palpitaciones, llenándome el estómago de mariposas y rescatándome de quedar atrapada, tanto en un lago como en una orilla fangosa. Quería estar con él, y cuando estaba lejos de él, no pensaba en nadie más. Pero, ¿realmente, lo amaba? No lo sabía.

—Él debe amarte, o no se habría ofrecido por ti —dijo.

Me reí.

—Solo se ofreció porque la señorita Gatley le impuso la situación. —Y luego yo casi lo había obligado a hacerlo, en la noche anterior. Eso demostró que era un caballero y nada más. Abrí mucho los ojos hacia mi hermana—. No le digas esto a mamá.

—Por supuesto que no lo haré.

Me incliné sobre la colcha y hundí la cara entre las manos. La oscuridad se cerró a mi alrededor, y borré por completo la imagen de Henry de mi mente, dejando escapar un gemido.

—¿Qué pasa con el capitán Neal? ¿No vino aquí con el propósito expreso de cortejarte?

—Lo hizo —respondí con mi rostro todavía enterrado en su colcha—. No estoy segura, si se quedará ahora. Indudablemente, debe sentirse engañado. Esa es la peor clase de mala educación.

—No puedo entenderte cuando hablas así, Mari... ¡Excúsate!

Estaba dispuesta a obedecerla.

—Debo hablar con él. Tengo la intención de hacerlo. Pero se fue a cazar con papá y Henry.

—¡Oh, querida!

—Y ahora mamá quiere organizar un baile de compromiso al final de la fiesta, en casa, pero yo apenas sé lo que pienso.

—Para eso no faltan ni dos semanas.

—Soy plenamente consciente de lo pronto que es, de lo rápido que se siente —repliqué con un profundo sentimiento.

—Henry debería escribirle primero a su madre, ¿no?

—Estoy seguro que lo hará, pero no he tenido oportunidad de hablar con él, desde que anunciamos nuestro compromiso, en la cena de anoche. Todo parece tan rápido e inquietante. —Bajé la voz, infundiéndole gravedad—. Julia, no estoy segura que él desee casarse conmigo, o si solo estaba tratando de salvar mi reputación. Lo peor de esto es... —Respiré entrecortadamente—. Después de la cena, colocamos las alfombras, bailamos y él se disculpó. Me pidió que lo perdonara por salvar mi reputación y fingir que estábamos comprometidos. Un hombre enamorado no pediría disculpas por encontrarse comprometido con la mujer que le importa.

Ella no parecía convencida.

—Un hombre que no estuviera dispuesto a casarse contigo tampoco se habría ofrecido como sacrificio.

—Un muy buen hombre lo haría, y Henry es el mejor de los hombres. Además, esa no es una forma muy prometedora de ver la situación, ¿lo sabes? ¿Un sacrificio?

—Me parece como si tu corazón estuviera decidido al respecto. —Julia sonrió.

—¿Porque lo respeto y venero? ¡Cielos! Julia. ¡Eso no es amor! Respeto a Shakespeare y Fanny Burney, pero no deseo casarme con ninguno de ellos.

—Creo que sé más sobre esto que tú —dijo, levantando una ceja—. El respeto es ciertamente un componente del amor. ¡Oh! Cómo desearía haber estado cenando para ver esto. Quiero saber por mí misma cómo te mira este hombre.

—Es muy posible que no hubieras estado cenando. Siento como si no te hubiera visto, desde que llegamos a Cheshire. He pasado más tiempo con Frederick que contigo estos últimos días. ¿Estás enferma?

—Sí. No puedo soportar ni siquiera la idea de asistir a cenar. Las gachas han sido mucho más adecuadas para mí. —Se frotó las sienes.

—¿Gachas?

—Sí, una receta muy fina. O rollos. La cocinera me ha enviado muchos panecillos, estos últimos días, porque son casi todo lo que puedo soportar.

La comprensión me golpeó tan directamente que me sentí poco inteligente por no haber identificado esto antes. La última vez que Julia no comió nada más que trozos de panecillos, estaba embarazada de Frederick.

—¿Estás embarazada?

Ella hizo una mueca.

—No quería decir nada hasta que tuviera la oportunidad de decírselo al señor Walding. Pero él aún no ha llegado y me siento miserable. —Sus ojos se llenaron de lágrimas no derramadas—. Me temo que la inundación ha sido mucho más extensa de lo que creímos inicialmente, cuando recibimos por primera vez la carta de nuestro administrador. Quizás hubiera sido mejor regresar a casa, en lugar de venir aquí.

Me senté y la abracé, antes de soltarla e inclinarme hacia atrás.

—¡Oh, querida! ¿Mis movimientos te están provocando náuseas? Perdóname. Estoy muy emocionada.

—Sí. Por favor, no muevas tanto la cama —expresó con una sonrisa llorosa—. Espero sentir mucho más esto, después de reunirme con mi esposo.

—Esta es una excelente noticia. ¿Mamá lo ha descubierto?

—Estoy segura que sí, aunque todavía no ha dicho nada al respecto. Quizás también esté esperando la llegada del señor Walding. —Los ojos de Julia se llenaron de lágrimas frescas—. Pero, él no está aquí, y me siento muy mal.

—¡Ay! Mi pobre Julia. ¿Te puedo ayudar en algo?

—No hagas ruido en mi cama. Eso es todo lo que pido. —Ella dio un hipo y se quedó quieta, esperando que pasaran las aparentes náuseas, antes de volver a hablar—. Gracias por mostrarle a Frederick el patito. Eso es de lo único que ha hablado desde ayer.

—¿Cómo? Apenas habla más de una palabra a la vez.

—Apuesto a que quedó bastante impresionado porque ha formado una especie de frase al respecto. Me dijo que: “*Anne sostiene pato*”.

—¡Qué chico tan inteligente! Estoy feliz de ser incluida, en cualquier cosa relacionada con esos patitos. Creo que ellos han superado al señor Darcy, en la estima de Frederick.

—Hoy no me ha mencionado al gato en absoluto, así que puede que tengas razón.

Incliné la cabeza, incapaz de contener mi sonrisa.

—Espero que este nuevo pequeño pueda seguir el ritmo de tu enérgico niño.

—Lo único que me preocupa, en este momento, es pasar el día. Me preocuparé por este niño, cuando esté en mis brazos. —Julia volvió a recostarse, en las almohadas, y me miró con los ojos ligeramente entrecerrados—. Sabes... Una forma de determinar lo que sientes por el señor Bradwell es hablar con él —suspiró.

—Estoy de acuerdo. Pero encontrar la oportunidad de mantener conversaciones privadas es casi imposible con tanta gente alrededor.

—¿Imposible? Difícilmente... Invítalo a dar un paseo y deja atrás al mozo. Invítalo a jugar al ajedrez, y mueve la mesa al extremo opuesto de la habitación, donde no está mamá. Invítalo a dar un paseo hasta el lago, y luego reduce el paso para poner distancia entre ustedes. Puedes invitarlo a pescar contigo, donde podrían sentarse juntos en un bote a la vista de quien sea el acompañante, pero habrá una distancia lo suficientemente grande, como para conversar en privado.

—Creo que el sonido viaja sobre el agua. Seguramente, quien nos acompañe escuchará todo lo que decimos en el bote.

—No estás comprendiendo mi punto. Es posible tener una conversación privada. Deberías saberlo, porque conseguí bastantes de ellas, antes de conseguir una propuesta del señor Walding.

—Ella sonrió sin arrepentimiento—. Ahora que estás comprometida, no deberías tener muchos problemas. Aunque a veces, esto todavía requiere creatividad. —Se inclinó hacia adelante y tomó mi mano, apretándola—. Tengo fe en ti, Mari. Siempre has sido del tipo creativo.

Efectivamente, yo era más creativa de lo que ella pensaba.

Capítulo 20

Marianne

Hasta el momento, los hombres habían pasado todo el día afuera. Cazaron por la mañana, dispararon al blanco al mediodía, y se les podía ver pescando, en el lago, por la tarde. Parecía que Henry estaba compensando los últimos días de no acompañar a mi padre, en varias hazañas, participando en todas ellas, ahora mismo.

O me estaba evitando. Esperaba que ese no fuera el caso.

El capitán Neal estuvo con ellos, en cada una de sus actividades, pero supuse que le alegraba tener una excusa para estar fuera de casa. El señor Gatley y Lord Moorington eran menos devotos, pero iban y venían por su voluntad.

Me sentí más ansiosa, a medida que avanzaba el reloj, y el sol comenzaba a descender. Cuando me vestí para cenar, no había dirigido una palabra a Henry, en todo el día. No quería volver a enfrentarme a la señorita Gatley y a su ira ni al capitán Neal, y su comprensible frustración. Estuve tentada de esconderme en mi habitación, por el resto de la noche, pero eso solo pospondría lo inevitable.

Keene me peinó y me ayudó a prepararme para la cena.

—Usted se ve radiante, señorita.

—Gracias, pero aún no estoy lista para bajar. Creo que necesito un momento a solas.

Ella hizo una reverencia y desapareció.

Saqué una hoja de papel de mi escritorio, arranqué una tira de la parte superior, cogí mi pluma y la mojé en tinta.

“Encuétrame en el sauce junto al lago, esta noche. ¿Medianoche?”

Era mucho menos peligroso, ahora, ya que supuestamente estábamos comprometidos, pero pasar notas, o reunirnos en secreto, nunca fue completamente seguro. Si nos atraparan juntos, esto solo solidificaría nuestra situación, lo cual era un pensamiento aterrador, cuando, para empezar, no sabía cómo él se sentía al respecto. Pero no podía quitarme de la cabeza las disculpas de Henry. Quería tener la oportunidad de hablar claramente con él para que pudiera explicar el significado, detrás de su disculpa, y cómo se sentía acerca de nuestro compromiso.

También necesitaba informarle que mi manuscrito estaba listo para los editores. Probablemente podría encontrar una manera de contarle esa información en público (era una excusa débil para buscar una conversación privada con Henry), pero mentiría si fingiera que no estaba ansiosa por estar cerca de él, otra vez, y hablarle claramente. Valoré su perspicacia y conversación.

Cuando la tinta se secó, doblé la tira de papel y la metí en mi guante, los bordes rasparon contra mi suave antebrazo.

Todo el grupo ya estaba reunido cuando llegué al salón. Todos excepto Daniel, quien, al parecer, aún no había llegado. A juzgar por la decepción en el rostro de Lady Moorington, o no vendría o llegaría muy tarde.

Henry estaba de pie, cerca de la mesa del tablero de ajedrez, escuchando a mi padre. Capté su mirada, cuando aparté la vista de la condesa, y mis pies me dirigieron hacia él sin ningún esfuerzo consciente de mi parte. Era tan guapo con el pelo rizado peinado y con pomada, la

corbata estaba simplemente anudada y el chaleco era de color neutro. Su ropa era sencilla, aunque le quedaba bien, y no podía negar que sus ojos azules, fijos en mí, con tanta firmeza, hicieron que mi corazón diera un vuelco.

Incliné la cabeza, en una reverencia, cuando me acerqué a ellos.

—¿Ya se han saciado de cazar, pescar y disparar?

Mi padre sonrió con culpabilidad.

—Eres una criatura demasiado gentil para entenderlo, pero me temo que es una tarea imposible, querida. —Se inclinó hacia adelante y besó mi sien—. Gracias por prestarme a tu señor Bradwell por el día.

“Tu señor Bradwell”. Me gustó cómo sonó eso.

Parecía que Henry y mi padre se volvieron amigables. Mi prometido encajaba muy fácilmente como un caballero rural.

Henry apartó su mirada de mí.

—De hecho, me sentí como si estuviera en casa. Mi hermano mayor James coincide mucho con su forma de pensar, señor. A menudo paso días enteros con él de la misma manera, que lo hacemos hoy.

—No es de extrañar que tengas tan buen tiro.

—Debo agradecer al ejército por eso. Pero mi pesca deja mucho que desear.

Mi padre le dio una palmada en la espalda.

—Tenemos tiempo para trabajar en eso, muchacho.

Henry miró rápidamente a mi padre y sus mejillas se sonrojaron ligeramente. Parecía complacido por la interacción, pero era difícil saberlo del todo y sus ojos cayeron al suelo. ¿Estaba contento con cómo había ido su día, pasando tiempo con mi padre? No había podido hacerlo con el suyo, desde que su padre murió en Waterloo, e imaginé que lo extrañaba desesperadamente.

Shaw anunció que la cena estaba lista. Henry me miró.

—¿Me concederás el honor de permitirme acompañarte a cenar, señorita Hutton?

“¡Gracias al Cielo!”

—Estaré encantada. —Saqué el trozo de papel de mi guante, donde ya no podía rayarme el antebrazo, y lo agarré discretamente en mi mano.

—Debo encontrar a tu mamá —dijo mi padre, besando mi sien, nuevamente antes de irse.

Henry inclinó el brazo hacia mí y su chaqueta se movió lo suficiente para dejar al descubierto el pequeño bolsillo de su chaleco. Ese bolsillo era mi objetivo. Di un paso adelante para tomar su brazo y fingí tropezar en la alfombra, extendiendo las manos y agarrándome contra su estómago. Deslicé la nota en el pequeño bolsillo, mientras sus brazos me rodeaban, alegrándome que no llevara un reloj de bolsillo, que ocupara ese espacio disponible. Henry me enderezó, sujetándome por los hombros hasta que le solté el chaleco.

—¡Qué torpe de mi parte! —hablé en voz alta, en beneficio de cualquiera que hubiera presenciado mi terrible actuación. No se me pasó por alto que usé las mismas palabras falsas, que la señorita Gatley había usado antes, cuando arrojó pintura sobre mi abanico.

—¿Estás bien? —preguntó Henry en voz baja con la cabeza inclinada, mientras me miraba con preocupación.

“¿Magnífico? Ni siquiera él quedó convencido de mi farsa”.

—Estoy perfectamente bien. —Bajé la voz—. Deslicé una nota en tu bolsillo.

Una burla de sorpresa salió de su garganta, mientras me presentaba su brazo nuevamente. Todo el grupo estaba de camino al comedor, sin embargo, aparentemente, el señor y la señora

Gatley habían observado la interacción, y esperaron a que nos acercáramos.

—¿Estás bien, querida? —preguntó la señora Gatley.

—Sí. Estoy usando calzados nuevos, y mi pie se enganchó en el borde de la alfombra.

—¡Qué suerte que el señor Bradwell estuviera al margen!

La observé y luego bajé la mirada.

—Sí, señora. Esto fue realmente afortunado.

El señor Gatley resopló evasivamente y sacó a su esposa del salón.

Henry enarcó ligeramente las cejas y se inclinó hacia adelante.

—No creo que el señor Gatley esté muy contento con nosotros, en este momento.

—Creo que estaría muy contento contigo, si me abandonaras, y rompieras el compromiso.

Henry se rió entre dientes, y el sonido profundo me golpeó en el estómago.

—Entonces, él está destinado a quedarse decepcionado, porque no tengo ningún plan para hacer tal cosa.

Mi estómago se retorció de anticipación. ¿Qué quiso decir con eso? Quería preguntarle, pero entramos al comedor y rodeamos la mesa para tomar asiento. Tuvimos la mala suerte de descubrir que los únicos dos asientos restantes me colocaban al lado del capitán Neal. Lo había evitado con éxito, durante todo el día, ya que él había estado en compañía de mi padre, y no tuve oportunidad de hablar con él, antes de la cena. El hombre debía estar enojado y con razón.

Le envié una sonrisa trémula, cuando tomé asiento.

Me la devolvió brevemente, pero aún así no pude evaluar su estado de ánimo.

Al menos podía confiar en que no habría ningún lanzamiento inmaduro de pintura durante la cena. Si el capitán o la señorita Gatley me apuntaran con una cuchara de sopa, simplemente me movería.

—¿Disfrutó su día, capitán Neal? —pregunté—. Pensé que mi padre aprovechó al máximo esa compañía tan dispuesta.

—Lo hice —replicó con aspereza—. Fue una buena oportunidad para aclarar mi mente y reevaluar mis planes.

—¿Reevaluar? No tiene intención de dejarnos, ¿cierto? —No podía culparlo, pero de todos modos me sentía culpable por ello.

—Ahora estoy menos motivado para quedarme. —Miró a Henry, antes de volver a sonreírme suavemente—. Dejé claro que tengo un tiempo limitado a mi disposición y un objetivo muy particular. No debería sorprenderles que, a menos que las circunstancias cambiaran, ahora debo lograr ese objetivo, en otra parte.

“¿Qué se supone que debo hacer en esta situación? ¿Disculparme por comprometerse con otra persona? ¿Le hice creer que no estaba mirando a nadie más? ¿Esto fue mi culpa?”

Sirvieron el primer plato y el capitán Neal centró su atención en su compañera de cena.

—Han sido veinticuatro horas muy emocionantes —me dijo Henry, en voz baja—. Sobre todo si tenemos en cuenta todo lo que pasó anoche, durante la cena.

—Eso es decirlo suavemente. —Solté un suave resoplido.

—Generalmente, soy un hombre paciente, pero en este momento me resulta increíblemente difícil. ¿Puedo preguntar la naturaleza de...? —No parecía saber cómo terminar su pregunta.

—¿De mi caída?

—Sí. —Sus ojos bailaron—. Creo que contigo tengo una curiosidad excesiva.

—Si pudiera responder eso ahora, no habría necesitado recurrir a la tinta.

—¡Touché! —Mojó una cuchara en la sopa y le dio un mordisco, luego se reclinó y me miró—. Hablando de tinta, ¿has hecho buenos progresos en el libro que estabas leyendo?

Por leer, supuse que él se refería a escribir.

—Sí. Lo terminé.

—Bien hecho, señorita Hutton. Debes estar muy orgullosa de ti misma. —Sus cejas se alzaron.

—Lo estoy. Fue un libro difícil de leer, pero tuve una repentina explosión de energía inspiradora y pude terminarlo anoche.

Él sonrió. Su sonrisa era tan amplia que estaba segura de su genuina felicidad por mí. Entendía las dificultades de escribir, y la euforia que acompaña al terminar una historia. Era solo la segunda vez que llegaba a este punto con un manuscrito, pero todavía me sentía, como si me hubieran elevado un poco, a las nubes, por haberlo completado. Hubo una catarsis general al escribir el final. Me sentía más completa por haber terminado el libro.

—¿Me lo prestarás? Me gustaría leerlo.

—No creo que pueda. —Le di toda mi atención a mi sopa.

—¿Me obligarás a esperar hasta que pueda comprar mi propia copia, en una tienda de libros?

Él tenía razón en eso. De una forma u otra, si publicara este libro, él podría leerlo.

—Me temo que no lo disfrutarás. ¿Qué pasa si no te gusta el libro?

—Dudo que ese sea el caso, pero incluso si lo fuera, ciertamente, eso no terminará con nuestra amistad —bromeó.

Incliné la cabeza hacia un lado, sosteniendo su mirada.

Él dejó su comportamiento general de broma.

—Me encantará. Me han gustado todas tus recomendaciones hasta ahora. No son más que una mejora con respecto a lo que tenía anteriormente... al leer.

—Esto es diferente. —No se trataba de notas sobre sus escritos, yo estaba escribiendo por mi cuenta. Él podría darse cuenta de cómo mis libros no eran ni cerca de lo mismo.

—Lo entiendo. De todas las personas, señorita Hutton, yo entiendo eso.

¿Me entendió? ¿O no? Tomé un sorbo de mi sopa y bajé la cuchara. No podía comprometerme a dejarle leerlo todavía, pero, posiblemente, debería hacerlo. Quizás era mejor saber cómo se sentía, ahora, en vez de esperar que leyera el libro publicado.

—Si permito que esto suceda, ¿no permitirás que eso afecte el acuerdo? Si no te gusta, ¿aún así me ayudarás?

—¡Cielos! Mari —dijo, acortando mi nombre. ¿Se había dado cuenta que lo había hecho? Me hizo estremecer y recé para que nadie más lo hubiera escuchado. Supuse que no importaría, que se tomara tales libertades con mi nombre, ya que estábamos comprometidos, pero de todos modos la familiaridad me calentó el pecho.

—¿Crees que incumpliría mi promesa? —Sacudió la cabeza—. De todos modos, no importa, porque ya hice lo que te prometí.

—¿Y qué has hecho? ¿Exactamente?

Él dobló su servilleta y la puso en su regazo, luego se inclinó hacia mí con el pretexto de alcanzar su copa. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Ya escribí a los editores, en tu nombre.

Capítulo 21

Henry

Si pudiera capturar la mirada de sorpresa que puso Marianne, cuando le dije que ya les había escrito a los editores, la guardaría para siempre. Quizás yo comenzaría a pintar solo para intentar volver a crear su expresión en el lienzo. Esto fue tan encantador e inocentemente dulce. Tomé otro sorbo de mi copa para ocultar la sonrisa, que amenazaba con estallar en mi rostro.

—¿Hablas en serio? —preguntó sin aliento—. ¿Cómo supiste que había terminado?

—No lo habías hecho. Al menos no, cuando envié las cartas.

—Debe explicarme eso, señor. —Marianne se rió y había una ligereza en su tono y porte, que había faltado antes. Quería que permaneciera así para siempre. ¿Qué pesadez la había estado atormentando antes?

—Mientras estábamos en Londres, mencionaste que casi habías terminado. Decidí enviar cartas a un puñado de editores, en tu nombre, para poder reunir interés e información.

—¿A dónde les pediste que dirigieran el correo de vuelta?

—Tomé nota que si la respuesta era inmediata, podrían escribirme aquí a Hutton House, y si les llevaría más tiempo, podrían escribirme a Sedwick Lodge. —Disfruté una cucharada de mi sopa—. Mi plan era ir allí inmediatamente, después de la fiesta en casa.

—Si mi madre se sale con la suya, probablemente te quedarás aquí el tiempo suficiente para planear una boda —murmuró Marianne.

“¿Debo decirle que la perspectiva de permanecer aquí más tiempo no me parece desagradable?”

—Creo que debería visitar a mi propia madre primero. —Le sonreí, pero ella parecía que estaba herida. La pesadez volvió a sus hombros. ¿Fue la perspectiva de casarse conmigo lo que le provocó estrés? ¿La idea de casarse con una figura parecida a un hermano? ¿Alguien que no la atraía? La idea me puso enfermo.

Estaba ansioso por sacar el trozo de papel del bolsillo de mi chaleco y leer lo que ella me había escrito. ¿Qué podría tener que decir que no pudiera hablar en voz alta? Claramente, logramos tener todo tipo de conversaciones sobre cosas que probablemente no deberíamos decir en voz alta, aunque pensé que hicimos un buen trabajo al disfrazar bien nuestros temas.

El resto de la cena transcurrió rápidamente, en una agradable conversación. Las damas nos dejaron tomando oporto, y el señor Hutton sacó su pipa. Vi a Marianne salir del salón y deseé seguirla, aunque tampoco me importaba estar con los hombres. Pasar el día con su padre había sido un impulso de algo parecido a un afecto, que no sabía que deseaba. Él era atento y digno de elogio, me recordaba a mi padre, en la forma en que admiraba mi equitación o mi capacidad para disparar, o me daba consejos de pesca.

Un día en su compañía nunca reemplazaría a mi padre, pero si se convirtiera en mi suegro, me preguntaba, si algún día sentiría, como si él estuviera llenando el vacío, que ahora reside en mi corazón. Dejé la idea a un lado. Era demasiado prematuro para pensamientos tan melancólicos.

Shaw llenó mi vaso con oporto y le di un sorbo.

El humo de los fumadores llenó el salón. El señor Gatley había conseguido una pipa y la encendió, mientras Lord Moorington y el capitán Neal disfrutaban de su oporto. Los hombres hablaron de nuestro fracaso, en la caza de esta mañana, y sobre la necesidad de usar perros bien

entrenados.

—Ha hecho bien en no dejarlos entrar a la casa —expresó el señor Gatley—. Los perros mimados nunca harán lo que se les dice.

Lord Moorington asintió con la cabeza.

—Mi hombre es un excelente entrenador. Puedo prestártelo, pero lo necesitaré en otoño.

—¿Estás criando cachorros? —preguntó Gatley.

—Sí. Me gusta entrenarlos jóvenes —dijo, vaciando su vaso.

—¿Qué es eso que he oído sobre tus bayos coincidentes, Gatley? —preguntó el señor Hutton.

—Los vendí. —Su voz era áspera y le indicó a Shaw que volviera a llenar su vaso.

El señor Hutton dio una chupada a su pipa.

—¿Los cambiaste por algo más?

—Aún no. Había planeado comprarlos nuevamente, pero las cosas no están saliendo como esperaba. —Su mirada se dirigió hacia mí brevemente, y luego se desvió de nuevo.

Tiré mis guantes sobre la mesa y bebí de nuevo mi oporto.

¿El señor Gatley había planeado volver a comprar sus propios caballos? Parecía que había estado confiando en mí para hacer eso por su mirada mordaz. Miré su ropa, pero parecía normal: sin codos raídos ni corbata amarillenta. Supuse que un hombre podría mantener su guardarropa, incluso si no pudiera soportar el gasto de caballos adicionales.

Claramente, no todo era lo que parecía con los Gatley.

Terminamos nuestro oporto y nos reunimos con las damas en el salón, donde estaban sentadas en los sofás.

La señora Hutton se puso de pie, cuando entramos, en el salón.

—Espero que su día de deporte no los haya cansado demasiado. Había planeado algunos juegos de salón para esta noche.

—¡Oh, sí! —confirmó la señorita Gatley—. ¿Quizás el farol del ciego? Siempre ha sido uno de mis favoritos.

El capitán Neal sonrió galantemente.

—Ha pasado mucho tiempo, desde que jugué un juego de ese tipo.

¿Estaba insinuando que estaba destinado a niños? Si es así, tendría que estar de acuerdo. Pero su sonrisa decía lo contrario. La señora Hutton salió, y regresó poco después con una pequeña faja, que llevó al centro del salón.

—Tengo para vendar los ojos. ¿A quién le gustaría empezar?

—Quizás a la señorita Gatley le gustaría ese honor —respondió Marianne.

La señorita Gatley la miró desafiante y levantó la barbilla.

—Debería disfrutarlo mucho.

La señora Hutton le ató la venda a los ojos.

—¿Quién más se unirá a nosotros?

Me puse de pie y ayudé a formar un círculo alrededor de ellos con Marianne y el capitán Neal. Lord y Lady Moorington también se unieron, pero los Gatley prefirieron permanecer en el sofá, junto al señor Hutton.

La señora Hutton agarró a la señorita Gatley por los hombros.

—Te haré girar cinco veces. —Procedió a hacerlo, luego soltó los hombros de la señorita Gatley, y dio un paso atrás suavemente para unirse al círculo.

La señorita Gatley extendió las manos y avanzó hasta encontrarse con la solapa de Lord Moorington. Ella se congeló, probablemente reconociendo por su circunferencia quién era.

—¿Señor Bradwell? —Ella intentó adivinar.

—Mal —respondió Lady Moorington, riéndose.

La señorita Gatley retrajo las manos y giró en la dirección opuesta a la voz de Lady Moorington para encontrar a la siguiente persona. Tentativamente, ella extendió la mano hasta hacer contacto con la manga del capitán Neal, luego deslizó sus manos por sus brazos, y le tocó la cara suavemente. Ella deslizó un dedo por el centro de su nariz y la sonrisa se ensanchó en sus labios.

—¿Capitán Neal? —preguntó ella.

—¡En efecto! —Él se adelantó, le levantó la venda de los ojos y ambos sonrieron. Algo brilló en sus ojos. ¿Quizás la estaba notando por primera vez? Ella claramente había orquestado toda esta situación para tocar libremente al capitán Neal, porque nadie podría adivinar, después de sentir el ancho de Lord Moorington, quien era yo. Todavía tenía que decidir si ella era simplemente inconsciente o inteligente. Quizás ambas cosas.

—Dado que el capitán Neal fue identificado correctamente, él será nuestra próxima víctima —ratificó la señora Hutton.

El capitán se inclinó hacia delante para que la señorita Gatley pudiera atarle más fácilmente la venda de los ojos. Ella lo llevó al centro del círculo y lo hizo girar cinco veces por los hombros, después dio un paso atrás para ocupar su lugar. Avanzó, viniendo directamente hacia mí, y cuando su mano se posó en mi brazo, sonrió.

—¡Maldita sea! No eres una joven hermosa.

No pude evitar reírme junto con el resto del grupo.

—Debes adivinar —exigió la señora Hutton.

—¿Bradwell?

—¡Bien hecho! —replicó la señorita Gatley.

Él levantó la venda de sus ojos para entregármela. Por un momento temí que me llamara Moorington, simplemente para tener otra oportunidad de buscar a Marianne, pero me sorprendió su sinceridad.

Le quité la venda de la mano extendida.

—¿No quieres atarla por mí?

Neal se rió y volvió a ocupar su lugar en el círculo, junto a la señorita Gatley.

—Puedo ayudarte —dijo la señora Hutton, acudiendo en mi auxilio. Me ató la venda y me llevó al centro del salón, luego me dio cinco vueltas. Ella no la había atado lo suficientemente fuerte y, si miraba hacia abajo, podía ver los zapatos. El problema era que no sabía qué calzados pertenecían a cada quién.

La señora Hutton tomó su lugar. Yo extendí los brazos y caminé con cautela hasta que toqué una manga. Miré hacia abajo y reconocí que los zapatos eran de la señora Hutton. ¿Pensé que me había alejado de ella? Suavemente, metí mis dedos en su manga, haciendo un sonido de pensamiento.

—¿Señorita Hutton?

—¡Mal! —Vino un coro de respuestas detrás de mí. Dejé caer la mano y di un paso atrás. ¿Dónde había estado Marianne en relación con su madre? Pensé que estaba a la izquierda de su madre, pero solo si la señora Hutton hubiera regresado al mismo lugar. Me moví en la dirección, donde pensaba que estaba Marianne, y me encontré con otra dama. Un rápido toque de su manga demostró que era Lady Moorington.

—¿Señorita Gatley? —pregunté.

—¡Equivocado!

“Marianne, ¿dónde estás?”

Retrocedí hacia lo que creía que era el centro y giré. Estaba parado justo en frente de Lady Moorington. Di media vuelta, avancé y palpé suavemente a una joven hasta que mis manos entraron en contacto con una manga hinchada. La parte inferior del vestido era blanca, el color del vestido de noche de Marianne. Suavemente pasé mis dedos por sus brazos hasta llegar a su mandíbula. Su piel era suave bajo mis dedos, y me alegré de haberme quitado los guantes, y haberlos dejado en la mesa, durante nuestra ronda de oporto.

Pasé mis dedos suavemente por los pómulos de Marianne, sintiendo la curva de su nariz y la perfecta simetría de su rostro en forma de corazón. Podía escuchar su respiración entrecortada, y tragué el nudo que se había formado en mi garganta.

—¿Señorita Hutton?

—¡Sí! —Ella respiró, extendió la mano y me levantó la venda de los ojos. Mis manos cayeron, a mis costados. El fuego ardía en sus ojos, haciendo brotar la esperanza, en mi pecho. Seguramente, ella debía sentir algo por mí más allá de una relación entre hermanos, si la forma en que me miraba ahora era una indicación. Anhelaba estrecharla entre mis brazos, y parecía que ella agradecería el gesto con gran ardor.

Ella parpadeó, sacudió un poco la cabeza y lució una sonrisa trémula.

—Supongo que es mi turno.

Me quité la venda y se la puse alrededor de los ojos, atándola en la espalda, luego la llevé por los brazos al centro del círculo. La hice girar cinco veces, y el salón se sintió como un silencio ensordecedor. Me resistía a liberarla, pero, ¿qué opción tenía? Estábamos bajo escrutinio desde todos los ángulos.

Mis manos se deslizaron de sus hombros y tomé mi lugar nuevamente en el círculo. Siguió adelante hasta llegar a Lady Moorington, y adivinó de inmediato la identidad de la mujer. Cuando levanté la vista y encontré la mirada de la señora Hutton, ella me estaba mirando con ojos cálidos.

Aparté la mirada rápidamente, pero no antes de registrar lo que estaba viendo allí. Ella quería un matrimonio por amor para su hija y, a juzgar por la interacción que acababa de presenciar, creía haberlo encontrado.

Tuve que estar de acuerdo con ella, parcialmente. Yo no quería ninguna otra mujer en mi vida. ¡Quería a Marianne! Sin embargo, ¿y si Marianne no me quería?

El juego continuó por un rato más, antes de convertirse en charadas. Mi mente estaba tan llena de Marianne, que no pude descifrar ninguno de los acertijos. Ya era más de medianoche, cuando nos separamos para acostarnos y Marianne se acercó a mí.

—Me preguntaba si tendrías algún interés en ver la biblioteca mañana, señor Bradwell. Hay algunos libros de mi padre, que podrían interesarte.

—Eso me gustaría mucho.

—Bien. Te llevaré allí después del desayuno. Puedes ignorar mi idea anterior, en esa nota.

—Miró el bolsillo de mi chaleco con intención hasta que asentí.

Cuando llegué a mi habitación, saqué la nota de mi bolsillo y la desdoblé.

“Encuéntrame en el sauce junto al lago, esta noche. ¿Medianoche?”

Bueno, ¡Maldición! ¿Había cambiado de opinión acerca de reunirnos afuera porque ya había pasado la medianoche, o porque mi comportamiento durante el juego la había desanimado? Tiré la nota al fuego para que no la encontraran, y me pasé la mano por la cara.

Ya estaba obstinado de este toma y daca. Mañana me tragaría mis reservas, enterraría mis

miedos, y le contaría a Marianne cómo me sentía.

Capítulo 22

Marianne

Mi plato de desayuno brillaba con la luz de la mañana, que entraba por las grandes ventanas abiertas. Lord Moorington se sentó frente a mí y Henry a su lado. Formamos un grupo extraño para desayunar, aunque los caballeros llevaron la conversación muy bien.

—Mi esposa está fuera de sí —dijo Lord Moorington, atravesando una salchicha y cortándola por la mitad con más fuerza de la necesaria. Masticó algo enojado. Había encontrado un par de oídos dispuestos a desahogar sus frustraciones, y nos estaba utilizando al máximo—. Me preocupo por Daniel, por supuesto, pero la forma en que él la hace preocuparse a ella, me da motivos para desear tener la autoridad y el derecho de darle un puñetazo en las orejas.

—No imagino que Daniel aceptaría un castigo como ese. Al menos, no fácilmente —replicó Henry.

—De hecho, ya habría golpeado al muchacho. —La leve sonrisa de Lord Moorington contradecía la gravedad de sus palabras, y dudaba mucho que fuera a darle una paliza a su hijastro. Aunque, probablemente, sí deseaba hacer entrar en razón al hombre. Incluso ninguno de nosotros había disfrutado al ver crecer la decepción de la condesa, cada día que su hijo no llegaba.

—¿Crees que Daniel vendrá? —pregunté.

—Eso espero. Rezaremos para que llegue tarde, en vez que no llegue.

Henry tomó un sorbo de té y volvió a colocar la taza en el platillo.

—¿Recuerda cuando nos conocimos, milord? Asistías a una fiesta en casa de Lady Moorington... cuando ella todavía era la señora Palmer, creo.

—Sí —dijo, con sus redondas mejillas sonrojadas—. El carruaje de los Thurston tuvo problemas, y les permitiste refugiarse en tu cofre de caza, mientras esperaban que arreglaran el carruaje.

—Sí. ¿Quizás algo así le haya ocurrido a Daniel?

Lord Moorington hizo una mueca.

—No creo que un solo hombre, que viaja en verano, pueda encontrarse en los mismos problemas, que una familia viajando por la nieve. Pero te agradezco la perspectiva, hijo. Haré todo lo posible para reservar mi enojo para cuando esté justificado. —Apartó su silla de la mesa y se puso de pie—. Debo asegurarme que Lady Moorington haya recibido su desayuno. —Nos dio una sonrisa triste y se fue.

Comimos tranquilamente, escuchando sus pasos alejándose por el pasillo. Cuando se fue, vacié mi taza de té y la puse sobre la mesa.

—¿Estás listo para ver la biblioteca?

Henry levantó su mirada hacia mí, que contenía una calidez, la cual hizo más profundo el azul de sus ojos. Me había sentido nerviosa, pero algo en su expresión me tranquilizó. Nos dirigimos hacia la biblioteca.

—Quizás le dije algo equivocado al conde —aclaró Henry—. Parecía solo querer que alguien estuviera de acuerdo con él.

—No creo que ofrecer el beneficio de la duda sea nunca de mal gusto.

—Entonces, ¿esperaremos que Daniel me dé la razón?

—Por el bien de Lady Moorington, eso espero. —Llegamos a la biblioteca y abrí la puerta

de par en par, dejándola así. Entré y crucé hacia las ventanas, abriendo las cortinas para dejar que la luz del sol entrara y resaltara el remolino de polvo.

—¡Qué paraíso! —exclamó Henry con una reverencia.

—Sabía que te gustaría.

Largas estanterías se alineaban en las paredes. Había una escalera estrecha, unida a una varilla de latón, en la parte superior para permitir llegar a los estantes más altos. No era una habitación grande de ninguna manera, pero estaba llena de libros desde el suelo hasta el techo.

—¿Tu padre es un intelectual? —preguntó.

—No lo creerías, después de pasar ayer todo el día con él afuera, disfrutando de actividades deportivas, pero sí, siempre le ha gustado leer. Simplemente, tiene dominio de sí mismo con los libros, algo que yo no heredé de él.

—Pero, heredaste el amor por las bibliotecas. —Henry caminó entre los estantes, leyendo los lomos, mientras se movía—. Recuerdo que la de tu casa en Londres estaba igual, bellamente decorada.

—Papá está muy orgulloso de sus bibliotecas, pero para él son personales. Nunca lo oirás alardear de sus libros ni exhibirlos, como lo hace con la pesca, o con sus perros de caza o con sus caballos.

—¿Elogias su amor por los libros, pero no crees que él te apoyaría en tus propios objetivos editoriales? —preguntó, dirigiendo su atención a los estantes.

Me encogí de hombros.

—Él no cree que las mujeres deban escribir y no lee novelas escritas por autoras. Me ha comprado algunas por indulgencia, pero él mismo no quiere leerlas.

Henry dejó de examinar los estantes y me miró.

—Por eso no quieres pedirle ayuda para conseguir un editor.

—Por eso te lo pregunté. No parecías tener ningún problema con que una mujer escribiera un libro.

—Es cierto, no lo tuve. No tengo ningún prejuicio contra las escritoras.

La falta de ligereza, en su tono, me puso nerviosa por una razón, que no pude identificar. Me aclaré la garganta.

—¿Cuándo crees que recibirás noticias de los editores, a los que has escrito?

—Podría ser cualquier día de estos, dependiendo hacia dónde dirijan las respuestas. Me sorprende no haber recibido ninguna carta todavía, pero entiendo que a veces estas decisiones toman tiempo. No todo el mundo está dispuesto a arriesgarse con una desconocida, incluso si viene muy recomendada.

—Pero, ¿tú estás dispuesto? —le dije.

Se alejó de los estantes y apoyó las manos en la espalda.

—¡En efecto! Nunca pensé que las actividades intelectuales fueran solo para hombres. Mi madre es una mujer brillante, aunque no sea una lectora devota, y las conversaciones, que he tenido con mi cuñada, son algunas de las mejores discusiones intelectuales, en las que he participado.

“¿Este hombre es perfecto?”

Él se acercó hasta estar a mi lado, y miró por la ventana hacia el lago y el sauce.

—Cambiaste de opinión anoche —dijo.

—Ya era demasiado tarde.

—Me preguntaba cuál era tu razón. —Sus ojos azules brillaban a la luz del sol—. Esperaba que la hora te hubiera disuadido y no algo más, algo que dije.

—No me disuadiste de la reunión. Admito que me volví un poco cautelosa, pero fue lo avanzado de la hora y el miedo de estar siendo presuntuosa por encima de todo.

—No puedes ser demasiado presuntuosa conmigo —replicó—. Creo que eso sería imposible. —Respiró profundamente.

—Eso es un alivio, porque todavía tenemos que hablar sobre lo que pasó en la cena de la otra noche, y creo que es necesario conversar.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.

—Entonces, ¿nos vemos esta noche en el sauce?

—O podemos hablar ahora. —Él bajó la cabeza—. No me hagas esperar un día entero, Mari. No creo que pueda soportarlo.

Me burlé ligeramente.

—¿No puedes soportarlo? He estado completamente nerviosa, desde el anuncio del compromiso.

—Entonces, dime qué puedo hacer para tranquilizarte —murmuró.

—Supongo que lo desconocido es lo más aterrador de todo. No sé qué opinas de este acuerdo, pero parece que avanza a un ritmo alarmante. Mi madre desea organizar un baile de compromiso.

—Entonces, deja que lo haga.

Esto era lo que quería oír y al mismo tiempo no era suficiente.

—Cada paso que demos para solidificar este compromiso hará que sea más difícil disolverlo.

Él se acercó e inclinó la cabeza para mirarme a los ojos. Sus rizos desordenados estaban apartados de su frente, y quería hundir mis dedos entre ellos. Si se acercara más, nuestros pechos se tocarían.

—¿Qué pasa si no deseo que se disuelva?

Mi corazón latió con fuerza. Levanté la barbilla para poder mirarlo.

—¿Qué quieres decir? —Mi voz salió como un susurro, demasiado asustada para expresar la pregunta en voz alta, para darle poder.

Tragó y vi cómo se balanceaba su nuez.

—Disfruto de tu compañía, Marianne.

—Yo también disfruto de la tuya. —Pero los matrimonios se basaban en algo más que disfrutar de la compañía del otro.

—Sí, como hermano. —Él me miró

“¿Yo dije eso?”

Creí que en esa ocasión, mi única intención era tranquilizarlo. La forma en que había trazado mi rostro durante el juego del ciego, la manera en que me habló, ahora, no dejó lugar a confusión. Este hombre se sentía atraído por mí, como mínimo, y yo, ciertamente, sí me sentía atraída por él.

—¿Qué pasa si nuestro compromiso no tiene por qué terminar? —preguntó.

—¿Te gustaría permanecer comprometidos, el uno para la otra, para siempre? No veo el beneficio de tal acuerdo.

—No, gansa. Quiero decir —dijo sonriendo—. ¿Y si nos casamos? Podríamos escribir juntos, discutir libros, y evitar la sociedad, si así lo deseamos.

Mi pulso latía con fuerza. Él era todo lo que yo quería en un marido, y deseaba exactamente las mismas cosas que yo. ¿Podría un hombre ser tan perfecto para mí? Ojalá pudiera ser tan afortunada.

—Pintas una imagen encantadora, Henry. Me temo que estás a punto de decir algo que lo arruine.

—¿Por qué tengo que arruinarlo?

—Porque nunca nada sale tan espléndidamente, ¿cierto? —Cada vez que conocía a un caballero que parecía maravilloso, inevitablemente aprendía algo que demostraba que nunca encajaríamos. Incluso el capitán Neal sentía aversión por los animales, lo que me hacía creer que nunca nos entenderíamos. Hasta el momento, Henry aún tenía que revelar su defecto, ese era mi requisito final, lo que haría que su traje fuera poco atractivo, o tal vez haría que yo lo rechazara.

Tomó mi mano suavemente entre las suyas, sosteniendo mi mirada, y con esa intención, también dominó mi corazón.

—¿Y si se puede?

Mi corazón se detuvo, olvidándose de latir, o tal vez estaba latiendo tan rápido que sentí, como si se hubiera rendido. Él se inclinó más cerca y me pregunté brevemente, si estaba a punto de ser besada, cuando sentí que mi mano se elevaba, y Henry presionó sus labios contra mis nudillos.

—Me preocupo por ti, Marianne. Disfruto de tu compañía. Y de ninguna manera te veo como a una hermana.

“Ahora debo admitir que siento lo mismo”.

—¿Hablas en serio?

Él se quedó quieto.

—Sí. Yo tampoco te veo como una hermana de ninguna manera. —Henry se rió y la tensión se disipó al instante. Su sonrisa era tan gloriosa, como su afecto, y sus ojos bailaban—. Por favor, dime que no completarás mi pensamiento allí.

—No, no lo haré. En verdad, no te veo como un hermano de ninguna forma. ¡Nunca lo he hecho!

Llevó mi mano a su pecho, dejándome sentir su rápido subir y bajar.

—¿Entonces me permitirás decirte cuán ardientemente te estimo? No quiero otra mujer en mi vida, Marianne. Solo te quiero a ti.

El calor inundó mi pecho y presioné mi otra palma contra el corazón de Henry. Latía rápidamente, dándome un pulso de confianza. Su respiración se aceleró y mis pulmones intentaron imitar los suyos. Me puse de puntillas y alcancé a presionar mis labios contra los suyos...

Un chirrido recorrió la habitación y Henry retrocedió rápidamente, gritando:

—¿Qué diablos...?

Una bola de pelo gris me llamó la atención.

—¡No, señor Darcy! ¡Mal gatito! —Estiré la mano para sacar al gato de la pierna de Henry, pero tenía las garras afuera, y me rascó el antebrazo.

—¿Estás herida? —preguntó Henry.

—¡Eso no significa nada! No sé qué le ha pasado. —Me agaché y calmé mi tono enojado—. Señor Darcy, ¡ven aquí, ahora!

El gato me miró. Todos parecíamos contener la respiración por un momento, antes que soltara la pierna de Henry, regresara al suelo, y caminara hacia mi lado.

—¿Qué sucede? —espetó mi madre, entrando corriendo a la habitación, con el pecho agitado. Ella miró de mí a Henry.

—El señor Darcy atacó a Henry —dije. Sin duda protegiendo mi honor, aunque no agregué más información.

—¡Qué extraño! —Mi madre miró al gato alarmada—. Nunca antes había hecho algo así.

—¿Pasa mucho tiempo en la biblioteca? —preguntó Henry, inclinándose para inspeccionar su pierna.

—En Londres lo hace. No sabía que había encontrado la biblioteca aquí.

Henry se enderezó.

—Déjame ver tu brazo.

—Es solo un rasguño.

Tomó mi antebrazo y lo giró, inspeccionando la larga marca roja.

—Deberías tener eso envuelto.

—Se curará.

Mamá nos alcanzó.

—Le pido disculpas, señor Bradwell. No sé qué pasó con el señor Darcy. Nunca antes había atacado a nadie.

Aunque, en defensa del señor Darcy, yo jamás había intentado besar a un hombre delante de él.

Henry miró al gato con recelo.

—Lo perdono. Quizás solo necesite acostumbrarse a mí.

—Quizás —dije, aunque no estaba convencida. ¿Este iba a ser nuestro futuro? ¿Mi gato atacaría, cada vez que Henry intentaba acercarse a mí?

—Eso sucederá con el tiempo —replicó mi madre—. Mientras los tenga a ambos, ¿puedo recibir sus opiniones? Quiero enviar invitaciones hoy para el baile. Señor Bradwell, ¿cree que a su madre le gustaría una invitación?

—Creo que le daría un gran shock. Quizás debería volver a casa, y entregársela yo mismo.

—¿Deberías? —pregunté, la palabra se deslizó de mis labios sin mi consentimiento.

Él me miró y no pude confundir el afecto que había allí.

—Creo que debo hacerlo. Mi madre merece escuchar esto de mí. Quizás pueda persuadirla para que se una a nosotros aquí. No creo que me lleve más de dos días llegar a Chelton.

—Probablemente, no. —La frente de mi madre se frunció—. Podemos cambiar la fecha del baile, si te resulta más fácil, señor Bradwell.

—Por favor, debes llamarme Henry. Después de todo, debemos ser una familia.

Ella asintió.

—La fecha que seleccionaste estará perfectamente bien. Regresaré en cinco días como máximo, y espero traer a mi madre conmigo.

—Espero que extiendas la invitación a toda tu familia.

—Benedict y Thea están disfrutando de su luna de miel, ahora, pero me aseguraré de incluir a todos en la invitación. —Se secó la mano en el chaleco—. Si me disculpan, debo empacar mis cosas. Será mejor que me ponga en camino pronto.

—Por supuesto —confirmó mi madre, dando un paso atrás para dejarlo pasar.

Henry me dio una breve mirada inquisitiva.

—Me encantaría tener un libro nuevo para leer durante el viaje. ¿Puedo tomar el que terminaste recientemente?

¿Quería leer mi manuscrito? No. No podía entregárselo. Aún no. Todavía estaba decidiendo si el mismo estaba listo o no para ser consumido por otra persona. Esa persona no podía ser alguien, cuya opinión me importara tanto.

—No creo que esté listo.

Él asintió, pero la decepción brilló en sus ojos.

—Muy bien. Espero que algún día me lo confíes.

—Algún día —repetí en voz baja, pero la culpa se deslizó a través de mí.

Henry hizo una suave reverencia, a cada uno de nosotras, antes de salir de la habitación.

Mamá me tomó del brazo e inspeccionó el rasguño. Si pensaba que nuestra conversación era extraña, se guardó esto para sí misma.

—¿Necesitas una tirita?

—No. Se curará.

—¿Interrumpí un momento? —Ella dejó caer mi brazo.

—El señor Darcy me interrumpió por un momento —murmuré—. Y tú hiciste que Henry abandonara la propiedad por completo.

—Para traer a su familia aquí. Si va a hablarle de ti a su madre, creo que puedes creer con seguridad que está enamorado, cariño.

—¿Dudaste de él? —pregunté, buscando en los estantes a mi maldito gato.

—Ya no. —Mi madre quería irse, pero se detuvo en la puerta—. Cuando termines aquí, ¿vendrás a la sala de la mañana y me ayudarás a realizar las invitaciones?

—Por supuesto.

Ella dudó.

—Por si sirve de algo, lamento haberlo ahuyentado.

—No es tu culpa.

Ella salió de la habitación, localicé al señor Darcy y lo regañé en voz baja.

—Aprenderás a amarlo, de lo contrario ya no te permitirán entrar en esta casa.

¡Miau!

Puse los ojos en blanco y levanté a mi gato, acariciando su espalda, mientras subía las escaleras.

—Mi brazo no se siente bien, ¿sabes?

¡Miau!

Lo peor fue que ni siquiera recibí mi beso.

Capítulo 23

Henry

El viaje a casa, en Chelton, fue demasiado rápido para mi gusto. Habría disfrutado de dos días más en la silla, simplemente para tener más tiempo para determinar qué le diría a mi familia. Generalmente, era un hombre tranquilo y esta noticia seguramente inspiraría una montaña de preguntas.

Nuestra gran propiedad familiar apareció frente a mí, mientras el sol descendía por detrás y el mundo se sumía en la oscuridad. Mi pecho se calmó y se tensó al mismo tiempo. Siempre le hacía bien a mi corazón regresar a Chelton, pero la tarea que tenía por delante hizo que esta llegada fuera agridulce. Dejé mi caballo en los establos, y crucé el camino de grava hasta la puerta trasera. Debería haberme limpiado la cara, al menos antes de ir a buscar a mi madre, pero la conocía bien. Ella querría saber de mi llegada, justo cuando ocurriera.

Encontré a mi familia en el salón. James y Felicity estaban inmersos en una partida de ajedrez, y mi madre estaba sentada en el sofá cercano, hablando con ellos. Levantó la vista y sus ojos se abrieron, al posarse sobre mí.

—¿Henry?

—Buenas noches, madre. —Di una pequeña inclinación a mi cabeza.

Ella vino hacia mí con la mano extendida.

—No sabíamos que te esperábamos.

—No querrás acercarte más. Llevo dos días en la silla. —Le di un beso en los nudillos.

Mi madre sonrió con indulgencia.

—¿Solo dos días? —preguntó James—. ¿De dónde vienes?

—De una fiesta en una casa.

James se rió y luego pareció sentir que hablaba en serio.

—¿Qué? ¿Una fiesta en casa? ¿Tú?

—Es sorprendente lo popular que puede llegar a ser un hombre Bradwell, cuando sus hermanos están recién casados.

Felicity movió una pieza en el tablero de ajedrez, luego se reclinó, y me miró con un ojo perspicaz.

—Estuvimos contigo en Londres hace unos meses, si lo recuerdas... Recuerdo a las mamás que te siguieron, y Ben aún no estaba casado. No te subestimes.

—Es un placer verte también, Felicity.

Ella sonrió.

—Bienvenido a casa. En realidad, es un buen momento porque recientemente adquirí un nuevo libro que creo que disfrutarás. ¿Has leído la última novela de Dalton Henry?

Mi estómago se retorció incómodamente.

—La tengo... De cualquier manera, me temo que no tendré tiempo para leer. Esta es una breve visita.

Mi madre volvió a sentarse en el sofá.

—¿Por qué?

Con esos tres pares de ojos mirándome con curiosidad, me resultó más difícil elegir las palabras. Declarar mis sentimientos por Marianne había sido aterrador y requirió mucha valentía, pero incluso eso parecía más fácil, que anunciar a mi familia que me había enamorado.

Mi corazón latió, saltando erráticamente, ante el pensamiento. ¿Amor? Eso fue lo que le atribuí a Marianne. Quería estar en Hutton House y estaba ansioso por presentarles a mi madre. Si hasta ahora nada más probaba mis sentimientos, estos impulsos ciertamente lo hicieron.

—Estás empezando a ponerme nerviosa —expresó mi madre.

Me deshice de mis pensamientos divagadores, que me distraían, y enderecé los hombros.

—Estoy comprometido.

El salón estaba tan silencioso, que podría haber dejado caer mi pañuelo, y haberlo oído caer al suelo.

—¿Tú? —preguntó James—. ¿Comprometido?

—No es eso lo que me sorprende, pero sí la velocidad —negó Felicity con la cabeza—. No es que sea alguien que juzgue la rapidez de un compromiso, pero esto es impactante.

—No me encontraron solo en la biblioteca con ella, así que no debes temer. —Hice una pausa—. Bueno, nos encontraron solos en la biblioteca, pero eso fue después que estábamos comprometidos. —Sonreí.

Mi madre había permanecido en silencio, durante todo este tiempo, pero pareció recuperar la orientación.

—¿Quién es la mujer?

Me puso frente a ella

—Marianne Hutton. La chica Hutton más joven.

—Sí, sé quién es Marianne. —Mi madre se sentó en el borde de su sofá con las cejas arqueadas—. La última vez que la vi todavía llevaba una muñeca.

—Creo que necesitamos saber más sobre este incidente, en la biblioteca —dijo James, sonriendo.

Me incliné hacia adelante, apoyando mis brazos en el respaldo del sofá.

—Creo que me retiraré por la noche, antes de quedarme dormido, en este mismo salón.

—¡Qué cruel dejarnos esa información y luego huir! —protestó James, casi haciendo un puchero.

“*¿Fue cruel? Solo estoy cansado*”. Me froté los ojos con una mano.

—¿Qué te gustaría saber?

—¿Cómo la conociste? —Mi madre me observó de cerca.

—Ella es una Hutton, madre. La conozco la mayor parte de mi vida.

—La vimos en el parque —confirmó James—. Cuando todavía estábamos en la ciudad. Si tomé la medida correctamente, no era la primera vez que la veía, recientemente.

Si no tenía cuidado, me pedirían que explicara nuestro encontronazo en la oficina del editor, y eso no era algo que me interesara decirles. Cada uno de los miembros de mi familia me miró con interés, con expresiones abiertas y curiosas, pero de ninguna manera con desaprobación. Ahora podía contarles cualquier cosa porque tenía toda su atención. Sería muy sencillo hablar con Felicity.

“*Sobre ese autor que desean compartir conmigo, Dalton Henry, debo confesarles...*”

Mi corazón tronó y mis manos se pusieron temblorosas. Miré hacia la repisa de la chimenea y pude imaginarme a mi padre, parado allí, mirándonos con curiosidad, observando esta conversación. Contarles a mi madre y a James sobre mis libros sería como revelarles esto a mi padre, y no sabía cómo vivir sin convertirme en una decepción para todos ellos.

El silencio empezó a prolongarse demasiado. Parpadeé, dirigiendo mi atención a James nuevamente.

—Nos volvimos a conocer en la ciudad. Cuando regresé después de la boda de Ben, la

acompañé a la ópera y a varios paseos por el parque, como hace un caballero, cuando corteja a una joven.

—Sí, pero debes admitir que no esperábamos esto de ti.

—Yo tampoco lo esperaba.

—Por si sirve de algo —manifestó Felicity—. Tenía mis sospechas. No pensé que regresarías a Londres tan pronto sin ningún propósito.

—Pero Londres no está a dos días de Chelton. ¿A la fiesta en casa de quién asistías? —preguntó James.

—Los Hutton. Dejamos claro nuestro compromiso, en la fiesta, y a la señora Hutton le gustaría organizar un baile de compromiso. —Miré a mi madre y vi que las arrugas se tensaban alrededor de sus ojos—. Esperaba que estuvieras allí, pero entiendo...

—Iré.

Todo el salón volvió a quedar en silencio. Intenté leer la expresión de mi madre, pero no pude interpretarla.

—Podemos celebrar otro baile aquí, y presentar a Marianne, a la sociedad Bakewell.

—No. Yo iré. ¿Dos días de viaje, dijiste?

—O más, si quieres ir a un ritmo más lento.

—Creo que dos días es todo lo que puedo aguantar. ¿Cuándo debemos irnos?

Miré a James, pero él se encogió de hombros. Mi madre no había viajado a ningún lado desde hacía años. Esto era una gran carga para ella: apenas podía llegar al pueblo más cercano sin perder el contenido de su estómago. Ella se enfermaba excesivamente, y odiaba ponerla en esa situación. Pero si ella decidiera acompañarme, tampoco fingiría estar decepcionado.

—¿Será suficiente un día de preparación? Podemos irnos pasado mañana.

Mi madre asintió.

—Eso será suficiente.

—En ese caso, me voy a la cama. —Rodeé el sofá y tomé la mano de mi madre, dándole un beso en el dorso—. Gracias.

Ella sonrió dulcemente, pero pude ver sus nervios reflejados en las finas arrugas de su frente.

Subí a mi habitación. Hacía frío, a pesar del fuego reciente, ardiendo en la chimenea. Mi pequeño bolso estaba esperando en el arcón contra la pared, lo abrí y busqué la camisa de dormir. Los sirvientes de Chelton eran eficientes, y estaba muy claro por qué no tenía noción de cómo limpiar el barro de mi ropa. ¡Qué absurdo que me hubiera creído capaz de hacerlo!

Aunque nunca me quejaría de esa noche con Marianne ni de los acontecimientos a los que la misma condujo. Si no me hubiera encontrado con ella, en la cocina, entonces, tal vez no nos hubiésemos comprometido.

Cuando estuve listo para ir a la cama, y me encontraba acurrucado, en mis frías mantas, yacía despierto con los ojos alerta. La idea de escribir una historia había rondado por mi mente, desde el momento en que el señor Darcy me atacó y salvó a Marianne de un beso prematuro. Ahora, esto me atormentaba, golpeándome como lo haría un ariete contra mi cerebro.

Me levanté de la cama, prendí una vela con el fuego encendido y la llevé a mi escritorio. Todo estaba como lo había dejado, así que solo me tomó un minuto preparar todo lo que necesitaba: pluma, cuchillo, tintero y papel.

Corté la punta de la pluma para que estuviera fresca y la sumergí en la tinta. Sin pensarlo, presioné la pluma contra el papel, y comencé a escribir.

El sol casi había alcanzado su cenit, al abrir los ojos durante el día siguiente. Casi había amanecido, cuando finalmente guardé las páginas del manuscrito, y me fui a dormir. No pude evitarlo. La historia había brotado de mi pluma con la suave tranquilidad del río, que corría frente a nuestra casa. Me ardió el cuello, al recordar la naturaleza de este relato, pero juré no mostrársela a nadie más.

Nunca tuve la intención de escribir una historia romántica, pero la misma corría por mi tinta, y no tenía intención de detenerla. Estaba ansioso por regresar a mi escritorio, ahora, pero mi madre, probablemente, me estaba esperando con una docena de preguntas sobre la naturaleza de mi relación con Marianne, y cómo había llegado a un compromiso.

Me vestí rápidamente, extrañando a Felton. No había sabido nada de él, desde su partida a Londres, y esperaba que todo estuviera bien con su padre. Guardé mis páginas recién escritas, en el cajón del escritorio, antes de bajar a desayunar.

Ya había pasado la hora del desayuno, pero me enviaron una bandeja y fui en busca de mi madre, localizándola en el salón con Felicity. Se sentaron por la mesa redonda, con un puñado de papeles extendidos entre ellos. La imagen parecía demasiado familiar.

—El beneficio de tener tres hijos casados, en un año, es que ya tengo mi lista de quiénes deben ser notificados —destacó mi madre—. Solo necesitamos ajustarla ligeramente.

Saqué una silla frente a ellos, y me senté.

—Así que te he hecho un favor con la rapidez de mi compromiso.

—Mmm. —Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea—. ¿Dormiste bien?

—De hecho, lo hice. Una vez logré quedarme dormido, claro. Pensé que estarías haciendo las maletas.

—Las criadas están haciendo eso por mí. ¿Espera la señora Hutton que la acompañe?

—Ella me hizo prometer que extendería la invitación a toda nuestra familia. A ella le gustaría que permanecieras en Hutton House, mientras te sientas cómoda. —Miré a Felicity—. Todos ustedes están invitados.

Mi cuñada sonrió.

—Eso será maravilloso. Marianne es amiga mía y espero renovar nuestra amistad.

—Ella no es la única persona destacada en Hutton House actualmente. Tu tía está allí con su nuevo marido.

Felicity levantó la vista de la lista que había estado examinando.

—¿Lord y Lady Moorington?

—De hecho, Daniel debía estar allí también, pero aún no había llegado, cuando me fui.

—¿Una fiesta, en casa, a la que asiste su madre? Creo que será un milagro si llega. —Ella se rió.

Yo había empezado a preguntarme lo mismo.

—¿James y tú se unirán a nosotros?

—Estaremos encantados de hacerlo. ¿Terminamos esta lista primero? —Dio vuelta a las hojas de papel para que yo pudiera leerlas.

Había tantos nombres en las páginas, que se desdibujaban ante mí, y estos se volvían abrumadores. Hice girar las páginas hacia las mujeres.

—Dejaré que tú y Marianne decidan estas cosas. Lo único que me importa es la novia.

Felicity sonrió.

Me aclaré la garganta.

—¿Dónde está James?

—Montando —expresó mi madre, mojando su pluma para agregar otro nombre al final de

la página.

Me puse de pie, mientras un lacayo traía una bandeja, dejándola sobre la mesa. Cogí una rebanada de pan y un trozo de jamón frío del plato. Sonreí.

—Creo que iré a buscarlo. Buenos días, señoras. —Bajé la cabeza y luego le di un mordisco al pan, mientras salía del salón.

Fue fácil encontrar a James cabalgando por su colina favorita, mientras que yo empujaba mi caballo al galope para alcanzarlo, en un ejercicio vigorizante.

—Matrimonio, entonces, ¿eh? —preguntó James, cuando me detuve a su lado. Pateamos a los caballos, colina arriba. El sol caía a plomo sobre nuestras espaldas y la brisa era fresca.

—La amo.

Él me envió una sonrisa afectuosa, una típicamente reservada para cuando nos saludamos, después de ausencias extremadamente largas.

—El amor te cambiará, gallina.

—¿Para mejorar? —Mi escritura ya había sufrido tal cambio. Sin embargo, esperaba que esa alteración, en particular, no fuera temporal.

—Si ella ya te está dando el deseo de ser un mejor hombre, entonces esa mujer es la indicada para ti.

—Toda nuestra relación no ha sido más que Marianne ayudándome a mejorar. —Me froté la nuca, asustado de expresar en voz alta lo que me había atormentado, en silencio, desde que Marianne se negó a permitirme leer su novela. Había entendido su vacilación antes, pero después de haber declarado mis sentimientos por ella, esperaba que eso cambiara. Intenté no darle mucha importancia a esta preocupación, pero no supe aceptar que ella pudiera amarme sin ser vulnerable conmigo.

—¿Qué es? —preguntó James—. Puedo ver que algo te está molestando.

—No estoy seguro que ella confíe en mí.

La frente oscura de James se frunció y detuvo su caballo. Di la vuelta y reduje la velocidad para poder descansar a su lado. Habíamos llegado a la cima de la colina, así que contemplamos el campo, nuestra casa y el río, que pasaba por debajo de un puente de piedra.

—¿Qué te hace creer eso? La confianza es una parte importante del matrimonio.

—Creo que ella me valora bastante bien. De hecho, ella sabe que tengo buenas cualidades.

Las cejas de James se alzaron. Después de todo, tal vez él no quería escuchar los detalles de nuestro incidente en la biblioteca.

—No es así. ¡Todavía tengo que besar a esa mujer! —Me reí entre dientes.

James se quedó en silencio por un momento.

—¿No la has besado y sigues comprometido?

—¿Besaste a Felicity, antes de tu compromiso? —Le levanté una ceja a mi hermano.

—No. —Sus labios se aplastaron—. No la besé hasta que nos casamos. Continúa.

—Marianne me ha ayudado en numerosas cosas, pero cada vez que le ofrezco mi ayuda, ella duda, y no me permite devolverle la ayuda.

—Ella debe cuidar de ti, si aceptó tu propuesta.

—Nos vimos obligados a hacerlo. —Sostuve las riendas con una mano y me froté la nuca con la otra—. Le ofrecí asumir toda la responsabilidad por una disolución, si eso era lo que ella deseaba. Ella decidió casarse conmigo.

—Entonces, la señorita Hutton se preocupa por ti, pero temes que ella tenga miedo de confiar en ti.

—Evidentemente...

—¿Recuerdas cuando Benedict estuvo en una situación similar y le ofreciste un consejo?

Me enderecé en la silla. Mi caballo se estaba poniendo nervioso, pero no le permití moverse. Lo recordaba de unos meses antes, cuando estábamos juntos, en Londres.

—Él no sabía cómo demostrar que era digno de Thea, y le dijiste que la dejara ganar, que fuera paciente, y que confiara en su afecto por él. No puedes obligar a la señorita Hutton a confiar en ti, pero tal vez puedes demostrar que eres digno de ella. De cualquier manera, debes tener paciencia.

Él se refirió a una situación totalmente diferente, pero los mismos principios no habían perdido su vigencia.

—Creo que tienes razón, y eso es lo que tengo que hacer. Pero, ¿cómo lo logro?

—Siempre has sido el sabio —ratificó James, haciendo girar su caballo hacia Chelton—. Estoy seguro que lo resolverás.

Capítulo 24

Marianne

Mañana se cumplirá una semana, desde que Henry nos había dejado para viajar a Chelton y contarle a su madre, sobre nuestras noticias, y yo estaba cada vez más ansiosa por su regreso. Nada de nuestra relación me parecía real o planificado, y su ausencia solo exacerbó esta inquietud pasajera. Por no hablar del hecho que, sin él, cada actividad, en la que participábamos, parecía ser una oportunidad para que la señorita Gatley le demostrara al capitán Neal, que yo era un espécimen inferior, y que haría bien en mirarla a ella.

Para ayudarla a conseguir un marido y demostrarle al capitán Neal, que su visita a la casa Hutton no fue del todo en vano, me permití soportar la peor parte de sus payasadas.

Sin embargo, la artimaña de hoy fue más difícil porque me obligó a fingir una falta de habilidad, donde normalmente sobresalía. En ese sentido, me estaba costando demasiado disparar lo suficientemente terrible, como para anotar peor que la señorita Gatley.

Estábamos todos reunidos en el jardín trasero. Mamá había colocado dianas de tiro con arco, y la mayoría de los invitados optaron por sentarse, y mirar con limonada y tartas, pero la señorita Gatley, el capitán Neal y yo nos quedamos con arcos y flechas, en medio de un partido.

Tenía la sensación que la señorita Gatley estaba fingiendo ser extraordinariamente ignorante por la forma en que necesitaba tanta ayuda del capitán. Como a él no parecía importarle, prometí dejar de enojarme, más que todo por él.

La señorita Gatley alineó su flecha y tiró de la cuerda. Se quedó inactiva en esa posición y miró al capitán Neal.

—¿Cómo es eso?

—Mueve los dedos un poco hacia arriba, aquí te lo mostraré. —Él ajustó su agarre sobre la flecha, moviendo su muñeca y deteniéndose en su mano. Quizás, después de todo, había un romance incipiente entre ellos.

Soltó la flecha y chocó contra el objetivo, antes de caer a la hierba de abajo.

—¡Eso es una mejora! Gracias, capitán. —Ella le sonrió.

—Estaré encantado de ayudarla en su tiro con arco, cuando lo desee —dijo galantemente.

Estaba muy orgullosa de mí misma por abstenerme de poner los ojos en blanco.

La señorita Gatley volvió su mirada hacia mí.

—Ahora es su turno.

Di un paso adelante para disparar. Necesitaba falla con tres lamentables flechas, si quería anotar menos que la señorita Gatley, lo cual deseaba muchísimo. Si perdía esta ronda, la señorita Gatley y el capitán Neal se enfrentarían, y yo sería libre de comerme una tarta, y sentarme lo suficientemente lejos para evitar escuchar sus coqueteos.

Disparé desviada la primera vez, fracasando por completo en llegar al blanco. Moví mi siguiente flecha, y di un lamentable tirón a la cuerda, por lo que esta tampoco logró alcanzar el objetivo esperado.

—¡Oh, cielos! —exclamó la señorita Gatley. ¿Estaba preocupada que mis terribles disparos requirieran ayuda del capitán Neal?

Tomé la última flecha y la apunté demasiado alto, disparando rápidamente, antes que el capitán pudiera llegar a la misma conclusión. La flecha se arqueó en el cielo y cayó hacia abajo, alojándose por la hierba. Bajé mi arco.

—¡Maldita sea! Supongo que no es mi día para disparar bien.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el capitán Neal con su mirada perspicaz fija en mí—. Usted disparó muy bien, cuando practicaba esta mañana.

Un sonrojo subió por mi cuello y pude sentir cómo calentaba mis mejillas. Incliné la cabeza para ocultar mi rostro enrojecido, y me concentré en desabrocharme el protector de cuero de mi muñeca.

—Buena suerte para ambos.

Después de quitarme el equipo de tiro con arco, y colocarlo sobre la mesa, tomé un vaso de limonada de mi madre y lo bebí. Los otros dos coquetearon más de lo que dispararon, y su ronda tomó una cantidad excesiva de tiempo.

—Hacen una hermosa pareja —dijo cortésmente Lady Moorington.

—Si ella aprueba la marina. —El señor Gatley esbozó una sonrisa sombría.

—¿No es así? —preguntó el conde.

—No apruebo que mi hija tenga un marido que no viva en Inglaterra. —El señor Gatley emitió un sonido gutural.

Lady Moorington miró al hombre en cuestión.

—Seguramente, el capitán Neal no vivirá en barcos para siempre. Por el momento, podrá llevarse a su esposa con él.

—Se puede obtener mucho dinero, en su línea de trabajo —ratificó Lord Moorington—. Barcos premiados y todo eso.

—Quizás, pero el capitán Neal no ha tenido suerte, en ese sentido, ¿cierto? —manifestó el señor Gatley con cierta amargura.

Miré a mi padre, pero parecía encontrar más interés en sus tartas, que en la conversación. Mi madre me miró y sacudió ligeramente la cabeza. Era mejor no abordar un tema tan vulgar como el dinero de la guerra y los barcos de presa, especialmente cuando estábamos discutiendo las perspectivas de la hija del señor Gatley.

Feliz de dejar el asunto, con entusiasmo volví mis pensamientos a mi libro. Había reescrito una parte de la historia, en los últimos días, y solo me quedaban unas pocas páginas. Pronto estaría listo para ofrecérselo a cualquier editor, que respondiera favorablemente a Henry.

—Este calor es demasiado para mí —dije con cautela.

—Debes tener demasiado calor por estar tanto tiempo al sol, querida —indicó Lady Moorington, girando su sombrilla sobre su cabeza.

—En efecto. Creo que descansaré adentro, antes de cenar.

Mi madre me sonrió, como si supiera que descansar no era lo más importante para mí. En mi casa, me había ganado la reputación de escabullirme para leer, pero cuando nadie lo pronunciaba en voz alta, esto era mucho mejor. Esperaba que no se dieran cuenta que prefiero a mis amigos ficticios, en vez de los compañeros de la fiesta.

—Entonces, nos veremos en unas horas.

Me levanté y bajé la cabeza hacia el resto del grupo, antes de entrar a la casa. Eché un vistazo a los arqueros por encima del hombro, y encontré al capitán Neal, mirándome salir, y a la señorita Gatley viéndolo a él. Entré por las puertas francesas y me dirigí a la biblioteca para conseguir más tinta, que mi padre guardaba allí. Después de recuperar una botella pequeña, me dirigí hacia mi dormitorio.

Me detuve abruptamente, cuando doblé la esquina, y encontré a un hombre, esperándome en el pasillo poco iluminado.

Mis ojos se posaron en su chaleco azul y la decepción se instaló en mi estómago. En ese

breve momento, antes de reconocer al capitán Neal, había esperado que Henry volviera por mí. Puse una sonrisa en mi rostro.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Apoyó sus manos casualmente detrás de su espalda.

—¿No se encuentra bien? La vi partir y me preocupé.

—Solo cansada. Esperaba descansar, antes de cenar.

Él miró el frasco de tinta en mis manos.

—¿Tiene intención de escribir una carta, primero?

—Tengo cierta correspondencia que atender, pero no estoy segura de estar preparada para ello, en este momento. —Deseaba tener la capacidad de bostezar a voluntad. Temía parecer demasiado despierta y alerta para vender mi excusa de agotamiento.

Me miró, durante otro rato, y tuve la sensación que algo no estaba del todo bien. ¿Qué estaba haciendo él aquí? Su habitación estaba en el ala opuesta.

Intenté que mi voz sonara ligera para ocultar mi cautela.

—¿Quién ganó la competencia?

—Probablemente, usted lo habría hecho, si se hubiera quedado.

—Tuve un tiro miserable en la última ronda.

Dio un paso más cerca.

—Eso fue intencional, ¿no?

Mis mejillas comenzaron a calentarse de nuevo.

—No sé a qué se refiere.

Me sonrió, inclinando la cabeza hacia un lado de una manera que resaltaba la curva de su nariz, que una vez estuvo rota. Él sabía que yo era plenamente consciente de mis mentiras.

—La señorita Gatley es bastante guapa y de buen carácter, pero ambos sabemos que estaba haciendo gala de un gran artificio. ¿Cómo vamos a saber quién habría ganado, si ambos hubiéramos hecho lo mejor que podríamos?

El tono de sus palabras me preocupó. Intenté mantener mi tono ligero para equilibrarlo.

—Creo que es una práctica común, entre las mujeres, exagerar sus habilidades para obtener la atención de un caballero apuesto. Se nos ofrecen muy pocas oportunidades. ¿Puede culpar a la señorita Gatley por aprovechar al máximo cualquier momento ofrecido?

En general, no era partidaria de la falsedad para capturar a un hombre, pero sentía un parentesco con la señorita Gatley (probablemente debido a la dilución de mis propias habilidades, hoy mismo), y no podía permitir que ella fuera tan difamada. Simplemente, ella estaba tratando de acercarse al capitán Neal. ¿Dónde estaba el daño en eso?

—¡Ah! Y eso es lo que me confundió, señorita Hutton. —Dio un paso más hacia mí, pero yo me mantuve firme—. ¿Es por eso que también fingió no tener habilidad en el tiro con arco? ¿Para darle la oportunidad a ella de acercarme a mí?

“¿Dónde están los sirvientes y por qué la casa se encuentra tan silenciosa?” Solté una risa aguda. “¿Cómo pudo el capitán haber interpretado mis acciones de esa manera? No es un llamado de atención, sino todo lo contrario”.

—No, por supuesto que no. Estaba haciendo todo lo posible para que la señorita Gatley y usted pasaran tiempo, juntos. Pensé que les estaba haciendo un favor a ambos.

La irritación brilló en sus ojos.

—La persona por la que vine a Hutton House no es la señorita Gatley.

Esperaba que pudiéramos evitar esta conversación. Dada la apatía general del capitán Neal hacia mí, desde que Henry anunció nuestro compromiso, creí que eso era posible.

Evidentemente, él quería aclarar las cosas entre nosotros. Respiré profundamente.

—Pido disculpas. Si tuviera alguna indicación que... Sin embargo, las cosas salieron como salieron, yo habría...

“¿Qué? ¿Le digo que ya no lo necesitan en Hutton House? Pero, no hay una forma adecuada de terminar esta frase”.

El capitán Neal me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Es casarse con el señor Bradwell lo que usted desea? Los compromisos se pueden romper.

Un escalofrío me recorrió.

—Efectivamente, cuando ambas partes lo desean.

—Incluso cuando solo una de las partes lo desea, a veces, esto es lo mejor. Generalmente la reputación de la mujer no resulta gravemente dañada, cuando se casa pronto con otro.

“¡Cielos! ¿Está insinuando lo que yo pienso que es...?”

El capitán Neal se acercó un paso más. Todavía tenía las manos detrás de la espalda.

—Si lo desea, no necesitará seguir comprometida...

—Me temo que se ha equivocado al decirlo, capitán. Me complace estar comprometida con el señor Bradwell. Solo lo lamento, si esto le ha causado algún dolor, porque esa no era mi intención. No sabía que el señor Bradwell me devolvería mi afecto.

Un músculo saltó en su mandíbula.

—¿Entonces admite que se preocupaba por él, antes de salir de Londres?

—Eso no es lo que quise decir. —Busqué algo que exponer para aliviar la peor parte de mis sentimientos. Él estaba enojado, y tenía todo el derecho a considerarme como desagradable, pero hablarme de una manera tan agresiva era alarmante. Intenté redirigir la conversación—. La señorita Gatley es encantadora...

—Ella no es más que una cazadora de fortunas.

Eso me dio un comienzo para plantear otros argumentos.

—¡Eso es imposible! El señor Bradwell no posee una fortuna y era su novio pretendido.

—Tal vez no la conozca a ella tan bien, como usted cree. El señor Gatley ha cavado un hoyo, y confía en su hija para liberarlo. —Sacudió ligeramente la cabeza—. Perdóneme, señorita Hutton. Eso no es lo que deseaba discutir con usted. Solo quería informarle que no está obligada a cumplir ningún compromiso con el señor Bradwell.

—Pero, sí lo estoy... Y me siento halagada, capitán.

—Los halagos significan poco para mí —replicó en voz baja con un tono agudo, en su voz, que me dejó sintiendo frío—. Usted me dio motivos para creer que terminaríamos esta fiesta, en casa, comprometidos. Usted aumentó aún más mis expectativas con la nota, que dejó en mi habitación. —Su voz se redujo a un susurro aterrador—. Espero que considere las implicaciones de la situación, antes de tomar su decisión final.

—Esa carta no ha sido mi...

—No puede cambiar la narrativa ahora, señorita Hutton. ¡Me ha tratado muy mal y esperaba más de usted!

Se alejó sin darme la oportunidad de responder, su salida me dejó con preocupación y alivio, a partes iguales. Me sentí como si hubiera entrado en mi habitación, abierto todos los cajones, baúles y armarios y luego vuelto a salir. Nada estaba completo, cerrado o bien atado. Él me hirió con una frase enojada y colgante, que no terminó de pronunciar...

Le había dado motivos para creer que podríamos comprometernos, eso era cierto. ¿Pero considerar eso como algo seguro? Él parecía dar a entender, que habíamos hecho una

declaración, lo cual no era verdadero. ¿Se me exigió que honrara sus suposiciones erróneas? ¿Le había dado permiso para creer que estaba más decidido a su traje de lo que creía? La nota fue extremadamente condenatoria, pero lo único que había escrito era que estaba ansiosa por conocernos más.

Mis ojos se cerraron con fuerza. No estaba exenta de errores, en esta situación. Aunque la nota no estaba dirigida al capitán Neal, él tampoco me permitió corregir su suposición, que era así. ¡Debí haberlo corregido de inmediato!

Fui a mi habitación y preparé mi tintero, sacando las páginas para poder completar mis modificaciones finales. Pero no pude concentrarme en la novela. El intento desesperado del capitán Neal de romper mi compromiso había arruinado mi frágil equilibrio emocional.

El señor Darcy bajó de mi cama, y caminó hacia mí. Su pelaje de rayas grises se erizó, mientras se estiraba, y luego se volvió a tumbar.

—Buenos días, señor. No sabía que estabas allí.

Pasó junto a mis piernas y rozó su cola por una de mis espinillas.

El sonido de todos regresando a la casa recorrió las escaleras y los pasillos, llegando hasta mi habitación. Quizás si no pudiera concentrarme, buscaría un rincón tranquilo de la biblioteca para leer.

Guardé el manuscrito, lo escondí en el cajón, y miré por la ventana, sorprendida de encontrar a mucha gente todavía reunida en el césped: todos excepto el capitán Neal. Sí, ellos estaban afuera, pero, ¿quién hacía todo el ruido en la entrada? Levanté al señor Darcy, acunándolo contra mi pecho, y salí de mi habitación para casi chocar con la señora Shaw, mientras pasaba. Me sorprendí al encontrarla liderando a un pequeño grupo de personas, y tiré demasiado fuerte de la manija de mi puerta, cerrándola de golpe por la sorpresa. Por lo que tuve que abrirla nuevamente.

—¡Señorita Hutton! —exclamó la señora Shaw, agarrándose el pecho.

El señor Darcy saltó de mis brazos, y salió corriendo para buscar refugio, en otro lugar.

—Estoy empezando a pensar que no me quiere —expresó Henry.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Su voz trajo una agradable infusión de calidez, y no pude evitar sonreír al verlo desaliñado por su viaje, y aún más guapo por ello.

—Bienvenido de nuevo, señor Bradwell. —Observé al resto del grupo: James y Felicity, y una mujer que debe ser la señora Bradwell con el rostro de un alarmante tono blanco—. Bienvenidos a todos. ¿Hay algo que pueda hacer por ustedes?

—Les estaba mostrando sus habitaciones, señorita —respondió la señora Shaw—. Quieren descansar, antes de cenar.

—Por supuesto. —Hice una reverencia, mientras el ama de llaves se los llevaba, aunque Henry permaneció fielmente a mi lado.

Tomó mi mano, apretando mis dedos suavemente.

—Buenos días, señorita Hutton.

—Lo es ahora —dije.

Henry sonrió, levantó mis nudillos para darles un beso, y luego se fue para seguir a su familia y verlos instalarse. Mi corazón se relajó. Dejando a un lado la insatisfacción del capitán Neal, obviamente, no me arrepiento de mi elección.

Capítulo 25

Marianne

No volví a ver a Henry hasta que nos reunimos todos para cenar. Su madre no se encontraba bien y optó por llevarse una bandeja a su habitación, pero el resto del grupo cenó con nosotros. Después de la explicación de Henry sobre la enfermedad del carruaje de la señora Bradwell, imaginé que ella necesitaba tiempo para recuperarse.

Después de cenar, mi madre hizo llevar mesas al salón para jugar al whist y prepararon dos partidas. Me senté con Julia, que se sintió lo suficientemente bien, como para unirse a nosotros, en el salón, una vez que terminamos de comer, y Felicity estaba en el sofá cerca del fuego, eligiendo renunciar al whist para poder compartir con nosotras.

—Estamos encantadas que nos acompañes —le dije a Felicity. Nuestra amistad había nacido en los salones de baile, unas temporadas antes, y gracias al conocimiento mutuo de nuestras madres, pero nunca habíamos sido lo suficientemente cercanas, como para escribirnos. Ahora esperaba que pudiéramos llegar a ser como hermanas, porque ella pronto se convertiría en mi cuñada.

—Normalmente, no me gustan las funciones sociales, pero esta era una invitación que no podía rechazar. Me alegra el corazón, al ver que Henry ha hecho una unión.

Esto también alegró mi corazón, aunque eso era evidente.

—¿Qué te parece el matrimonio?

Felicity miró hacia donde su marido estaba jugando al whist, haciendo equipo con Henry.

—Me siento muy bien. Recomendando encarecidamente el matrimonio, cuando el marido es tan amable.

Julia se removió en el cojín, a mi lado.

—De acuerdo, como le he dicho muchas veces a mi hermana. Aunque ayuda si estás enamorada.

—Entonces, creo que lo disfrutaré bastante —dije, mirando furtivamente a Henry, quien es tan guapo, incluso con su sonrisa contenida. Su mirada se elevó, encontrándose con la mía, y de repente, quedé paralizada, permaneciendo en mi lugar.

—Sí, creo que definitivamente estás enamorada —expresó Julia, sonriendo.

Mi atención se desvió de Henry y traté de no sonrojarme.

El capitán Neal entró en el salón. Hasta ese momento no me había dado cuenta que no estaba con nosotros, a pesar que los caballeros tomaron su oporto. ¿Había estado empacando su baúl? Todos podríamos estar más cómodos, si él decidiera regresar temprano a Londres, o tal vez solo era yo, quien se sentía así. Después de nuestra inquietante conversación anterior, en el pasillo, me sentí incómoda con él. No había estado contento, desde el momento en que se anunció mi compromiso, pero su humor parecía ahora más errático y oscuro, mientras que su frustración estaba dirigida a mí.

Fue simplemente mi mala suerte, cuando él vino a sentarse directamente frente a mí, en el otro sofá.

—Buenas noches, señoras.

—¿Está interesado en jugar al whist, capitán? —pregunté—. Uno de los juegos terminará pronto.

—Esta noche no. —Miró las mesas de los jugadores y luego a mí—. He decidido

mantenerme alejado de cierta persona, para no darle a nadie una falsa expectativa sobre mis intenciones.

Fue un comentario directo. Enderecé mis hombros. No podía hacerme sentir peor por mi comportamiento.

“Acaso, ¿no me disculpé con él?”

—De hecho, creo que es mejor, si me termino de ir. —Él sostuvo mi mirada—. No traten de disuadirme porque ya he tomado una decisión. Mi hombre ya está preparando mis cosas para la partida.

—Lamento que nos deje —dijo Julia—. ¿Va a regresar a su barco?

—No directamente. Tengo otros asuntos que necesitan mi atención primero. —Me miró y se apartó de nuevo.

Julia me lanzó una sonrisa inquisitiva. Me alegré de no ser la única que encontraba extraño su comportamiento. Algunos hombres se lamen las heridas, durante tanto tiempo, después de ser rechazados, que esto solo sirve para empeorarlas. El capitán Neal parecía ser uno de esos hombres.

Las partidas de whist llegaron a su fin y los compañeros empezaron a moverse. Felicity fue a ocupar el lugar de Henry para poder asociarse con su marido, y Henry me ofreció su mano.

—¿Te gustaría jugar una partida de ajedrez conmigo?

No quería hacer alarde de mi compromiso, así que reprimí mi sonrisa. No lo había visto en casi una semana, y deseaba desesperadamente tener alguna conversación con él. Los ojos del capitán Neal estaban pegados al fuego, ignorándonos resueltamente.

—Me encantaría, señor Bradwell. Gracias. —Le permití que me ayudara a levantarme, y luego él besó mi mano.

Nos trasladamos a la mesa de ajedrez, que afortunadamente estaba en el extremo opuesto de la sala al whist, y tomamos asiento, sacando las piezas de nuestros cajones para preparar el juego.

—¿Fue cómodo el viaje? —pregunté.

—Para todos menos para mi madre, sí.

—Lo admito, fue una gran sorpresa verla.

—Fue una sorpresa aún mayor, cuando expresó su deseo de acompañarme, en mi viaje de regreso. No puedo decir que esté molesto, incluso si no conozco sus principales motivos. Hace algunos años que ella no sale de Chelton. Creo que estar con algunas de sus viejas amigas le hará bien.

Henry me había dado el grupo de personajes blancos del tablero, así que moví mi peón para iniciar la partida.

—¿Y la recepción de la noticia? ¿Cómo se lo tomaron?

—Están emocionados, tal como se esperaba. A mi madre le resultaba más difícil de leer, pero si yo soy feliz, ella será feliz. —Bajó la barbilla y me miró—. Yo estoy feliz.

—No me hagas sonreír. —Una sonrisa se dibujó en mis labios, la cual no pude apagar, a pesar de mis esfuerzos.

—¿Por qué no? —preguntó, riéndose.

Moderé mi alegría, o al menos intenté hacerla menos visible.

—No deseo hacer alarde de nuestra felicidad frente al capitán Neal. Está muy descontento con la forma en que terminó para él esta fiesta, en casa.

Henry miró hacia el sofá con el ceño fruncido.

—¿Te ha hablado de eso?

Por un momento, sentí la tentación de compartir el hilo de miedo que el capitán Neal había cosido en mis entrañas. Sin embargo, él se marcharía pronto, como lo había mencionado, y su descontento no era motivo de una verdadera alarma.

—Se necesitaba una conversación que se mantuvo.

Toda ligereza abandonó su expresión.

—¿Nada demasiado inapropiado?

—Creo que su orgullo ha sido herido. Él siente que venir aquí fue una pérdida de tiempo, y que le subí las expectativas innecesariamente.

Henry se recostó y cruzó los brazos sobre el pecho. No era una postura, que le hubiera visto a menudo. Su expresión era pensativa y la posición amplificaba los músculos de sus brazos. Rara vez lo había visto así.

—Cesa tu disgusto —le dije—. En todo caso, tiene motivos justificados para sentirse de esa manera, después de haber sido engañado.

—Nadie ha sido engañado.

—¿No fue eso lo que nos propusimos hacer desde el principio?

—Supongo que es una evaluación justa, pero la lesión que se le causó a Neal no fue intencional y, en mi opinión, fue muy leve. —Él se inclinó hacia delante y movió un peón—. Ahora, hablando de lo que nos propusimos hacer desde el principio, te complacerá saber que un editor me respondió. La carta estaba esperando en mi habitación, cuando regresé. —Él esbozó una leve sonrisa.

Mi corazón se aceleró. Su sonrisa indicaba que había oído cosas buenas.

—¿Qué dijeron?

—Creo que deberías esperar y ver si Johansson responde, antes de escribirle a este editor, pero si no lo hace, entonces, esta será una buena opción. Están muy interesados en ver lo que tienes.

—Lo has hecho. —Sonreí.

—No del todo, pero estamos un paso más cerca. —Se aclaró la garganta y bajó la mirada hacia las piezas de ajedrez—. Me resultará más fácil vender el manuscrito, si puedo leerlo.

El miedo se enroscó en mi vientre, mientras que su atención permanecía en el tablero.

—No es necesario que me lo permitas, por supuesto, pero lo deseo mucho. Prometo que de ninguna manera, esto alterará nuestro acuerdo. Cuando lo encuentre tan maravilloso, así me deje sin mi negocio, seguiré vendiéndolo.

Solté una risita suave, pero aún así me sentí cautelosa. Una cosa era entregárselo a un editor desconocido, pero, ¿que lo leyera alguien a quien yo conocía personalmente? ¿Alguien a quién me importaba? Su rechazo sería una herida más profunda de lo que estaba preparada para soportar. Moví una pieza en el tablero, simplemente para tener algo que hacer. ¿Había sido una pieza blanca o negra? Me distraje sin darme cuenta.

—No es necesario que decidas ahora.

—Es aterrador, Henry. ¿Qué pasa si no te gusta? ¿Y si crees que soy una chica tonta por escribir una historia de amor? Y si...

—Entonces, yo también soy un muchacho tonto, porque he estado escribiendo mi propia historia de amor.

Me burlé.

—Si te refieres al cuento de piratas, en el que te he estado ayudando, no creo que puedas llamarlo sinceramente una historia de amor.

—No... Sé muy bien que no lo es. Me temo que toda la novela necesita encontrar su camino

hacia el fuego. —Se aclaró la garganta y movió un peón—. Me refiero a una nueva historia que he comenzado.

—No lo has hecho —lo dije sin poder creerle.

—De hecho, sí lo he hecho.

—¿Puedo leerla?

—¿Puedo leer la tuya? —Él levantó la mirada.

Hubo un estancamiento y al cabo de un rato, Henry se me acercó.

—Si no puedes confiar en mí para esto, ¿cómo puedes confiar en mí para cualquier cosa?

Él tenía razón en su planteamiento, pero aún así esto era desalentador para mí.

—Es aterrador volverme tan vulnerable.

—Lo entiendo. ¡Yo he pensado lo mismo! De hecho, repetidamente me hago vulnerable, mientras tú desmenuzas cada página que te doy.

—¡Esto es injusto! No tuve tales críticas para tu primera versión de la novela que leí. Una parte de mí se pregunta, si las críticas son fáciles de encontrar, porque creo que la misma estaba perfecta, en su estado original. —Me reí en voz baja, pero no había humor en el sonido.

—A veces me pregunto, si dices esas cosas con el expreso propósito de envanecerme. —Él me obsequió una sonrisa juvenil.

—Créeme, ese nunca fue el caso. Al principio, quería profundamente despreciar tus escritos. Más bien, me decepcionó mucho descubrir lo talentoso que eres.

Henry dejó escapar una fuerte carcajada, llamando la atención de los demás, en el salón. Miré y encontré al capitán Neal mirándonos con irritación en su rostro. No fue amable mostrar mi relación de una manera tan directa. Habría mucho tiempo para reírnos, después que él se fuera, mañana. Me recosté en mi silla y moderé mi tono.

—Me alegro que hayas regresado, Henry.

Él levantó la vista del caballo atrapado entre sus dedos.

—Igualmente.

Capítulo 26

Henry

Marianne perdió la partida de ajedrez. No fue difícil saber por qué, cuando no prestó atención a lo que movía ni a dónde debía dirigir sus piezas. Una vez, ella movió mi torre, tuve que devolverla, y decirle que volviera a hacer su jugada.

—Creo que me iré a dormir —dijo.

—¿Dormir? —la cuestioné.

Ella esbozó una sonrisa culpable, que no parecía en absoluto seria.

—Casi he terminado con mis modificaciones. ¿Me traerás más páginas, ahora que has regresado?

¿Debía hacerlo? Ya no sabía si valía la pena el esfuerzo. Estuve de acuerdo con Marianne: mi historia de piratas era mucho mejor, antes que intentara cambiarla.

—Estoy medio tentado a dejar de reescribir esa *horrible* historia por completo.

—No es *horrible* —confirmó ella, en voz alta—. Tampoco creo que estés haciendo lo que tú quieres.

Estuve de acuerdo con ella. Había sido una lucha escribirla y fue demasiado complicado agregar la historia romántica. Debería haber escuchado a mi corazón, en lugar de mi cerebro, y enfrentarme a Marbury.

—Buenas noches, señorita Hutton. Espero que confíes en mí pronto.

Ella me lanzó una mirada divertida, principalmente de culpa y nerviosismo, luego hizo una reverencia y se fue a la cama, con su madre detrás de ella.

Lord y Lady Moorington ya se habían ido a dormir. El señor Hutton y el señor Gatley se quedaron, en su mesa, con vasos de líquido ámbar, al otro lado del salón. Me había movido para sentarme junto a mi hermano, en el sofá, cuando entró un sirviente y le entregó una nota al capitán Neal. Desdobló el papel y lo leyó rápidamente, antes de guardarlo en su bolsillo. Era extraño que la misma no estuviera sellada, por lo que debió provenir de alguien de la casa.

¿Quién le escribiría una nota? Miré por encima del hombro y encontré a la señorita Gatley, en el sofá, junto a Felicity, charlando sobre Londres.

Aunque tal vez Marianne no había enviado ese papel, era propio de ella disculparse, y nunca había sido reacia a enviarme notas.

Un hilo de celos negros, como la tinta, se abrió paso a través de mi estómago, y me moví para expulsarlo. ¡Qué absurdo! Acabábamos de hablar sobre nuestra relación, y yo confiaba plenamente en ella.

El capitán Neal se puso de pie.

—Me despediré de todos ustedes ahora, porque me iré, antes que se despierten.

La señorita Gatley levantó la vista rápidamente.

—¿Nos va a dejar?

—Desafortunadamente, sí. —Sin apenas sonreír en su dirección, salió del salón.

El sitio se volvió pesado y el resto de los ocupantes se fueron poco después, hasta que solo quedamos James y yo.

—¿Quieres que me vaya también para que puedas ir a buscar un libro? —preguntó James.

—Disfruto más de tu compañía que de la lectura, ¿sabes? —Me froté la frente con una mano.

—¿A veces?

—A veces.

Sonreí.

Él sirvió dos copas de brandy del carrito, y me entregó una.

—No me dijiste que los Gatley estaban aquí. Tuve que descubrir eso durante la cena.

—No me di cuenta que valía la pena destacarlo.

—El hombre intentó presionar a su hija hacia Benedict hace apenas unos meses, pero puse fin a sus esfuerzos, antes que pudiera convertirse en un problema. —Hizo girar su vaso y tomó un sorbo.

—Pensé que tenías una relación amistosa con él.

James miró hacia arriba.

—¿Amistosa? Eso no está del todo bien. Él hizo demasiadas preguntas sobre Chelton y acerca de quién heredó Sedwick Lodge. ¡No revelé nada! Todo era demasiado imponente, pero pensé que nos habíamos librado de él.

—¿Él es un problema? Me sugirieron que es un cazador de fortunas.

—Esa es una evaluación segura. Sabe demasiado sobre nuestra familia y cuando le reclamé a mi ayuda de cámara, él me dijo que el criado de Gatley había estado haciendo muchas preguntas.

Entonces, Gatley utilizaba a sus sirvientes para recopilar información. No podría haber hecho eso conmigo, ¿cierto? Felton ni siquiera estaba aquí. Aunque había visto de primera mano cómo la gente hablaba con demasiada libertad, olvidando quién podría estar escuchando, mientras se ocupaban de sus tareas.

—¿Crees que el capitán Neal ha sido advertido?

—Si se va por la mañana, poco importa.

Ambos vaciamos nuestros vasos, y James puso el suyo en la pequeña mesa al final del sofá.

—¿Algún progreso con su señorita Hutton?

—¿En cuanto a obtener su confianza? Aún no.

James bajó la voz.

—Tu conversación parecía seria.

—Tenía la esperanza que estuviéramos logrando avances, pero ya veremos. Por mucho que me resista a admitirlo, creo que el consejo de tener paciencia es el más aplicable. Pero, esto es tremendamente difícil...

—Mi consejo siempre es aplicable. Hablando de tu próximo matrimonio, ¿has hecho algún plan sobre cómo piensas mantener a tu esposa? ¿Vas a vivir en Sedwick? —James sonrió.

—Creo que sí. La casa está un poco apartada, pero nos vendrá muy bien a los dos.

—No hay mucha tierra buena, a menos que se tale una parte de los árboles. —Se reclinó, perdido en sus pensamientos—. No sé cómo se puede utilizar la propiedad para obtener ganancias de otra manera. ¿Tienes algún interés en las ovejas?

Esta habría sido una conversación con mi padre, si hubiera estado aquí. Era natural que James lo mencionara, pero no sabía cómo decirle, que no debía preocuparse por mis finanzas.

—Tengo un poco de dinero ahorrado, así que ese dilema no me preocupa del todo.

—¿Dinero? ¿De dónde? —Su rostro se aclaró—. ¡Oh! ¿Cuándo lo conseguiste? No consideré eso. ¿Estás pensando volver al ejército?

La culpa se apoderó de mi pecho. Él nunca me había preguntado esto abiertamente antes y, por lo general, cuando la conversación se desviaba hacia mis planes para el futuro, podía dirigirla hacia otros asuntos. Pero el otro día, cuando simplemente le conté a Marianne, cómo me sentía,

en lugar de posponer esto, y esconderme detrás de mis nervios, me di cuenta que se me quitaba un peso de encima. Quizás hablar con franqueza ahora aliviaría una carga similar.

—No, no tengo planes de regresar. Yo... Honestamente, no me importó. Sé que mi madre siempre ha querido que considere volver, pero no creo que pueda hacerlo.

—¿Nuestra madre? ¿Estás bromeando? —negó James con la cabeza—. A ella le encantaría saber que has abandonado el ejército para siempre.

—¿Qué quieres decir? —El shock recorrió mi estómago.

—Es una ocupación peligrosa. Mamá estará feliz, si todos permanecemos en Chelton por el resto de nuestros días, con nuestras esposas y todo lo demás. Ella no te quiere en el continente.

Una sonrisa apareció en mis labios porque pude ver la verdad en sus palabras.

—Pero el *apellido*...

—Sí, sí, el *apellido* es lo más importante... Esto ha causado demasiado dolor en mi vida. He pensado mucho en esto, durante el último año, y he llegado a la conclusión, que podemos respetar el legado que nos queda, y al mismo tiempo crear uno nuevo para nuestros hijos. —Se frotó la barbilla—. Sabes, siempre quise unirme al ejército, pero nuestro padre no me lo permitió. Dijo que un hijo era suficiente y, aún así, le costó aprobar que tú fueras directamente desde Eton.

Mi cuerpo se congeló. La sangre dejó de bombear, mi corazón dejó de latir. No podía creer lo que estaba escuchando.

—No podemos recordar al mismo hombre.

—Sí podemos. Él estaba orgulloso del ejército y de sus logros, pero creo que fue un alivio, que solo un hijo siguiera sus pasos.

No sabía cómo tomarme esta opinión sesgada de mi padre. Ciertamente, no era lo que pensaba.

—No estabas allí, James.

La sobriedad cayó sobre su expresión, filtrándose al resto del salón.

—No, no estaba, aunque quería estar allí. Nunca entenderé por lo que pasaste.

“¿Él había querido unirse al ejército?”

—Pensé que te había salvado de ese destino.

—Me estabas haciendo un favor, pero no lo pensé así, en ese momento. Me obligaron a permanecer en la universidad, mientras tú tenías que ir a luchar contra las ranas.

—No hay gloria en la guerra. —Me tragué el nudo en la garganta—. Mi padre se alegró de tenerme allí. Me presentó a docenas de hombres, como su hijo militar y su legado.

—¿Y te cansaste?

—Cuando él ya no estaba, no tenía motivos para quedarme. No estaba vivo para sentirse decepcionado por mi elección.

El silencio en el salón era pesado y denso.

—Has cargado con esa decepción desde entonces, ¿no es así?

—¿Es tan obvio? —Levanté la vista bruscamente.

—No. Para ser honesto, pensé que nunca quisiste hablar de eso, debido a las cosas horribles que habías presenciado. Ahora veo que no pudiste soportarlo por otras razones.

—Tienes razón en ambos aspectos. Desde que regresé a casa, he encontrado refugio en historias y mundos imaginarios. No me atormentan horribles pesadillas, como a algunos de mis amigos, pero los males de la guerra no dejan a nadie sin cicatrices.

Él parecía iluminado.

—¿Por eso lees con tanta frecuencia?

—Sí. —Tragué—. Leo y... escribo.

Estaba en silencio, mi pulso latía con fuerza en mis oídos. Me ponía nervioso admitir la verdad, pero necesitaba ser honesto con James. Si no podía decirle la verdad a mi familia, ¿cómo podía esperar que Marianne fuera tan vulnerable conmigo?

Él entrecerró los ojos.

—¿Escribiendo? ¿Como Byron?

—No soy un poeta. Escribo novelas.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Con una pluma. A menudo en la biblioteca.

Se reclinó y me evaluó.

—¿Todo ese tiempo que pasas leyendo, no es realmente lectura?

—Gran parte lo es, pero eso no todo.

—Entonces, ¿son buenas? —Me dio una mirada evaluadora.

—Felicity parece pensar que sí.

—¿Se lo has dicho a mi esposa, pero no me lo has dicho a mí? —James parecía herido.

—No. —Hice una mueca—. Ella trató de recomendarme uno de mis libros, cuando llegué a Chelton.

Su expresión herida se transformó en sorpresa.

—¿Estás publicando libros y no pensabas en decírnoslo?

—No sabía cómo sería recibido, y luego, a los libros les fue muy bien. El tiempo pasó, y nunca pareció haber un buen momento para ello.

—Podrías haber confiado en nosotros. —Las cejas oscuras de James se juntaron.

—No se trata de confianza. Se trata de la ansiedad que acompaña, incluso la sola idea de tener esta conversación. Sabía que tendría que admitir que nunca regresaría al ejército, cuando explicara la ocupación que había elegido. ¡Tenía miedo de hacer eso!

—Hay otras formas de honrar nuestro apellido, Henry. No tienes que hacerlo de la misma manera que lo hizo nuestro padre. Creo que la forma en que lo estás haciendo ahora es maravillosa.

Me estremecí.

—Sí, bueno, no he usado mi nombre real en mis libros publicados, por lo que tampoco estoy dejando realmente un legado Bradwell, a través de las novelas.

—¿Con qué nombre publicas?

—Dalton Henry.

—En cierto sentido, todavía honraste tu nombre. —James se rió.

Me sentí más ligero, como si me hubiera arrojado otra piedra del hombro, tal como había pensado. Él había aceptado mis noticias con mucha facilidad, y fue un alivio (por sorprendente que fuera) descubrir que mi padre se había preocupado por mi seguridad. Él habría estado orgulloso de mí, lo sé, pero me preguntaba, si él también hubiera estado orgulloso de mis logros actuales. Como dijo James, todavía estaba honrando mi nombre, pero de otra forma. No lo consideraba así antes, pero ahora lo veía de esa manera.

Estuve tentado de contarle de los escritos de Marianne y cómo nos conectaban, pero ese era su secreto para compartir. Quizás debía tener otra conversación con ella. Tal vez, más tarde en la cocina, o esta noche en la biblioteca... Ya estábamos comprometidos y, desde que el señor Darcy se interpuso en nuestro beso, no había querido hacer más nada.

Quizás le escribiría una nota clandestina.

Capítulo 27

Marianne

Marqué mi última “T”, guardé la pluma, recostándome en mi asiento y mirando la última página de mi novela. Realmente, estaba terminada y me sentí confiada en la historia. Por supuesto, la misma no era *Orgullo y prejuicio* ni *Evelina*, aunque aquellos que busquen una historia similar, quedarán fascinados.

Esperé a que se secara la tinta y luego apilé las páginas. Tenía muchas ganas que Henry la leyera, y le gustara, sin embargo, temía que ocurriera lo contrario. Sabía que él cumpliría su parte del trato de todos modos, pero, ¿realmente, él podría defender una obra, si no creyera en ella?

¿Cómo podría saberlo, si no lo intentaba? No podía tener fe ni confiar en él, a menos que primero le ofreciera mi fe y confianza. No había una forma segura de determinar de antemano, si valdría la pena correr el riesgo. Después de todo, ese era el punto de confianza, ¿no es así?

Un rectángulo blanco sobre el suelo de madera me llamó la atención, y crucé la habitación para recogerlo. Alguien había deslizado una nota por debajo de la puerta.

No estaba sellada, así que la desdoblé y leí cuatro hermosas palabras garabateadas apresuradamente.

“Encuétrame en el sauce”.

Mi mirada buscó inmediatamente el manuscrito, que estaba sobre mi escritorio. No estaba vestida para salir, pero eso se solucionó fácilmente. La fortuna me había sonreído, y me presentó la oportunidad de darle a Henry mi documento para demostrarle que confiaba en él. Tiré la nota al fuego, evitando que la encontraran, y me vestí rápidamente, aunque un poco al azar. Dejé que mi trenza colgara suelta sobre mi hombro y me puse la capa, abrochándola al cuello. Apenas presté atención, a lo que llevaba puesto, pero afuera estaba oscuro, por lo que Henry no lo notaría.

La casa estaba en silencio, cuando recogí mi novela, y salí de mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí. Bajé de puntillas las escaleras, y salí por la puerta principal. Estaba desbloqueada, así que Henry ya debía estar esperándome. Con el manuscrito, debajo de mi brazo, bajé silenciosamente los escalones hasta la grava. El sonido de los caballos relinchando me llamó la atención, y encontré un carruaje esperando en las sombras, a mi derecha, con los caballos inquietos e impacientes.

—¡Cielos! ¿Qué sucede?

Unas manos me rodearon por detrás, una envolvió mi cintura y la otra me tapó la boca con un paño enrollado, amortiguando mis gritos. El manuscrito se cayó de mis brazos y las páginas cuidadosamente escritas se esparcieron sobre la grava.

Grité, tratando de alejarme, pero el sonido fue demasiado apagado y muy bajo para ser escuchado desde la casa. Mis pies se elevaron en el aire, mientras me llevaban, pataleando y retorciéndome, hasta el carruaje. La comprensión que algo muy malo estaba a punto de ocurrir se hundió, como una daga en mi estómago.

Un sirviente desconocido abrió la puerta del carruaje y me arrojaron adentro, mi captor me siguió para mantener su paño sobre mi boca, pero un breve respiro me permitió tragar aire, y gritar lo más fuerte que pude.

—¡Tranquila! —Ordenó el capitán Neal, tapándome la boca con el paño enrollado otra vez —. No le haré daño, pero debe estar callada.

La tela tenía un olor agrio, que me provocó náuseas. Di una patada, intentando asestarle un golpe con el codo y liberarme de su fuerte agarre. El carruaje empezó a avanzar y el pánico creció en mi estómago. Mis esfuerzos por liberarme estaban limitados por un brazo de acero.

—No deseo pelear —dijo el capitán Neal, un poco sin aliento.

—¡Entonces, suélteme!

—No puedo quitarle el pañuelo hasta que sepa que no llamará la atención sobre nosotros. ¿Hablará cortésmente?

“¿Tengo alguna otra opción?”

Mi mente trabajó lo más rápido que pudo para encontrar una salida a esta situación destrozada. Por tonta que fui, había quemado la nota del capitán Neal. Nadie vendría por mí pronto, así que dependía de mi parte encontrar una manera de liberarme. Me relajé lo mejor que pude hasta que él tomó mis acciones como aquiescencia y disminuyó su agarre, quitándome el pañuelo.

Tragué una bocanada de aire fresco, y me deslicé en el banco lo más lejos que pude del capitán.

—¡Auxilio!

—Ahora, no la escucharán. —Él miró por la ventana.

Parecía que tenía razón. Estábamos demasiado lejos de la casa.

—¿Cuál es el significado de esta locura?

—¿Locura?

—No sé otra palabra para secuestrar a una mujer en la noche y llevarla... —La comprensión de mi probable destino se apoderó de mí, y contuve el aliento—. ¿A dónde vamos?

—No debe preocuparse por esos detalles, todavía...

—¿A dónde?

—Gretna Green. —Se aclaró la garganta.

El shock me recorrió.

“¡Qué descarado el de este maldito hombre!”

—No me casaré con usted. —Me burlé de él.

—¿Y cree que tiene otra opción?

—Sí, ciertamente la tengo.

Él se reclinó, contento que estuviéramos lo suficientemente lejos de Hutton House para evitar que me descubrieran, si yo gritaba.

—Si no deseaba casarse conmigo, no debería haberme hecho creer que ese sería el resultado de esta fiesta, en su casa.

—Le aseguro que la profundidad de lo que cree que prometí se logró de manera más inconsciente. No he hecho nada para animarlo, más que a cualquier otro caballero.

—No se puede jugar con las expectativas de un hombre, y no esperar repercusiones —expresó, en voz baja y uniforme—. Su aceptación inicial de mi noviazgo es una prueba que usted encontrará satisfacción, en una relación conmigo. No soy un hombre ridículo, Marianne. Me tomo el tiempo para tomar decisiones. La comparé con las otras mujeres de la ciudad, y encontré que la mayoría de ellas tenían deficiencias. ¡Usted es aceptable!

“¡Ay! ¡Qué cumplido!”

Eso explicó por qué le tomó tanto tiempo mostrar su interés en mí. Había estado reduciendo sus opciones.

—¿Por qué usted quiere casarse ahora mismo?

Se volvió a enderezar en el asiento.

—Nunca le he ocultado mi deseo de tener una familia. Ya no soy joven y no deseo ser un anciano, criando hijos. Usted está muy atenta a su sobrino, joven y robusto... Será una excelente madre.

No disfrutaba que me describieran por mis atributos casaderos. Él me hizo sentir como si yo fuera ganado.

—¿Qué tal una esposa? ¿De verdad cree que yo seré una buena esposa para un hombre que me obliga a hacerlo?

—Como dije, una vez estuvo dispuesta a casarse conmigo, o no habría aceptado mi noviazgo. Esto proporciona cierta incomodidad, lo admito. Pero lo superaremos con el tiempo.

“Este hombre está realmente perturbado”.

—¿Superar este secuestro?

—Si esto es tan aborrecible, entonces no debería haberme animado. Necesito una... —Se aclaró la garganta y siguió hablando—, esposa... Necesito niños. No me queda otra familia. La línea Neal ha desaparecido por completo. He visto muchas tormentas en los últimos meses, como les he compartido, y mi reciente roce con la muerte me recordó mi mortalidad. Si no tengo hijos ahora, no quedará nada de mí, en la Tierra, si la próxima tormenta me lleva.

Miré en su dirección. Las tormentas de las que hablaba constantemente lo habían afectado más profundamente de lo que había dejado entrever. Recordé su reciente susto, pero nunca se me ocurrió que había confiado tanto en mí.

—¿Desea asegurar su línea de sangre?

—No es una idea ridícula.

—No, el sentimiento no lo es, pero, ¿cómo puede alegrarse de crear una familia de esta manera?

—Todo estará bien —dijo cómodamente—. Con el tiempo, todo estará bien.

Parecía un completo lunático. Lo era al creer que esta era su única opción para conseguir una esposa.

—¿Por qué eligió el sauce?

—Nos hemos conocido allí antes, si recuerda nuestra carrera, en esa primera mañana. También es lo primero que se ve, al cruzar la puerta de su casa, señorita Hutton.

Entonces, fue simplemente una coincidencia. Una desafortunada y frustrante. Había leído esas palabras familiares y no me percaté de las letras extrañas. Al respecto, yo había creído que era una nota escrita rápidamente por Henry, pero, lamentablemente, la misma fue completamente escrita a mano por otra persona. Me sentí como una tonta.

Intenté analizar la manija de la puerta, pero era difícil verla en la oscuridad, y no estaba familiarizada con este carruaje. A la velocidad a la que íbamos, si abriera la puerta y saltara, no podría garantizarme un aterrizaje seguro. Especialmente, si conducíamos a lo largo de un muro de piedra, o cerca de un barranco.

—Entiendo sus dudas, pero usted verá que esto es lo mejor.

—¿Es mejor alejarme de un hombre que amo, y obligarme a casarme con usted? No soy un barco, capitán Neal, y no estamos en el océano. No puede simplemente tomarme porque ganó la batalla y es más poderoso.

Se quedó en silencio por un minuto.

“¿Cómo podía él imaginarse que yo vería esto de la misma manera que lo vería un hombre de la marina, donde dominan a los barcos ‘presa’, y reclaman su recompensa? ¡Esto es

absurdo!”

—Llegaremos a Escocia rápidamente, si no nos detenemos a dormir.

“¿Así es como planeó evitar que escape en las posadas? ¿No me dejará entrar en ellas?”

—Por supuesto, cambiaremos de caballos, pero lo mejor es resolver este asunto rápidamente. Será un largo viaje de regreso a Plymouth, cuando nuestra boda esté completa. Me han notificado que debo informar, antes de lo esperado, por lo que tenemos poco tiempo que perder.

Había oído historias de mujeres que fueron obligadas a contraer matrimonio. En mi opinión, Escocia lo había hecho demasiado fácil de lograr. Temía lo que haría el capitán Neal para hacer esto legal. Una imagen de él destelló en mi mente: el capitán me llevaba a un barco, cruzando la pasarela de tablas hacia mi perdición.

Saqué eso de mi mente. Encontraría una manera de escapar, antes que llegáramos a ese punto. Seguramente, necesitaríamos cambiar de caballos con suficiente frecuencia, como para alertar a alguien cercano sobre mi situación. Si el carruaje desacelerara, podría tomarlo por sorpresa o saltar desde la puerta. Mientras estaba ocupada, planeando formas de escapar, el capitán Neal sacó una cuerda delgada, frustrando todas las ideas que yo tenía.

Levantó mis tobillos y comenzó a enrollar la cuerda alrededor de ellos.

—Perdóneme, pero no deseo correr ningún riesgo. Ya la perdí una vez, después de sentirme contento y seguro. —Cuando terminó de atarme los pies, me ató las muñecas a la espalda.

Saltar del carruaje o tomar al capitán por sorpresa se había vuelto mucho más difícil. No me desesperaría. Habría una salida a esta situación. Solo necesitaba poner mi mente en la tarea.

Apoyé mi cabeza contra los cojines, alejándome de él.

—No me odiarás para siempre —dijo con tranquila confianza.

“¡Oh! Él está muy equivocado”.

Capítulo 28

Henry

El grito que se deslizó, a través de mi ventana abierta, primero avisó a mis oídos, y luego mi cuerpo lo siguió. Me pregunté si el señor Darcy se habría peleado con un gato del granero, pero nunca lo había visto rebajarse a niveles tales, al salir a la calle. Guardé mi pluma, porque se estaba haciendo tarde y necesitaba dejar de escribir por la noche. Me estiré y me acerqué a la ventana. Mi cuerpo se enfrió.

Un carruaje se alejaba de la casa y pertenecía al capitán Neal. Lo reconocí desde su llegada. Evidentemente, él se lo había pedido prestado a una tía, y el mismo estaba claramente pasado de moda. Pero, ¿por qué se marcharía tan tarde, en la noche, y por qué su partida había sonado como un grito?

La inquietud me invadió. Me vestí rápidamente, cogí mi vela y me dirigí a la habitación de Neal. Sería mejor asegurarme que él era el hombre que se había ido, antes que entrara en pánico. Llamé a su puerta, pero no obtuve respuesta, así que entré. La habitación estaba vacía. De hecho, él se había ido.

“Pero, ¿el grito? ¡Este grito implica que no se fue solo!”

Mi corazón empezó a acelerarse. Había muy pocas mujeres en esta casa, que hubieran gritado, al salir con él a altas horas de la noche. Corrí por el pasillo, me dirigí hacia las habitaciones familiares y llamé suavemente a la puerta de Marianne, pero ella no respondió. Cerré los ojos con fuerza y volví a llamar suavemente, sin embargo, no obtuve respuesta. Cuando abrí la puerta, la misma cedió de buena gana, por lo que ella no la había cerrado con llave desde adentro. La habitación estaba a oscuras, pero levanté la vela y mi estómago se hundió en el suelo, cuando la encontré vacía.

Tal vez, ella estaba en la cocina, intentando prepararse un té.

“Pero, ¿el grito?”

Encontré el camino a la habitación de James, feliz de haber estado con él, cuando la señora Shaw me mostró dónde dormirían. Llamé silenciosamente y empujé la puerta, pero la misma estaba cerrada con llave. Fueron necesarios unos golpes más fuertes para despertar a James, hacer que se acercara y abriera la puerta.

—¿Qué es? —preguntó adormilado.

—No estoy del todo seguro. El capitán Neal se fue hace unos minutos, y escuché un grito proveniente de su carruaje, antes que ellos se fueran.

—¿Ellos?

—Un hombre no podría hacer ese ruido y la habitación de Marianne está vacía.

Una alerta entró en la mirada de James.

—Te veré en los establos.

Le entregué mi vela para que se vistiera más rápidamente, luego di la vuelta y eché a correr. La tarea de llegar a los establos y ensillar dos caballos no debería haber tomado mucho tiempo, pero me pareció que tardé demasiado. ¡Cada minuto era vital en mi vida!

Las preguntas me atormentaban, mientras trabajaba.

“¿Ella quiso irse con él? ¿Había deseado esto? La noche anterior, el capitán había recibido una nota en el salón de alguien de la casa. Acaso, ¿ellos habían planeado irse juntos?”

“Pero, ¿el grito?” Siempre volvía a ese incómodo pensamiento.

“Si estoy equivocado y ella se había ido voluntariamente, ha debido decírmelo de sus propios labios”.

“Pero, ¿el grito? No parece que Marianne sea su cómplice”.

Recogí las riendas de ambos caballos ensillados y los saqué de los establos hacia el frente de la casa. Estaba ansioso por seguir mi camino. Cada minuto era un tiempo precioso que los alejaba a ellos más de nosotros.

La luz de las estrellas y la antorcha, que había encendido en los establos, brillaron lo suficiente como para iluminar mi camino, y me moví para pararme directamente frente a las puertas. Algo en el suelo llamó mi atención, y me di cuenta que eran papeles esparcidos.

—¿Qué diablos...?

Me agaché para recoger las hojas de papel, y acerqué la antorcha lo suficiente para leerlas. Era la letra de Marianne, que conocía bien por sus copiosas notas sobre mi manuscrito y sus cartas. Distinguí algunas líneas, antes de mirar su extenso volumen de varios capítulos.

“¿Esta es su novela?”

La puerta principal se cerró con un ruido sordo. Levanté la vista, y encontré a James, abotonándose el abrigo, mientras bajaba apresuradamente las escaleras.

—¿Qué es todo eso? —preguntó.

—La prueba que Marianne fue llevada en contra de su voluntad.

Él se agachó para ayudarme a recoger las páginas esparcidas.

—¿Cómo es eso?

—Ella escribió todo esto. Si ella se hubiera ido voluntariamente, lo papeles no estarían dispersos por aquí.

Hicimos nuestro mejor esfuerzo para recopilar las páginas, juntando todas las que encontramos, y subí corriendo las escaleras para dejarlas adentro. James estaba en la silla, cuando regresé, y salté, antes de girar mi caballo y partir.

—¿Sabes en qué dirección han ido?

—Tengo mis sospechas —lo dije con la ira recorriendo mi cuerpo.

—Para Escocia... —James espoleó su caballo para seguir el ritmo del mío, y cruzamos el camino abierto.

Capítulo 29

Marianne

El carruaje avanzaba a un ritmo alarmante, y temí que a esa velocidad se rompiera un eje, o perdiéramos una rueda, en el camino oscuro. Conocí a personas que murieron en accidentes de carruaje, y no era algo que debía tomarse a la ligera.

—¿No deberíamos reducir la velocidad? —El camino lleno de baches me empujó innecesariamente. Si él estaba tan seguro de su infalibilidad, no necesitaba viajar tan rápido.

El capitán no respondió, lo que me hizo creer que estaba reflexionando sobre mi punto. No tenía idea de dónde estábamos, pero gran parte de la carretera, al norte de Cheshire, no estaba bien arreglada. Llegamos a una rodera particularmente grande y ganamos tanto aire, que me levanté del asiento por un momento, antes de volver a caer. Con las manos atadas a la espalda, no tenía capacidad para suavizar los empujones.

—Si se niega a reducir la velocidad del carruaje, al menos desátame.

—No puedo.

—¿Al menos me atará las manos por delante? Temo romperme las muñecas con todos estos empujones.

Él pareció considerar mi dilema, mientras contenía el aliento, antes de avanzar y suspirar simultáneamente. Quitando mi capa a un lado, desató mis manos, sujetándolas con fuerza, mientras las movía para descansar sobre mi regazo y las ataba nuevamente. Fue una gran mejora, e hice lo mejor que pude para no estar agradecida con él, quien me había atado nuevamente.

Aunque ahora, tal vez podría encontrar mi camino a la libertad, cuando nos detuviéramos, en la siguiente posada, para cambiar de caballos. Era mi única oportunidad. Al ritmo que íbamos, cuando mis padres me encontraran desaparecida, por la mañana, ya estaría a medio camino de Escocia.

“Pero si pudiera frenar este carruaje, eso le daría tiempo a mi padre para alcanzarnos. ¡Cualquier cosa ayudará!”

—Viajamos a una velocidad peligrosa, capitán. No le servirá de nada robar una novia, si ella está muerta, antes de la ceremonia.

Se pasó una mano por los ojos.

—Quizás deberíamos...

La rueda chocó contra otro bache y nos balanceamos hacia un lado, inclinándonos, mientras el carruaje intentaba encontrar tracción nuevamente. El brazo del capitán Neal pasó rápidamente, a través de mí, sosteniéndome a su lado, mientras que su otro brazo nos sostuvo contra la pared.

Nos inclinamos dramáticamente, en una dirección, antes de tomar la otra, y luego caer hacia un lado. Se escuchó un fuerte chasquido y el carruaje se deslizó, como si cayera colina abajo, sacudiéndonos con él. El cuerpo del capitán Neal suavizó mi golpe, pero mi cabeza cayó con fuerza contra su hombro, como un latigazo, cuando finalmente aterrizamos.

Me aparté de él, mientras el carruaje se inclinaba de costado y mis hombros crujían contra los cristales rotos. El agua se filtró en mi vestido, y me di cuenta, alarmada, que habíamos llegado a algún tipo de corriente. El vagón volcado se estaba llenando de agua.

—Apúrese, capitán, ¡debemos actuar rápido!

Él no respondió. Estaba demasiado oscuro para ver su rostro o la profundidad del agua, que se filtraba dentro del carruaje.

—¡Capitán! —grité—. ¡Hay que quitar estas cuerdas!

Aún no había respuesta. Sus nudos náuticos serían imposibles de desatar, pero podría cortarlos. El agua ahora me llegaba a los tobillos. Busqué vidrios rotos en una de las ventanas y seleccioné un trozo grande. Me incliné y lo coloqué, a cierta altura, justo entre mis zapatos para mantenerlo en su lugar. Cortando la cuerda de un lado a otro, fui separando las fibras. El vidrio se desprendió un puñado de veces y tuve que buscarlo en el agua, que ascendía, para volver a colocarlo, en el medio de mis pies, y continuar.

La cuerda tardó mucho más de lo que esperaba en deshilacharse. El agua fría fluía, a un ritmo lento y constante, a través de la ventana rota, empapando mi ropa y mis pies, y mojándome cada vez más las manos. Me resbalé en mi prisa por cortar la cuerda y el cristal atravesó mi manga, cortándome la piel.

Grité, pero no cesé en mis intentos de cortar la cuerda. Finalmente, la última parte se rompió, y la desenredé de mis muñecas. Me dirigí hacia el capitán Neal, pero él seguía sin moverse.

—¡Despierte! —grité, una vez más—. Necesitamos encontrar una salida de aquí.

Me doblé por la mitad, trabajando en el nudo, que él había usado para atar mis pies. El agua me subió hasta las espinillas, haciendo que la cuerda se volviera resbaladiza. Mis dedos entumecidos no lograban agarrar con suficiente seguridad el apretado nudo.

Ahora, el agua empezaba a entrar por la ventana rota, a un ritmo alarmante.

—¡Auxilio! —grité.

“¿Dónde está el cochero? Nunca podré sacar al capitán Neal de esta agua por mi cuenta”.

El brillo de la luz de la luna sobre el agua mostraba como la misma se estaba elevando. Dejé mi tarea. Escapar de esta caja de la muerte era mi máxima prioridad. Giré y tomé al capitán por los hombros, pero cuando le sacudí los brazos, su cabeza cayó hacia adelante.

“¿Se había golpeado lo suficientemente fuerte como para quedar inconsciente?”

Presioné mis dedos contra su garganta, buscando un latido, pero no encontré nada. Podría haber sido mi propio entumecimiento helado. Lo empujé, tirando de su abrigo hasta que quedó sentado, con la cabeza muy por encima del agua.

Necesitaba buscar ayuda. Mis fuerzas no eran suficientes para sacar solo a este hombre grande y empapado. El río dentro del carruaje había dejado de subir, pero llegaba hasta la mitad de su pecho, que estaba apoyado contra la pared. Esperaba que también nos hubiéramos encontrado al nivel del río, afuera. Si ese fuera el caso, la cabeza del capitán Neal permanecería fuera del agua hasta que yo pudiera regresar con ayuda.

Intenté ponerme de pie. Mi capa se arrastraba en el agua, así que busqué a tientas como quitármela, hasta que la misma se soltó y se hundió en el suelo acuoso. La puerta estaba situada encima de mi cabeza, y la otra puerta permanecía presionada contra el suelo. Levanté la mano y abrí la puerta, luego empujé hacia arriba. Esta cedió fácilmente, y se abrió para permitir que entrara más luz de la luna. Me puse de pie, apoyando mis manos, a cada lado de la puerta, para levantarme.

Eso resultó más difícil de lo que parecía. Mis brazos no tenían suficiente fuerza para levantar mi cuerpo. Apoyé las manos de nuevo, saltando con los pies atados hasta que se posaron en el borde de los cojines. El carruaje se balanceó con mis esfuerzos y salté de nuevo, empujando hacia arriba tan fuerte, como pude, hasta que mi trasero descansó en el borde de la puerta y pude maniobrar hasta la parte superior del carruaje.

—¡Auxilio! —grité nuevamente.

“¿Dónde está el cochero? ¿Fue arrojado al río?”

Busqué en el agua oscura, pero la misma estaba engañosamente tranquila, más allá del revuelo del carruaje volcado. No se veía ni un solo sonido ni un alma, más allá del agua ondulante, o el viento susurrando entre los árboles. La tierra estaba demasiado tranquila para el caos, que había estado soportando.

Moví mis piernas hasta que colgaron del costado del carruaje. Aferrándome a la abertura, rodé sobre mi estómago y bajé hasta que mis pies aterrizaron en el lecho rocoso y cubierto de musgo. El agua se movía demasiado rápido y hasta que no pudiera desatarme los tobillos, no podría llegar a la orilla. Me estremecí y pedí ayuda a un camino vacío. Evité mirar dentro del carruaje, y al hombre que no respondía adentro.

“¿Despertarlo era mi única esperanza?” Ese fue un pensamiento deprimente, porque temía que ya él no pudiera hacerlo.

El sonido de los cascos atronadores aumentaba mis esperanzas con cada golpe constante contra el camino de tierra abarrotado.

—¡Auxilio! —grité tan fuerte como pude. Esto era más un grito, que una palabra escapándose de mi lengua, una y otra vez, para no perder esta oportunidad que alguien me ayudara—. ¡Auxilio!

Por el camino pasaron unos hombres a caballo, entre las sombras, que pronto fueron visibles, a través de los árboles.

—¡Auxilio! —grité de nuevo, suplicando que me escucharan.

Afortunadamente, ellos lo hicieron.

Los caballos regresaron, y cuando el primer hombre miró en mi dirección, a través de los árboles rotos hasta el carruaje cargado de agua, saltó de su caballo, y se dirigió río abajo.

—¿Mari? —exclamó Henry.

—¡Sí! —Mi corazón dio un vuelco y se alojó en mi garganta. Un dulce alivio me invadió y, aunque estaba empezando a perder la sensación en los pies, sentí calor.

Bajó por la orilla con una antorcha, en una mano, y se lanzó al río, sin dudarlo, con el brazo libre extendido hacia mí.

—No puedo caminar. Mis tobillos están atados.

La antorcha iluminó su rostro y la ira lo atravesó.

—¿Dónde está?

—Adentro.

La mirada de Henry se posó en el carruaje, donde el agua del río entraba, con más fuerza, a través de las ventanas rotas. Él caminó penosamente con el agua hasta las rodillas, dando pasos lentos para evitar resbalarse en las rocas cubiertas de musgo. Cuando llegó hasta mí, dejó la antorcha, en el carruaje, y se inclinó, deslizándolo su brazo debajo de mis rodillas y el otro alrededor de mi espalda, levantándose suavemente fuera del agua. Agarré la antorcha y me aferré a su cuello, enterrando mi frente contra su pulso atronador, mientras él salía con mucho cuidado del río y llegaba a la orilla.

—Traté de desatarme los tobillos, pero tenía los dedos entumecidos por el agua.

Él me dejó suavemente en la tierra.

—Hace frío. ¿Puedo?

Asentí.

James tomó la antorcha y la sostuvo cerca, mientras Henry se inclinaba a mis pies y desataba el nudo. Desenrolló la cuerda y la arrojó al río. Me incliné hacia adelante para frotar mi tierna piel. Me dolía la muñeca por el corte que recibí del cristal, y el cansancio cayó sobre mí, como un pesado manto de densa niebla.

—El capitán Neal se golpeó la cabeza, cuando chocamos, y aún no se ha despertado. Yo... No encontré pulso, pero tenía las manos entumecidas, así que no sé si está...

Henry me miró fijamente.

—¿Está inconsciente?

James se dirigió hacia el agua.

—Nos ocuparemos de él.

Henry deslizó su mano alrededor de mi cuello, su pulgar rozó mi mejilla y se inclinó para dejar un beso, en la parte superior de mi cabeza. Luego me dejó en la ladera cubierta de hierba.

Los vi caminar penosamente por el agua, otra vez. Henry esperó afuera, mientras James entraba y tomaba al capitán Neal por debajo de los brazos, levantándolo lo suficiente, como para poder pasarlo por la puerta. Trabajaron juntos para sacarlo, llevarlo a través del agua y colocarlo sobre la hierba. Henry se inclinó sobre el corazón del capitán Neal, con la mirada fija en la antorcha colocada, en el suelo, entre nosotros. Levantó la cara hacia su hermano, que estaba escurriendo agua de su abrigo.

—Está vivo.

—Necesitamos un médico.

—¿Dónde estamos? —preguntó Henry.

—No tengo ni la más mínima idea.

Se quedaron en silencio.

—Hemos viajado demasiado tiempo para tener alguna idea de nuestra ubicación, —expresé—. Conozco el río, pero podríamos estar en alguno de varios lugares diferentes, que se encuentran a lo largo del canal. Si podemos viajar al pueblo más cercano, podríamos saber dónde estamos y a quién contactar.

Los hermanos compartieron una mirada. Henry me observó.

—Creo que mereces volver a casa.

—No podemos dejarlo aquí.

—¿No podemos? —preguntó Henry, aunque yo sabía que estaba bromeando.

—Estoy muy bien —dije—. Me quedaré con él, mientras viajas para ver a un médico...

—No —replicó James—. Ayúdame a montarlo en mi caballo y saldremos todos juntos. Será más fácil atenderlo en Hutton House.

—Y es mucho más rápido ir directamente allí y llamar a un médico, que intentar localizar uno en mitad de la noche —añadió Henry.

James me miró.

—¿Tenías algo de importancia en el carruaje?

Pensé en mi manuscrito tirado en la grava frente a mi casa.

—No.

—Entonces no tendremos que preocuparnos por eso hasta mañana.

—¿Y el cochero? —pregunté.

—¡Maldición! —murmuró James. Cogió la antorcha y corrió orilla abajo, buscándolo. Henry lo siguió, y buscaron en los terrenos circundantes, antes de regresar a mi lado.

—Está demasiado oscuro —destacó Henry.

El rostro de James parecía sombrío.

—No podemos posponer más llevar al capitán Neal al médico. Volveremos a buscar al cochero con las primeras luces del día.

Me puse de pie con las piernas temblorosas, mientras los hermanos Bradwell levantaban al inconsciente capitán de la marina y lo colocaban sobre la parte delantera de la silla de James.

Henry me tomó por la cintura y me levantó sobre la suya, antes de montar detrás de mí. Sus brazos rodearon mi cintura para tomar las riendas y me incliné hacia él, agradecida por el calor que me brindaba su cuerpo. Dejó caer su boca cerca de mi oreja.

—Déjanos llevarte a casa.

—En tus brazos, ya estoy allí.

Capítulo 30

Henry

Nunca antes había visto las cosas en rojo ni mi visión se había vuelto borrosa, simplemente por la ira. Cuando encontré a Marianne, temblando en el río, incapaz de moverse, debido a la cuerda que ataba sus piernas, podría haber exhalado fuego por la nariz. Fue una suerte para mí que el capitán Neal ya estuviera inconsciente, o podría haberlo puesto en ese estado, yo mismo.

Llegamos a Hutton House, en la oscuridad. Ayudé a Marianne a bajar del caballo y la rodeé con el brazo para guiarla escaleras arriba hacia la casa. Llamamos a los sirvientes cerca de la puerta, pero dada la hora, probablemente les tomaría algún tiempo despertarse.

—Déjame —dijo ella, mirando por encima de mi hombro hacia donde James estaba bajando de su caballo frente a la casa—. James necesita tu ayuda más que yo.

—¿Dónde deberíamos poner al canalla?

—Su dormitorio servirá —replicó con calma—. Puedo llevarte allí.

Mi boca se aplanó y mi mandíbula se apretaba, cada vez que pensaba en el hombre.

—Sé dónde está. Puedes subir a tu habitación, si quieres. Haré que el médico te atienda, cuando llegue.

—Envíalo hacia mí después que vea al capitán, por favor.

Quería extender la mano y atraerla hacia mí otra vez.

—Eres el alma más amable.

—Difícilmente. No deseo tener la muerte de ese hombre en mi conciencia.

—Muy bien. —Ella tenía un buen punto. El capitán estaba agonizando, y necesitaba ser atendido lo antes posible—. Nos encargaremos que le indiquen al médico, inmediatamente.

Marianne sonrió y tomó mi mano entre la suya, que estaba fría.

—Gracias, Henry. —Su voz temblaba y no podía imaginar el miedo, que la había mantenido cautiva toda la noche.

“Este hombre debe ir a la horca”.

Tiré de Marianne hacia mí, envolví mis brazos alrededor de su espalda y la apreté con fuerza contra mi pecho.

Ella contuvo el aliento. Mi corazón se apretó con afecto por ella y el alivio, al tenerla sana y salva en casa, nuevamente. Sus manos se deslizaron alrededor de mi cintura, debajo de mi abrigo, y agarraron la parte de atrás de mi camisa entre sus puños. En este momento no me importaba nada más que esta mujer.

Inclinándome ligeramente hacia atrás, esperé a que ella moviera la barbilla hacia atrás y me mirara. Estaba oscuro en la entrada, porque James tenía la antorcha afuera, pero aún podía sentir su firmeza y ver la forma de sus labios, a la luz de la luna prestada. Me incliné, esperando que el señor Darcy no estuviera acechando cerca para frustrar mis avances, y presioné mis labios contra los de Marianne. El calor se deslizó de sus labios a los míos, barriendo a través de mí, como un viento cálido y feroz. Mis sentidos cobraron vida, ardiendo dentro de mí.

Marianne respondió, agarrando la tela de mi camisa con tanta fuerza, que sentí la presión en mi pecho. O tal vez era su corazón golpeando contra el mío. Incliné la cabeza y profundicé el beso, dejándola sentir mi alivio por haberla regresado a casa, sana y salva.

Se aclaró la garganta, en la puerta, y me separé de ella para ver a mi hermano parado allí, levantando la antorcha para iluminarnos, y sonriendo.

—Si ya casi has terminado, me vendría bien un poco de ayuda con el canalla que está aquí.

Marianne enterró su rostro, en mi pecho, luego me soltó y dio un paso atrás. Esperaba que su mortificación no fuera una señal de arrepentimiento, pero ella me dio una dulce sonrisa, que calmó mis temores.

—Buenas noches, caballeros.

—Buenas noches —respondimos a coro. La vi subir lentamente las escaleras, antes de girar y cruzar la puerta, pasando junto a James.

—Es justo —dijo él al alcanzarme, la luz de la antorcha oscilaba, mientras ella caminaba.

—¿De qué manera?

—Recuerdo que interrumpiste mi primer beso con Felicity.

Me quedé quieto, mirándolo por encima del hombro.

—¿Cuándo? ¡Ah! ... ¿Cuándo fuiste a montar?

—Y me trajiste a casa para ver al primo Matthew... Sí.

—Parece que ambos fuimos interrumpidos por excusas lamentables y de mala reputación para los hombres. —Mis labios se aplastaron.

Estábamos juntos, frente al caballo, discutiendo la mejor manera de cargar a Neal, cuando Shaw salió.

—¿Llamó usted, señor?

—Sí. —Me acerqué al mayordomo—. Este señor necesita un médico y con prisa. ¿Lo llevaremos a la habitación, que ocupaba anteriormente, si esto es conveniente?

—Conveniente... —Miró al capitán.

—También es necesario atender a la señorita Hutton, aunque sus heridas no son tan graves. Le vendría bien un baño caliente y su doncella.

—De inmediato. —Él se fue para atender las órdenes.

James y yo bajamos al capitán Neal del caballo y lo llevamos adentro.

—Revisé su pulso, mientras revisabas el de la señorita Hutton —expresó James—. Él todavía está vivo.

—Bueno... Estoy ansioso por verlo despojado de su título militar y encarcelado.

—Una cosa a la vez, hermano.

* * *

Un mozo de cuadra fue enviado a buscar al médico. Un ayuda de cámara y un lacayo fueron llamados para cambiarle la ropa a Neal, y vigilarlo hasta que llegara el médico. James y yo también cambiamos nuestros trajes empapados por ropa seca, y regresamos al pasillo para estar disponibles, en caso que nos necesitaran.

Enviaron a la señora Hutton a atender a su hija, mientras la doncella calentaba agua para un baño, y el señor Hutton nos recibió, en el pasillo, fuera de la habitación del capitán Neal.

Él frunció el ceño.

—Gracias, señores. Parece una ofrenda insignificante, pero no sé qué más decirles.

—Esto aún no está terminado. —Me estremecí.

Un ayuda de cámara abrió la puerta y sacó la ropa sucia, y encontramos a una doncella arrodillada, ante la chimenea, encendiendo el fuego, mientras otra cubría al inválido con mantas.

—¿Qué le aqueja? —preguntó el señor Hutton.

—Marianne mencionó que él se golpeó la cabeza, cuando el carruaje se estrelló contra el río. —Ni siquiera podía decir esas palabras sin ofrecer una oración de gratitud porque ella salió casi ilesa del accidente—. Aún no está consciente.

La mandíbula del señor Hutton se tensó.

—¿Hasta dónde llegaron?

—No lo sabemos —dijo James—. Creo que los seguimos durante poco más de media hora, y encontramos los restos del naufragio. Es una suerte que ellos no estuvieran mucho más lejos.

—Pueden ir a descansar. Me encargaré que el médico encuentre al capitán. —El señor Hutton resopló.

—Él también necesita ocuparse del brazo de Marianne. Se cortó, pero puede esperar —dije. Él asintió.

—Si necesita ayuda para asegurarse que el capitán no escape...

—Eso no será necesario —replicó el señor Hutton, dándome una palmada en el hombro—. Prefiero ahorcarme yo mismo, antes que perder de vista a ese sinvergüenza.

Dejamos al padre descontento en su puesto.

—Creo que entonces me iré a la cama —expresó James—. Puedo llevar a los hombres al río con las primeras luces del día para buscar al cochero.

—Eso está solo a unas pocas horas de distancia.

—Sí. Yo me las arreglaré. Llevaré algunos hombres. Supongo que preferirías quedarte aquí.

—Espero que Marianne duerma hasta tarde. Me uniré a ti en la búsqueda.

James asintió.

—Buenas noches, gallina.

Estaba agradecido de haberlo tenido a mi lado esta noche. Nos separamos y recorrí el pasillo, flotando fuera de la puerta de Marianne. Tarde o temprano seguramente vendría o saldría una criada, así que no temía tener que esperar mucho. Resultó que pasó un cuarto de hora, antes que alguien sintiera la necesidad de abrir la puerta, y fue la señora Hutton.

Se sobresaltó al encontrarme apoyado contra la pared opuesta, pero cerró la puerta detrás de ella y vino a mi encuentro, ajustándose la gorra sobre la cabeza.

—Ella está durmiendo ahora.

—Llamaron al médico.

Ella asintió.

—La despertaré cuando él esté listo para ocuparse de su brazo. Lo envolví lo mejor que pude para que no le impida dormir.

El silencio se mantuvo entre nosotros por un largo momento. Cuando la señora Hutton volvió a hablar, las lágrimas se acumulaban en sus ojos, y coloreaban su voz.

—Gracias, Henry.

Bajé la cabeza.

La señora Hutton me abrazó y yo le devolví el abrazo maternal. Dio un paso atrás y se secó los ojos.

—Nunca podré agradecerles lo suficiente.

—Solo estoy agradecido de haber estado despierto para escucharla irse.

—Es la Providencia —dijo ella.

—Indudablemente.

—Ahora, debes retirarte. Estoy segura que estás exhausto.

—Primero quería asegurarme que Marianne está bien.

—Ella está bien.

Eso alegró mi corazón, aunque el desagradable asunto no había concluido, todavía no. Teníamos que ocuparnos de Neal, llevarlo ante un magistrado, localizar al cochero perdido y los caballos que habían tirado del carruaje, y retirar los restos del río. Fui a mi habitación con el

corazón apesadumbrado y el consuelo del alivio. Todo eso estaba delante de nosotros, aunque dichosamente Marianne estaba a salvo.

Capítulo 31

Marianne

Dormí, mientras el médico me atendía. No se podía culpar totalmente al esfuerzo físico de la noche anterior por la fatiga, que me atormentaba, pero junto con el miedo de preguntarme si algún día volvería a ver a Henry o a mi familia, mi cansancio era total. Ahora el capitán Neal pertenecía a Bedlam. El hombre se había vuelto loco.

Cuando Keene me ayudó a vestirme para el día y a salir de mi habitación, con una venda en el brazo protegiendo mi brazo cortado, ya era más del mediodía y desconfiaba del estado, en el que encontraría a nuestros invitados. ¿Sabían todos de mi aventura nocturna? Ninguno de mis padres todavía me había preguntado por qué tenía que salir a caminar sola, después de medianoche, y me esperaba un ajuste de cuentas. El alivio que me había proporcionado mi velada traumática no duraría para siempre.

Sabía que necesitaba afrontar mis errores y decisiones tontas, pero eso no era un ejercicio agradable.

El sonido de la conmoción, en la entrada, llegó a mis oídos, antes de bajar las escaleras. Los sirvientes llevaban baúles por la puerta abierta, la luz del sol brillaba sobre el suelo de mármol y el bullicio de la evacuación era notable. La señorita Gatley estaba cerca, atándose los cordones de su sombrero, bajo la barbilla.

Cuando llegué hasta ella, ni siquiera fingió alegría al verme.

—¿Usted se va? —le pregunté.

—Mi padre insiste.

Los sonidos de los sirvientes cargando baúles y abrochándolos al maletero del carruaje Gatley afuera llenaron el espacio entre nosotras. Si ella no estaba al tanto de lo que ocurrió anoche, sería mejor no hacérselo saber. Pero estaba ansiosa por saber hasta qué punto debía protegerme contra la especulación y los chismes de la alta sociedad.

—Echará de menos el baile.

La señorita Gatley se puso los guantes.

—Creo que vamos a asistir a otra fiesta, en una casa, en Sussex. No se ofenda mucho por nuestra partida. Necesito un marido y aquí no hay ninguno.

La desesperación de sus acciones me impactó.

—¿No puede quedarse para disfrutar de nuestra compañía? —Me gustaba pensar que si hubiéramos dejado caer nuestras armas, y no estuviéramos luchando por la atención de los caballeros, podríamos habernos hecho amigas.

Una expresión de anhelo atravesó el rostro de la señorita Gatley, pero desapareció tan pronto como llegó. Se aclaró la garganta suavemente, enderezando un guante, que ya estaba recto.

—Tengo pocas opciones al respecto.

—¿Podríamos hablar claramente?

—Usted puede —concedió. Sin embargo, ¿eso significaba que ella no lo haría a cambio?

—Si necesita tanto un marido, ¿por qué reveló mi encuentro con Henry? Indudablemente, al guardar ese secreto, eso la habría ayudado. Al menos le habría proporcionado más tiempo.

El último baúl fue llevado afuera. La puerta permaneció abierta a los sonidos distantes de los caballos impacientes, que se movían.

—A pesar de mis circunstancias actuales, no quiero casarme por una fortuna.

—¡Eso es una bendición! Además, Henry no posee una. Para empezar, los esfuerzos suyos con respecto a él fueron infructuosos.

Ella me miró extrañada.

—Es posible que no usted esté debidamente informada sobre su situación.

Pensé lo mismo de ella, pero no lo dije.

La señorita Gatley me miró fijamente.

—Heredó una buena suma, además de una casa, cuando murió su padre. No es nada de lo que debamos reírnos. —Ella miró hacia otro lado—. El sirviente de mi padre se enteró por el ayuda de cámara de Henry hace solo unos meses. De todos modos, ya casi no importa.

“¿Una buena suma? Sin considerar los ingresos que, sin duda, ha acumulado con su exitosa carrera literaria hasta el momento, aunque nadie más sabe de esa parte”.

La señorita Gatley suspiró. El cansancio le dobló un poco los hombros.

—Los Warburton están celebrando una fiesta en casa y se dice que asistirán tres caballeros elegibles. Creo que ese siempre fue el plan de contingencia de mi padre.

Sopesé mis palabras y su inminente partida me soltó la lengua.

—Si usted no está contenta, ¿por qué se somete al plan?

—Él es mi padre y me ha pedido esto. ¿Qué más puedo hacer? —La señorita Gatley masticó sus palabras.

—Usted interrumpió sus intenciones hacia Henry...

—Estoy dispuesta a ayudar a mi padre, pero no me casaré con cualquiera. Especialmente, no lo haré con un hombre que está enamorado de otra persona.

Se oyeron pasos sobre el suelo de mármol, impidiéndome responder a su atrevida declaración. No pensaba que él realmente me amara, en ese entonces, pero la idea (que sí podría haberlo hecho) envió una descarga de placer, a través de mí, de todos modos. La señora Gatley se adelantó, encabezada por mi madre.

—Estamos tristes que se vayan —manifestó mi madre—. Espero que se unan a nosotros, nuevamente.

La señora Gatley agachó la cabeza y tomó a su hija del brazo. Se marcharon en silencio. Me paré junto al hombro de mi madre, y los vi subir al carruaje. El señor Gatley ya estaba esperándolas adentro.

—¿Estaban conscientes de la situación? —pregunté, temerosa de mirar a mi madre, temiendo lo que encontraría en su rostro.

—No. Ya habían tomado una decisión. No se habló de ello, pero creo que tienen la impresión que el capitán Neal se fue por su propia voluntad.

—No podremos mantener en secreto su presencia aquí.

—No, pero la partida de ellos nos ha dado un poco de tiempo, antes que seamos objeto de chismes. —Ella tomó mi brazo, obligándome suavemente a mirarla—. Me temo que el capitán no se encuentra bien de salud. El doctor Mathers cree que no sobrevivirá este día.

Una extraña sensación de inquietud me invadió.

—¿Se ha informado a algún magistrado?

—Sí. Papá lo visitó esta mañana. Los dos hombres Bradwell partieron al amanecer para encargarse del carruaje y el cochero, y papá tiene la intención de reunirse con ellos, después de ocuparse del capitán Neal.

—¿Han regresado?

—Aún no. —Ella respiró entrecortadamente—. Debes considerar qué elección te gustaría

hacer. Si el capitán Neal no aguanta el día, no es necesario que lo arresten en absoluto. Podemos enterrar la situación, antes que llegue a la sociedad, pero entonces el hombre no será despojado de su posición, en la marina.

—¿Crees que harían eso? —pregunté. No estaba familiarizada con el protocolo militar.

—Ciertamente. Una baja deshonrosa al menos.

—O preservamos su memoria y nuestra reputación.

—En efecto.

¿Cómo podría tomar tal decisión? La misma no solo me afectaría a mí. Esta iría más allá, perjudicando a mi familia, Henry, su apellido, y la reputación de su familia. Yo era una mujer comprometida, pero todavía no estaba casada, y la mancha que podría pintar sobre todos nosotros no sería agradable.

—Y si sobrevive...

—Entonces, es una pregunta innecesaria, cariño. Será arrestado y juzgado.

—Voy a esperar —asentí.

—¿Pasamos la tarde más cómodamente? El resto de nuestros invitados están reunidos en el salón. Incluso Julia se ha unido a nosotros. Pensé que hoy podríamos terminar de coser las carteras. Creo que nuestras manos se alegrarán del trabajo intenso.

—En efecto. —Pasé mi brazo ileso por el de mamá y le permití que me llevara al salón—. Ocupemos mejor nuestras manos y nuestras mentes.

Capítulo 32

Henry

Saqué el pañuelo flácido de mi bolsillo y me lo pasé por la frente sudorosa. Fue una mala noticia descubrir que un hombre (de esos lares) sacó el cuerpo del cochero del agua, esta mañana. Esto fue una pérdida innecesaria de una vida.

El carruaje en sí quedó totalmente inservible, y lo habían retirado del agua. Un puñado de sirvientes de los Hutton lo estaba desmantelando, llenando un carro con las piezas, considerando que este vagón había sufrido daños irreparables.

El señor Hutton y Lord Moorington se quedaron para ver al agente local y hablar acerca del cuerpo del cochero, pero James y yo nos dirigimos a casa, dejando el último trabajo a los sirvientes. Habíamos hecho mucho, y estaba ansioso por regresar con Marianne.

—¿Paramos? —preguntó James, cuando llegamos a un pueblo pequeño y desconocido. Señaló con la cabeza hacia la taberna.

Mi vientre retumbó en respuesta.

—Consideraré que esa es la respuesta. —Él me sonrió.

Por muy ansioso que estuviera de estar en Hutton House, entendí la importancia de no caerme del caballo por la fatiga. Como dormí poco anoche y realicé mucho trabajo manual, esta mañana, estos factores se combinaron para dejarme hambriento.

—¿Pero podemos ser rápidos?

—Sí. Me doy cuenta de lo desesperado que debes estar por ver a la señorita Hutton.

Dejamos nuestros caballos y entramos al pub. Tomando asiento en una mesa contra la pared, solicitamos dos comidas a la sirvienta. La taberna estaba prácticamente vacía, salvo por un grupo de hombres, bebiendo en el otro extremo del salón. Otro hombre estaba sentado, cerca de nosotros, con la cabeza inclinada hacia adelante, mientras roncaba contra la mesa.

—Esto es lamentable —aclaró James, acercándose y bajando la voz. Asintió con la cabeza hacia los otros hombres—. Pensar que encuentran satisfacción en esta forma de vida.

—Entiendo que no se puede soportar la inactividad, pero a veces hay algo que decir a favor de reducir el ritmo.

—Felicity me enseñó mucho. Pero, ¿dormir todo el día en una taberna? ¿Y ni siquiera en una de las habitaciones de arriba? Les tengo lástima.

Nos trajeron pasteles humeantes y yo comí, sin importarme qué tipo de carne contenían. El aroma era rico y sirvió para saciar mi hambre.

—Es una lástima que Benedict y Thea estén disfrutando de su luna de miel —expresó James con la boca llena—. Cuando más tarde le regalemos la aventura, se arrepentirán mucho más de habérsela perdido.

—Me pregunto, si ellos ya han tenido suficientes aventuras últimamente.

—Quizás fui yo quien se perdió su ayuda en el río, esta mañana.

—Yo también los extraño. —Me reí y di otro mordisco.

El hombre dormido cerca de nosotros se despertó, frotándose la cara, antes de levantar su cuerpo de su posición desplomada. Estaba de espaldas a mí y se llevó la taza a los labios, emitiendo un sonido de decepción, al encontrarla vacía.

Golpeó la mesa con la taza, varias veces, y luego giró, estirando la espalda.

James bajó su tenedor.

—¿Daniel Palmer?

Por supuesto, yo conocía ese nombre. Miré bruscamente.

“¿Este es el hijo de Lady Moorington?”

El señor Palmer miró por encima del hombro con cautela. Sombras púrpuras cayeron bajo sus ojos inyectados en sangre. Tenía el pelo desordenado y la ropa tan arrugada, que al principio no me di cuenta que era un caballero.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó James.

—Evitando a mi madre. —Él mostró una sonrisa perezosa—. Sí, ella lo sabe... —pronunció las palabras, antes que pudiera pensar mejor en ello.

Él parecía sorprendido.

—Venimos de Hutton House —le explicó James—. Tu madre y tu padrastro también han sido invitados allí.

—¡Ah! ¿Van a asistir a la fiesta en casa? Ese es mi destino —manifestó Palmer. Estaba muy claro que estaba haciendo cualquier cosa menos dirigirse a Hutton House.

—Puedes acompañarnos el resto del camino. Estaremos felices de esperarte, mientras recoges tus cosas. —James se aclaró la garganta—. O refrescar tu cabello.

Daniel lo miró fijamente durante demasiado tiempo. Quizás no le gustaba que lo obligaran a cumplir con sus compromisos, pero había llegado hasta aquí. Era ridículo no recorrer el resto del camino.

Nos miró con recelo.

—Trato de evitar estas situaciones porque mi madre tiende a aprovecharlas como oportunidades para buscarme una pareja. Así que, como puedes ver, me ha costado convencerme de llegar hasta el final. —Se pasó una mano por la cara—. ¿Quién más está allí?

—Es una verdadera reunión familiar —respondió James—. Tu prima Felicity y mi madre están allí.

—Los Hutton, por supuesto —agregué—. Y su hija mayor, la señora Walding.

—La señorita Hutton aún no está casada, ¿cierto? —preguntó el señor Palmer.

—De hecho, pronto lo estará. —No pude evitar sonreír—. Recientemente, aceptó convertirse en mi esposa.

El señor Palmer se relajó.

—Buenas noticias.

—Gracias. —Estaba seguro que él quería decir que era feliz porque ella no se le presentaría como una posible novia. Especialmente, cuando su madre participaba en emparejamientos no deseados.

James tomó un trago de su cerveza y volvió a dejar la taza.

—Los Gatley estuvieron recientemente en la residencia, pero probablemente ya se habrán ido, cuando regresemos.

—Es una pequeña fiesta en casa —destaqué—. Me temo que no hay señoritas a las que tirarle la gorra.

El señor Palmer sacudió la cabeza y su postura se relajó aún más.

—Eso es un alivio. Mi gorra quisiera permanecer firme en mi cabeza. —Se puso de pie, sacudiéndose la parte delantera del chaleco—. Iré con ustedes, el resto del camino. Puedo bajar en un cuarto de hora.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dije, estando seguro que ese hombre tardaría más de quince minutos para lucir presentable.

Se fue, subió las escaleras y desapareció de la vista.

—Esto fue fortuito —murmuró James.

—Creo que su querida mamá se alegrará por su presencia.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva escondido aquí?

Consideraré la comodidad, en la que había estado durmiendo, y luego pensé en su dormitorio.

—Lo esperaban hace más de una semana, así que me atrevo a decir que ha estado escondido, al menos durante ese tiempo.

—No envidio al hombre. Felicity ha comentado que no ha sido el mismo desde la muerte de su padre. He visto el dolor consumir a la gente. Espero que eso no le pase a él.

Esperamos casi media hora hasta que reapareció Daniel. Ese tiempo fue suficiente, mientras pedíamos y compartíamos otro pastel de carne. Trajo su baúl y entró en el salón, luciendo como un hombre completamente diferente. Su rostro estaba más fresco, afeitado y su cabello húmedo, limpio y en orden. Tenía los ojos enrojecidos, pero se habían aclarado un poco, y su ropa estaba fresca. Tenía todo el aspecto de un caballero, aunque muy cansado y con un aspecto ligeramente enfermo.

—Supongo que ya es hora —dijo.

No entendí su aprensión. Su madre parecía absolutamente encantadora y ansiaba volver a verlo. Era una emoción que conocía íntimamente, ya que deseaba ver a Marianne con la misma intensidad.

Solo media hora más, y ella volvería a estar en mi punto de mira.

Capítulo 33

Marianne

—Su nieto es una delicia —dijo la señora Bradwell, sonriendo a Frederick, mientras él alineaba sus animales de madera en el suelo.

—Lo has encontrado en un momento más tranquilo —destacó Julia, pero sonrió con indulgencia a su hijo.

Mi madre miró a Frederick.

—Todos los nietos parecen absolutamente encantadores, ¿no es así?

—En efecto. Estoy ansiosa por tener uno propio.

Felicity no dijo nada y me pregunté si preferiría un cambio de conversación. El señor Darcy acudió en su ayuda, saliendo de debajo del sofá y estirando la espalda.

Frederick levantó la vista de su elefante de madera, y su ansiosa mirada se posó en el gato de inmediato. ¡Cielos! La señora Bradwell estaba a punto de comprobar lo desagradable que a veces podría llegar a ser Frederick.

—¡Gatito!

El señor Darcy se quedó paralizado a medio paso, y miró a Frederick.

—Cariño, sé gentil —le advirtió Julia.

Frederick se acercó a mi nervioso gato y lo levantó, estrechándolo con amor y profundo afecto.

—¡Gatito!

El señor Darcy aceptó el abrazo con gracia. Me puse de pie, crucé hacia ellos y me arrodillé, ante mi sobrino.

—No queremos presionar demasiado al señor Darcy, o no querrá abrazos en el futuro. — Suavemente, lo liberé de sus brazos, y tomé al gato en mi regazo, acariciando su espalda—. ¿Lo acariciamos suavemente?

Frederick se arrodilló, apoyó la cabeza en la espalda del señor Darcy, y lo abrazó nuevamente.

—Gatito suave —expresó en voz baja.

El señor Darcy no rechazó esta insinuación. Quizás el gato podría aceptar mejor a Henry, porque claramente era adaptable. Hace unas semanas atrás, ni siquiera habría permitido tal afecto público por parte de nadie.

—Tienes habilidad con los niños —resaltó la señora Bradwell.

La miré. Pronto se convertiría en mi suegra y su aprobación me inundó de orgullo.

La puerta se abrió y Shaw entró. Tenía una pila de papeles en la mano, que me parecían extrañamente familiares, y el corazón se me subió a la garganta, cuando reconocí el documento sucio.

Él sostuvo mi manuscrito.

Me puse de pie de un salto, antes que mi madre me llamara. El señor Darcy saltó de mi regazo y corrió hacia el borde del salón. Frederick corrió tras él.

—Creo que eso me pertenece —dije con voz temblorosa.

El señor Shaw pasó la mirada de los papeles, que tenía en las manos, a mí, y asintió.

Solté una risa incómoda, aceptándolos.

—Me preguntaba adónde había llegado esto. —Pensé que tal vez se habían escapado con el

viento, o algo igualmente deprimente había sucedido. Me alegré que estuvieran aquí, incluso si lo más probable es que estuvieran arruinados y fuera necesario reescribirlos.

—¿Esos son tuyos? —preguntó mi madre, alzando las cejas hasta la frente—. Pero... es una novela.

Mi garganta se apretó y mi cuerpo se congeló. ¿Los había encontrado ella primero? Mi secreto estaba desnudo y abierto en mis manos. Cada par de ojos en el salón se dirigió hacia mí. Julia, mi madre, Felicity, la señora Bradwell y Lady Moorington. Había mucha gente aquí y cualquier respuesta moriría en mi lengua.

—¿Quieres decirnos que escribiste una novela? —preguntó Julia.

“Así es, pero, ¿puedo hacer pasar esto como una carta extremadamente larga?”

Miré hacia la pila de papeles, que tenía en mis manos. Había demasiadas páginas y esto no podía ser una misiva.

Mi madre negó con la cabeza.

—¿Mari? No comprendo.

—No es algo que quisiera que fuera ampliamente conocido —dije débilmente.

Parecía sentir que la audiencia me estaba desanimando, pero en este punto, sería mejor explicárselo a todos. El secreto fue revelado y, en cierto modo, todos en el salón, eran mi familia, o lo serían pronto. Incluso Lady Moorington, la tía de mi cuñada, se convertiría en parte de mi familia, y también, la señora Bradwell, la madre de mi marido.

“Sí, mi marido”.

Incluso pensar eso me provocó cierta emoción. Mi corazón estaba ansioso por volver a verlo. Si estuviera aquí ahora, me habría apoyado, independientemente si hubiera decidido contarles o no sobre mi autoría. Esa comprensión solo sirvió para recordarme que tenía una opción. Había decidido hace mucho tiempo, que no podía compartir esta información con nadie por miedo a que no la comprendieran, me juzgaran o desaprobaran. Pero esa era simplemente una forma cobarde de no verme obligada a confiar, en las personas que amaba.

Al igual que con Henry, no podía confiar en mi madre, mi hermana o mi padre, sin antes darles un voto de confianza.

Me aclaré la garganta.

—Sí. Escribí una novela. En realidad, he escrito dos.

Las miradas sorprendidas y en blanco regresaron a mí, así que hice lo único que se me ocurrió: llené el silencio.

—Tengo la intención de publicar con mis iniciales. Un editor de Londres compró el primer libro hace tres años, pero...

—¿Tres años? —protestó mi madre—. ¡Cielos! Cariño, ¿por qué guardaste el secreto durante tanto tiempo?

—Porque tenía miedo que no aprobaras esto, o que no disfrutaras mis historias. Y temía que eso desagradara a papá.

Pude ver que ella me entendió y no dijo nada más.

—Esperaba que si pudiera publicar mis novelas y encontrar una manera de sustentarme con ellas, no necesitaría casarme por seguridad, y podría encontrar una pareja por amor.

—Todo lo que siempre quise que encontraras fue un matrimonio por amor —aclaró mi madre, en voz baja.

—Lo sé. —Sonreí—. Y eso es lo que tengo.

Julia se burló.

—No puedo creer que hayas escrito una novela... dos novelas —corrigió—. ¿Podemos

leerlas?

—Ojalá puedas hacerlo pronto. —Miré el desorden de papeles en mis manos, el barro y la condensación habían borrado algunas de las palabras—. Me temo que esto quedó esparcido afuera. Necesito devolver estas páginas al orden, que les corresponde, y me temo que tendré que reescribir muchas de ellas. ¿Si me disculpan? —Observé a mi madre, quien asintió con una sonrisa brillante. Podía sentir su orgullo irradiando, y eso me dio coraje.

—¡Esto es maravilloso! —destacó Lady Moorington—. Seré la primera en la fila de Hatchards, cuando tu libro llegue a sus estantes.

—Puede que no tenga mi nombre.

—Tu secreto está a salvo con nosotras —insistió la señora Bradwell.

Dejé escapar un suspiro, y estaba muy aliviada. Mantener mi identidad alternativa, en secreto, durante tanto tiempo había sido agotador. No deseaba que toda Inglaterra supiera que yo era la autora de estos libros, al menos, todavía no, pero tener a mi familia al tanto de la situación, seguramente haría esto más fácil, y aliviaría parte de la tensión de ocultarlo.

El señor Darcy hizo un sonido incómodo al otro lado del salón.

—¡Oh! Frederick, déjalo en paz —dijo Julia.

Crucé la habitación y recogí a mi gato, para consternación de mi sobrino.

—Creo que el señor Darcy necesita mi ayuda.

—Quiero gatito.

—Gatito volverá más tarde, pero gatito necesita una siesta.

Julia se levantó.

—Frederick también necesita una siesta.

* * *

Trabajé durante la mayor parte de la tarde para organizar la novela, en el orden correcto. Solo había media docena de páginas, que estaban arruinadas más allá de la legibilidad, y las reescribí lo mejor que pude. Necesitaría reescribir la novela entera, antes de enviarla a cualquier editor, si quería que me tomaran en serio. Al menos podría ofrecerle esto a Henry para que primero la leyera.

Keene me ayudó a vestirme para la cena.

—¿Han regresado los hombres? —le pregunté.

—¡Oh, sí! Regresaron hace más de una hora.

—Eso es un bendito alivio.

—También trajeron al señor Palmer con ellos.

Miré hacia ella.

—¿El señor Palmer? ¿Qué quiere decir con que lo trajeron?

—Él llegó con ellos. He oído algo acerca que los señores Bradwell lo encontraron en un pub.

—¡Oh, cielos! —Esto no era prometedor—. ¿Puede hacerme un favor, Keene?

Dejé de recoger mi vestido del borde de la cama y me miró.

—Por supuesto, señorita.

—Esperaba poder hablar en privado con Henry, antes de cenar. ¿Le puede pedir que se reúna conmigo en la biblioteca?

Ella sonrió y no pude evitar encontrar que su expresión es contagiosa.

—De inmediato, señorita.

Cogí mi manuscrito, me revisé el pelo en el espejo, y bajé a la biblioteca. Mi corazón se

aceleró. Tenía muchas ganas de volver a verlo.

Afortunadamente, el hombre no me hizo esperar mucho.

La puerta se abrió con un chirrido y Henry entró, cerrándola detrás de él.

—Deberíamos haber conseguido un compromiso desde el principio. Proporciona mucha más privacidad, ¿no? —Su voz baja era reconfortante.

Me recliné para sentarme contra el escritorio, ocultando el manuscrito detrás de mí. No pude evitar la sonrisa, que se dibujó en mi rostro, porque verlo trajo tanta alegría a mi corazón.

Llevaba papeles consigo. Los dejó en el escritorio, a mi lado, mientras sus brazos rodeaban mi cintura, atrayéndome para abrazarme, y su sien estaba descansando contra la parte superior de mi cabeza. Inhaló lentamente y sus brazos me rodearon con más fuerza.

—Me alegro de tenerte aquí. —Respiré, cómoda y segura.

—¿Te hablaron del cochero?

—No.

—Un granjero lo encontró. —Su tono fue suficiente para entender que el hombre no había sido encontrado con vida, y yo no deseaba conocer más detalles que eso.

—Me temo que habrá un resultado similar que con el capitán Neal.

—Tenía la esperanza que el hombre siguiera vivo el tiempo suficiente para responder por sus acciones. —Henry se burló.

—Y aquí ni siquiera quiero hablar de él. —Me recliné. Henry aflojó su agarre, pero no me soltó.

—Entonces, no hablaremos de él —replicó resueltamente.

—Te traje algo.

—También te traje algo.

—¿El próximo capítulo?

—No... Traje el primer capítulo de mi nuevo libro. —Él sonrió, dejando al descubierto sus dientes perfectos y ligeramente desiguales.

—Pensé que no deseabas que lo leyera. —Mi corazón tartamudeó.

—Creo que debe ser sobre ti, por la facilidad con la que esto fluyó de mi pluma, así que tienes todo el derecho a ello.

—Una historia de amor. —Mi corazón galopó.

—Precisamente.

—En ese caso... —Di vuelta y cogí la novela manchada de suciedad con el pulso acelerado —. Estaba tratando de contarte esto anoche, cuando intervino el capitán Neal.

—¿Estaban afuera?

—Recibí una nota, diciéndome que nos reuniéramos en el sauce. La leí tan rápido, que no vi nada malo en la letra. El lugar de reunión era el mismo que te había escrito, así que tiré la nota al fuego, y bajé.

—No me digas que ese canalla tiene una mano similar a la mía.

—Fue complicado, pero creo que así es, porque no cuestioné quién lo escribió.

Henry miró los papeles que yo sostenía.

—¿Me permitirás leer tu novela?

—Quiero que lo hagas. Tomé la decisión ayer. Mi madre también lo sabe, pero aún no se lo he contado a mi padre.

Él tomó mis hojas y me entregó las suyas.

—¿Fingimos cansancio y volvemos a nuestras habitaciones a leer? —pregunté.

—Me temo que ahora que todos conocen nuestros escritos, se darán cuenta directamente de

esa excusa.

—¿Todos? ¿A quién se lo has contado?

Hojeó las primeras páginas, antes de volver a centrar su atención en mí.

—James... Mi hermano fue un gran apoyo. Ahora debo decírselo a mi madre.

—Bueno, ella sabe de mí. Todas las mujeres de la casa lo saben.

Una sonrisa apareció en sus labios, llamando mi atención allí.

—¡Míranos, incapaces de guardar un secreto!

—Creo que hicimos un trabajo maravilloso hasta ahora, y no creo que confiar a otros esas cosas privadas e importantes signifique que hayamos fracasado. Encuentro un gran éxito en ello.

—Yo no podría haberlo dicho mejor. —Se inclinó para besarme, atrapando las páginas entre nosotros, mientras me acercaba, y sus labios encontraron los míos. El señor Darcy saltó al escritorio detrás de mí, y Henry retrocedió, pero el gato no lo atacó. Se acurrucó y se sentó en las páginas que Henry me había traído.

—Creo que te has ganado la aprobación del señor Darcy —dije.

Henry me besó de nuevo.

—Te amo —me susurró al oído con una dulzura que encarnaba al hombre que era.

—Yo también te amo.

Capítulo 34

Marianne

La incorporación de Daniel Palmer a nuestra fiesta, en casa, no había hecho más que provocar a Lady Moorington un ataque de placer, y a Lord Moorington cierto resentimiento. Sin embargo, aplaudí la habilidad del conde para ocultar su irritación. Aparte de las sonrisas con las mandíbulas apretadas y el ceño constantemente fruncido, él parecía perfectamente tranquilo.

Nos dirigíamos hacia el salón, después de cenar, cuando Keene abrió la puerta de servicio situada en la pared, y sus ojos muy abiertos miraban a Shaw y a mí.

El mayordomo dejó su puesto, en la puerta del salón, y le habló con severidad. Ella respondió, en un susurro, y él miró directamente a papá. Algo estaba pasando y estaba casi segura que tenía que ver con el capitán Neal.

—Me temo que el capitán Neal ha despertado —nos transmitió Shaw.

—¿El médico?

—Llamamos al médico —ratificó Keene.

—Yo me ocuparé de él —asintió mi padre.

Me moví para seguirlo y la mano de Henry se estiró para agarrar la mía. Parecía preocupado, pero no tenía por qué sentirse así. Le di un apretón tranquilizador y él me soltó.

—Caminaré contigo, papá. Me gustaría saber su condición.

Mi padre me ofreció su brazo, llevándome escaleras arriba. Cuando llegamos al pasillo, él dudó.

—No estamos seguros en qué estado lo encontraremos.

—No tengo ningún deseo de ver o hablar con el capitán Neal.

Mi padre parecía aliviado.

—Me preguntaba, si esperas que él rindiera cuentas.

—Esta noche no, al menos. Aunque su mala salud es culpa suya, y eso podría ser suficiente castigo.

—De hecho. —Él estuvo de acuerdo, pero parecía preocupado por mi declaración.

Estaba segura que no creía que me correspondiera exigirle a Neal, que rindiera cuentas, del mismo modo en que no tenía derecho a escribir libros, reunirme con un editor, o hacer aquellas cosas, en las que las mujeres no eran bienvenidas. Respiré profundamente.

—Fue mi estupidez la que me llevó afuera anoche y lo acepto. El hombre me hizo daño, y me gustaría ver que no pueda tratar a ninguna otra joven de la misma manera.

Papá me miró con el ceño fruncido.

—¿Elegiste caminar afuera anoche?

—*¡Oh, cielos! ¿Él no lo sabía?* Tragué.

—Tenía la impresión que Henry me esperaba.

La mirada perturbada, que cruzó su rostro, me hizo explicarle rápidamente.

—Solo para poder darle algo. No fue así, es decir, necesitaba... —Respiré profundamente —. Un libro... Escribí un libro y quería que Henry lo leyera.

Mi padre estaba muy quieto.

—¿Escribiste un libro?

—Dos libros. Uno de ellos está con un editor, pero no lo envían a imprimir, probablemente porque descubrieron que yo soy una mujer. Henry me está ayudando a encontrar un nuevo editor

sin revelar nada sobre mí.

Mi padre guardó silencio y el momento se prolongó entre nosotros. Podía escuchar sonidos provenientes del salón cerca de la base de las escaleras, pero el lugar estaba perfectamente aislado de donde estábamos. Me miró por un momento, mientras que su cabeza ladeada hacia un lado, en un estado de confusión.

—¿Por qué no nos lo has dicho?

—Pensé que no estarías contento con eso.

Sacudió la cabeza lentamente, y me abrazó.

—Estoy impresionado, querida, y sorprendido. Ojalá hubieras sabido que podías pedirme ayuda. No era necesario que lo hicieras por tu cuenta.

La conmoción me recorrió, como las pequeñas olas en nuestro lago.

—¿Lo apoyas? Pero soy una mujer. No lees libros escritos por mujeres.

—Sí, porque no me atraen. No porque sean escritos por mujeres. Me encantaría leer tu libro de todos modos.

“¿Lo juzgué tan terriblemente mal? ¿Mi padre realmente respeta lo que he logrado?”

Él dio un paso atrás con cierto orgullo brillando en sus ojos, y supe de inmediato que lo había malinterpretado antes. O tal vez, él no valoraba a las mujeres, como autoras, hasta ahora, pero sí me valoraría a mí, y yo podría demostrar que su opinión anterior estaba equivocada.

—Si espero aquí, ¿me dirás cómo está? —pregunté, atraída por una repentina curiosidad.

—Por supuesto. —Entró en la habitación y yo esperé en el pasillo, escuchando el murmullo de voces ininteligibles, al otro lado de la puerta. Debió haber pasado un cuarto de hora, cuando mi padre regresó a mí.

La mueca que mi padre mostraba no era prometedora.

—Me temo que no le queda mucho tiempo en este mundo.

—¿Habló contigo?

Papá negó con la cabeza.

—No tiene familia a quien informar —dije.

—¡Qué lástima!

Llegó el médico y siguió a papá al interior de la habitación. Me escapé para unirme a la fiesta, y los encontré jugando charadas en el salón.

Me senté en una silla vacía cerca de mi madre, y vi como Henry me sonreía desde el otro lado del salón. Había mucho trabajo por hacer, antes de poder enviar mi novela, pero sabía que con su ayuda encontraría al editor adecuado.

Daniel Palmer le dio un acertijo al grupo:

—¿Qué hay que romper para poder usarlo?

—¿Un reloj? —preguntó mi madre.

—Un huevo. —Lord Moorington chasqueó los dedos.

La mirada de Daniel solo se dirigió brevemente a su padrastro, en un reconocimiento por lo que había escuchado.

—Sí.

—Has llegado justo a tiempo, ¿sabes? —dijo Lady Moorington.

—¿Oh? —Daniel volvió a tomar asiento, mirando a su madre.

—Sí. Tendremos un baile al final de la semana para celebrar el compromiso.

—¡Oh! —lo repitió sin emoción. Se pasó una mano por el pelo oscuro—. ¡Qué grandioso!

—No temas —aclaró James—. Mi esposa no baila. Puedes acompañarla tantas veces como quieras, y sentarte afuera toda la noche.

Lord Moorington tosió.

—Él cumplirá con su deber. Es un hombre Palmer.

—Sí, milord —expresó Daniel, aunque detecté sarcasmo en su tono.

En cuanto a mí, no podía esperar para volver a bailar con Henry.

Capítulo 35

Henry

Cuando regresamos de un paseo, a la mañana siguiente, Shaw me tendió una bandeja que contenía dos cartas. Las tomé y le di las gracias, dándoles la vuelta para descubrir al remitente. Levanté la vista y encontré la mirada de Marianne.

—¿Son ellos? —preguntó sin aliento.

—Sí. —Tomé su mano—. Ella recogió su falda de hábito con la otra mano para evitar que se arrastrara—. Las leeremos juntos.

Caminamos por el pasillo, pasamos por el salón, donde nuestras madres chismorreaban, hacia las puertas abiertas, que conducían al salón de baile. Dos hombres estaban pintando diseños en el suelo para el baile, que se celebraría dentro de dos días, mientras que una criada colocaba velas nuevas en la lámpara de araña, que se encendería esa noche. Tiré de la mano de Marianne hasta que llegamos a la pared del fondo, donde la luz entraba por las largas ventanas y nos inundaba de calidez.

La miré.

—¿Te gustaría abrirlas?

—No. Apenas puedo soportar el suspenso. —Ella me miró, esperando.

Me apresuré a abrirlas y a examinar las palabras, luego se las entregué para que ella misma las leyera, letra por letra.

—Tres editores interesados, Mari. ¡Son tres! Puedes decidir.

—¿Me aconsejarás?

—Por supuesto. —Sonreí—. Sabía que lo querías. Ya no hace falta que te preocupes por Marbury.

—¿Por cualquiera de nosotros, tal vez? —preguntó.

Miré sus profundos ojos marrones.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando seleccionemos un editor y le enviemos mi manuscrito, tú también debes enviar el tuyo... Esa historia original, antes que la cambiaras.

“La historia original de aventuras sin romance, ella quiso decir eso”.

—¿Qué deje a Marbury? Pero, él ha hecho mucho por mí.

—Deberías estar agradecido, por supuesto, pero ambos sabemos que la historia, que escribiste primero fue la mejor. Si Marbury no la quiere, deberías buscar a alguien más que sí la quiera. —Ella tomó mi mano—. No es deslealtad. Es permanecer fiel a ti mismo. Puedes contarle tu plan primero y darle la oportunidad de cambiar de opinión.

—No creo que lo haga.

—Entonces, haz lo que quieras, y busca a alguien que publique la historia que quieres contar. ¡No necesitas cambiarla para complacer a los demás! Tú y tus palabras son perfectas tal como son. —Ella se encogió de hombros

Me incliné hacia adelante y la besé, sin prestar atención a los sirvientes, que trabajaban a nuestro alrededor, ni a cualquier otra persona que pudiera pasar. Lo único que me importaba, en ese momento, era esta mujer.

—Quizás lo haga.

Ella sonrió, luego desdobló las cartas y las leyó de nuevo.

Se oyeron pasos por el pasillo, guiando a alguien hacia nosotros. Levanté la vista y encontré a la señora Hutton, en la puerta, con una expresión de preocupación, en el ceño.

—Esto será suficiente por ahora —dijo a los sirvientes. Ellos cesaron sus esfuerzos y la vieron con confusión—. El cocinero tiene té preparado en la cocina para ustedes. Pueden continuar después.

—¿Mamá? —Marianne se levantó, cruzó el suelo pulido y reluciente, evitando la pintura fresca, y yo la seguí. La criada del candelabro y los hombres, que pintaban el piso, dejaron a un lado sus herramientas y salieron del salón, dejándonos solos—. ¿Cuál es el significado de esto?

—El capitán Neal ha muerto.

Marianne respiró profundamente.

Yo, por mi parte, no me sorprendí, aunque ciertamente esto ensombreció mi estado de ánimo.

—Por muy desagradable que fuera nuestra relación con ese hombre, me preocupa que nuestra celebración no sea de buen gusto. —Se adelantó y nos tomó a Marianne y a mí por los antebrazos—. Aunque deseo de todo corazón, que no tengamos que cancelar.

—¿Debemos cancelar? —pregunté—. El hombre era un sinvergüenza que intentó obligar a Mari a casarse con él. No celebraremos su muerte, pero tampoco creo que nadie piense que la casa deba ponerse de luto.

—No, ciertamente, no planeábamos hacerlo. —La señora Hutton dejó caer nuestros brazos y juntó las manos con el ceño fruncido, en señal de concentración—. Es cierto que no nos vestiremos de negro por él. Es una lástima... pero creo que tienes razón. Como es el viernes, esto no debería considerarse desconsiderado.

—¿Papá ha localizado a alguien de su familia? —preguntó Marianne.

—No. Parece que el capitán decía la verdad. Tu padre ha escrito a la oficina naval, y se encargará que esto se informe por los canales adecuados. —Ella respiró profundamente, y sacudió la cabeza—. Si estás segura que no quieres que lo despidan deshonrosamente de su puesto...

—No. Pronto esto será olvidado, y como ese era su peor temor, creo que esto es un castigo suficiente sin necesidad de arrastrarnos, a través del barro de los chismes.

La señora Hutton asintió con la cabeza.

—Supongo que procederemos, según lo planeado, por ahora.

—Creo que es lo apropiado —ratificó Marianne.

La señora Hutton volteó hacia mí y su sonrisa perdió su tono de preocupación.

—Me alegra mucho darte la bienvenida a nuestra familia, Henry. —Ella apretó mi mano y se fue.

* * *

Marianne

Mi vestido para el baile era magnífico. Azul cielo con bordados blancos por todas partes. Me quedó como el de un sueño, lo cual me hizo sentir como una princesa, cuando entré al salón de baile. Keene había hecho un gran esfuerzo para arreglar mi cabello, en rizos, recogidos en un diseño favorecedor, en lo alto de mi cabeza, y acentuando mi cuello desnudo. El salón brillaba con las llamas danzantes de cientos de velas, y la energía emocionada de los invitados, que ya habían llegado.

Ocupé mi lugar, junto a mi madre, cerca de la puerta.

—¿Henry ya ha bajado?

—Sí. —Ella observó por encima de mi hombro—. Aquí viene.

Miré para encontrarlo, acercándose, y mi corazón casi se dio por vencido. Llevaba un abrigo verde botella sobre pantalones negros, y su cabello castaño y rizado, rico en color, estaba desordenado sin esfuerzo. Su atención estaba fijada en mí. Su mirada era directa, y no dejaba dudas sobre el objeto de sus pensamientos.

“¿Se considera de mala educación escaparse con el prometido, durante un baile de compromiso, para estar solos por un momento?”

—Es guapo —me recordó mi madre, en voz baja.

Tragué. No habría manera de escabullirnos, mientras nos vigilaran tan de cerca.

—De hecho, lo es.

Henry hizo una reverencia a cada una de nosotras. Le ofrecí mi mano y él la levantó para besar mis nudillos enguantados.

—¿Estás preparado para reunirte con todo el condado? No creo que mi madre ahorrra papel al enviar invitaciones.

—Más que solo nuestro condado —dijo mi madre—. Prepárate para que la mitad superior de Inglaterra te felicite.

Henry soportó las burlas fácilmente.

—Les daré la bienvenida. Cuanto mayor sea la multitud, más tiempo se me permitirá permanecer al lado de Marianne, esta noche, con el pretexto de dar la bienvenida a sus amigos.

—Eres muy encantador. —Mi madre soltó una risita.

—Mi hermano se ha ganado esa descripción, en nuestra familia —expresó Henry—. Aunque Marianne tiene la costumbre de sacarlo a relucir en mí.

Mi madre me miró con ternura.

—Creo que has tomado la decisión correcta en cuanto a tu marido, cariño.

No podría haber estado más de acuerdo.

Con Henry a mi lado, dimos la bienvenida a todos los conocidos, que vivían a una distancia razonable, hasta que nuestro salón de baile se convirtió en un verdadero atolladero. Según los estándares del baile country, habíamos superado incluso mis expectativas, y conocía la propensión de mi madre a excederse en su lista de invitados. Cuando Henry pudo llevarme a la pista de baile, ya era tarde. Me guió a través de un boucher hasta que llegó el momento de pasar al siguiente compañero. Cuando terminó el baile y regresé de nuevo en los brazos de Henry, estaba bastante lista para el vals, que venía a continuación.

Al final, él también se me acercó, moviéndose con su mirada fija en la mía.

—He tenido un poco de tiempo para leer esta semana —dijo en voz baja.

—¿Oh? ¿Has encontrado algo en la biblioteca de mi padre que te interese?

—No. No he tenido tiempo de mirar allí. He estado ocupado con tu novela, querida.

Mi corazón saltó a mi garganta.

—¿Hasta qué punto has leído la historia?

—Toda...

Quería evadir ese discurso. Descubrí que no podía levantar los ojos para ver la expresión que él tenía. Su tono era juguetón y amable, pero temía el desinterés o el aburrimiento que encontraría en él.

—Me encantó, Mari.

—No puedes decir eso. —Levanté la vista bruscamente. La calidez de sus ojos azules verificaba su honestidad.

—No me sorprendió que me encantara. ¿Cómo podría no hacerlo, cuando amo a la mujer

que lo escribió?

Mi cuerpo estalló con suaves mariposas, no forzadas ni solicitadas.

—Me gustaría besarte ahora mismo.

El azul de sus ojos se hizo más profundo.

—Puedo hacer que eso sea una posibilidad.

Cuando la música llegó a su fin, Henry tomó mi mano y la colocó sobre mi brazo herido. Sonrió afable y me condujo hacia la terraza, a paso tranquilo. A pesar de los latidos de mi corazón, no sentía suficiente urgencia por parte de Henry. Sus pasos lentos y su forma suave de moverse, entre la multitud, no eran indicativos de un hombre, que quisiera besarme tanto, como yo deseaba besarlo a él.

Cruzamos las puertas abiertas y salimos a la cálida noche. Aunque la brisa fue un suave alivio de la congestión, en el salón de baile. Las parejas se reunieron en grupos con los rostros iluminados por las antorchas colocadas alrededor de la terraza. Henry me empujó suavemente hacia el borde.

—No hay privacidad aquí.

—Allí está la sala de la mañana —dije, señalando una puerta en el extremo opuesto de la terraza.

Henry tiró de mí y se detuvo para saludar a un amigo, antes de dirigirse nuevamente hacia la puerta de la sala de estar.

—Seremos vistos —susurré, cuando intentó abrir la puerta.

Me miró y abrió la puerta.

—Ya estamos comprometidos.

Mi corazón se sumergió en la sala, y mis pies lo siguieron. Las manos de Henry rodearon mi cintura, antes que la puerta se cerrara por completo. Me giró para que mi espalda quedara pegada a la pared, luego se inclinó y presionó sus labios contra los míos, en un beso largo y lento.

Henry se reclinó y apoyó su frente contra la mía, con la respiración entrecortada.

—Te amo.

—Yo también te amo —dijo. Luego se inclinó y me besó de nuevo.

Epílogo

Marianne

Dos años después.

Mis dedos tamborilearon sobre mis rodillas, y mis ojos se dirigieron a la puerta cerrada, a través de la ventanilla del carruaje. Deseé haber traído a Keene, aunque solo fuera para hacerme compañía. La espera se hacía interminable, y cada vez más insoportable. ¿Cuánto tiempo había estado allí? ¿Treinta minutos? Parecían años.

—¿Dónde está? —murmuré, inclinándome hacia adelante para ver mejor a través de la ventana.

La puerta de la oficina editorial de Marbury se abrió, y me recliné rápidamente, en mi asiento. No quería que él me pillara espiando.

Henry cerró la puerta detrás de sí, se acercó al carruaje, subió al interior y golpeó el techo con los nudillos.

—¿Bien? —pregunté con más aliento que palabras legibles.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

Chillé.

—¿Lo hiciste? —Salté en mi asiento y el movimiento del carruaje me arrojó contra Henry—. Él me atrapó.

—¡Cuidado! —amonestó, bajando la mirada, mientras sus cejas se juntaban.

—El bebé está bien —dije, ignorando su preocupación—. Necesito detalles, Henry, y no me los estás proporcionando, tan rápido como lo espero.

Él se acercó y me quitó un pelo suelto de la frente.

—Marbury me vendió el manuscrito. ¡Lo tengo!

—¿Cuánto costó? ¿Cien libras?

—Diez. —Su sonrisa fue victoriosa.

Él me robó el habla.

Henry metió la mano en su bolsillo, sacó el contrato firmado y me lo entregó.

—Tu novela vuelve a ser tuya, mi amor.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Podemos llevársela directamente a Johansson, ahora, si lo deseas.

—Por supuesto. Ya le dije que podría quedársela, si alguna vez lograba recuperar mis derechos.

El carruaje se detuvo, y Henry salió, antes de girar para ayudarme a bajar.

—¿Qué estamos haciendo? —Miré hacia arriba y encontré el escaparate con adornos verdes de Hatchard. Un pequeño grito ahogado se escapó de mi garganta—. ¿Sabías de esto?

La sonrisa de Henry no podría haber sido más amplia. Me llevó hacia la ventana y mis dedos se posaron en el cristal. Mi libro, *Una viuda paciente* de “M. H. B.”, estaba justo en el centro de la exhibición, rodeado de flores de papel, dobladas en un intrincado diseño.

—Me avisaron. Resulta que Felton es bueno para algunas cosas.

—Ese hombre tonto —murmuré, con una amplia sonrisa—. ¿Sigue intentando ganarse tu perdón, después del fiasco de Gatley? Eso fue hace más de dos años.

—Le dije que no puede demostrar que ha cambiado, proporcionándome información, pero

parece que no puede evitarlo.

—Lo adoras de todos modos.

Henry hizo un sonido evasivo, aunque yo sabía que ese era el caso. Ya no guardaba rencor. Había perdonado a su ayuda de cámara muy rápido, si mal no recuerdo.

—¿Entramos? —Henry sostuvo la puerta y entré a Hatchards a curiosear. Encontramos nuestros dos libros en los estantes, y nos alegraba ver que quedaban muy pocos. Cuando llegamos al mostrador, llevamos cuatro libros nuevos, entre los dos, me hice a un lado para que Henry pudiera pagar. Apoyé mi mano sobre mi vientre redondeado, y sentí al bebé pateándome. Al parecer, él o ella estaba tan feliz de estar en una tienda de libros, como sus padres.

—Hermoso escaparate —dijo Henry.

—¿Ha leído *Una viuda paciente*? —preguntó la empleada, tomando el dinero de Henry.

—Sí —respondió, lanzándome una sonrisa divertida—. Ambos lo hemos hecho.

—¿No es encantadora? —dijo ella efusivamente—. También estoy medio enamorada del señor Dalton.

Henry se rió.

—¿Quién no lo estaría? Es el héroe perfecto.

—¿Ha oído el rumor que el autor le puso el nombre a ese personaje debido al famoso novelista de aventuras?

—¿Usted lo dice? —preguntó Henry—. ¡Qué interesante!

—No lo creo —continuó la empleada, envolviendo las compras en un grueso papel marrón. Le entregó a Henry nuestra pila de libros envueltos y atados con cordel—. Pero supongo que nunca se sabe. ¡Que tengan un hermoso día!

—Gracias. —Henry se puso los libros bajo un brazo, y me ofreció el otro—. ¡Qué rumor tan fantasioso!

Sonreí, salí y dejé que la cálida luz del sol bañara mi cabeza.

—Fantástico, ciertamente... —Respiré profundamente—. No puedo creer que finalmente recuperamos los derechos.

Caminamos calle abajo hacia nuestro carruaje, que nos esperaba.

—¿Quieres saber la mejor parte de recomprar tu manuscrito?

—¿Qué?

Henry se inclinó y me dio un beso en la parte superior de la cabeza.

—La expresión del rostro de Marbury cuando le dije que "*M. H.*" era el mismo "*M. H. B.*" que publicó *Una viuda paciente*, la novela más popular, en Inglaterra.

Me atraganté y la risa brotó de mi pecho.

—¡No hiciste eso!

Él me miró con afecto.

—No pude evitarlo. Es seguro decir que se arrepentirá de sus decisiones por el resto de su vida.

La satisfacción se acumuló cálidamente en mi estómago. Dejé que Henry me ayudara a subir al carruaje.

—No puedo decir que me arrepienta de sus decisiones. Si él lo hubiera publicado, nunca habríamos tenido un acuerdo.

Henry se sentó a mi lado en el estrecho banco.

—Es cierto, mi amor. ¡Gracias, Marbury!

—Y los libros. No podemos olvidar el rol importante que desempeñan.

Él se inclinó y me besó, mientras el carruaje avanzaba para llevarnos a casa.

—¡Gracias al Cielo por los libros!

El fin.

Una nota de la autora

Al investigar el proceso de publicación, durante la época de la Regencia, conseguí información sobre nuestra querida Jane Austen y el accidentado camino que recorrió hasta llegar a publicar sus libros. Su lucha duró demasiado tiempo, y debido a que ella era una mujer, sufrió limitaciones y obstáculos, que no hoy en día, las autoras no enfrentan. Al respecto, como homenaje a la señorita Austen, decidí incluir aspectos de ese proceso en mi libro. En cierto sentido, mi personaje Marianne es como Jane Austen.

Al igual que Marianne, Jane vendió su primer manuscrito por apenas diez libras. El mismo tampoco fue publicado y se negaron a volvérselo a vender. El hermano de Jane (que manejaba la mayoría de sus asuntos y se comunicaba con sus editores) visitó al editor, años después, y compró el manuscrito por las mismas diez libras. Al salir de la oficina del hombre, no pudo evitar revelar que este era un libro de la misma autora, que había escrito *Sentido y sensibilidad*, el cual, en ese momento, fue un éxito. Imagino que el editor se arrepintió de esto por el resto de su vida.

Jane también revisaba sus manuscritos, escribiendo las nuevas frases y fijándolas en el papel con alfileres de costura. Al principio, no publicaba bajo su propio nombre, sino con el de: “*A Lady*” (Una dama), y aunque sus libros ganaron popularidad, mientras ella estaba viva, no se hizo muy conocida hasta mucho tiempo después. Sin embargo, he leído informes contradictorios sobre su popularidad, y creo que el hecho que fue invitada a visitar al príncipe regente, ya que él era un gran admirador de sus libros, probablemente demuestra que ella sí había alcanzado cierto nivel de fama, en ese entonces.

En mi humilde opinión, Jane Austen merece el agradecimiento por escribir la mejor historia de amor de todos los tiempos, y me encantó añadir el nombre de esa novela, en esta historia. En lo que respecta al señor Darcy, el gato, mientras él estaba preocupado, bueno, no podía hacer más nada por mí misma...

¿Quieres estar informado(a)?

Suscríbete al boletín de Kasey [aquí](#) para recibir actualizaciones, ofertas, nuevos lanzamientos y recomendaciones.

Sigue a Kasey en [Facebook](#) e [Instagram](#).

¡Me encanta conectarme con los lectores! No dudes en enviarme un mensaje o comunicarte en cualquier plataforma de las redes sociales.

Agradecimientos

Cada libro requiere de una comunidad, y esta novela no fue la excepción. Estoy muy agradecida por todas las miradas que tengo sobre mis manuscritos, por mis amigos autores que me ayudan a pensar en ideas y resolver problemas, y por las almas bondadosas, que están dispuestas a leer borradores, no tan buenos, para darme su opinión, y ayudarme a mejorar muchísimo mis historias. Al igual que Henry, en este libro, he encontrado MUCHÍSIMO valor en los comentarios de amigos de confianza, y sé que los mismos mejoran considerablemente mi oficio.

Así que muchas gracias a mis tiernas lectoras beta: Brooke Losee, Nancy Madsen, Heidi Stott, Maren Sommer, Rebekah Isert, Martha Keyes, Kerry Perry, Jessica Boone y Kelsy Hinton, por su tiempo y sus comentarios, los cuales son alentadores y útiles, y también agradezco inmensamente su apoyo, al promocionar este libro.

¡Gracias Karie Crawford por la “pulitura” y tu experiencia de edición! Y a Stefanie Saw por una portada tan hermosa. Gracias a mi equipo de ARC por su disposición a ayudarme a promocionar este libro, y a todos los encantadores bookstagrammers, que publican amables reseñas. El mundo es un lugar mejor con sus hermosas imágenes. ¡Ustedes sí que transmiten alegría!

Gracias, Jon, por lavar tantos platos (sé que lo digo mucho, pero él realmente se merece una medalla por todo lo que hace por mí). Tuve suerte contigo, y creo que formamos el mejor equipo del mundo. #goteam

Gracias a mis hijos por su paciencia y apoyo. Gracias a mi familia por seguir leyendo mis libros. Gracias a mis amigos por ser tan amables de escucharme hablar tanto de libros. Y, por último, gracias a mi Padre Celestial por bendecirme con el mejor trabajo del mundo.

Antes que te vayas, quiero agradecerte por leer mi historia. Espero que te hayas enamorado de Henry, como lo hicimos Marianne y yo.

Otros libros de Kasey Stockton

En inglés:

Bradwell Brothers

[Properly Kissed](#)

[Sensibly Wed](#), Book one.

[Pleasantly Pursued](#), Book two.

[Honorably Engaged](#), Book three (this book, in English).

Ladies of Devon

[The Jewels of Halstead Manor](#), Book one.

[The Lady of Larkspur Vale](#), Book two.

[The Widow of Falbrooke Court](#), Book three.

[The Recluse of Wolfeton House](#), Book four.

[The Smuggler of Camden Cove](#), Book five.

Myths of Moraigh - Scottish Romance

[Journey to Bongary Spring](#)

[Through the Fairy Tree](#)

[The Enemy Across the Loch](#)

Women of Worth

[Love in the Bargain](#), Book one.

[Love for the Spinster](#), Book two.

[Love at the House Party](#), Book three.

[Love in the Wager](#), Book four.

[Love in the Ballroom](#), Book five.

Stand-alone Historical Romance

[His Amiable Bride](#), Featherbottom Chronicles novella.

[A Forgiving Heart](#), Seasons of Change Book 2.

[A Duke for Lady Eve](#), Belles of Christmas: Masquerade.

[All is Mary and Bright](#), Belles of Christmas: Frost Fair.

[An Agreeable Alliance](#), Sons of Somerset Book 4.

* * *

Contemporary Romance

[I'm Not Charlotte Lucas](#).

[Cotswolds Holiday](#).

[Snowflake Wishes](#), A Holly Springs Romance.

[His Stand-In Holiday Girlfriend](#), Christmas in the City 1.

[Snowed In on Main Street](#), Christmas in the City 2.

[Melodies and Mistletoe](#), Christmas in the City 3.

* * *

En español:

[Sensiblemente casada](#), Libro uno.

[Agradablemente perseguida](#), Libro dos.

Honorablemente comprometida, Libro tres (este libro).

Acerca de la autora



Kasey Stockton es una amante acérrima de todo lo romántico. No discrimina géneros y disfruta de una amplia variedad de historias que incluyen “felices para siempre”. Atraída por el período de la Regencia, a una edad temprana, cuando su abuela le regaló una copia de *Sentido y sensibilidad*, al principio, Kasey comenzó a escribir romances de la Regencia. Desde entonces, ha publicado en una variedad de géneros, pero todos sus títulos pertenecen al “clean romance”. Originaria del norte de California, ahora reside en Texas con su propio príncipe azul y sus tres hijos. Cuando no lee, escribe o mira películas para damas, le gusta correr, cortarse el pelo y cualquier cosa que sea chocolate.